GRAL. CRISTOBAL RODRIGUEZ

LA IGLESIA CATOLICA Y LA REBELION CRISTERA EN MEXICO

(1926-29)

Prólogo del Lic.
AGUSTIN CUE CANOVAS

EDITORIAL *LA VOZ DE JUAREZ*
1960

El autor de este libro es un viejo general revolucionario, egresado del Heroico Colegio Militar de Chapultepec y que en 1910 se incorporó a las huestes del general Gabriel Hernández para combatir el régimen dictatorial de Porfirio Díaz. Tres años más tarde y al establecerse el gobierno usurpador y criminal de Victoriano Huerta, se unió con el grado de Coronel a las fuerzas de los generales Gertrudis G. Sánchez y Joaquín Amaro que operaban contra el régimen huertista en el Estado de Michoacán,

Después del triunfo de la Revolución Constitucionalista, el general Cristóbal Rodríguez sirvió como Jefe de la Guarnición en diversas ciudades del país.

Periodista y escritor por vocación, más tarde fue designado Jefe de la Sección de Prensa de la Secretaría de Guerra y Marina. Además, dirigió el semanario La Patria, *los periódicos* El Soldado *y* Armas *y la* Revista del Ejército y la Marina. *Actualmente es director del periódico* La Voz de Juárez, *en cuyas páginas se realiza importante y necesaria labor de orientación y de examen de sucesos de la vida mexicana de nuestro tiempo, con criterio siempre avanzado e inteligente.*

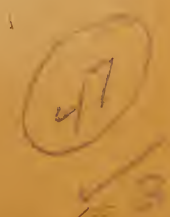
Es autor también de varios libros y folletos como los titulados: Sobre la brecha *y* La influencia del clero en la América Latina. *Pertenece a diversas organizaciones de carácter liberal y, a pesar de su edad conserva un gran vigor físico y mental manteniéndose en actitud de combate a la intolerancia espiritual, la tiranía política y la injusticia social. Pero, por*

GRAL. CRISTOBAL RODRIGUEZ

LA IGLESIA CATOLICA Y LA REBELION CRISTERA EN MEXICO

(1926-29)

PROLOGO DEL LIC. AGUSTIN CUE CANOVAS



EDITORIAL *LA VOZ DE JUAREZ*

1960

INDICE

P R O L O G O

Este nuevo libro del general Cristóbal Rodríguez, constituye un interesantísimo documento que es a modo de su testamento político al pueblo mexicano. En dicha obra describe y examina con información ampliamente documentada y las más de las veces directa —pues fue actor y testigo del acontecimiento en diversos lugares del escenario en que se desarrolló—, los antecedentes, causas verdaderas y proceso histórico del llamado conflicto religioso ocurrido entre 1926 y 1929 en nuestro país. Además, en el libro se interpreta dicho suceso con visión objetiva y precisa, destruyendo la tesis reaccionaria de que la rebelión cristera —y no revolución como la llaman sus corifeos y personeros jurídicos e intelectuales—, fue la respuesta a actos de provocación del gobierno, pues el autor demuestra que fue inspirada y dirigida por altos dignatarios eclesiásticos en abierta insurrección contra la administración constitucional del Presidente Calles.

El libro que presentamos a los lectores es una obra de carácter esencialmente polémico, como la acción y el pensamiento de su autor. Este es un militar profesional, egresado del Heroico Colegio Militar de Chapultepec e incorporado a la revolución maderista a fines de 1910 y a la revolución constitucionalista en 1913. Viejo y tenaz combatiente en las luchas de su pueblo contra la intolerancia espiritual, la tiranía política y la injusticia social, el general Cristóbal Rodríguez sigue en el campo de batalla vinculado inexorablemente a la causa de la emancipación económica y espiritual de las clases productoras del país. Y como Heine quiere para su tumba no una corona de laurel sino la espada del soldado valiente en la lucha por la libertad.

Además, en *La Iglesia Católica y la rebelión cristera en México,* el autor destruye radicalmente la leyenda de heroismo, nobleza y valor, creada por escritores clericales en torno a los caudillos de la insurrección reaccionaria de 1926-29. Con abundancia de datos y empleando ilustraciones adecuadas y de gran valor descriptivo, nos presenta a los llamados generales cristeros en su verdadero aspecto de individuos que azuzaban a las turbas fanáticas con el señuelo de la protección divina, que **incitaban a la destrucción y al crimen en masa como jefes de una nueva** cruzada y que con feroz crueldad asesinaron a multitud de católicos que en calidad de soldados y oficiales defendían las instituciones del país, atacadas violenta y arteramente por miembros del clero político, verda-

deros autores intelectuales y en ocasiones jefes militares de la sangrienta rebelión que asoló durante tres años una vasta extensión de la patria.

Es un capítulo dramático de nuestra historia contemporánea el que se contiene en las páginas de este libro valiente y justo. Su publicación resulta necesaria y oportuna en este momento, cuando una balumba de libros, opúsculos y publicaciones periódicas que vomitan las prensas de editoriales e instituciones confesionales, pretende deformar los sucesos de aquella época y presentar al gobierno de Calles, a sus colaboradores y al ejército mexicano, como los responsables directos e inmediatos de la asonada clerical que tantos y tan graves daños ocasionó a la nación mexicana.

El autor del libro ha manifestado textualmente a este prologuista, citando una declaración del Presidente Calles hecha hacia la época en que la rebelión cristera se produjo, que no es enemigo de las creencias religiosas pero si "de la casta sacerdotal que ve en su posición un privilegio y no una misión evangélica". En suma, afirma que respeta a las iglesias mientras los ministros de ellas no intervengan en la política despreciando las leyes del país, ni sirvan de instrumento a los poderosos para oprimir y explotar a las clases que trabajan y con su esfuerzo y sacrificio crean la riqueza nacional.

Y para concluir, debe advertirse que el libro del general Rodríguez constituye el más completo y fiel trasfondo histórico de la rebelión cristera, indispensable para que el lector perciba con nitidez y objetividad los determinantes factores subyacentes en dicho acontecimiento, que no fueron, como se afirma, acciones y fuerzas de carácter internacional, sino que por lo contrario, se configuran en torno del programa de restauración de los privilegios e intereses de la Iglesia Católica, destruidos en acto necesario y justo por Juárez y los hombres gigantes de la Reforma a mediados del siglo décimonono en México.

Nueva Clavería, D. F., a 28 de agosto de 1960.

AGUSTIN CUE CANOVAS

INTRODUCCION

Se ha dicho muchas veces que a los escritores liberales nos ciega y domina la pasión; que somos injustos en nuestras apreciaciones.

El concepto es exagerado. Lo que pasa es que las tendencias anticlericales que sustentamos por convicción, nos hacen irreconciliados antagónicos de las ideas anacrónicas de los hombres de sotana. ¿Hombres he dicho? Es oportuno recordar lo que a este respecto escribió Víctor Hugo: "HOMBRE CON ENAGUAS, NI ES HOMBRE NI ES MUJER... ES CURA". Usa enaguas por que se entrega "como la mujer a su marido", incondicionalmente.

Los escritores del campo contrario han publicado por docenas revistas, libros y folletos, apasionadamente sectaristas y plagados de malévolas inexactitudes. Algunos de ellos, con mucho talento y con habilidad que no dejamos de reconocer, pero con poca o ninguna honradez. Por costumbre inveterada de engañar, no han podido dejar de seguir el sistema de deformar los hechos, de falsear la historia y a impulsos de su mente deformada también por el fanatismo religioso, nos voltean la cobija al revés, cuando así conviene a sus intereses.

En este libro, que no es precisamente de carácter histórico, sino de comentarios, acotaciones y rectificaciones, hasta donde humanamente nos sea posible, llamaremos a las cosas por su verdadero nombre y procuraremos no estar reñidos con la razón, la verdad y la justicia. Que sepan nuestros enemigos que los combatiremos hasta con sus propias armas y que en esta lucha de ideas, les haremos frente a cara descubierta, sin temor a sus maquiavélicas maniobras y a su labor de zapa.

"Afortunadamente —escribe Ernesto Higuera en el prólogo de "SOBRE LA BRECHA"—, el alud de ignominia nos encontrará de pie. Sólo el puñal asesino acabará con nuestro grito de protesta; sólo la muerte nos hará enmudecer. Los porquerones a sueldo podrán cortarnos la vida, pero no infundirnos miedo. Nuestro ideal es una hoguera purificadora que vivifica y exalta la actitud definida frente al peligro...(?) Los regalones, los tibios, pueden seguir al arrimo de sus chamizos sin luz".

Y la amena novelista Enriqueta de Parrodi en carta fraternal nos escribe: "...Nada significa tener claro y perfecto concepto de las cosas; comprender los errores, descubrir las lacras, ver los obstáculos que hay en el camino propio y en el ajeno. El verdadero valor radica en la entereza suficiente para decir cuáles son esos errores, esos obstáculos, esas lacras. En el humano carnaval, la generalidad se encubre con un antifaz, con una gruesa careta, a través de la cual nunca podremos descubrir la verdadera personalidad de las gentes. Por eso, ir a cara descubierta, es dar muestras de verdadero carácter".

Y nosotros, para contrarrestar las intencionadas falsedades de nuestros enemigos clericales, les salimos al frente con el pecho y la cara descubiertos.

—I—

"CUANDO EL MAL ESTA EN EL HIGADO". LA REVOLUCION Y LOS REVOLUCIONARIOS CLAUDICANTES.

Cuando un pueblo, en sus ansias de mejoramiento social, político y económico, se levanta en armas en contra del régimen establecido y de los tiranos que lo oprimen, dirigido por caudillos que lo arrastran, va a la lucha, tremolando en sus banderas de combate un ideal sagrado y definido, hace entonces una verdadera revolución.

Muchas han sido a este respecto las definiciones que se han dado. Para unos es el desorden de las masas que, llegando al crimen, lesionan los intereses de la sociedad; para otros es el fuego vivificador que purifica y que al destruir lo viejo y viciado, prepara la reconstrucción en mejores condiciones señalando una meta luminosa hacia el progreso.

El nombre de "REVOLUCION" y de revolucionarios, se ha explotado de diferentes maneras y se ha abusado de él en todos los tiempos.

Desde luego el movimiento que la Iglesia Católica llevó acabo soliviantando en contra del Gobierno Constituido, a los fanáticos, no fue una revolución, porque sus ideales ni eran nobles ni mucho menos justificados. Fue simple y sencillamente una REBELION.

Sin embargo el criterio de los reaccionarios empedernidos, no puede estar nunca de acuerdo con el nuestro.

Ya en plena lucha armada, cuando las bandas de cristeros en algunas regiones del país audazmente se enfrentaban a las fuerzas de la legalidad, siguiendo los perversos consejos de los miembros del clero, de los jerarcas de esa Iglesia cuya intromisión en nuestra política ha sido tan funesta, y cuando esos reaccionarios abrigaban, no la esperanza, sino la seguridad de obtener el triunfo, uno de ellos, de los conocidos como "destacados", nos aseguraba, meneando la cabeza significativamente como si fuera el péndulo de misterioso horóscopo que: "EN TODOS

SENTIDOS, LA REVOLUCION EN MEXICO HABIA SIDO UN ROTUNDO FRACASO".

Idea que propagan en todos los tonos y por todos los medios, para desorientar al pueblo.

"¿Qué es lo que se ha ganado con ella —se preguntaba— cuando en muchos aspectos nos encontramos en las mismas o en peores condiciones que en los tiempos de la dictadura porfiriana?".

Y con un aplomo revelador de su profunda convicción, concluía: "Los que fueron a la lucha armada sacrificando todo lo que tenían, deben estar a estas fechas convencidos de que sus sacrificios fueron completamente inútiles. Ha habido cambios de hombres, pero no de sistemas".

No nos dimos por vencidos y le replicamos: "No ha sido precisamente La Revolución, es decir el conjunto de ideales, de supremas aspiraciones de llegar a una transformación, a un mejoramiento efectivo, lo que ha fracasado; sino los revolucionarios claudicantes que han abjurado de esos ideales para entregarse en cuerpo y alma en brazos de la reacción, quienes han logrado detener transitoriamente esas justas aspiraciones del pueblo, que están latentes, que no han muerto y que, tarde que temprano, ha de conseguir su realización".

Desde el principio del movimiento reivindicador mañosamente se infiltraron esos malos elementos en sus filas, con la idea fija de obstruccionarlo, de defender los intereses de los enemigos, de los explotadores del pueblo. Liberticidas convenencieros, con tendencias marcadamente retardatarias, iban expresamente aleccionados para ser espías dentro de la Revolución, intrumentos incondicionales de la reacción que se prestarían admirablemente a las maniobras todas del clero político y de sus inseparables aliados, los industriales y latifundistas, nacionales y extranjeros. Ocupando los mejores puestos y los de mayor confianza en los Estados Mayores de los altos Jefes, fueron lo que más tarde se llamó "las QUINTAS COLUMNAS" que desde entonces han desempeñado religiosamente su papel en contra de todo lo que signifique mejoramiento y bienestar del pueblo... Pero que este pueblo sufrido hasta más no poder, ha sabido muy bien distinguir a los falsos y a los verdaderos revolucionarios y, sin desanimarse por esos pasajeros y aparentes fracasos, está en pie de lucha, tremolando en sus banderas los ideales de transformación social, política y económica por los que fue a la lucha armada.

En el mismo Congreso Constituyente de Querétaro hubo reaccionarios aleccionados expresamente para que las leyes que

allí se dictaran, lesionaran lo menos posible los intereses y los privilegios de la Iglesia y de su clero. Nos referimos a la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Sin embargo y a pesar de los desesperados esfuerzos de los emboscados clericales, se impuso el criterio de la mayoría revolucionaria que valientemente encabezara el General FRANCISCO J. MUJICA. La Constitución de 1917, en la que se vaciaron los principios y normas de la de 1857 y de las LEYES DE REFORMA, está considerada como uno de los códigos más adelantados del mundo, pero que desde su promulgación ha sido objeto de ataques y de repulsa de parte de los eternos y testarudos clericales que no han dejado de violarla y de pugnar por su derogación o reforma en el sentido que a ellos les convenga.

Para conseguirlo, en un desesperado esfuerzo, soliviantaron a los católicos y los enfrentaron al gobierno. Así nació la REBELION CRISTERA.

Pero no adelantemos acontecimientos y yendo a la realidad investiguemos por qué esta magnífica Constitución no se ha cumplido en todos sus preceptos, durante algunos regímenes revolucionarios y en muchos aspectos ha sido letra muerta.

Desde los gobiernos del señor Madero y el del Varón de Cuatro Ciénegas, Don Venustiano Carranza, los Caballeros de Colón, con esa terquedad que los caracteriza y llevando en la mente y en el corazón su famoso juramento, así como las demás asociaciones religiosas que ellos controlan, fueron poco a poco, con estudiada e hipócrita mansedumbre, ocupando muchos de los puestos públicos de las dependencias oficiales, desde donde con diligencia y eficacia, vigilarían todos los movimientos del Gobierno y se enterarían de los más recónditos secretos para dar cuenta a sus directores espirituales, constituyéndose asi en eslabones de una sólida cadena de espionaje y contraespionaje al servicio del Vaticano de Roma, a la vez que, por conducto de los clérigos de las distintas categorías, servían los intereses de la reacción nacional.

El siguiente detalle es a este respecto muy revelador. Cuando durante el período presidencial del Ing. y General don Pascual Ortiz Rubio, en el semanario anticlerical, "LA PATRIA" se anunció que se publicaría íntegra la lista de los Caballeros de Colón y destacados clericales que ocupaban puestos públicos o desempeñaban empleos claves de la administración, en cuya lista figuraban prominentes personajes, fue expresamente una comisión de empleados, que en aquella época no estaban organizados ni protegidos por el Estatuto Jurídico, pero que aunque en minoría como servidores públicos, estaban bien identificados

como liberales, a suplicar al director de dicho periódico que no la publicara, convenciéndolo de que ellos, los liberales revolucionarios, serían los únicos perjudicados, los harían víctimas de represalias y seguramente serían cesados; porque eran más fuertes las influencias de quienes sustentaban la ideología contraria.

La lista al fin no se publicó, porque poco tiempo después "LA PATRIA" el único periódico anticlerical entonces en toda la América Latina, fue suspendido por orden superior del Gobierno, sin ninguna explicación.

Día a día los reaccionarios clericales, dentro y fuera de las esferas gubernamentales, han ido aumentado en número y en audacia. A partir del régimen del Gral. Manuel Avila Camacho, que inició su gestión administrativa haciendo pública confesión de fe religiosa, Acción Nacional, los Sinarquistas y demás organizaciones confesionales católicas, más que las garantías que nuestras leyes conceden a todas las religiones, han recibido ayuda disimulada, tolerancia y estímulo en sus actividades.

La influencia de los clericales en la administración pública es cada vez más decisiva. Ya no actúan emboscados, sino abiertamente, violando a la faz de todo el mundo, los principios liberales contenidos en la Constitución y a ciencia y paciencia de los funcionarios de los TRES PODERES del Gobierno, que se cruzan de brazos y se hacen de la "vista gorda", pensando erróneamente que con esa tolerancia que los convierte de hecho en traidores a la Revolución, se conseguirá la decantada "UNIDAD REVOLUCIONARIA" y se conservarán "LA PAZ Y EL ORDEN". Tarde o temprano esas claudicaciones y esos perjuicios darán resultados contraproducentes... "PORQUE EL MAL ESTA EN EL HIGADO y el organismo gubernamental, es todo HIGADO".

Demostración patente de lo que hemos venido afirmando, de la peligrosa preponderancia de los elementos antirrevolucionarios en las esferas del Gobierno, es lo que a continuación referimos, con la mayor imparcialidad y sin egoístas apasionamientos.

Si en esta obra dedicada a comentarios y consideraciones del movimiento cristero hablamos de la labor llevada a cabo por elementos reaccionarios de los diferentes matices dentro de la misma administración revolucionaria, es porque como antecedente revela cómo, gracias a ella se gestó pacientemente desde los albores del movimiento emancipador, y mientras ponían toda clase de obstáculos, a espaldas de sus jefes a lo que creyeran revolucionario, prestaban eficaz ayuda a los suyos en todas las formas posibles. Así fue como se aprovisionó y sostuvo el lla-

mado EJERCITO LIBERTADOR, que ostentaba en sus banderas la imagen de CRISTO REY.

Ya veremos más adelante como se dijo y hasta se comprobó por revelaciones de los mismos escritores clericales, armas, cartuchos y toda clase de implementos, llegaban a los campamentos rebeldes, que esos empleados infieles mandaban por conductos seguros y con la complicidad de las autoridades pueblerinas.

LA REBELION CRISTERA EN MEXICO fue no solamente estimulada, sino organizada y bendecida por el episcopado mexicano y alentada desde Roma por el Pontífice Máximo. Fue uno de tantos engaños criminales a los creyentes, como un supremo esfuerzo del clero para llevar al poder público, a incondicionales partidarios suyos. No se trataba de derrocar al General Calles, por hereje y, según los malvados jerarcas, "perseguidor implacable" de la religión, de la Iglesia y de Dios mismo, sino de nulificar las conquistas revolucionarias, porque la Constitución aprobada y puesta en vigor el 5 de febrero de 1917, desplazaba al clero católico de la cosa pública, le quitaba la ingerencia en la enseñanza y educación del pueblo, le privaba de muchos privilegios, frenándole en sus innumerables abusos. Pero a las gentes sencillas e ignorantes se les hizo creer, como "artículo de fe", que el gobierno de la Revolución era obra del infierno, que Calles era el mismo Lucifer en persona, rodeado de los endemoniados revolucionarios, herejes, excomulgados y maldecidos por la Iglesia *"de Cristo"*.

Esos iscariotes apátridas se valieron de todos los medios a su alcance, para dar poderoso impulso a una rebelión que, a pesar de la ayuda divina que les aseguraban a los fanáticos que a ella fueron, estaba de antemano destinada al fracaso, porque había nacido muerta. No les faltó mas que lo único que hace triunfar a las buenas causas: justicia.

Elementos sustraidos, ya lo dijimos por quienes, de las mismas fábricas y almacenes del Gobierno o armas robadas al Ejército o compradas con dinero falsificado por especialistas a sueldo de la Liga, como en capítulo especial lo diremos, iban a servir para que lucharan hermanos contra hermanos en una estéril contienda y se derramaran ríos de sangre. Rebelión estéril, dijimos y que había nacido muerta destinada a fracasar, porque el destino inescrutable asi lo quiso y porque, esto fue lo más duro para la Iglesia y su clero, "EL DIOS DE LOS EJERCITOS", a quien invocaban para que como en los tiempos de las "santas cruzadas y del Cid Campeador", viniera en su auxilio, al final de cuentas les tendría que voltear las espaldas.

Sin embargo los eternos e incorregibles clericales no han dejado hasta la fecha en que se escriben estas líneas, de maniobrar tortuosamente desde las sombras sacristanéscas, aprovechando todas las oportunidades que se les presentan, con su lema siempre a la vista de: "DIVIDE Y VENCERAS". Son ellos los que después de la unificación revolucionaria de las facciones que fueron a la contienda armada, han mantenido sin razón la división discriminatoria y, repetimos sin razón, e indebida de VILLISTAS, CARRANCISTAS Y ZAPATISTAS, avivando constantemente los odios dormidos y ancestrales,. No vacilan en llegar hasta el crimen en contra de quienes no sustentan sus creencias religiosas. De esta manera en lugar de conseguirse "LA UNIDAD NACIONAL", cada día se ahonda el distanciamiento más y más entre los grupos y entre los ciudadanos. Esa perversa labor del clero católico político, la ha desarrollado siempre y sus consecuencias desastrosas dolorosamente las registra nuestra historia.

En cambio los liberales, desde la independencia, durante y después de la Reforma, tomando los ejemplos de Hidalgo, de Morelos de Juárez y demás próceres, respetando las creencias de los demás, pero repudiando los abusos de quienes manejan las religiones en su provecho, siempre hemos tratado de hacer patria UNIDA, PROSPERA y FELIZ. ¿Qué más podíamos hacer?

Y surgen estas dos preguntas: ¿Qué han hecho los conservadores a favor de México a través, de la historia, sino ocasionarle conflictos y pérdidas de dignidad y aún de territorio? ¿Cuál ha sido la obra de los que han sustentado la doctrina del libre pensamiento, no solamente en México sino en el mundo entero?

En el balance histórico del *librepensamiento* se planteó también esta pregunta: ¿Qué han hecho en bien de la humanidad y qué han conseguido los pueblos de la tierra, con la organización y funcionamiento de las sociedades de librepensadores, racionalistas, *filosóficas y simbólicas,* (la Masonería que pregona la fraternidad Universal y el progreso humano), a través de los tiempos?

Sin remontarnos a épocas muy lejanas, después de largo y penoso proceso; tras de los inevitables fenómenos evolutivos por los que la humanidad ha tenido que pasar, como todo organismo sujeto a las leyes biológicas, han surgido grupos de hombres enamorados del ideal, que han llevado a cuestas la enorme tarea de contrarrestar las fuerzas retardatarias que, con tendencias conservadoras, se han opuesto siempre a la transforma-

ción y mejoramiento social de los pueblos de la tierra.

Acudamos a la historia. En el año de 1902, del 14 al 18 de septiembre, se llevó a cabo en Ginebra uno de los primeros Congresos internacionales de *librepensadores*".

"No fue, escribe González Prada, una tenida masónica, como algunos habían predicho, para divagar sobre indumentaria y ceremonias extravagantes, ni un concilio de sectarios para dogmatizar el ateismo y excomulgar al sacerdocio de todas las religiones. Fue una asamblea cosmopolita, una congregación de espíritus humanitarios y razonables que predicaron no solo el libre examen en su significación más amplia, sino *la unión de todos* los hombres, con prescindencia de castas, idiomas, religiones y personalidades. Allí, con miras libertarias y mundiales, se trató de fundar la gran *Diócesis del librepensamiento*".

Asistieron a este congreso más de cuatrocientos delegados de la mayor parte de las naciones civilizadas del mundo y, ante más de *dos mil espectadores,* hombres y mujeres, libres de toda clase de prejuicios, amantes de la libertad y del progreso, se definió al *librepensamiento* como el derecho sagrado del hombre al libre examen, sean cuales fueren sus teorías, a que no se impongan las verdades fundándose en autoridades superiores a "la razón".

El librepensamiento, base de todas las demás libertades, comprende el respeto y la tolerancia a las teorías y a las creencias de los demás.

Allí también en esa magna reunión internacional se aprobaron, y de ello debemos sentirnos orgullosos los mexicanos, y fueron proclamados con beneplácito por todos los congresistas, los siguientes principios o normas, en aquella época novedosos: *La separación de la Iglesia y el Estado, la supresión de los votos monásticos, así como de las congregaciones religiosas, el juramento o voto monástico.* Esas normas y otras más, como conquistas revolucionarias, aparecían *cuarenta años* antes en el artículado de *la Ley Juárez* y demás de la *Reforma,* al igual que nuestra Constitución de 1857, consagró los derechos humanos que *noventa años después* proclamaría la *Organización de las Naciones Unidas.*

Esto es, a grandes rasgos, lo que han conseguido para la humanidad en general y para México y la América Latina en particular, las sociedades de *librepensadores,* racionalistas, masónicas, filosóficas y culturales.

¿Podríamos decir algo parecido de los que militan en el campo contrario que siempre se han empeñado en detener a toda costa la marcha del progreso y que oponiéndose a todos los ade-

lantos científicos a la mezquina luz de sus dogmas, ha hecho también retroceder la cultura de los pueblos que dominan?

Las nobles y grandes ideas no se alojan jamás en las mentes enfermizas y mezquinas, en los espíritus deformados por el fanatismo clerical.

Lo que en este libro encontrará el lector no serán palabras y nada más palabras que, como las hojas secas del otoño arrebatan y dispersan los huracanes, por valles, montes y collados; o como los ligeros celajes que en cielo sereno se van desvaneciendo poco a poco, sin que, unas y otros dejen la más leve huella de su existencia o de su paso.

Por duras que parezcan las verdades que estampemos, sin temores y sin odios, queremos que se graben en la mente y hagan pensar a quienes las conozcan. Más que poesía y vanos lirismos en estos comentarios y rectificaciones, habrá sinceridad y realismo.

Es oportuno dejar constancia de cómo pintan los liberales revolucionarios, a los enemigos del progreso de los pueblos en esta América Indolatina, y para ello transcribiremos algunos de los párrafos de la bien documentada ponencia que el General de División y Doctor José Siurob Ramírez, presentó al Congreso internacional de Librepensadores, verificado en Europa hace más o menos dos años.

"Los enemigos principales del librepensamiento en América —dice— son los credos religiosos; pero ocupa el primer lugar la Iglesia Católica, por ser la más intransigente, la que crea más fanáticos entre sus adeptos y la que dispone de mayor dinero e influencia política...".

"En México la Iglesia Católica fue siempre enemiga de la Independencia, de las Leyes de Reforma que estructuraron nuestra nacionalidad y que, (entre otras ventajas) separaron la Iglesia de Estado. Los papas condenaron todas nuestras leyes progresistas con excomuniones y anatemas, levantaron fanáticos en bandas armadas y dirigidas por sacerdotes, sacerdotes que hoy son obispos, arzobispos"... (Uno de ellos Primado y el otro Cardenal).

A Hidalgo, el conjurado traidor obispo Abad y Queipo, lo excomulgó y la Iglesia lo degradó y tomó parte en el proceso que lo condenó a muerte, lo mismo que en la degradación y fusilamiento de Morelos y de Matamoros. Pero el anterior Primado Luis María Martínez, levantó la excomunión y mandó se celebraran ¡misas en honor de los héroes excomulgados y sufragios por sus almas, con los que seguramente han de haber salido del infierno o del purgatorio!... ¡Cuánta ignominia y falsedad!

Ese clero y esa Iglesia que combatió a los insurgentes fueron precisamente los que bendijeron, prohijaron, estimularon y sostuvieron hasta el fin, aunque hipócritamente siempre lo han negado, a la *Rebelión Cristera,* sin importarles para nada ni el bienestar y tranquilidad del pueblo mexicano, ni las consecuencias sociales, políticas y morales.

Hicieron a un lado su misión espiritual y pisotearon las máximas de su maestro. Por estas razones el pueblo cada día se afirma más en las ideas liberales y siente un profundo y justificado desprecio por quienes, diciéndose representantes de la divinidad y ministros de la religión, no se ocupan más que de engañarlo y de explotarlo.

¡Clero Católico, ignominia y flagelo, la historia de México te condena y te maldice!

— II —

"A DIOS LO QUE ES DE DIOS Y AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR"

"Amaos los unos a los otros... *No matarás... Perdona a tus enemigos...* Todas estas máximas y preceptos del Cristianismo fueron para el grupo élite de los católicos mexicanos; para el Episcopado y el clero en general, si acaso con muy pocas excepciones, menos que la "carabina de Ambrosio", que un rezumbado cacahuate y algo así como *"tortas y pan pintados"*.

Porque las prédicas envenenadas subversivas, salían de sacristías, púlpitos y confesonarios y como certeros dardos al corazón de los rancheros ignorantes, sencillos y fanáticos y como rebaños de dóciles ovejas se sumaban inconscientes a los raquíticos grupos de "soldados de Cristo Rey, dizque defensores de Dios, de la Iglesia y, más que de la religión, de los "santos padrecitos".

El alcohol, sumado al fanatismo religioso, forman un magnifico menjurge para entusiasmar a las multitudes irresponsables. Gritos destemplados de *"¡Viva Cristo Rey",* saliendo a borbotones de bocas de borrachos maldicientes y esa misma divisa estampada en trapos desteñidos, al lado de estampas de santos caritristes, iban a servir de banderas de combate.

Se trataba de colocar y sostener en un trono al humilde predicador de Galilea, que en repetidas ocasiones había dicho a sus discípulos: *"Mi reino no es de este suelo"*.

Y también desde tribunas improvisadas se pronunciaban fogosos e incendiarios discursos en contra del Gobierno impío de Calles, de los herejes, protestantes y masones, a quienes, con la poderosa ayuda de Dios y de la Virgen de Guadalupe, en pocos meses echarían por tierra.

En todos las templos los curas predican: "¡Hay que ir a la lucha! Este mal gobierno, inspirado por Satanás, después de haber arrebatado el patrimonio de la Iglesia y dictado leyes que nos amordazan y conculcan las conciencias, nos cierra los templos, nos persigue como a criminales y, lo que es más, nos quie-

ren arrebatar a Dios... Como los cruzados de los heroicos tiempos, seamos todos los católicos, *soldados de Cristo;* vayamos a la lucha a vencer o a morir por él".

Pero no todos los curas que esto predicaban, fueron a la lucha.

Otros de esos mismos curas encampanadores gritaban, de espaldas al altar en que habían celebrado la misa, en las humildes iglesias de pueblo: "Los malos cristianos, los católicos tibios que no atiendan a mis palabras, que no oigan mis ruegos, los irresolutos que no acudan al llamado que Dios les hace por mi conducto, que se queden tranquilamente en sus casa, que, al fin, su Divina Majestad se los tomará en cuenta. Mi voz en estos momentos es la voz de Dios y yo les aseguro que los que caigan en la contienda, encontrarán abiertas de par en par las puertas del cielo, serán considerados como santos mártires y recibirán el galardón de los bienaventurados. Hay que exterminar a los impíos ¡Adelante, católicos valientes!".

Algunos de esos curas de "alma atravezada", en muy poca proporción, no pasaron de medio centenar, que en su mayoría se mostraron, tibios, timoratos y malos pastores; es verdad que capitanearon personalmente gavillas de verdaderos salteadores, bandoleros disfrazados que, a pesar de las halagüeñas promesas para la otra vida, escabullían el cuerpo y defendían esta, lo mejor que podían, sin que para detenerlos valieran las medallas, reliquias y estampas benditas y milagrosas de que llevaban atestados pechos y espaldas.

Ya en marcha iban todos recitando: *¡Santo, Santo, Santo, Dios de los ejércitos, defiéndenos!...* ¡Que las sombras de San Miguel, del Señor San Pedro, nos protejan!...

La mecha de la rebelión había prendido, en esta nueva intentona del clero católico, para recuperar los privilegios y preponderancia perdidos, que durante siglos utilizó para enriquecerse a costillas del pueblo, a quien en vez de orientarlo, socorrerlo y confortarlo con los decantados auxilios espirituales, lo mantenía siempre en el vicio y en la ignorancia, para poder explotarlo mejor.

En pueblos pequeños, cuadrillas y rancherías; en los Altos de Jalisco, en la región montañosa del Volcán de Colima, en Querétaro, Guanajuato, Durango y partes aisladas de Aguascalientes y Zacatecas, de acuerdo con las apostólicas instrucciones del Episcopado y de los dirigentes, confesores laicos de la Liga de la Defensa Religiosa, que actuaba en funciones de Estado Mayor, formados por viejos caducos Caballeros de Colón y muchachos inexpertos, seminaristas y sacristanes de la A.

C. J. M., el movimiento rebelde daba principio a sus operaciones con pésimos augurios, por más que los párrocos se desgañitaban materialmente empujando a los pobres campesinos a que fueran a engrosar las filas de los "santos cruzados".

Llegaron a hacer presión hasta con sus mujeres, a fin de que si no respondían al llamado, les negaran su asistencia y sus caricias. Los campos en muchas partes y las familias quedaron abandonados; las cosechas sin levantar: arados tirados en los surcos a medio empezar y los bueyes macilentos vagando por las montañas.

Jacales y pueblos enteros se vaciaban, porque sus habitantes, con todo y perros, puercos y gallinas, encabezados por el cura y seguidos por todos sus demás animales domésticos, se habían remontado para defender, ya lo dijimos, no a la religión, sino a los que al amparo de ella se han enriquecido; no a Dios, sino a los que, invocándolo engañan a las gentes.

Antes de emprender cualquiera marcha en sus medrosos tanteos de bisoños soldados del Papa, que no de Cristo, oían una misa, comulgaban y por todo el camino iban rezando rosarios, jaculatorias y sus acostumbradas oraciones. Muchos de esos rancheros comprometidos para entrarle a la bola, iban soñando, entre "padrenuestro y avemaría", con llegar, por sus méritos, cuando menos a *Coroneles del ejército de Salvación* y, hasta quizá, "quien quitare", colocarse un águila coronada, como la del escudo del Iturbide y con la tiara pontificia en el sombrero de charro.

Los clérigos, como Vega, Sedano, Pedroza, Uribe y otros, entre ellos el actual Primado Arzobispo de México, se levantaron, no para defender las doctrinas de Cristo que empezaron por violarlas de cabo a rabo, sino para llegar a los altos puestos de la jerarquía eclesiástica, o cuando menos una canongía o un curato de mejores rendimientos, o una parroquia más lucrativa que las de los pueblos miserables de indios, en donde vegetaban y que apenas les daban lo muy indispensable para no morirse de hambre, aunque algunos se consolaban de sus miserias llevando vida íntima con alguna que otra rancherita deliciosa.

Que los creyentes, los de abajo, la eterna carne de cañón, fueran a exponer sus vidas, Cristo mediante, para restituirles a los convenencieros y altos dignatarios de la Iglesia, los privilegios de los tiempos de la Colonia, de Iturbide, de Santa Anna y de Miramón, era... era cosa de los *designios de Dios*.

x X x

¿Persecución religiosa? Nunca la hubo... Lo vamos a demostrar. Para ello no necesitamos valernos de enredados y especiosos argumentos, aunque sabemos de antemano que todas las razones que expongamos serán insuficientes para convencer a los empedernidos clerófilos que, como el burro a quien predicaba San Agustín, se concretarán a balancear la cabeza y levantar los hombros en señal de duda.

La Iglesia ha querido justificar, como un acto de legítima defensa en contra de esa supuesta persecución religiosa, el movimiento rebelde cristero y pregonaba que el pueblo, espontáneamente combatiría por "su Dios y sus creencias". Los derechos de Dios y de la religión por nadie fueron atacados y la actitud hostil del Clero fue, a todas luces en contra de toda razón, de toda justicia y aún en contra de la moral cristiana.

El Gobierno emanado de la Revolución y las leyes que como realización suprema de los ideales del pueblo, jamás han sido persecutorios en contra de nadie por asuntos meramente religiosos, ni han impedido en ninguna forma las manifestaciones del culto, mucho menos atacado en alguna forma la fe de los creyentes que, como un acto del fuero interno, no es humanamente atacable. La rebelión cristera fue, pues, además de estéril, cruel y desastrosa desde todos los ángulos que se la vea, un acto criminal, una alteración injustificada del orden público, un ataque sin derecho a las autoridades constituidas y una clara violación a las normas legales... Y en todas partes y en todos los tiempos, aun en pueblos menos civilizados que el nuestro, se ha procedido en contra de quienes, sean quienes fueren, se ponen al margen de las leyes que rigen al País. Por eso, cualquiera que haya sido el pretexto de los que se sublevaron, aunque haya sido invocando el nombre de Dios y de todos los santos habidos y por haber; a los que levantados en armas, asesinaban campesinos inermes y maestros y maestras rurales indefensos, se les mandó perseguir por sus actos criminales, como trastornadores, no porque profesaran esta o aquella religión.

Al que comete un asesinato o un robo, no se le castiga porque sea católico, judío o protestante, sino por ladrón y asesino.

Sectaristas religiosos han escrito numerosas obras; Memorias, Leyendas y novelas, enalteciendo esta rebelión y llamando "héroes y santos mártires" a salteadores vulgares, a dinamiteros criminales, a asesinos comunes y corrientes. Para algunos de ellos, esta "guerra Santa" fue una epopeya entre *"macabeos y filisteos"*. ¡Lástima de tiempo, papel y tinta empleados en esos

relatos románticos y pintorescos, tratando de engañar a los católicos incautos, a los fanáticos recalcitrantes! Falseando deliberadamente los hechos, se han empeñado en desorientar al pueblo. ¡Vano intento, las gentes sensatas no les han creído sus embustes! No hubo tal persecución religiosa ni los actos del gobierno del General Calles fueron ilegales: Obró de acuerdo con sus facultades y apegándose a las normas constitucionales.

No fue, por consiguiente, la "justa protesta de un pueblo airado" porque se conculquen sus derechos y libertades, el verdadero origen de *la Rebelión Cristera en México"*.

En realidad, "ya llovía sobre mojado". El movimiento de rebeldía había empezado a incubarse hacia muchos años. Las Leyes de Reforma ya incorporadas a la Constitución de 57 y esta refundida y ampliadas en sus principios liberales en la *Carta Magna* de Querétaro, puesta en vigor en 1917, que colocaban a la Iglesia Católica en situación desventajosa para sus fines de dominación y le arrebataban los antiguos privilegios y preponderancia, fueron la causa fundamental para que los clerigos se sintieran defraudados y se empezaran a llamar "perseguidos".

Se conformaban en último caso, según declaraciones del Episcopado, con que, las autoridades, al igual que en los tiempos porfirianos, se hicieran disimulados, tolerantes de las violaciones a la Constitución que nunca han dejado de cometer, mientras maniobraban para que se reformara en la parte que, según su criterio, lesionaba sus intereses.

Por desgracia para el bienestar y progreso nuestro, según lo dijimos en el capítulo anterior, y la prensa liberal lo ha repetido hasta el cansancio, esa tolerancia, a partir del régimen Avilacamachista, ha ido más lejos de lo que el mismo clero esperaba, y solo falta como lo dijo el Arzobispo Luis María Martínez, que se derogue de una vez la Constitución y... que el gobierno de la República pase a manos de incondicionales súbditos del Papa.

La Iglesia Católica Romana, por más que lo ha negado, siempre se ha inmiscuido en los asuntos políticos, obrando unas veces desde las sombras del clandestinaje de los conventículos, púlpitos, confesionarios y sacristías y en otras ocasiones abiertamente, como lo hizo en declaraciones públicas el Episcopado, ordenando, más que aconsejando a los católicos, que para ejercer sus derechos cívicos en las contiendas políticas, no lo hicieran sin la previa consulta con el confesor o con el Obispo diocesano, y que votaran en las elecciones por el candidato que garantizara los derechos de Dios y de la Iglesia.

En esta ocasión, tratando de sacar "las castañas con las inexpertas manos de sus pobres gatos", movilizó todas sus fuerzas disponibles, acudiendo a todos los recursos para oponerse a las disposiciones del Gobierno de Calles que, según el sentir de los jerarcas clericales, obstruccionaba sus actividades espirituales.

Detrás de esas actividades se emboscaban los intereses terrenales, los cuantiosos bienes que antes directamente y ahora con interpósitas personas, siempre ha manejado. Muchos millones de pesos entran en juego. El clero es actualmente dueño casi de más riquezas que las que tenía durante la dominación española y después de la Independencia: Bancos Comerciales y otros grandes negocios, hacen producir a su capital siempre en aumento. Allí, en tocar ese capital, está el peligro para la tranquilidad de los pueblos católicos; mientras se les permita a los curas acumular riquezas... todo mundo contento y ¡aquí no ha pasado nada!

"A Dios rogando y con el mazo dando" fue como esta Iglesia, más mundana y política que espiritual, predicaba "la paz y el orden", condenando en apariencia la insurrección y por tras mano agitaba a sus mesnadas borregunas en contra de las autoridades legalmente constituidas.

Partiendo de la base falsa que hemos mencionado, de que se trataba de la defensa de derechos conculcados, hacía aparecer esa defensa *"legítima, encomiable, sagrada y heroica"*. Hombres sencillos, trabajadores honrados e inofensivos en otros aspectos, pero sinceros creyentes, a quienes se les había metido entre ceja y ceja el infundio de la "feroz persecución religiosa", van a matarse con otros, católicos también, hermanos de raza, pero a quienes les han colgado el sambenito de "herejes". Y todo esto en nombre de Cristo. ¡Qué infamia!

Los melenudos y enfundados viejos ricos y las bien cebadas beatas, eternas cucarachas de sacristía, no irán a afrontar los peligros de la lucha ni las incomodidades de la campaña.

"Reconozco, se lamenta tristemente un ex-cristero militante, que la Iglesia no logró mucho de los católicos, ricos que, más bien estorban su acción, obstinados en mantener sus privilegios y que llegan inclusive a servirse de Dios como de un gendarme para proteger sus intereses y excusar sus deshumanizadas ambiciones".

Cuando en circunstancias apuradas, los ya metidos en la bola entrevistaron al Jefe de la Liga de la Defensa Religiosa en Jalisco, más o menos los despidió con estas palabras: "De fondos andamos muy escasos... Los ricos beatos comprometi-

dos a ayudar con dinero a la causa, no han dado nada; pero en cambio aquí les entrego estas santas reliquias, para que los guarde Dios de todo mal y los precava de las balas enemigas. Estas jaculatorias para ayudar a bien morir, con quinientos días de indulgencias y la bendición episcopal para toda la gente".

La responsabilidad histórica de este movimiento rebelde, desde cualquier punto de vista que se le considere, caerá sobre los Arzobispos Mora y del Río, Francisco Orozco y Jiménez, el jesuíta Pascual Díaz y sobre todos los mitrados que, desde las sombras conventuales, dirigieron las mesnadas de fanáticos para derrocar, ahora como en los tiempos de la guerra de tres años, al Gobierno de la República. Calles, también como Juárez en su época, se mantuvo inconmovible ante los furiosos embates de las turbias olas pantanosas que arrojaron los protervos y funestos enemigos del pueblo, de birrete y de sotana. Ya veremos cómo en su empeño de derribar al régimen de la legalidad, traspasaron los límites de la traición y de la ignominia.

El 8 de febrero de 1926 los obispos mexicanos, que de mexicanos no merecen ni el nombre, publicaron en los periódicos de mayor circulación de la Capital, una protesta extemporánea, imprudente y ridícula por la insolencia y mendacidad que contenía. Esta misma protesta ya la habían hecho medrosamente pública en 1917, a raíz del Código Fundamental expedido en Querétaro, en la que terminantemente se decía: *"El episcopado y el Clero Católico no reconoceremos y combatiremos los Artículos* 3o., 5o. 130 de la *Constitución Vigente*... Porque, estorban la acción religiosa. ¿No es violar el derecho individual de profesar y practicar libremente la religión?".

"El templo, —agregaban— es para los católicos, la casa de Dios. Los templos de México, como los de todo el orbe, son propiedad de las agrupaciones católicas; porque los han construido y conservado a sus expensas; porque los recibieron en donación legítima de quienes los levantaron".

¡Burda mentira! Fueron construidos por el pueblo, a expensas del pueblo y no hubo ni puede justificarse jamás, ninguna donación legítima.

Afirmaciones sofísticas y de mala fe, como todas las que han servido de base a las doctrinas con que explotan la ignorancia de las gentes. Los templos con sus suntuosos altares y todo el aparato de lujo, no son otra cosa que establecimientos comerciales con sus alacenas y mostradores, en donde los sacerdotes hacen sus mejores negocios. Pero conforme a nuestra legislación esos templos, de cualquiera religión que sean, son propiedad de la Nación.

Sigamos la génesis de esta insurrección. El 25 de julio del mismo año de 1926, en una carta pastoral, como insolente reto, se ordenaba la suspensión de cultos en toda la República, el cierre de las iglesias y, como si dijéramos, se declaraba una huelga muy original de "brazos caídos", de los sacerdotes oficiantes; huelga religiosa de "orden superior" en manifiesta actitud de rebeldía, de parte del clero católico en contra del gobierno, sin causa alguna que la justificara.

A este respecto y confirmando nuestros conceptos anteriores, escribe Rafael Méndez Moreno:

"El factótum del clero que desde la promulgación de la Carta Magna de 1917 había manifestado no reconocer y combatir de modo esencial los artículos 3o., 27, 123 y 130, seguían luchando por medio del púlpito y el confesionario y poniendo en juego todas sus carroñas facciosas, de acuerdo con sus seculares y sistematizados procedimientos, para obtener sus demandas regresivas. Sólo que, con el triunfo de Obregón, aún más radical que Carranza, y después con el de Calles, de facto sus renovadas ilusiones volvían a desvanecerse, sea en el camino de la rebelión armada, como en tantas otras ocasiones lo habían hecho, directamente o a través de los grupos fanatizantes".

"En efecto y a raíz del conflicto suscitado entre nuestro gobierno y las compañías petroleras imperialistas a causa de la nueva legislación sobre el subsuelo, el alto clero consideró que había llegado la oportunidad que con ansia buscaba, para derribar el régimen de la Revolución, sacando entonces a la palestra, para hacerles el juego a los enemigos de México, el pretexto de la falta de garantías para el libre ejercicio de la religión católica y la cuestión de las leyes persecutorias".

"El Gobierno del General Calles, que hasta en aquel momento no había aplicado las leyes en cuestión, tuvo que responder entonces a la actitud antipatriótica y agresiva, exigiendo de verdad el exacto cumplimiento de la Constitución en materia de cultos; a lo cual la Iglesia contestó con la *Huelga Sacerdotal,* para excitar a la opinión pública y decretando el boicot contra el sistema gubernamental, con tendencias a desquiciar la vida institucional del país e intentar el derrocamiento del Gobierno constituido".

"Con este motivo y auspiciado por determinadas personalidades eclesiásticas, se organizó *La Liga Nacional defensora de la Libertad Religiosa,* misma que desde luego comisionó a sus asociados de la A.C.J.M. Sres. René Capistrán Garza, Luis G. Bustos y al sacerdote Mariano Cuevas, para que se trasladáran a los Estados Unidos del Norte, en busca de la ayuda económica

y moral de los Caballeros de Colón y de las Asociaciones Católicas yanquis, a mendigar el favor de aquella nación".

El escritor Manuel Marcué Pardiñas en su libro *"La Iglesia en América Latina"*, página 84, dice:

"...En realidad la Iglesia tenía otro camino, el de la intervención extranjera: a través de uno de los católicos norteamericanos residente en Nueva York, la Iglesia, siempre por conducto de la Liga, hizo llegar al ex-Embajador norteamericano en México, Mr. James R. Sheffield, un memorandum que *"Los hombres de orden en México* deseaban poner en manos del Presidente Hoover. Los negociadores recibieron la siguiente respuesta de Mr. Sheffield, al negarse a entregarlo: ...He leido el incluso memorandum con gran interés. Ud. sabe cuanto simpatizo con los asuntos que trata... No creo que los Estados Unidos pudieran o quisieran intervenir en lo que pudiera llamarse asuntos domésticos de un país vecino. Incluyo entre estos (los asuntos domésticos), la libertad política, la libertad de imprenta, la libertad de cultura y educación, etc. Sería muy difícil aun ejercer presión sobre un país vecino que negara la libertad religiosa a su propio pueblo. El memorandum pide que Mr. Hoover empeñe su palabra de no mantener amistad alguna con cualquier gobierno de México que no dé amplias garantías para la libertad cívica... Esto prácticamente significa la cesación de relaciones con México...".

"Este fracaso no desanimó a los clericales. René Capistrán Garza... tuvo varias entrevistas con el Secretario de Estado norteamericano en la Casa Blanca; al fracasar Capistrán se nombró para esa comisión al Sr. Emmanuel Amor, quien tampoco tuvo buen éxito y entonces se encomendó la delicada misión al Sr. Alberto María Carreño... que rechazó la designación, y entonces la Liga se dirigió directamente a la Casa Blanca. Lo que en esencia se pedía era que los Estados Unidos ejerciesen un protectorado sobre México. Decía la solicitud: *Protección Jurídica, permítase ese nuevo término, si la quiere el pueblo de México.* Entiende por ella la aplicación a nuestra vida pública de ciertas leyes americanas, con su propia jurisprudencia. Estas leyes son exclusivamente las que se refieren a la interpretación del principio humano de la Libertad en los 5 puntos enumerados (en la solicitud seguramente)... Este es un género de protección que dignifica a los dos pueblos, sin humillar al protegido, ni fomentar codicias egoistas en el protector...".

¡Vaya una manera de entender la dignidad, pidiendo una protección de todos modos humillante!

"Un último intento desesperado hicieron los señores de la Liga para provocar la intervención norteamericana en México. Decidieron plagiar al Embajador de los Estados Unidos, Mr. Morrow, o asesinarlo, para provocar la reacción de la Casa Blanca. Por esos días circuló un volante anónimo... Decía el volante: "Mr. Morrow, está Ud. colmando la medida ¡Cuidado, mucho cuidado! Un pueblo enfurecido es cosa terrible...! Tema Ud. la ira del pueblo, tema Ud. la ira de Dios!".

"Unos días después de la aparición de este volante los periódicos daban la noticia de que Mr. Morrow había estado a punto de morir, cerca de Huitzilac, en el camino de Cuernavaca, en una lucha entablada, al paso del diplomático, entre una gavilla de cristeros y las fuerzas federales".

Ya veremos en páginas posteriores cómo a pesar de los fracasados intentos de traer la intervención norteamericana, no se dieron por vencidos y enviaron comisionados con instrucciones especiales a Inglaterra, a España y a otros países de Europa, terminando sus antipatrióticas gestiones, como en los tiempos de la infeliz archiduquesa Carlota Amalia, en las elegantes posesiones residenciales del Vaticano, cuyo, jerarca máximo, el Papa Pío XI, se contentó con enviarles su *Bendición Apostólica.*

"El Ing. Jorge Núñez afirmó públicamente en los Estados Unidos que la rebelión estaba sancionada por el Papa y que podía consultarse directamente en caso de duda, a la comisión residente en Roma, presidida por el Arzobispo de Durango, José María González Valencia, quien el 11 de febrero de 1927 había expedido una carta pastoral en la que, entre otras cosas decía: "...Después de haberlo pensado largamente ante Dios y de haber consultado a los teólogos más sabios de la ciudad de Roma, debía decirles: *Estad tranquilos en vuestras conciencias y recibid nuestras bendiciones*".

¡Ah qué conocimientos y tino de los sabios teólogos a quienes este mitrado consultó! Porque, tanto las bendiciones del "infalible de Roma", como las de él, les valieron un serenado comino a los cristeros.

Entre tanto y mientras eran "peras o manzanas", el clero mexicano, como en el siglo pasado se dividía: por una parte los sacerdotes verdaderamente cristianos, patriotas, respetuosos de las leyes y conscientes de su verdadera misión apostólica. Por la otra, los curas retrógrados, unos cultos y otros ignorantes; políticos facciosos, dedicados fervientemente a azuzar al pue-

blo para que tomara las armas y para ello supieron muy bien aprovechar las regiones del país más fanatizadas para hacer labor de proselitismo, tocándoles las fibras más sensibles: La Patria, la Religión y la Familia.

Así fue como principió este conflicto clerical, no religioso, en el cual la Iglesia Católica no podrá negar jamás su directa participación.

Por mucho que se empeñe en eludir la responsabilidad de este gran crimen, nunca podrá borrar la negra mancha de traición; porque la sangre de muchos mexicanos y los hechos hablan claro; y no fueron a luchar cristianos en contra de moros mahometanos o de otra religión, sino ¡y esto es lo más reprobable!, la iglesia católica, con una falta absoluta de moral cristiana, provocó y sostuvo la guerra civil de católicos en contra de católicos. ¿Por qué? Porque unos eran fanáticos, ciegos defensores de sus bastardos intereses terrenales... y los otros eran verdaderos patriotas fieles al Gobierno y amantes del progreso de su Patria.

Los adeptos de las otras y diversas religiones que se profesan en México obedecieron sin discutir las disposiciones gubernamentales. Hasta la fecha, después de haberse registrado sus ministros o pastores oficiantes, se abstienen de hacer manifestaciones de culto externo, no solamente por no "chotear" y que el pueblo creyente les pierda el respeto a las prácticas religiosas, sino principalmente por el respeto que le merecen las leyes del país en que viven. No sacan procesiones públicas, ni ostentan ridículas vestimentas monacales, insignias, medallas, escapularios y otros objetos reveladores de tendencias sectaristas.

Sólo el clero católico, viendo en todas partes "moros con tranchetes", encontró persecutorias algunas de las normas constitucionales y violadas, según su estrecho criterio, todas las libertades humanas: la de asociación, la de enseñanza, la de imprenta; libertades por cuya conquista jamás ha propugnado; y antes bien, cuando ha podido las ha pisoteado.

Esas libertades, si se trata de católicos, deben ser "sagradas" e invulnerables... Tratándose de "impíos, protestantes, herejes o masones", no importa que se violen y que se conculquen todos los derechos... porque entonces es *"Santo y Bueno"*, a *"La mayor honra y gloria de Dios y..."*, que haga su divina voluntad".

Con los antecedentes que hemos mencionado y ante la actitud altanera y desafiante del clero, por conducto del episcopado mexicano y los públicos preparativos bélicos de la *Liga de*

la Defensa Religiosa, el Presidente de la República, General Plutarco Elías Calles, hizo por la prensa a su vez, las siguientes declaraciones:

"Cuando un grupo religioso cualquiera, sin tomar en cuenta la ideología religiosa o filosófica del funcionario, manifiesta abierta y públicamente no estar dispuesto a obedecer la constitución del país, las leyes que de ella emanen y las disposiciones del Gobierno ¿que debe hacer el Gobernante, consciente de sus responsabilidades y de los deberes contraidos ante la Nación y con el pueblo que lo llevó al poder? ¿Qué puede y debe hacer el Gobierno de un País en el que un grupo social cualquiera, desconoce públicamente la *carta fundamental,* anuncia sus propósitos de combatirla e incita a la vez al pueblo al desconocimiento de esa misma Constitución?".

No sabemos si calificar de audacia o de supina torpeza esta inoportuna, impolítica y antipatriótica actitud del Clero Católico.

Como era de esperarse, el conflicto subió de punto cuando, sin tomar en cuenta los serios problemas internos y hasta de carácter internacional que confrontaba el régimen, partidas de verdaderos salteadores, porque no se les puede llamar de otra manera, al grito sacrílego de *"Viva Cristo Rey"* y con el estandarte de la guadalupana, se dedicaron, como principio de cuentas a asaltar pueblos y rancherías indefensos, asesinando a campesinos que no quisieron seguir "la santa causa" y a maestros rurales que, de acuerdo con el art. 3o. constitucional, no impartían en sus escuelas, enseñanza católica.

Para justificar esos actos delictuosos se apoyaban, además de en la autorización pontificia, en los ejemplos, remontándose a épocas remotas, de Luis IX de Francia que llevó al matadero de las *"Santas Cruzadas",* a miles de fanáticos creyentes; de Pío V Papa que contribuyó al hundimiento en Lepanto, aniquilando a los ejércitos mahometanos. . .

"Deus Meunque Jus", (Dios y mi derecho) y *"Viva Cristo Rey",* iban inscritos en las banderas que llevaban a la lucha armada a muchos jóvenes seminaristas o estudiantes de escuelas católicas, a quienes los curas y profesores fanáticos entusiasmaban con sus prédicas y sus discursos incendiarios. Esos jóvenes a su vez irían a levantar de sus campos de labor a los ignorantes campesinos, rancheros sinceramente creyentes, a quienes se les tocaban, además de los sentimientos religiosos, sus instintos de machismo y de lealtad.

Para que se vea hasta donde llegaba la hipocresía, el poco valor y la ninguna conciencia de responsabilidad de los altos dignatarios eclesiásticos y de la desconfianza que ellos mismos tenían en la mal llamada "causa de Dios"; después de las declaraciones episcopales, cartas pastorales y demás, el 1o. de mayo de 1927, desde San Antonio Texas, el Arzobispo Mora y del Río, y otros prelados del episcopado mexicano, siete en total, firman y publican el siguiente documento:

"Durante los primeros días de nuestro destierro nos hemos indignado grandemente al leer las atroces calumnias del Gobierno Mexicano. Ahora hablamos solo por la necesidad de contestar a un Gobierno que cree necesario encubrir su odiosa campaña contra la religión".

"Ante todo declaramos que nosotros y todos nuestros sacerdotes y muchos seglares somos víctimas de la más cruel persecución religiosa de los tiempos modernos. Tanto las leyes que han sido aprobadas como la inhumana aplicación de ellas, son suficiente prueba de ello".

"Nunca hemos deseado llevar la intervención extranjera armada a nuestro amado México. En 1914 y en varias ocasiones de ese año, los obispos mexicanos hemos empleado nuestra influencia moral para evitar esa intervención, y ahora repetimos que desaprobamos y la repudiamos con todas nuestras fuerzas...".

Estos Excelentísimos señores Obispos y Arzobispos fingen ignorar las gestiones de los dirigentes de la *Liga de la Defensa Religiosa,* auspiciada por ellos; han olvidado que durante la decena trágica fraguaban conciliábulos en la Embajada Norteamericana con el funestísimo Mr. Wilson, azuzando a Huerta y a Félix Díaz por trasmano, para que asesinaran a Madero y a Pino Suárez; que al llegar al poder el usurpador Victoriano Huerta, fue público y notorio, que todos los obispos y sacerdotes, por instrucciones de ellos, predicaban desde la cátedra sagrada, que se rezara, implorando la ayuda divina, para que se conservara en el gobierno al citado General Huerta... Y que, una vez triunfante la Revolución Constitucionalista, precisamente en ese mismo año de 1914, los obispos que huyeron, dejando abandonadas sus diócesis, desde San Antonio Texas por boca del intemperante Manrique y Zárate, pedían la intervención del Gobierno Americano.

La propaganda subversiva salía de los diversos organismos clericales manejados directa o indirectamente por el Clero: Caballeros de Colón y las diversas asociaciones confesionales cuyos disciplinados miembros repartían profusamente los volantes impresos que salían de la Liga, para toda la República, en cuyos

volantes, antes que todo, se declaraba la licitud de la rebeldía. El Obispo de Durango y la comisión de obispos refugiados en Roma, declaraban a "toda orquesta" *que los seglares católicos estaban justificados, por sobre el expreso mandamiento de no matarás,* al ocurrir a las armas y que los cristeros eran *los legítimos paladines de la iglesia católica* y tenían el derecho supremo de defenderse de sus perseguidores. Por consiguiente no se les podía impedir ni reprobar el haber resuelto reivindicar con las armas, los bienes supremos de la fe y de la Religión...".

El Delegado Apostólico, Monseñor Leopoldo Ruiz y Flores, aseguró a todos los obispos mexicanos, en circular expresamente dirigida a ellos, *"que el Santo Padre* (entonces Pío XI), le había repetido, no una, sino varias veces, estas palabras: *"Yo no puedo reprobar como ilícita la defensa armada de los católicos mexicanos".*

Ahora bien: después de todas estas fehacientes pruebas, ¿podrá todavía negar la Iglesia Católica Romana y su clero, la intromisión, en los asuntos políticos del País y su intervención en la fracasada rebelión cristera?

Y decimos fracasada rebelión, porque si fijamos nuestra vista en un mapa de la República y señalamos con manchas negras las partes de las regiones montañosas en los tres o cuatro Estados en que más formalmente operaron los más numerosos grupos de cristeros y hasta en las que gavillas diversas, anduvieron siempre a salto de mata, nos convencemos de que en realidad ocuparon y eso temporalmente, una insignificante parte del territorio nacional. Muy a pesar de las exageradas afirmaciones de escritores clericales, jamás tomaron ni retuvieron ninguna plaza o ciudad importante, ni en lo general presentaban seria resistencia en los numerosos combates, tiroteos y escaramuzas en que una que otra vez se empeñaban.

La gente del pueblo, más que con asombro, veía con indiferencia que los sacerdotes católicos arrastraran a unos cuantos ilusos fanáticos, a una contienda sin objeto y sin razón. Malos pastores que en lugar de proteger a sus ovejas, las ponían frente a las bocas de los lobos... o las empujaban ellos mismos para que se las comiera el tigre.

Es verdad que esas pobres ovejas eran para la jerarquía eclesiástica, de poca o ninguna importancia: eran "la masa informe, inconmovible de infelices católicos que solo rezan y se dan golpes de pecho, contentándose con ponerse en cruz, sin practicar realmente sus creencias ni levantar ninguna bandera".

"Jamás nuestro Ejército Libertador —confiesa desilusionado uno de sus panegiristas— emprendió una marcha arrolladora,

ni hemos podido sostener por mucho tiempo las ciudades conquistadas... Nuestras municiones son rápidamente agotadas en simples escaramuzas, y las armas, reunidas poco a poco de aquí y de allá, son de tal variedad, que se hace más difícil el abastecimiento. Toda nuestra potencia táctica reside en la movilidad, en golpes de audacia sobre pequeños depósitos militares mal guarnicionados; sobre las defensas agrarias bien equipadas pero sin disciplina y preparación del Ejército regular... y después, el repliegue inmediato a las montañas abruptas que constituyen nuestra mejor fortaleza".

Más que fortaleza, eran refugios a donde iban a esconder su impotencia material y su incapacidad militar.

Sin embargo, vamos a seguirlos en sus descabelladas aventuras comentando y haciendo rectificaciones en donde sean necesarias, sin mencionar mas que las acciones de armas que vulgan la pena, tomando los datos y documentándonos en las obras escritas, en Memorias y Novelas, de los mismos cristeros o de sus apasionados portidarios. Haremos desfilar a muchos de sus héroes y mártires, muchos de los cuales ya habrán merecido el honor de los altares y tal vez como el Padre Pro, serán autores de portentosos milagros, pero que desde sus tumbas estarán repitiendo: *Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.*

— III —

EMPIEZA LA DANZA MACABRA
LA IGLESIA ARROJA EL GUANTE

Acordada, bendecida y sancionada la lucha, para lo cual y como principio de cuentas, la Iglesia había arrojado el guante en son de reto, ya lo dijimos, no al General Calles, sino al Gobierno legalmente constituido, al régimen revolucionario en el Poder, tenía que organizar un cuerpo director que técnicamente se hiciera cargo de las operaciones militares de "la santa cruzada"; una especie de *Estado Mayor General.*

Así nació la *Liga Defensora de la Libertad Religiosa,* con sus correspondientes apéndices y adláteres: *Los hermanos de la "U"* (Unión de Católicos), *Asociación Cristiana de la Juventud Mexicana* (A.C.J.M.), *Damas Católicas* y *Terceras de San Francisco, De la Vela y del Socorro Perpétuos,* todos ellos asesorados y controlados por los curas directores espirituales, en lo eclesiástico, y en lo secular, por los viejos zorros apolillados, *Los Caballeros de Colón,* detrás de los cuales y amparados por las sombras de la discreción, operaron los Obispos y Arzobispos, unos en el país y otros en el extranjero.

Los dineros para esta aventura tendrían que proporcionarlos, además de algunos, muy pocos de los citados *caballeros,* los hacendados, los industriales, los ricos comerciantes, conjunto que constituye lo más selecto de la reacción mexicana.

Con esta clase de pájaros de cuenta, la Iglesia Católica podía llegar a todas las ignominias, para que con su cooperación, se cometieran los más horrendos crímenes de que sean capaces de cometer los humanos más perversos; porque, el juramento de esos mal llamados Caballeros lo dice todo. Son los jesuíticos imitadores de los Borgias, caballeros del veneno y del puñal que no deben tentarse el corazón cuando "de la honra y gloria de Dios se trate". En el capítulo siguiente daremos a conocer los párrafos más salientes de ese famoso juramento.

Los de *La Liga* con la ayuda de sus lugartenientes, e inspirados en los más innobles y anticristianos sentimientos, dieron

principio a la organización militar de las "primeras unidades tácticas", secundados eficazmente por los sacerdotes, párrocos de los pueblos y las beatas de todas las categorías sociales, sacristanes y "niños bien", de los que años después resultarían los "rebeldes sin causa".

Así se formaron, aunque con raquíticos contingentes, el Regimiento de *"Cristo Rey", "El Batallón de la Santísima Trinidad", "La Compañía Guadalupana"* y las *"Brigadas de Santa Juana de Arco",* estas últimas reclutadas entre las mujeres jóvenes y guapas que inicialmente estaban destinadas a los servicios, entre otros, de espionaje, contraespionaje y aprovisionamiento. Ya veremos a muchas de estas "heroinas" que nosotros por sus complejas actividades, llamamos "amazonas, marimachos, vírgenes (?) y mártires", algunas de las cuales se hicieron célebres por el papel que desempeñaron, en los distintos aspectos de la lucha.

Estos elementos, como ciegos obedientes engranajes de una maquinaria siniestra que lo era el clero, director general de todas las maniobras, se pusieron en acción, desempeñando cada uno "religiosamente" el papel que les había previamente asignado.

Digamos algo de la manera y de los medios de que se valieron para reclutar esas Brigadas, Batallones, Regimientos que habían de constituir el *Ejército Libertador* y más tarde *La Guardia Nacional Cristera.*

Entre otros, se invitaba a los ingenuos rancheros para una fiesta o una peregrinación, al pueblo más cercano y en donde una imagen milagrosa los recibiría como a hijos predilectos, con los brazos abiertos.

Una vez reunido el mayor número de creyentes, el cura les hablaba de la lucha en defensa de "la causa de Dios" y durante la procesión del *"Santísimo"* en la brillante custodia y con voz emocionada y temblorosa, les soltaba a boca de jarro, estas o parecidas palabras:

"Id a la lucha, hijos míos, a combatir por Dios, a matar herejes, a destruir a los impíos, protestantes y masones que están en el Gobierno de Calles, excomulgados por la Iglesia como enemigos de la Religión.

Yo os aseguro que las balas enemigas os respetarán. La sombra de Cristo os seguirá por todas partes para protegeros".

Después de esta ferviente perorata, no faltó de entre los rancheros uno más entusiasmado que gritara: ¡Ay chispas; con estos truenos quién duerme! ¡¡Entrenle, valedores y... ya para luego es tarde!!

En seguida se les repartían estampas, reliquias y escapularios benditos, se les colocaba en los sombreros, sobre la toquilla, listones de colores con la leyenda de *"Viva Cristo Rey"*.

Esto mismo se hacía en varias regiones del país a la vez, de preferencia en los Estados en donde abundaban los analfabetas, fanáticos e ignorantes.

No podríamos precisar en qué lugar de la República fue en donde primero se prendió la mecha de la rebelión, aunque desde 1926, en varias partes a la vez hubo brotes esporádicos, mientras en la capital y en las poblaciones importantes de los Estados, se llevaban a cabo otras actividades preliminares, de las que nos ocuparemos más adelante, ya que por ellas se tuvo la certeza de que la guerra civil estaba próxima y que a los conjurados rebeldes, no habría poder humano que los detuviera. Las nubes negras se desencadenarían convertidas en tempestad.

Sin previo acuerdo y tal vez no siguiendo el plan y programa cristeros, se levantaron en ese año, en Guerrero los hermanos Amadeo y Baldomero Vidales en las cercanías de Acapulco; en Chilapa un llamado general Hernández y Victorino Bárcenas en los límites de Morelos y Guerrero, excursionando por las rancherías de los alrededores de Taxco e Iguala. Fueron batidos por separado y uno de los cabecillas, Hernández, fue sometido a consejo de Guerra extraordinario en Chilpancingo, condenado a muerte y fusilado allí mismo. Esa región quedó completamente pacificada, desde entonces.

Entre tanto la campaña de prensa se intensificaba y la Liga de la Defensa Religiosa había ostentosamente decretado, dizque para paralizar la vida económica del País, lo que dió en llamarse el boicot, o sea el intento de suspensión de las actividades en algunos aspectos de la vida social. Se les ordenaba a los católicos, que suponían lo era toda la Nación, que no compraran sino lo extrictamente indispensable; no asistir a teatros, cines u otras cualesquiera clase de diversiones. Vestirían de negro, hombres, mujeres y niños y... las campanas de los templos, tocarían a muerto, en señal de duelo y como una contraseña de que se mantendría en vigor el boicot.

Se empezaron a provocar inexplicablemente, motines callejeros, en los cuales predominaban mujeres, azuzadas por estudiantes seminaristas y de escuelas católicas, hasta de la Universidad Autónoma; hijos o parientes de recalcitrantes clericales, quienes en ocasiones lucharon cuerpo a cuerpo con los gen-

darmes y bomberos que se destacaron para guardar el orden. Hubo heridos de una y otra parte... Corría de esta manera la primera sangre en los albores de una contienda entre hermanos provocada a ojos vistos por los sacerdotes, por los jerarcas del Clero que decían profesar una religión de *paz y de amor*... Este fue el principio de una *Gran Danza, Macabra* y sangrienta que costaría muchas vidas de mexicanos católicos.

— IV —

UN JURAMENTO ANTICRISTIANO Y SALVAJE: EL DE LOS CABALLEROS DE COLON

No por muchos es conocido el anacrónico, semisalvaje y anticristiano juramento, y como vamos a citar el que se exigía a los cristeros reclutas y que por su ingenuidad es digno de conocerse, antes trascribiremos los párrafos más salientes de ese documento que consta en el libro de actas de la Cámara de los Estados Unidos, país en donde nació esa agrupación de jesuítas modernos, formada por viejos cárcamos de exhibición... Y vayamos al grano, suprimiendo rodeos.

Después de invocar a todos los santos de más relieve y el nombre del ser Supremo, se lee:

"*....Declaro además y prometo que no tendré opinión ni voluntad propia, ni reserva mental alguna; que como un cadáver obedeceré incondicionalmente cada una de las órdenes que reciba de mis superiores en la milicia del Papa y de Jesucristo... Que iré a cualquiera parte del mundo a donde se me envíe: A las regiones frígidas del norte, a los espesos montes de la India... y prometo* (aquí va lo bueno) *y declaro que haré, cuando la oportunidad se me presente, guerra sin cuartel, secreta y abiertamente, contra todos los herejes, protestantes y masones, tal como se me ordene hacer; extirparlos de la faz de la tierra... y que no tendré en cuenta ni edad, sexo o condición... y colgaré, quemaré, hervire, destruiré, desollaré vivos a esos infames herejes; habriré los estómagos, los vientres de sus mujeres y con las cabezas de sus infantes daré contra las paredes, a fin de aniquilar a esa excecrable raza. Que cuando esto no pueda hacerse abiertamente, emplearé secretamente la copa del veneno, la estrangulación, el acero, el puñal o la bala de plomo,* (todavía entonces no se conocía la bomba atómica ni la de hidrógeno), *sin tener en consideración el honor, rango, dignidad o autoridad de las personas, cualquiera que sea su condición en la vida pública y privada; tal como sea ordenado, en cualquier tiempo, por los agentes del Papa, o el superior de la hermandad*

del santo padre de la Sociedad de Jesús. Que daré mi voto siempre por uno de los Caballeros de Colón, con preferencia a un protestante, especialmente a un masón; y que haré que todo mi partido haga lo mismo... que me proveré de armas y municiones, a fin de estar listo para cuando se me dé la orden de defender a la Iglesia, ya sea como individuo o en la milicia del Papa... colocaré a una señorita católica en familias protestantes, para que semanariamente rinda informes de los movimientos familiares de los herejes...".

Para muestra con estos pequeños botones basta. Imitando burdamente a este modelo de juramentos que por su perversidad, más que asco, inspira desprecio, se exigía a los novatos cristeros uno por el estilo y era precedido de cierto formulismo espectacular.

Al toque de un destemplado clarín o de un monótono cuerno, los rancheros improvisados de soldados del Papa, presentaban como podían las malas armas de que los habían provisto y que a duras penas se habían conseguido. Los sombreros de petate sobre el suelo y con los ojos fijos y con santa emoción, en las banderas con los símbolos cristeros, el que la hacía de Jefe les pregunta a los reclutas con solemnidad:

"¿Juran por Dios de los Cielos y por su Santísima Madre, defender la Santa Causa y esta Bandera (era nada más un pedazo de trapo viejo en una garrocha) *y no dejársela quitar, aunque pierdan la vida? Cristo la pone en sus manos y la confía a su custodia".*

Todos juran a gritos y después el imprescindible *"Viva Cristo Rey".*

De la novela *Los Cristeros* de J. Guadalupe de Anda, tomaremos algunas escenas y algunos de sus pintorescos y amenos párrafos, porque esas escenas se repetirán en varias partes del país.

"Al grito de *Viva Cristo Rey,* responde la turba disparando sus armas".

"Aquello les enardece y hace crecer sus bríos... Como clarinada del juicio final convocando a los muertos, vibran los cuernos sacudiendo los campos en reposo y la columna se pone en movimiento".

Esto pasaba en Jalisco y se trataba de atacar a San Miguel.

"Después de un rato, pasado el entusiasmo, los más van silenciosos, reflexivos. Algunos para disimular su turbación tosen estrepitosamente. Otros sacan sus eslabones para hacer lum-

bre y encender sus cigarros. Comienza a soplar viento chivero, presagio de la helada... Los hombres desanudan sus frazadas, echándose el rifle a la espalda".

No vamos a seguir al escritor citado en todos sus bien logrados diálogos; le tomaremos únicamente lo que más encaje en nuestros fines de comentaristas.

"¡A tomar San Miguel, a tomar San Miguel! Se oye un grito unánime... Y, a las órdenes de Policarpo, salen a tomar aquella plaza... Policarpo ya llevaba en el sombrero, en lugar de águila, una estampa de Cristo y sus 300 hombres irían a sumarse a los contingentes del padre Vega, en el Rincón de Chávez".

"Este pequeño *cuerpo de ejército Cristero,* ya desde esos días soñaba que, con la ayuda de Dios, no tardarían en poder apoderarse de la Capital de la República".

Ese dorado sueño lo alentaron todas las gavillas cristeras en todo el tiempo que anduvieron a salta mata, en todas partes.

"El cura Vega, montado en su caballo tordillo, con chaqueta de cuero y pantalón ajustado. Un sombrero negro sustituye al litúrgico bonete. En lugar de hisopo que arroja agua bendita, debajo de la ación de la silla ranchera, lleva un 30-30 que escupirá balas y matará hombres, en nombre de Cristo Rey".

"Había que llegar a San Miguel favorecidos por las sombras de la noche y sorprender dormida a la Defensa...".

"¡San Miguel de los Alcaás al frente!..., los perros de los arrabales parecen estar dormidos o tener miedo, más que los que van a atacar al pueblo, y no ladran". La columna se detiene... Antes de tomar sus posiciones se calan los barboquejos, se aseguran el sombrero, sacan sus medallas y sus escapularios, se santiguan y montan nuevamente, musitando oraciones ¡Sombra de Señor Santiago, cúbreme!...".

"Así estalló la rebelión confesional —escribe Méndez Moreno— iniciada en 1926, en la región de Los Altos, Jalisco, que se extendió a poco tiempo por todo el Estado, por el Bajío, Michoacán, Colima, Aguascalientes, parte de Guerrero, Zacatecas, Durango y Nayarit. Miles de hombres, vilmente engañados, empuñaron las armas matando a indefensos servidores del Gobierno y cometiendo las peores venganzas y crímenes, para luego remontarse a los cerros. Las parcelas, los campos, los pequeños talleres y los hogares quedaron abandonados por los católicos caídos en error, sublevados por mero machismo, dizque para defender a Dios, a la Patria, a la Libertad, bajo la tradicional bandera de *Religión y Fueros,* como en tiempos

de *La Reforma*. Los pueblos se volvieron a dividir y entre las mismas familias surgieron las divisiones. *Las Hijas de María, Las Damas Católicas* y demás organizaciones femeninas controladas por la Iglesia, tenían encomendada la labor de obligar a sus padres, a sus esposos, a sus hermanos, a sus hijos, a tomar las armas en defensa de Cristo Rey y a suministrar víveres y parque a los sublevados... Fue aquello una lucha cruel, injusta, ignominiosa y sin cuartel...".

Como ya apuntamos en páginas anteriores, aún en los Estados en los que por haber mayor proporción de fanáticos católicos, las prédicas disolventes de cura, beatas y caballeros de Colón eran más convincentes y más eficaces, jamás las gavillas de cristeros, por bien equipadas y nutridas que fueran, pudieron obtener verdaderos éxitos tácticos y muchos menos estratégicos. En lo general no pasaron de ser escaramuzas, tiroteos y uno que otro combate de importancia, con enormes pérdidas: asaltos aislados a tren de carga o de pasajeros mal escoltados y a pueblos con escasas guarniciones, a rancherías indefensas o a cuadrillas de ejidatarios inermes. Jamás tomaron ni retuvieron en su poder una capital de Estado o población de importancia, ni pudieron dominar civil, militar ni administrativamente, sino regiones apartadas de los centros poblados.

Esta desventurada tragedia, más política que religiosa, más clerical que católica, costó a la nación muchas vidas y perjuicios, desde el punto de vista económico, más a la Iglesia católica que al Gobierno.

Exageraciones y mentiras garrafales a granel se propalaron en numerosas publicaciones, libros, periódicos y folletos, memorias y románticas novelas que, escritas algunas por sacerdotes, el clero mismo ha hecho circular. En todas ellas se nota la estudiada parcialidad y la marcada tendencia a desorientar a la opinión pública, descubriendo sus frustrados anhelos de obtener un triunfo, un éxito en la empresa, que jamás les llegó, a pesar de las bendiicones e indulgencias que les mandaron sin cesar, desde el Papa de Roma, Pío XI, hasta los obispos y simples curas de pueblo. Jamás esos escritores clericales han podido justiifcar con todas sus argucias y argumentaciones sofísticas, ante el mundo y ante el pueblo mexicano, esta *Rebelión Cristera* que, como las anteriores de *"Religión y Fueros"*, que registra nuestra historia, solamente para exhibir la miseria moral y el poco talento de los componentes del clero, de las altas dignidades eclesiásticas, el Papa y las jerarquías subalternas.

Inútilmente se empeñan en deslumbrar al pueblo con alardes de una fuerza real de que carecen, con esas procesiones y peregrinaciones que en lugar de fortalecer la fe de los creyentes, cada día la debilita más y se va perdiendo la confianza en los sacerdotes y en la religión. Los privilegios, las consideraciones y el respeto religioso de que los curas gozaban en otros tiempos, quedaron sepultados, con los restos de Maximiliano, Mejía y Miramón, en el cerro de Las Campanas... y el Cerro del Cubilete que esperaban fuera la tumba, no de Calles, sino de la Revolución y de las Instituciones liberales, y desde el cual soñaban que reinaría Cristo, coronado Rey, de México y de América, es solamente un triste monumento que recuerda y recordará por muchos años, la derrota en todos los terrenos de los que creyeron invencibles paladines defensores, no de Dios, de la religión ni de Cristo, sino de sus intereses terrenales.

Todavía de vez en cuando grupos de Cristeros de la vieja Guardia de Gorostieta, van a ese cerro a "llorar como mujeres lo que no supieron defender como hombres".

— V —

SE AVIVA Y CUNDE "EL FUEGO SANTO" PRIMEROS BROTES REBELDES

Puede cosiderarse también como uno de los primeros brotes rebeldes a fines de 1926 y principios de 1927, la salida de un grupo de estudiantes y obreros que merodearon por la serranía del Ajusco, en los límites del Distrito Federal, el Estado de México y parte del de Morelos. Muchachos todos ellos llenos de "santas ilusiones", de corazón sano, pletóricos de entusiasmo por unirse y formar parte de *"Los Libertadores del Sur",* como llamaron a los que se habían levantado y habían sido prontamente aplacados, en esa región, que comprendía los Estados de Guerrero, México y Morelos.

Esta correría, de más o menos tres meses y medio, que en el *"El Diario de un Cristero"* aparece como una de las grandes hazañas de los primeros *"Cruzados",* candidatos a mártires y a santos, fue dirigida y encabezada por miembros destacados de la A.C.J.M., los jóvenes Armando Tellez Vargas y Manuel Bonilla. El número de los que los secundaron no llegaron a veinte, mal armados, y sin ninguna clase de elementos, para hacerle frente a esta nueva "guerra santa" y teniendo que operar en terreno desconocido, el Ajusco y el Monte de las Cruces.

Salieron de Tlalpan el 1o. de enero de 1927. "Muchos, dice el autor del *Diario* que citamos, no habían disparado una arma en su vida; pero *todos iban por Dios y él proveria.* Llevaban pantalón de mezclilla azul, saco de casimir, zapatos de ciudad, unos y los más botas fuertes debajo del pantalón".

"Tres días después de su partida, los periódicos daban noticia de sus actividades (?). En *"Excélsior"* se leía: *"Asalto sin consecuencias en Topilejo.* Varios automóviles fueron detenidos por un grupo de hombres (?) armados, que solicitaron de los pasajeros comida, armas y dinero, sin cometer violencias ni actos de pillaje con nadie. El asalto ocurrió en Las Raíces, entre Parres y Topilejo, sobre la carretera de México a Cuernavaca, como a las 4.30 hs. El grupo de asaltantes parecía obedecer las

órdenes de un individuo, de buena apariencia, vestido con traje de charro. Eran unos treinta, la mitad a pie y el resto a caballo, armados con carabinas 30-30. Ante la actitud correcta de los asaltantes, los pasajeros les dieron unos cuantos pesos, así como algunos víveres".

El "Universal Gráfico" de fecha 3 de enero hizo el siguiente comentario: *"Asaltantes de Guante Blanco"*.—Una de dos; o nos hemos olvidado de la manera de revolucionar, o los armados que ayer aparecieron en Topilejo son neófitos o unos perfectos ilusos. Miren ustedes que andar a "salto de mata", por cerros y matorrales, para hacer irrupción en un camino y decir a los pasajeros, con la mejor de sus sonrisas: ¿Quieren ustedes si a bien lo tienen, darnos algún alimento, algún dinero del que les sobre y algunas armas de las que no necesiten mucho? De tal manera desusada por cierto en nuestras revoluciones, se portaron los que ayer detuvieron coches y camiones en la carretera de Cuernavaca, sin saber hasta la fecha, si esos individuos son alzados en armas, si son bandoleros, si son *Cruzadores de alguna causa desconocida..."* (?).

Los periódicos que publicaban esas noticias, sabían bien quienes eran los asaltantes y de lo que se trataba: no era para ellos desconocida la *causa de aquellos* que fueron los primeros en llamar *Cruzados;* porque entonces, como ahora la mayor parte de esa prensa ha estado del lado de los clericales, en contra de los revolucionarios y de los gobiernos de la Revolución, interpretando engañosamente y "alterando los acontecimientos la verdad de lo que ocurre en el país".

Sin duda estos bisoños y neófitos soldados de Cristo habían leído algo de los episodios de las novelas históricas de Zarco y de Juan A. Mateos, en las que con frecuencia figuraban los "Bandidos generosos" que, al asaltar las Diligencias, tenían las atenciones y muestras de Urbanidad aconsejadas por Carreño.

"El 13 de abril de 1927 los cristeros del general (?) Manuel Reyes cayeron en una emboscada en Puente de La Melera, Estado de México y sufrieron un gran descalabro".

"El Diario de un Cristero" que hemos venido citando habla aparatosamente de una gran campaña, de golpes rápidos de audacia, de esa audacia que en sus sermones y en sus numerosos escritos les aconseja el Padre jesuíta David G. Ramírez, con su seudónimo de *Jorge Gram;* de andanzas por terrenos inhospitalarios, fríos, agresivos, más agresivos que las tropas del Gobierno; y en seguida los repliegues a refugios al parecer inaccesibles al hombre". Tuvieron, es verdad, *"algunos días de triunfos",* de triunfos pasajeros y efímeros, en pueblos y rancherías

pequeñas y sin guarnición, a donde entraban sin encontrar resistencia y en donde los aclamaban delirantemente, sintiendo en ellos la exaltación de *la Libertad Religiosa.*

Luego la misa solemne en "acción de gracias" en la plaza pública, seguida del *Tedéum* y de la retirada, de la inevitable huida a terrenos solitarios, no por falta de voluntad y de valor, sino por la contínua, por la crónica escasés de municiones. Nosotros creemos que, fuera del gentil y caballeroso asalto a la carretera y otros no menos gentiles y caballerosos, en los pueblos aledaños, no tuvieron estos jóvenes audaces acejotaemeros, que constituían "la flor y nata" de la Agrupación clerical juvenil, más que "estratégicos repliegues y prudentes retiradas".

Armando Tellez Vargas y Manuel Bonilla pagaron su "santa audacia" con sus vidas, sacrificándolas inútilmente por una causa que ellos creyeron de buena fe que era justa. ¡Lástima de esfuerzos, de sacrificios y de sangre derramada en defensa de bastardos intereses!

Intencionalmente se han escrito muchas inexactitudes acerca de esta cruenta e injusta lucha, de esta insurrección en la cual, en nombre de Cristo se cometieron muchos crímenes, robos, incendios, asesinatos, violaciones, por los que se llamaban a sí mismos "defensores de sus derechos y de la religión que él fundara, predicando la fraternidad, la moral, la paz y el amor.

Los liberales respetamos en los demás todos los derechos y las libertades, hasta el derecho y la libertad de equivocarse; pero reprobamos la actitud de quienes, a sabiendas, de que mienten, de que engañan y desorientan, a sus mismos partidarios, persisten, todavía después de los hechos consumados, en ocultar la verdad.

Aún cuando los escritores clericales toman como máxima evangélica el principio loyolesco de *"El fin justifica los medios"*, a cuya letra se apegan, llegan en su desmedido afán de "tapar el sol con una mano", a ser insinceros hasta consigo mismos.

En el ampuloso *"Manifiesto a la Nación" que* René Capistrán Garza, se permitió dirigir, encontramos los siguientes párrafos: "...No queremos privilegios para nadie; queremos justicia para todos... El santo derecho de la defensa, he ahí toda la base de la moral de este movimiento. A este derecho inalienable se adhiere fuertemente la conciencia nacional...".

"Se llama a las armas al pueblo y al Ejército Mexicanos, bajo las banderas de la libertad: la hora de la lucha ha sonado, la hora de la victoria pertenece a Dios".

¡Y a la hora de la lucha "les sonaron" en todas partes... y la hora de la victoria no llegó jamás!

Pero ni Capistrán Garza ni ninguno de los encopetados de la Liga y demás asociaciones religiosas, fueron a la lucha armada. Capistrán se autonombró *"Jefe del gran Estado Mayor Cristero"* y *Director General de la Campaña.*

En páginas posteriores en las que volveremos o ocuparnos de este llamamiento al pueblo y al Ejército, ya veremos cómo respondieron el pueblo y el Ejército, con el patriotismo y la cordura que a estos ilusos les faltaron, y que cegados por la pasión fanática religiosa, no se daban cuenta de los garrafales disparates que cometían.

La Liga de la Defensa Religiosa y la Iglesia Católica Apostólica Romana que jamás le han interesado los derechos y garantías que ha conculcado cuantas veces ha podido, ahora secundaban a Capistrán en su descabellado manifiesto. También en un boletín especial se dirigían al Ejército y al pueblo mexicanos, con especiosos y sofísticos razonamientos para que, faltando a sus deberes, a su honor y a su prestigio, se sumaran a los cristeros, volviendo a los ya desusados cuartelazos y motines, como en los tiempos por ellos llorados de los Márquez, Santa Anna y Miramón. Entre otras parrafadas les espetaban: *"Ante la vida o la muerte de la patria,* no hay disciplina militar que valga, y sirvan de elocuentísima confirmación los hechos históricos que recomendamos mucho al valiente Ejército Nacional".

Les recordaban los casos de los Emperadores Romanos; Dioclesiano que fue desobedecido por Constancio Cloro, por no perseguir a los Cristianos, y el de Maximiano que en su expedición a las Galias, fuera también desobedecido por los Tebanos que, por no renegar de su fé, se negaron a ofrecer sacrificios a los dioses paganos.

Pero nuestro Ejército, como decimos antes, formado en su mayoría por católicos, pero católicos no fanatizados, se burló, al igual que una inmensa mayoría de gentes del verdadero pueblo, de sus proclamas y se negó a secundar el movimiento de rebeldía, en la forma y proporciones que el Clero y la Iglesia esperaban.

"Eso no es una revolución, afirmaba el manifiesto de Capistrán; es un movimiento coordinador de todas las fuerzas vivas del País. No es una rebelión; es la enérgica e incontenible represión en contra de los verdaderos rebeldes que, desafiando la voluntad popular, están ejerciendo el poder...".

¡Qué equivocados estaban! En verdad ninguno de los firmantes de proclamas y manifiestos sabían lo que era y cómo podría justamente llamarse a este movimiento que colocaba a la Iglesia, a su clero político y a sus testaferros, en una situa-

ción indefinible. Se habían de hecho metido no en "camisa de once varas", sino en un berenjenal, en un callejón sin salida, determinando con su conducta un conflicto religioso que más afectaría a la Iglesia que al Gobierno.

Todos estuvimos de acuerdo en que aquello no era una revolución y que ni a rebelión llegaba; era simple y sencillamente... *una estupidez.*

Hacerles creer que se iba a luchar levantados en armas, a trastornar el orden, violando las leyes más elementales de la moral y que eso se hacia precisamente en *"defensa de Dios y de la Religión".* ¿No era a la vez contrariar los principios, las doctrinas de Cristo, cuyo reino terrenal, del que él abominó, querían restablecer?

¡Hablar de libertades y derechos humanos quienes cuando han estado en el Poder no han hecho otra cosa que conculcarlos, es la mejor muestra de hipocresía que pueden dar a sus adeptos.

*¡Libertad de pensamiento, libertad de conciencia, de enseñanza, de imprenta, de asociación*L *Independencia absoluta entre la Iglesia y el Estado,* son conceptos que a los clericales les han sonado siempre a hueco. Son ideas que no pueden concebir.

Cuando vemos a un pobre indio, a un campesino analfabeta, que se postra reverente, rindiendo tributo a su ignorancia, ante una imagen que él cree milagrosa, lo compadecemos. Pero cuando vemos en cruz y dándose golpes de pecho a un profesional, a un abogado, a un médico o a un ingeniero, o cualesquiera otros de los que han pasado por las aulas universitarias, musitando de labios para fuera oraciones que no sienten en el corazón y solo para cubrir las apariencias, nos causa repugnancia, porque no es sincero; es un redomado hipócrita, un malvado simulador por conveniencia.

En esta categoría comprendemos a los que, para defender los intereses terrenales del clero católico, lanzaron tales proclamas y firmaron esos manifiestos. Por fortuna el pueblo mexicano, de todas las capas sociales, ha sabido colocar a cada quien en el lugar que le corresponde.

"Los llamados *Cristeros,* dice un escritor contemporáneo, faltos de recursos y decepcionados por lo prolongado de la sanguinaria lucha; desesperados por el hambre y el frío, por la ausencia de sus familiares, comensaron también a darse cuenta de que *habían sido engañados* en su aventura, regresando muchos a sus hogares. Los más aguerridos, olvidándose por completo de su papel de *soldados de Cristo,* y menospreciando las indulgencias ofrecidas por sus directores espirituales, se convirtieron en *viles salteadores de caminos".*

x X x

Querétaro fue uno de los Estados reconocidamente fanático, de los que menos guerra le dieron al Gobierno Federal, a pesar de que durante la rebelión cristera, los gobernadores no fueron definidamente liberales y casi puede asegurarse que caminaron entre dos aguas. No hace falta mencionar sus nombres.

Las partidas de cristeros, en su mayoría provenientes de Guanajuato, Jalisco y Michoacán en donde había verdaderos focos de rebeldes, no amagaron jamás ninguna de las poblaciones de importancia, conformándose con merodear por sus alderredores y sentirse relativamente seguros en los montes, pueblos pequeños y rancherías, a donde las simpatiquísimas señoritas "hijas de María", les llevaban o les hacían llegar, por conductos seguros, además de las imprescindibles estampas y medallas milagrosas, víveres en abundancia, armas y municiones que a duras penas podían conseguir y que, entre "padre nuestro y avemaría", entregaban, dentro de los templos, a los correos, hombres o mujeres que gustosa y voluntariamente, se prestaban a llevarlos.

El que esto escribe, en 1927 y principios de 1928, por dos ocasiones fue Jefe de la Guarnición de esa Plaza... Y puede asegurar que esa Ciudad capital que fuera tumba de la reacción clerical y viera rodar en el cerro de las Campanas las cabezas de Maximiliano, de Mejía y de Miramón, y más tarde la cuna de nuestra actual Constitución, nunca fue amagada por los cristeros rebeldes en forma que alterara la tranquilidad a sus pacíficos habitantes.

Eso si en una enorme proporción ese movimiento contó en la levítica ciudad con simpatizadores, hombres y mujeres que en todas formas le prestaron eficaz ayuda. La abadesa, Concepción de la Llata, más conocida como la madre Conchita, que más tarde tomara activa y principal participación en el asesinato del Gral. Obregón, fue una de las activas y eficaces colaboradoras.

A pesar del ambiente tranquilo, una mañana, sin recordar fecha, un Sr. Martínez, dueño de algunos camiones de pasajeros, fue a avisarme, todavía con terror pintado en el rostro, que en el camino a Celaya había sido asaltado uno de sus vehículos, por los rebeldes que, robando al pasaje, se habían llevado prisioneros al Cap. Federico Zavala y al Senador Bermúdez, a quienes despojaron además de sus pistolas 45 y los llevaban consigo para fusilarlos. A esas alturas los cristeros no eran los bandidos generosos que al asaltar el camión de pasajeros, los

trataban con el sombrero en la mano, con las muestras de la más refinada cortesía y en los labios la mejor de sus sonrisas. Ya entonces eran los feroces y vulgares salteadores, como los de Río Frío, del Puente del Rebocero o del Monte de las Cruces, que no se paraban en pintas, ni les asustaba la magnitud del crímen. Se creían verdaderos guerrilleros de la causa de Cristo, al que constantemente invocaban.

El asalto tuvo lugar, según el informante Martínez, a pocos kilómetros de la capital queretana y el número de asaltantes se calculaba entre 80 a 100 regularmente armados. El mismo Sr. Martínez se prestó a proporcionar sus camiones, además de conseguir los que fueran necesarios, con sus compañeros del ramo, a fin de que, con la mayor rapidez posible, se trasladaran las tropas federales al lugar de los sucesos.

No encontrándose en la Plaza el Jefe de Operaciones militares, de acuerdo con el Jefe de Estado Mayor, Coronel Raúl Gárate, ahora General de División, Oficial Mayor que fue de la Defensa Nacional y Senador de la República, se ordenó que en varios de los camiones requisados salieran cien hombres de Infantería y que el Escuadrón de Caballería agrarista, a las órdenes de Saturnino Osorio, salieran también por tierra con el mismo rumbo. Cuatro Oficiales y el Jefe de la Guarnición, en un carro Dodge, acompañados de guías conocedores del terreno, proporcionados por el Sr. Francisco Urquiza, dueño de la hacienda de Jurica, se adelantaron a la columna, para darse cuenta de la situación del enemigo.

Esperábamos tener por los datos anteriores, un encuentro reñido e íbamos preparados a sostener un combate en toda forma; pero al avistarlos cerca de la hacienda de Obrajuelo, nos dimos cuenta de que iban en plena retirada y casi en vías de dispersarse. No intentaron hacernos frente, ni menos presentarnos resistencia.

Cuando llegamos a Obrajuelo, en donde habían tenido breves momentos de zozobra al tener noticias de nuestra aproximación, el Administrador trató de entretenernos ofreciéndonos desayuno y de desorientarnos respecto al rumbo que llevaban los fugitivos, sin contar con que nuestros exploradores ya habían tomado contacto con ellos. Sin pérdida de tiempo emprendimos la persecución hasta unas lomas situadas a poca distancia de la citada hacienda de Obrajuelo, en donde conseguimos dispersarlos por completo, haciéndoles a la vez algunos prisioneros y quitándoles el estandarte con la imagen guadalupana, pintada al óleo y en seda, por un artista de Querétaro, estandarte que fue exhibido, después de esta acción, en la capital del Estado.

En los momentos de confusión y ante el "sálvese quien pueda", los prisioneros que llevaban los rebeldes, capitán ayudante de la Guarnición Federico Zavala y Senador Bermúdez, aprovechándose hábilmente del estado de ánimo de sus captores y con halagadoras promesas, recuperaron sus pistolas y se incorporaron con nosotros, sanos y salvos.

Todos los prisioneros que a los rebeldes se les hicieron fueron conducidos a Querétaro y después de ser interrogados para obtener los datos militares que podíamos aprovechar en nuestras operaciones, fueron puestos en absoluta libertad. Se trataba de jóvenes de la A.C.J.M. en su mayoría los que formaban la partida y dos de ellos, de apellido Godoy y Velázquez, estudiante el uno y zapatero de oficio el otro, se incorporaron voluntariamente como asistentes caballerangos del Jefe de la Guarnición y prestaron después importantes servicios. Entre otras cosas declararon algunos de esos prisioneros que entre los pretendidos soldados de Cristo Rey, la disciplina y las prácticas a que los sometían, tenían más de convento que de cuartel, y que en su mayor parte, los que militaban con los levantados en armas en contra del Gobierno, estaban completamente desilusionados y resueltos a rendirse.

Fue este el único hecho de armas, si tal puede llamarse, insignificante y sin importancia, desde el punto de vista militar, en el cual no se tuvieron, por una y otra parte, que lamentar ni muertos ni heridos.

Los prisioneros nos contaron la penosa vida que llevaban, en condiciones miserables, muertos de hambre, mal vestidos, siempre huyendo, escapando el cuerpo al peligro, por más que siempre les aseguraban sus directores muchas ventajas para la otra vida, en tanto que en esta no les importaba que "se los comiera el tigre o se los llevara el diablo".

Por eso lo esbozamos en anteriores líneas, que la *Rebelión Cristera* en México el esfuerzo supremo del clero y tal vez el último, se podía comparar con mostruoso feto que, habiendo nacido sin cabeza, estaba fatalmente destinado a morir por inanición.

— VI —

LUCHAS EN LAS SOMBRAS... LABOR DE ZAPA

La propaganda insidiosa en contra del Gobierno era intensa y no perdían oportunidad de denigrar a sus funcionarios y de desprestigiar a cuantos, en una o en otra forma colaborábamos con él.

Y era natural que en Querétaro, población levítica por exelencia y el centro del país en donde se sienten los latidos del corazón más claramente, fuera esa propaganda más encarnizada y en donde también la ayuda material y moral a los cristeros del vecino Estado de Guanajuato, fuera más eficaz y copiosa; no decimos "generosa", porque la ayuda para hacer el mal, para cometer crímenes, no puede tener generosidad.

Por la suspensión de cultos, las misas y demás servicios religiosos se verificaban en casas particulares y con ese motivo muchos ornamentos y objetos destinados al culto, fueron sustraídos de las Iglesias, algunas de las cuales fueron materialmente saqueadas, se encontraban ocultos en los domicilios de algunos de los principales ricos católicos.

De estos y otros actos violatorios de las leyes, los Comités, las llamadas juntas de vecinos, a cargo de los cuales estaban las Iglesias, nada decían; se habían hecho desde un principio solidarios de la rebelión y todo lo pasaban por alto. Sin embargo fue tan descarado el saqueo, que los templos de Querétaro y sus alderredores, casi quedaron vacíos. Por las noches, monjas, beatas y acejotaemeros como hormigas arrieras llevaban a las casas de reconocidos fanáticos imágenes, esculturas y hasta los vasos sagrados, y en varias de esas casas se decía misa y se administraban los sacramentos, por cuyos servicios los curas cobraban enormes cuotas. Fue una de las épocas en que hicieron los mejores negocios.

Pero no todo había de ser "vida y dulzura". Un buen día se recibieron órdenes de la Secretaría de Gobernación para que, de la casa de un señor apellidado De la Concha, rico propietario de varias fincas, que tenía dos hijos sacerdotes y uno de

ellos en el campo de los rebeldes, se recogieran los objetos del culto que, al igual que los edificios de los templos, conforme a la ley son propiedad de la Nación, y que indebidamente se habían sustraído y estaban en poder de particulares, cuyos objetos utilizaban para actos religiosos clandestinamente, puesto que "fuera de los templos no debe verificarse ninguno de esos actos".

Como era de esperarse, fuimos recibidos por el dueño de la casa con "una cara de pocos amigos" y con los epítetos menos cariñosos. Cuando al señor De la Concha le enseñamos la órden que llevábamos de Gobernación, nos soltó lo más florido de su vocabulario: ¡Bandidos, ladrones, hijos de... son Calles, su Gobierno y todos ustedes!

Cuando después de recorrer con el dueño toda la casa pieza por pieza y haber indentificado y recogido imágenes, esculturas de distintos tamaños y otros objetos que de ninguna manera le podían pertenecer, con los que se llenó un camión de carga hasta los topes, que tuvo que hacer un segundo viaje y cuando con toda atención se le preguntó delante de dos empleados representantes del Juez de Distrito, si algo de su propiedad podía justificar qu realmente lo era, y antes de que esos objetos se llevaran a su destino suplicó ya más calmado y con buenas palabras que se le devolvieran dos o tres de las imágenes y esculturas que eran recuerdo de familia heredados de sus mayores, lo que se le concedió, quedando por ello muy agradecido y despidiéndose de nosotros con muestras de la mejor cortesía.

Incidentes como este se repitieron en otras muchas casas particulares y en todas ellas les extrañaba que se cometieran atropellos, pues les habían dicho que "los soldados de calles éramos unos salvajes", instrumentos ciegos del demonio que era quien inspiraba y dirigía todos nuestros actos. La malévola propaganda y labor de zapa que en nuestra contra hacían los incondicionales émulos del clero, nos pintaban con los peores colores: estábamos malditos de Dios y destinados a "los más apretados infiernos, en la mayor parte de las casas de católicos, nos daban con las puertas en la cara. Cuando nos encontraban en la calle algunas beatas, de las de *"Las hijas de María",* se persignaban, nos sacaban la lengua y nos ponían las cruces: sin duda esto entraba también en programa del *boicot*.

Claro que a nosotros con estas infantiles demostraciones de hostilidad ni se nos quitaba el sueño ni las "ganas de comer". Teníamos contadas amistades y habíamos formado nuestro círculo aparte. Dábamos impulso al deporte, la natación y otros diversos juegos, y organizábamos bailes y días de campo con esas

nuestras muy limitadas y valientes amistades, asistiendo a todas las reuniones sociales a que nos invitaban.

En cierta ocasión el que estas líneas escribe fue invitado a un recital de piano, en el cual uno de los mejores profesores de ese instrumento presentaba a una de sus más adelantadas discípulas, después de casi diez años de constante estudio. Ni maestro ni discípula pertenecían a la alta sociedad y sus modestas esquelas se repartieron entre nuestros amigos de la clase media que en todos los tiempos y en todas partes en nuestro país, ha sido simpre la de mayor provecho, y de donde han salido los hombres y mujeres más destacados.

Durante el festival me tocó estar junto al profesor y comentando amigablemente los distintos números del programa, bien ejecutados, al terminar me preguntó: ¿Qué le pareció a Ud. la manera como lo llevó a cabo la señorita ejecutante? ¡Magnífico! Lo ha sabido interpretar y sobre todo, ha tocado con alma y nos ha convencido y conmovido a todos.

—¿Es Ud. del arte; porque se ve que lo sabe apreciar? —No señor, soy solamente un aficionado. Trabajo como empleado del Gobierno.

—¡Ah! ¿Es Ud. empleado de este maldito gobierno hereje que nos trae a todos de cabeza?

—Si, señor; aunque lo único que el Gobierno quiere de los católicos que como ciudadanos mexicanos, cumplan con las leyes, como lo hacen todos los habitantes del mundo.

—Seré curioso ¿y en qué trabaja Ud. con el Gobierno?

—Soy militar, porque es en lo que he creido ser útil a mi país.

—¡Ah! Es Ud. militar; pero por lo que ha demostrado durante nuestra conversación y su afición al sublime arte de la música no es como otros militares que aquí hemos conocido ¡salvajes, brutales, déspotas, arbitrarios! Aquí en Querétaro tenemos un Jefe de la Guarnición muy bárbaro: hace poco ordenó que sacaran a las monjas de sus conventos y arrastrándolas las llevaron a la fuerza al cuartel y las entregaron a los soldados para que abusaran de ellas... A los jóvenes de la A.C.J.M. que encontraron en las calles vestidos de negro se los llevaron también y los bañaron revueltos con los caballos, los azotó él personalmente con el fuete... y a un señor de los más ricos que caminaba tranquilamente por la alameda, le echó el caballo encima y por poco lo mata...".

En esos momentos una de las señoritas conocidas interrumpió esta serie de fantásticos cargos, diciendo: General, no gusta tomar un café?

—¡Ah! ¿Es Ud. general? ¡Cómo ha venido vestido de civil...! Y además ha demostrado Ud. una cultura y una corrección que no es común entre los generales de Calles.

—Sí, señor, soy general y... el Jefe de la Guarnición, para servir a Ud. Le agradezco infinito me haya dado a conocer el sinnúmero de falsedades que en mi contra se propalan.

Por el momento no sabía qué contestar. Después se deshacía en disculpas y caravanas. Aclaradas las cosas, este señor, lo mismo que el Sr. De la Concha, fueron en lo sucesivo mis buenos amigos.

Habían sido sorprendidos por la propaganda que de mala fé se hacia en contra de todos los servidores del Gobierno. Es seguro que en Colima, Michoacán, Jalisco y demás Regiones en donde operaban los Cristeros, gozábamos los militares de la misma triste fama. "Calumnia, calumnia... que de calumnia siempre algo queda". Esa era su norma, y con mentiras y calumnias pensaban, se hacían la ilusión de ganar la batalla final y derrocar a Calles. ¡Pobres!

Ocultando la verdad, falseando los acontecimientos, mistificando la historia, siempre los escritores clericales han usado como arma principal la calumnia y quienes han escrito acerca de esta última intentona de la clerecía para recobrar sus antiguas posiciones predominantes, no podían sustraerse a ese vicio trasmitido por sus antecesores. Los Bustamente y los Lucas Alamán se reproducen y así vemos que, tanto el jesuíta P. Lara en novela *"Prisionero de Callistas y Cristeros"*, como el Cura también de la Compañía de Jesús David G. Ramírez (*Jorge Gram*), Jahel y Héctor, no hacen, al igual que Rivera del Val y Degollado Guizar en sus *Memorias*, más que *mentir, exagerar y calumniar*, desfigurando deliberadamente los hechos.

Sin embargo en el curso de esta obra los tendremos que citar varias veces, para rectificarles sus falsedades o para exhibirles sus ridículas mentiras.

En esos mismos días en que en Querétaro sucedían los hechos que acabamos de relatar, se dijo que también en Puruándiro, Mich., un grupo de cristeros, aprovechándose de que no había guarnición federal, se apoderaron del cuartel y de las oficinas públicas, pero que, al saber que se aproximaban las fuerzas, salieron huyendo de la población.

Es mentira como lo asegura uno de los autores que citamos, que en dicho lugar, con motivo de esa entrada "relámpago" de los llamados "defensores de la religión", se haya colgado a cuatro mujeres católicas en la plaza pública. Es una de tantas calumnias que tenemos que desmentir.

Nuestras leyes y nuestras tradiciones populares no permiten que, cualquiera que sea el crimen que hayan cometido, se aplique la pena de muerte a las mujeres: ese rasgo de consideración y galantería está en nuestras costumbres y en eso estamos más adelantados que muchos pueblos que se creen más civilizados que nosotros. En todas nuestras revoluciones siempre se les ha respetado la vida, aunque no siempre en esas nuestras luchas fratricidas, se haya tenido mucho respeto por su honra y sus propiedades.

Debía tocar romper con esa noble y caballerosa tradición a los cristeros de esta última asonada que en diversas partes del país, asesinaron sin piedad a pobres maestras rurales, por el enorme delito para ellos, de ser empleadas del gobierno revolucionario e impartir la "educación socialista".

También en los primeros brotes cristeros que antes mencionamos, cuando el cabecilla de esa impopular causa se levantó en armas en Chilapa, Gro., uno de sus primeros actos criminales fue "robar y asesinar" a la revolucionaria desde el maderismo, Señorita *Eucaria Apresa,* después de lo cual echó fuera a los presos de la cárcel, mató a otros dos comerciantes y cometió todo género de depredaciones... en nombre de *Cristo Rey"* y *"Para mayor Honra y Gloria de Dios".* Porque con estas palabras daban comienzo generalmente a sus operaciones. Este llamado general cristero de apellido Hernández, ya lo dijimos, fue sometido a consejo de guerra extraordinario, condenado a muerte por sus crímenes y fusilado en Chilpancingo. La víspera de su ejecución pidió y se le concedió un sacerdote que lo confesara, y le impartió los últimos auxilios de la religión, el Cura Párroco del lugar, Sr. Margarito Esparza...

Como ejemplo de ese respeto por la vida de la mujer citaremos el caso de cuando, después de rudo combate, en 1915, se tomó la plaza de El Oro, México, cayó prisionera la *"Coronela* Rosa Bobadilla que militaba a las directas órdenes del General Zapatista Quintanilla que defendía la plaza y se comprobó que dicha coronela personalmente había matado a dos de los Coroneles del Gral. Joaquín Amaro: Alcuater y Zamarripa, el citado Jefe, a pesar de su fama de "fusilador", y la alta estima en que tenía a los Jefes que por adelantarse demasiado habían caído prisioneros del enemigo, se limitó con ordenar que se la desarmara, se le dieran algunos azotes públicamente y que se la pusiera en libertad.

En capítulos posteriores veremos cómo algunos cabecillas De Cristo, Sacerdotes indignos que en vez de seguir sus doctrinas, las desprestigiaban, asesinando y quemando vivas a sus víctimas, hombres, mujeres y niños.

— VII —

CASTILLOS EN EL AIRE... PLANES FANTASTICOS

Más o menos como a mediados de 1926 y permítame el lector que retrocedamos un poco en nuestro relato, los voceros clericales propalaban a toda onda y con todas sus fuerzas, como si dispusieran de las potentes trompetas de Jericó y de los rugidos formidables de los leones del Africa, que las campanas de los templos de México, doblando lúgubremente, tocaban a *"Martirio y a persecución Religiosa",* porque Calles, nuevo Nérón, estaba ya en el Poder ilegalmente, que mano oculta lo había elevado y lo sostenía. Afirmaban con el mayor cinismo era la Casa Blanca, es decir la potente mano de los Estados Unidos y que a los Obispos que habían ido de rodillas a pedir la intervención, les habían asegurado que las sectas masónicas, protestantes y los judíos del mundo, estaban a su lado...

Pero que nada de eso arredraba a los valientes católicos que se sentían con los arrestos suficientes para ir a donde las circunstancias y sus directores espirituales, los llevaran. No vacilarían ni se detendrían, ante nada ni ante nadie.

Estas y otras tiradas líricas y delirantes bravuconadas que se lanzaban desde los púlpitos, sacristías y detrás de las rejillas de los confesionarios, para enardecer más el fanatismo religioso, se repetían y a veces amplificadas, de pueblo en pueblo, como el eco de las montañas, haciendo un efecto fulminante en las desorientadas mentes de las gentes sencillas.

Poco a poco les iban envenenando los corazones haciendo que en ellos creciera con la mala yerba, el odio santo en contra de los tiranos, perseguidores de la Iglesia, de la religión de sus mayores y, según esos embabucadores, en contra de Cristo y de Dios.

Los cálculos de los altos dignatarios eclesiásticos, del clero aristócrata políticos de todos los tiempos, no podían ser más optimistas. Organizada bajo su sabia dirección y con el beneplácito de la Santa Sede, *La Liga Defensora de la Libertad Religiosa,* había que poner desde luego "manos a la obra". "El

tiempo perdido los santos lo lloran" y ellos no pensaban que tendrían que derramar amargas lágrimas de rabia, más que de arrepentimiento.

Poner "manos a la obra" es muy fácil decirlo; les parecía verlo todo de color de rosa. Según las enseñanzas de la Biblia, la historia de los primeros tiempos del cristianismo se repetía: se entablaría una lucha en la que, por una parte estarían el mismo Dios en sus tres Divinas Personas, con sus grandes potestades celestiales; y por la otra el demonio, el rebelde Luzbel, encarnado en la persona de Calles, con sus legiones de "réprobas, sus incondicionales servidores".

¡La victoria estaba de ante mano asegurada! ¿Quién contra Dios? Les preguntaban, a lo que tenían forzosamente que contestar: ¡Nadie!

Y de ahí deducían que los "nuevos cruzados" serían lógicamente *invencibles*. Las fuerzas todas del averno no podrían contra de ellos, porque, les aseguraban con todo aplomo que con ellos estaba Dios.

Con este juego de palabras y malabarismo de conceptos los dormían. Lo más fácil, como si dijéramos "un juego de niños", era establecer en poco tiempo el *Reino de Cristo* en México.

Siguiendo el plan preconcebido, primero "la resistencia pasiva", estilo Mathamma Ganhdi; después el "formidable boicot" que haría bambolearse al Gobierno; luego la huelga de curas, que privaría a los católicos, y eso no a todos, de los "sacramentos y demás faramallas del culto"... Y si todo esto no daba resultado; si las prédicas subversivas y la propaganda hablada y escrita eran ineficaces, pues... entonces... habrá llegado el tiempo de "que a los tontos los cornara el toro" y que "se hiciera la voluntad de Dios... en los bueyes de mi compadre"... ¡Entrarle a la bola a como diera lugar!

A mayor abundamiento contaban para el triunfo de la "santa causa" con la "Confederación de los Estudiantes Católicos, con los intrépidos ángeles, serafines y querubines de la A.C.J.M., con todas las Asociaciones Religiosas y, si esto fuera poco, ahí estaban las *"Juventudes* de las Universidades católicas y de los Colegios Particulares "incorporados", además de la de los "santos y sabios viejos zorros de los *Caballeros de Colón",* el concurso valiosísimo de las *Once mil Vírgenes* (ni una más ni una menos, contadas a dedo) y de otras muchas que ya habían dejado de serlo, pero que se sentían grandes heroinas, imitadoras de aquella doncella de Orleans, valiente defensora de su patria, quemada viva por hereje, apóstata, relapsa y después declarada Santa por la misma Iglesia que la condenó, *Juana de Arco,* cuyo

nombre llevaron las brigadas femeninas de choque y a cuyas brigadas necesariamente pertenecían las socias de *La Vela Perpétua,* las *Hijas de María* y *Del Perpetuo Socorro* y otras de las jóvenes 'marimachos" y hasta una que otra viejecita cucaracha de sacristía que todavía, a sus años, se sentía con los "arrestos suficientes para ir a donde las circunstancias las llevaran", para entregar, si fuere necesario, sus apolillados cuerpos a la hoguera del martirio". Asi fueron los preludios de esa gran tragedia de la rebelión.

Por otra parte, si esas medidas de resistencia y ya de abierta oposición no daban el resultado apetecido; si esa rebeldía para cumplir las disposiciones legales del Gobierno, no quebrantaba a este en su empeño, entonces, creían estar seguros de que "todo el pueblo mexicano, como un solo hombre", iría a la lucha armada".

Como no todo el pueblo mexicano era católico fanático y ni siquiera puede la Iglesia Católica contar con ese ya famoso *noventa por ciento* de creyentes que pregona tener y que si acaso lo tuvo durante la dominación española y algún tiempo después de la Independencia, los cálculos fallaron redondamente.

Apenas, cuando ya se habían embarcado en la aventura de la "guerra santa", si unas cuantas "moscas desveladas" le salieron al toro; comprometidos la mayor parte y tan solo por no faltar a "ser hombres" a ir a la lucha en defensa del clero y no "como los cruzados que fueron a conquistar el "santo Sepulcro", sino para restablecer los privilegios que había perdido con las Leyes de Reforma, desde la época de Juárez.

Al frente de esta campaña estaría, como "generalísimo de los ejércitos de Cristo Rey el destacado y precoz macabeo de la A.C.J.M., René Capistrán Garza, que con "las velas rotas y la cola entre las patas", había regresado de los Estados Unidos, sin haber conseguido nada de los elementos de guerra que tanta falta estaban haciendo: pero en donde, según se dijo, se había autoproclamado *"Presidente provisional de la República Cristera Mexicana"*.

Cayeron por tierra los planes optimistas de fáciles derrotas y se desvanecieron los castillos que en el aire habían formado, de que en pocos meses caería el Gobierno hereje, impío y perseguidor. El régimen del General Calles no dobló las manos, según creían a pie juntillas, ni tampoco se cruzó de brazos, ante las "llamaradas de petate" del boicot y demás inocentes demostraciones de hostilidad, de sus insignificantes opositores, empeñados en detener el sol con una mano. En los corrillos de conventos y sacristías, se veían discurrir, con sus caras muy largas, a frai-

les y monjas, comunicándose con tristeza las noticias que les llegaban y recorriendo con nerviosidad las cuentas de su rosario. ¡Decididamente la ayuda de Dios no les llegaba a tiempo a los cristeros que, huyendo por las sierras, la esperaban ansiosamente! En tanto los soldados federales "sardos, guachos o pelones" del tirano, como los llamaban, los perseguían sin cesar.

Esto nos recuerda una regocijada anécdota de uno de los más pintorescos y famosos generales zapatistas que a su modo describía con anticipación el triunfo sobre el enemigo, que creía seguro. Extendiendo la mano abierta en forma significativa, calculaba así:

—Mira tu, Coronel Armadillo (le decían así, porque los "avances" los hacía con los pacíficos) te afrontificas con cincuenta hombres en Cerro Gordo; Ginovevo, con otros tantos pelaos, se coloca a tu izquierda; Pacheco, a la espetativa por este otro cachete; Varona le entrará por acá. Dejamos meterse adentro a Carranza, Pablo González y Obregón, y cuando estén más confiandos, Yo, Tanislao, alias el Chueco Mendoza, me les aviento por enmedio y ¡Zas!, aprieto la mano y todos cain como ratas en la trampa. Al fin contamos con todo el pueblo de México y de las naciones extranjeras.

Y sueños como los del *"Chueco Mendoza"*, se han repetido varias veces en nuestra turbulenta historia. Los católicos, cristeros clericales no podían ser la excepción; solamente que al despertar... se encontraron con la dientona...

— VIII —

FUEGOS FATUOS
DEL DICHO AL HECHO, HAY MUCHAS LEGUAS Y PENALIDADES

La rebelión cristera no estalló, como creían simultáneamente en toda la República, porque el pueblo no respondió según esperaban, al llamado que le hicieron los clericales, por todos los medios a su alcance; no se levantó, "como un solo hombre", porque en tantos años de engañarlo les ha perdido la fe, en parte a la religión que a "macha martillo" le inculcaron, y la confianza en los que se han titulado a sí mismos, "Representantes de Dios en la tierra".

Después de aquellos brotes aislados de rebeldía que antes mencionamos, y otros más en las regiones apartadas de los pocos Estados de la Federación que más se han distinguido por su reconcentrado fanatismo y en donde por consiguiente, habían hecho mayores efectos las prédicas subversivas, hubo otros de mayor importancia, de los cuales nos ocuparemos como antecedentes de las operaciones ya en forma que se desarrollarán y en las cuales entraron, de una y otra parte, contingentes de alguna consideración.

Fue en Colima en donde, por esas razones aparecieron también brotes de insurrección armada. "Trabajaremos, habían dicho los Obispos en una carta pastoral mancomunada, para que dicho decreto (la Reglamentación del art. 130 constitucional que ellos llamaban despectivamente *La Ley Calles*), y los artículos antirreligiosos de la Constitución, sean reformados, y no cejaremos hasta haberlo conseguido. Esta conducta no es rebelión, porque la misma Constitución abre el camino para sus reformas; (camino que ellos siempre equivocaron), y porque es justo acatamiento a mandatos superiores a toda ley humana y una justa defensa de legítimos derechos".

Porque así les convenía, se habían vuelto muy legalistas; pero esto era ya una franca llamada a "las armas". Que no se nos diga que el Clero no intervino directamente en el lío del

conflicto religioso, los hechos lo demostraron claramente y sin lugar a dudas.

Los peones acasillados, los campesinos esclavos de hacendados caciques, las víctimas de los explotadores latifundistas insaciables, fueron arrastrados a la contienda cristera. Los sacerdotes y los obispos católicos, malos pastores fueron los que descarriaron a sus ovejas, porque también ellos habían equivocado el camino.

Cuando esos Obispos y Arzobispos presentaron un memorial, suscrito además por miles de firmas falsas de supuestos ciudadanos católicos, en el que pedían la pronta resolución del problema religioso que ellos mismos habían creado, y proponían una separación amistosa, en contraposición, tanto al régimen de la unión "de la Iglesia y el Estado, no representaban al verdadero pueblo católico mexicano y sabían de ante mano que ese no era el procedimiento legal a seguir. A pesar de ello, para impresionar a las gentes ignorantes y predisponerlas en contra del Gobierno, cuando esa improcedente petición fue desechada por una inmensa mayoría de la Cámara de Diputados; hicieron el gran escándalo, declarando *"Urbi et orbe"*, que era el Gobierno que en esta forma impelía al pueblo a la lucha armada.

Estamos seguros de que todos esos "encaminadores de almas" sencillas que hipócritamente predicaban, a la vez "que la paz en la tierra a los hombres de buena voluntad", empujaban a hombres, mujeres y aún niños a una lucha sin piedad y sin cuartel, en contra del régimen del General Calles, no eran sinceros ni consigo mismo. Sabían que esos improvisados luchadores no iban a defender la religión ni la fe de sus mayores, ni a Dios ni al reino de Cristo sobre la tierra.

Pero la Iglesia los mandaba como mansos corderos al sacrificio y tenían que obedecer. Comprometieron a una parte del pueblo mexicano, en una contienda estéril y desigual, en una lucha desventajosa. Y por más que les aseguraban llevar *"a Dios por delante,* que era quien en todo momento los había de proteger" y los colmaban de bendiciones papales y episcopales, de millares de indulgencias, de estampas, reliquias y escapularios milagrosos; y que las balas del enemigo los respetarían, dejaban en muchas ocasiones regueros de muertos y heridos. ¡Lástima de tantas víctimas inocentes por una causa tan raquítica! La defensa de intereses, de prerrogativas y de privilegios de unos hombres que les hacen creer representan a Dios en la tierra; que son verdaderos parásitos sociales, que no trabajan, y viven del trabajo de los demás...

Ahora ya sabemos quiénes fueron los verdaderos culpables de esta tragedia; de esta matanza de hermanos. La iglesia Católica y su clero rebelde y contumáz que no quiso sujetarse a las disposiciones legales del País en donde han medrado a su antojo, no vacilaron en arrojar a la hoguera de la guerra civil a sus más fieles adeptos.

Para disculpar su perfidia les decían: "la guerra hecha al poder público en estas condiciones, es una guerra defensiva y autoriza todo lo que permite entre partes beligerantes, el derecho de guerra defensiva".

Y con juegos de palabras por este estilo dormían a los creyentes. Aunque admitían que la religión cristiana no aconseja la resistencia a mano armada, se valían de todos los sofismas para amoldar a sus extraviados criterios las más sanas doctrinas, las más elementales normas de la moral.

Dijimos que en el Estado de Colima, por ser uno de los más fanáticos, tuvieron lugar algunos de los primeros brotes cristeros, formándose, casi al mismo tiempo que en Michoacán y Jalisco, los núcleos de alzados que serían el "pie veterano" de la Rebelión *Cristera.*

De la región montañosa de *El Volcán,* en donde se establecieron los campamentos rebeldes por sentirse más seguros, vamos a seguir en la descripción de los hechos de armas que más valga la pena comentar, al escritor sacerdote jesuíta que con el seudónimo de *Espectador,* publicó una novela histórica, según él, apegada a la verdad de los acontecimientos de que fue personal actor y testigo presencial, tal vez con su verdadero nombre de *Julio Monetti,* titulada *"Los Cristeros en el Volcán de Colima",* que comienza con estas llamativas palabras:

"Lector, ponemos en tus manos unas páginas de la lucha sostenida por los católicos mexicanos, en defensa de su fé y de sus derechos más sagrados durante una de las más crueles tiranías que han pesado sobre ellos".

"Nos proponemos hacer justo honor a los que dieron su vida por amar a Dios y a su Patria y también a los que sin motivo lucharon tan heróica y noblemente. Son gloria de Cristo Rey y de México, las proezas que aquí se relatan... Yo, a quien el cielo llamó a ser testigo de cerca, del heroismo de aquellos luchadores de Cristo y que contemplé sus lágrimas, vi sus miserias, su constancia, su fé intrépida e invencible, su sencillez y sinceridad evangélicas, me creo obligado a escribir algo, algo siquiera de tanta gloria contemporánea...".

Veáse de qué manera tan hábil entran los juegos de palabras para deslumbrar a los incautos; cómo se exaltan y se sublimizan los crímenes comunes y corrientes, porque crímenes fueron los que cometieron los rebeldes cristeros, por mucho que se les quiera llamar de otro modo.

Para que los lectores se den cuenta de la actitud que asumieron la mayor parte de los sacerdotes y de los católicos fanáticos, en contra de las autoridades, daremos algunos detalles de los preparativos que se llevaron a cabo en diferentes formas, a fin de impresionar los ánimos, llevándolos por un "callejón sin salida", a la firme convicción de que, en vista de cómo les pintaban las cosas, no les quedaba otro camino que levantarse en armas.

De la novela citada, hasta con sus mismos subtítulos, transcribiremos los párrafos que juzguemos de más interés a nuestro objeto de dar una verdadera orientación a este respecto con nuestros comentarios.

Hasta donde sea posible seguiremos el orden cronológico.

— IX —

RAMAS DE AQUELLOS BROTES... POLVOS DE AQUELLOS LODOS

"Las primeras rachas de la borrasca.—Empezaron las violencias y atropellos —escribe el autor cristero parcial— ya aquí, ya allá: los sacerdotes extranjeros fueron expulsados de la nación; los colegios católicos clausurados; hospitales y casas de beneficencia, obispados y curatos, seminarios y cuanto edificio suponían los perseguidores que fuese propiedad eclesiástica, era inmediatamente confiscado...".

¿Desde cuando se llama atropello y violencia exigir que se cumplan las disposiciones legales? Los sacerdotes de cualquier culto deben ser, conforme al art. 130 constitucional, *"Mexicanos por nacimiento";* en las escuelas primarias, aunque estén malamente "incorporadas", no puede impartirse enseñanza religiosa; está prohibido el funcionamiento de los conventos, aunque se les disfrace como "casas de beneficencia" y los edificios en los que se verifican actos del culto, llamados templos, son propiedad de la Nación...

Todo esto y que no pueden heredar ni poseer bienes, lo saben muy bien la Iglesia y sus Ministros. Entonces de "mala fé" y premeditadamente se quejan de violaciones y atropellos, quienes no han hecho otra cosa más que violar las leyes y atropellar hasta los principios de la moral cristiana.

"Colima —continúa nuestro escritor clerical— de abolengo y antecedentes cristianos...". A Colima tocaba también como es de suponer, recibir una parte en estos primeros latigazos del tirano... Era a la sazón Gobernador del Estado Francisco Solórzano Béjar, joven abogado que si bien era originario de Colima, se había convertido en su enemigo: pertenecía a las filas masónicas y por obra de los directores de la persecución, había sido impuesto... con el fin de que secundara la campaña infame contra la Iglesia Católica".

En su afán por estampar mentiras que favorezcan su desprestigiada causa, no se da cuenta del número de disparates que le brotan de su desorientado cerebro.

Cuando los hombres se ofuscan y las mentes se les obscurecen, son capaces de hacer y de decir todo género de barbaridades.

Alentadas por el Obispo de Colima el anciano Amador Velasco y por el inquieto Arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez, los sacerdotes católicos de toda esa región, como lo hicieron después los de toda la República, se negaron terminantemente a registrarse y a someterse a la Ley Reglamentaria de cultos. Fueron los ministros de la única religión de las que se practican en México, que dieron esa muestra de insensatez y de falta de cordura.

Ya en son de reto a las autoridades, resolvieron esos sacerdotes "por unanimidad" y, si hubieran sido sinceros, hubieran dicho que "por obediencia pasiva" a sus superiores eclesiásticos, "mejor suspender el culto público, antes que transigir un punto y ceder a las exigencias del tirano" *los derechos de Dios;* antes pasar "por todos los horrores de la persecución, que aceptar para la Iglesia el principio de la esclavitud". *"Non possumus",* les obligó el obispo Velasco a que gritaran en todos los tonos y por todas partes, tratando en esa forma ridícula emular a los "santos mártires de las Catacumbas de Roma".

Para mantener despierto el espíritu fanático de los creyentes, nada como las manifestaciones públicas de culto; las procesiones, tal y como hasta la fecha, por inexplicables complacencias, se toleran, por funcionarios que se olvidan de que han protestado *cumplir y hacer cumplir la Constitución y las Leyes que de élla emanen.*

"El pueblo colimense —seguimos transcribiendo— correspondió viril y decididamente a la actitud (de rebeldía) del obispo y de sus sacerdotes, organizando (no el pueblo, sino los sacerdotes) para el día 3 de abril (de 1925) lunes de Páscua, una gigantesca, nunca vista manifestación. Ya la víspera, domingo de Resurrección, las damas más distinguidas de la sociedad se dieron prisa para organizar al pueblo, y el pueblo electrizado, correspondió al llamado con prontitud, fervor y valentía".

Se ve claro que esta manifestación fue, no expontánea del pueblo, sino organizada por las damas católicas, con instrucciones expresas del Obispo y por conducto de los sacerdotes. Te-

nía por objeto esta tumultuosa manifestación, exigir, más que pedir, en un *"plebíscito"*, al estilo de Maricastaña, y no conforme a las leyes en vigor, que se derogase el decreto reglamentario del art. 130 constitucional.

La poetisa colimense y brava hembra María del Refugio Morales, increpó duramente al Gobernador, que desde un balcón de Palacio presenciaba complaciente este verdadero motín clerical, de una gran mayoría de mujeres mal aconsejadas por sus directores espirituales, obligadas también por la amenaza de la excomunión. Como era de esperarse, la manifestación terminó, como el rosario de Amozoc, "a golpes, gritos y sombrerazos"; corriendo allí, según se dijo, la primera sangre. Entre el mayor desórden se destacaban y se oían por primera vez también, los gritos, que revelaban el origen del tumulto, de: *"¡Viva el Papa!* ¡Vivan nuestros sacerdotes! ¡Viva Cristo Rey!". Agrediendo a la vez a la policía y hasta disparando algunos tiros aislados en contra del Gobernador y de los diputados locales que lo acompañaban. El escándalo tomó, como era natural, grandes proporciones.

Ya en esa motinera manifestación estuvieron presentes los jóvenes de la A.C.J.M., portando la bandera el joven Dionisio Eduardo Ochoa, hermano del sacerdote Enrique del mismo apellido, y más tarde destacado cabecilla cristero, y escoltado entre otros, por J. Trinidad Castro, Tomás de la Mora, Antonio C. Vargas, amigo que debería acompañarlo en su aventura, hasta la muerte, como veremos más adelante.

La Liga Defensora de la Libertad Religiosa, de la que ya nos hemos ocupado y que había estado funcionando activamente desde ése mismo año de 1925; en Colima estaba su Delegación a cargo del Sr. Teófilo Pizano, Jefe local a la vez de los *Caballeros de Colón.* Era la cordinadora y encausadora del movimiento que ya se gestaba y que, con estos preludios anunciaba la tormenta. Para suplir en parte la predicación sacerdotal en los templos, que ya los curas habían abandonado al declararse en "huelga de brazos caídos", se intensificó la propaganda impresa con hojas sueltas y periódicos que circulaban de contrabando, a fin de que "preparásen el espíritu público de los católicos, hasta los extremos que las embestidas brutales del tirano lo exigiesen".

Así lo expresaban textualmente a cada momento. En Colima, lo mismo que en la Capital del a República y en casi todas las poblaciones de alguna importancia, fueron principalmente los jóvenes, casi "niños héroes", inocentes querubines de la A.C.J.M., quienes repartieron por millones los volantes y los

periódicos subversivos, sirviendo en muchas ocasiones hasta de "chivos expiatorios". La labor de estos desorientados jóvenes a quienes hicieron creer que eran invencibles en todos los terrenos, fue considerada por la Iglesia como meritoria en alto grado.

Leamos lo que todavía muchos años después escribía el Canónigo David G. Ramírez, con esa terquedad que siempre ha caracterizado a los "grandes engañadores de gentes".

Veinticinco años después de haberse fundado la Asociación le dispara a quema ropa estas palabras: "Como los antiguos caballeros, tu, ¡oh! A.C.J.M., adorada, hiciste hace veinticinco años un juramento, el de *hacerte trizas por Dios y por la Patria*... Y maravillada de tu propia inmortalidad, ante la interrogación muda del cielo y de la tierra que parecen estupefactos, tú, con la grave austeridad del momento de hoy, imperturbable, colosamente serena, como los antiguos caballeros, vuelves a repetir las rituales palabras del inmortal juramento, el de *hacerte trizas por Dios y por la Patria"*... "La Iglesia, con todo el opulento esplendor de esta Pontifical, con el interés y el amor de una madre piadosa para con el hijo predilecto, te anima con estas palabras: *Omne quod est in corde tuo, vade et fac. Quia dominus est tecum.* (Ve y realiza lo que tienes, lo que guardas en tu corazón. Porque el Señor está contigo, te acompaña).

En otra parte el mismo escritor levanta hasta más allá de las nubes a estos "esforzados" jóvenes acejotaemeros.

"La A.C.J.M., hasta hoy —dice— ha sorteado dos grandes crisis: la persecución y el pánico... Pero enmedio de esto hay que tener en cuenta una ventaja de nuestra posición. Los dirigentes del campo perverso continuarán entregados a la brega política, estéril por lo que se refiere al campo social; se encerrarán en su estrecho círculo de ineptitud y crearán entonces en torno suyo el enorme círculo de los descepcionados, que tenderán sus manos a quien aparezca incontaminado...".

Los subieron tanto a estos ilusos muchachos, en su mayoría de procedencia de familias acomodadas que, cuando al fin de la jornada se vieron en situaciones difíciles y comprometidas, no lo podían creer. ¿Cómo es posible —se preguntaban— que Dios, a quien de tan buena fé hemos servido, nos haya abandonado a nuestra suerte?

Puesta en vigor con fecha 31 de julio de 1926, la reglamentación de cultos en toda la República, a renglón seguido la Santa Sede de Roma hizo circular por todo el país, o más bien el Episcopado Mexicano, se encargó de dar a conocer pro-

fusamente el siguiente cable: *"Santa Sede condena Ley y todo acto que el pueblo fiel pueda interpretar como acatamiento a esa Ley.*—Cardenal *Gasparri"*.

Quien este mamarracho firmaba era nada menos que el Secretario de Estado de Su Santidad el Papa Pío XI, Monarca del Reino del Vaticano.

Esto significa, por consiguiente, una intromisión de una Nación, aunque esa nación en el mapamundi sea del tamaño de la cabeza de un alfiler, en la vida política y en los asuntos internos de un pueblo *libre y soberano*.

Algunos meses antes, ya en Colima habían empezado los disturbios como el que mencionamos en líneas anteriores y con la resistencia pertinaz de los ministros del culto católico, a someterse a las leyes mexicanas. Estos sacerdotes como súbditos del Vaticano, son en realidad todos extranjeros en nuestra Patria, y por eso nunca les ha interesado su bienestar y progreso.

La prueba más reciente de que el clero no considera a México como su Patria, fue la Rebelión cristera. Esta funesta organización, a través de nuestra Historia, siempre ha estado con los traidores y con los tiranos.

Para justificar en esta vez el acto delictuoso de la rebelión en contra del Gobierno, interpretaron a su modo la doctrina y la moral cristianas, base fundamental de la religión que profesan. Recurrieron a las opiniones de los más famosos teólogos y Santos Padres de la Iglesia. Por eso el supremático manifiesto de Capistrán Garza, que antes mencionamos, produjo sus efectos como clarinada de guerra, no solamente entre los jóvenes asejotaemeros, sino en otros muchos de los cándidos creyentes, a quienes se les "hacía bolas la pintura" y confundían a Dios con la religión y a esta con los "santos padrecitos". Les tenían a ellos y a sus secuaces y cercanos satélites de la calaña de Capistrán una confianza ciega... y llevaban todos grabados en el corazón, como una consigna sagrada, las que creían proféticas palabras. *"Ha sonado la hora de la lucha; la hora del triunfo pertenece a Dios"*.

Y como nadie está obligado a "dar lo que le pertenece", *Dios se negó a darles el triunfo*. En la mayor parte de las regiones en donde les tocó merodear a los "benditos soldados de Cristo", no digamos "una hora de triunfo", pero a veces no tuvieron siquiera minutos de tranquilidad. Auduvieron casi siem-



Cómplice de los cristeros recibiendo pertrechos que les entregan empleados del gobierno de la capital.

pre "jugando a las escondidas", de un lado para otro y sacándole el cuerpo a los peligros. En constante e incómoda movilidad, sufriendo fríos, hambres y desnudeces.

Sin embargo, los panegiristas de esta desastrosa aventura cristera, presentan a las pulgas como elefantes, y hacen aparecer aún las derrotas, como resonantes victorias.

—X—

ATIZANDO LA HOGUERA

Uno de los primeros cabecillas cristeros colimenses fue Dionisio Eduardo Ochoa, a quien vimos como abanderado de la A.C.J.M., en la manifestación tumultuosa, y a quien vamos a seguir en sus correrías, en los campos de batalla, en plena lucha armada.

Sobrino (?) del cura Angel Ochoa y hermano de otro sacerdote Enrique Ochoa, llevaba en el espíritu y en la sangre la rebeldía religiosa. Era seguro que se creía predestinado y tomó muy a pecho su misión de "conductor de soldados de Cristo".

Trabajaba como empleado en la Tesorería del Gobierno del Estado y desde su fundación perteneció a la A.C.J.M. local, distinguiéndose desde el pincipio como un ferviente propagandista militante. Escribió en los periódicos de la oposición.

"La mecha se había encendido, tomamos de Espectador, la noche del 2 de enero de 1927. La señorita María Guadalupe Guerrero llegó ese día de Guadalajara y se presentó a decirle a Dionisio Eduardo Ochoa y a Rafael G. Sánchez, compañero de lucha periodística, que todo estaba dispuesto... *Que la hora de la lucha había sonado* y que a los tres días, o sea el 5 de ese mismo mes, se iniciaría la lucha armada en pro de la libertad".

Este mensaje provenía del maestro Anacleto González Flores, quien invitaba a Ochoa, Sánchez y demás Jefes, a encender la mecha en tierras colimenses, la chispa del movimiento libertador. Y Dionisio, sin titubear, aceptó la misión. "Desde ese momento no se ocuparon ya, él y Sánchez y los llamados a colaborar, sino en preparar su salida y en encender la región toda en la lucha cruenta. Mandaron instrucciones y propaganda a diversos lugares, entre ellos a Zapotitlán, en donde todos los fervorosos y viriles católicos hacía tiempo estaban preparados para aquel evento, en espera solo de una indicación superior, para alistarse en las filas de aquellos que defendiesen la sacra libertad de conciencia".

"Al día siguiente se les asoció un nuevo compañero de ideal, el joven entusiasta, Jefe local de *La Liga Defensora de la Libertad Religiosa,* a quien se comunicó todo...".

Como si se tratara de los famosos *caballeros medioevales,* quijotescamente ridículos y con un anacronismo impropio de su edad y de la época en que actuaban, estos *"cruzados",* a la usanza del personaje de la "triste figura", antes de lanzarse a la peligrosa empresa, decidieron *"velar las armas,* con todo el ceremonial, la víspera de la salida.

Leamos cómo describe el autor de *"Los Cristeros en el Volcán de Colima",* esta para los bisoños e improvisados combatientes, imponente farsa; muchos de los cuales era la primera vez y quizá la última que la presenciaban.

..."Al pie del Sagrario, ante *Jesús, Rey Eucarístico,* en un pequeño oratorio, improvisado muy en lo oculto de la misma casa de Dionisio Eduardo y su hermano el sacerdote, pasaron aquellos tres jóvenes los últimos instantes de la noche y últimos también de su estancia en la ciudad. Recibieron la sagrada comunión, muy en la madrugada, de manos de su amigo, hermano y confidente don Enrique... el cual, andando el tiempo vino a ser, en época de mayor angustia, el Capellán del movimiento libertador de Colima".

Y como este cura Enrique Ochoa, en la actualidad según parece, Canónigo de uno de los Obispados foráneos, muchos sacerdotes católicos, más de *cincuenta,* unos con las armas en la mano y otros como capellanes, que ya mencionaremos en capítulos posteriores, tomaron directa participación en la Rebelión Cristera. ¿Y todavía habrá algunos obscecados que lo nieguen? Su actitud fue no solamente rebelde, sino antinatural y sobre todo anticristiana y antipatriótica, la misma que a partir de nuestra Independencia nacional, han tomado, en una o en otra forma y con distintas modalidades.

Antes del año de 1873, en que se incorporaron las *Leyes de Reforma a la Constitución,* ante la manifiesta rebeldía de los incorregibles conservadores que también se levantaron en armas en contra del Gobierno a bandas de salteadores que en nombre de Cristo y de la Religión, robaban, violaban mujeres y asesinaban a los indefensos empleados que habían jurado la Carta Magna, en alguna ocasión, con sobrada justicia, pronunciaba Juárez estas significativas palabras que han pasado a la Historia: *"¡El clero siempre el clero, insurreccionando al País en contra del Gobierno, oprimiendo al pueblo y derramando su sangre en luchas fratricidas".*

Y los incorregibles y tercos clericales de ahora, el clero con todos sus elementos, hace que la historia de la época de Juárez se repita. Otra vez los sacerdotes se desviaron de su misión de paz; unos desde los púlpitos y confesionarios y otros de plano "arremangándose" las sotanas, empuñaron las armas fratricidas y capitanearon a las chusmas de fanáticos, enardecidos, estimulados por las cartas pastorales de los obispos y las encíclicas del Papa. Esas bandas ciegas, electrizadas, se arrojaron a la hoguera de la guerra *"santa"*, seguros, confiados en que los protejerían el signo de la cruz y las sombras de San Pedro, Santiago y San Miguel.

"Así fue como esos tres jóvenes, en nombre de Dios, partieron decididos a cumplir la misión que se les había encomendado. No tenían por todo capital, mas que *dieciocho pesos*, que habían juntando entre los tres; pues sus familias eran pobres, carentes en lo absoluto de mayores posibilidades. No llevaban más armas que dos pistolas 38 especial que, con algún pretexto que no faltó, habían conseguido prestadas. No conocían la región de El Volcán de Colima, en donde pensaban operar ni contaban allá con ningún amigo que los amparase para comenzar la campaña; pero... contaban *"con Dios, en quien habían puesto toda su confianza"*.

Seguiremos paso a paso el relato del escritor antes citado.

En Tonila se les unió Pedro Ramírez y el joven seminarista Miguel Anguiano Márquez, ambos conocedores de aquellas regiones del Volcán, estableciéndose en Cuaucentla, rancho rodeado de otras rancherías, como primer cuartel general de estos nuevos cruzados de *Cristo Rey*. Días más tarde salió Ochoa a Guadalajara a recibir instrucciones y orientación de Anacleto González Flores, Jefe de la *Unión Popular*, rama en toda la región de Occidente, de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa y a quien todos consideraban como *el maestro de ceremonias* y director general de la cristereada".

"El día 14 de enero de 1927 regresó Dionisio de Guadalajara a su improvisado campamento militar de Caucentla, en donde con los pocos rancheros que se le habían juntado, después de rezar *El Credo y el Padre Nuestro*, se les tomó con toda solemnidad el siguiente juramento: "*Yo N. N.* (fulano de tal) *prometo solemnemente, por mi palabra de hombre y por mi honor de caballero y juro delante de Dios, juez supremo que tiene que tomarme cuenta y razón de todos mis actos, y que nuestra Madre Santísima y Reina, Santa María de Guadalupe, patrona del ejército liberador, trabajar con todo entusiasmo por la noble causa de Dios y de la Patria* (¿?) *y luchar hasta*

vencer o morir, adhiriendome al plan del movimiento libertador.—Juro también obediencia y subordinación a mis superiores y evitar todas las dificultades con mis hermanos en la lucha, olvidando rencores personales, a fin de obrar en todo de acuerdo hasta obtener el triunfo.—Juro además, que por ningún motivo o circunstancia alguna, revelaré algo que pueda comprometer a mis hermanos en la lucha; sino que prefiero morir antes que ser traidor a mi causa.—Prometo y juro finalmente, por la salvación de mi alma, portarme como verdadero cristiano y no manchar la santa causa que defendemos, con actos indignos".

A leguas trasciende en este juramento el olor de Sacristía y sin duda fue inspirado y hasta redactado por alguno de los muchos discípulos de Ignacio de Loyola, que desde las sombras de sus covachas conventuales, dirigieron la insurrección hasta en sus menores detalles.

Ahora bien, las terminantes instrucciones que el joven "macabeo" Dionisio Eduardo Ochoa llevó a su flamante campamento, fueron más o menos las siguientes que aunque en lo general no se les hizo caso, son dignas de darse a conocer:

"Nunca se fusile a un enemigo, por malvado y perverso que sea, sin concederle antes al menos el tiempo necesario para que se arrepienta... facilitarle, si gusta, el que reciba los Santos Sacramentos".

Los Jefes están autorizados para recoger, a beneficio del Ejército Nacional (¿?) Libertador, toda clase de armas... y para solicitar todas las ayudas que sean necesarias para el sostenimiento de sus soldados".

Se recomendaba en seguida: "guardar el mayor respeto a las familias, aunque sean de los enemigos, verdaderos y declarados" amenazando con la pena de muerte a los infractores. Se encarecía la obligación de "rezar diariamente", como indispensables actos de piedad, "el santo rosario, hacer un acto de contrición, finalizando estas "sabias orientaciones" de esta manera: *¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Santa María de Guadalupe! ¡Viva el Papa!"*.

Con estos santos y nobles propósitos se daban los primeros toques a la organización del *Ejército Nacional Libertador* que lo formaban como primeros componentes, como si dijéramos "el pie veterano" muchachos que nunca habían tenido en sus manos otras pistolas que las de juguete, pistolas de barro de las que se fabrican en Tlaquepaque y las lucían orgullosos los días de Corpus. Con ellos iban también impulsados por la misma fuerza, campesinos, a quienes se les había metido en sus sen-

cillas mentalidades la idea de que defendían una causa justa y, para ello, les habían tocado las fibras más delicadas de su corazón.

Con tan escasos elementos, daba principio sus operaciones militares el "gran Ejército Libertador que iría a luchar en defensa, no de los derechos de Dios y de la Religión Católica que Constantino había paganizado, sino de los intereses de sus malos sacerdotes que, formando una casta explotadora han intervenido funestamente en el destino de los pueblos. *¡El Clero, siempre el Clero!* Autor de muchas de nuestras desgracias nacionales.

Ellos mismos, esos primeros y escuálidos contingentes de lo que por ironía llamaron *"Ejército Libertador"*, nos van a contar algunas de sus muchas penalidades que tuvieron que soportar, no solamente en las faldas del Volcán de Colima, menos acogedoras y menos cariñosas que con las que contaban en sus cómodos hogares, sino en todas las demás regiones agrestes del País, en donde por su mala suerte les tocó maniobrar, presentando casi siempre las espaldas, escondiéndose, más que alojándose, en cuevas, como los hombres primitivos de las cavernas, en medio de sobresaltos contínuos, mal comidos, esperando de un momento a otro ser atacados por las fuerzas de la legalidad que llevaban en las trompetillas de sus carabinas, la razón de la fuerza, y la razón de la ley. Los cerros, las barrancas y el inmenso cielo, fueron testigos mudos de su intranquila vida; durmiendo a la intemperie, bajo los rigores del frío y de la lluvía... ¡Una verdadera vida de perros!

Cuenta uno de los que al mismo tiempo fueron autores y testigos en este gran crimen, con mal disimulado desaliento:

"Se juntaron todas las armas que hubo en aquellas rancherías del Volcán; unas buenas, otras malas... otras en estado regular, pero casi todas eran las que nuestros improvisados libertadores habían usado en tiempos de paz, para cacería... Aquel arsenal estaba compuesto de carabinas calibres 38, 32-20, 30-30 y 44; carabinas de retrocarga, de taco, pero sin ningún cartucho. Ningún Mauser, ni siquiera viejo y en mal estado... Algunos traían alguna arma corta, por lo común en malas condiciones, y la mayoría de aquellos muchachos que habían dado su nombre al *Ejército Cristero,* no traían más que un cuchillo... Por la otra parte, el Ejército del perseguidor, formado por hombres adiestrados en la guerra, muchos de los cuales eran en verdad valientes, dotados de excelentes armas y apoyados por el más grande poder material de la tierra, *los Estados Unidos del Norte"*.

¿Más grande, nos permitimos nosotros preguntarles a los católicos metidos en la bola; más grande que el *"Poder de Dios* y de *Cristo Rey"?* ¡Hombres de poca fe, les hubiera increpado como a Pedro y sus compañeros, el mismo Jesús que flotaba sobre las aguas del Tiberiades!

"Sin embargo, continúa el mismo testigo presencial, este Ejército improvisado para defender la *Causa de Dios Todopoderoso y de la Iglesia Católica,* ejército de ángeles, de vírgenes, de santos, se sentía un poderoso David, con todo y su honda irresistible, frente al tambaleante Goliat que la Biblia les contaba había sido derribado, más que por la certera pedrada, por la fe religiosa del hebreo. ¡Esos eran los sueños! ¡Aquellos valientes cruzados, darían su merecido en poco tiempo al gobierno del hereje Calles!

Entre los sacerdotes que también se habían refugiado en las rancherías de las mencionadas faldas del Volcán de Colima y que por sus manifiestas actividades subversivas, buscaba la policía, se encontraban el cura de San Jerónimo Ignacio Ramos y el Presbítero Mariano de Jesús Ahumada. También ellos, como los demás ministros de la religión, que mencionaremos después, fueron a la contienda armada, invocando tal vez contra su íntima convicción el nombre de Dios, aunque sabían que no era por El por quien se luchaba.

"El nombre de Dios, dijo Ignacio Ramírez, en 1858, ante el Congreso Constituyente, ha producido en todas partes el derecho divino, y la historia del derecho divino está escrita por la mano de los opresores con el sudor y la sangre de los pueblos. Apoyándose en el derecho divino el hombre se ha repartido el cielo y la tierra, diciendo: *Yo soy dueño absoluto de este terreno*... El derecho divino ha inventado la vindicta pública y el verdugo...".

Y en nombre de ese derecho han funcionado todas las dictaduras y gobernado todos los tiranos...

Para aprehender a esos dos sacerdotes rebeldes, salió de Colima el Comandante de la Policía Urbano Gómez, al frente de cincuenta gendarmes mal montados e irregularmente armados, rumbo a los pueblos del Volcán, en donde se sabía estaban ocultos y naturalmente resguardados ya por rancheros rebeldes armados y decididos a defenderlos a todo trance.

Las fuentes cristeras de información y las fuerzas mismas insurrectas, se anotaron el primer triunfo. Tengamos la paciencia de leer desde los jubilosos encabezados.

"Fáciles triunfos.—*Veinte contra sesenta.* Al amanecer (del 23 de enero de 1927) llegó la gendarmería del Estado a Monte-

alegre. Sorprendidos los libertadores que en tal ranchería había, no tuvieron más que huir, ya que su número era reducidísimo, haciendo uno que otro tiro, en medio de las balas de los enemigos que corrían de aquí para allá, sembrando el pánico entre todos y disparando sus armas en todas direcciones sobre cuanto veían correr. De Montealegre siguieron a Mantitlán, en donde se repitió la misma escena. Los rancheros corrían espantados a refugiarse en el bosque y los enemigos, allanando todos los hogares, cometían un sinnúmero de perversidades. Triunfantes entonces y llenos de satisfacción, emprendieron el camino rumbo a la ranchería de La Arena... Debían de ser en aquellos momentos como las nueve de la mañana. Cinco o seis soldados libertadores estaban allí desprevenidos, cuando de improviso y ya muy cerca, escucharon un *¿quién vive?* Contestaron inmediatamente: *"Cristo Rey",* mientras una lluvia de balas caía sobre ellos, sin causarles ninguna lesión. Tuvieron que huir, porque no pudieron organizar ninguna defensa. Entre tanto, cerca de Caucentla, al lado de los jefes del movimiento Libertador, se encontraban unos quince ya armados, aunque con deficientes armas, según se ha dicho...".

"Al principiar a oirse las detonaciones de las armas de los gendarmes, allá por el Sur, perdidas casi por el rumor de la montaña, los cristeros de aquel pequeño núcleo, sin hacer caso ni del frío ni del hambre, corrieron presurosos hacia Dionisio Eduardo Ochoa, para pedirle órdenes. ¡A darle, dijo Dionisio! Vamos a darles inmediatamente auxilio a aquellos hermanos. Cada quién tome el arma que tenga y... Mucha confianza en Dios, él proverá".

"Los gendarmes entre tanto, haciendo lujo de saña, entraban a las casitas de los campesinos, disparando sus armas sobre quienes veían correr y sembrando el consiguiente pánico, sobre todo entre las mujeres y los niños. Había ya cesado el fuego cuando los cristeros de Cuacentla llegaron al lugar de los hechos. Se dió la contraseña e inmediatamente, unos por una parte y otros por otra, se distribuyeron aquellos pocos pero valientes soldados para rodear al enemigo. Minutos después, al sonoro y *"sublime grito de viva Cristo Rey,* se escucharon las detonaciones por diversos lados y los gendarmes principiaron a contestar. *Quiso Dios entonces sembrar un inmenso pánico en las filas de los perseguidores...* Además, tal vez el natural efecto de una grande exitación nerviosa, tal vez *el efecto del Poder extraordinario de Dios, les hizo que vieran un enemigo cincuenta o cien veces superior,* lo confesaban después los supervivientes... Textualmente decían que *las lomas de los alderredores blanqueaban*

de tantos católicos, que las habían atacado. Y los libertadores con toda verdad, sumando los de los dos o tres grupos en que se distribuyeron para el combate, los que venían de Caucentla y los que se unieron allí mismo, *no pasaban de veinte*".

De esta clase de milagros y de intervención divina, con estos modernos *Rodrigos de Vivar* mexicanos, tendremos muchos, relatados con esa ingenuidad más propia para inocentes niños de escuela primaria de pueblos de indios que para contarlos a los pescadores chinos. Aun cosas más portentosas se podían leer en las hojas de propaganda y en libros y folletos que circulaban a millares en el país y en el extranjero, sublimizando siempre las hazañas increibles de los fanáticos cristeros levantados en armas.

Esto de *veinte contra sesenta* es poco. Las maravillosas historias que antes circulaban de los *"cruzados"* que luchaban en contra del poder de la media luna: las grandes matanzas de moros infieles de otros tiempos, se repetirían en esta época, corregidas y aumentadas. Los sacerdotes católicos son maestros consumados en el "arte de engañar y de inventar truculencias y mentiras piadosas... *"A la mayor gloria de Dios"*.

En este combate asegura el relator que se hicieron ocho muertos al enemigo, muchos heridos, se recogieron "doce armas largas y algunas cortas en muy buen estado, parque, caballos y monturas, tomando prisionero al mismo Jefe de la Policía y a tres de sus acompañantes" que, previo *"piadoso y muy cristiano consejo de guerra sumarísimo",* fueron pasados por las armas.

Después de este hecho de armas y de la correcta aplicación del precepto de *"no matarás",* les decía el flamante Jefe y muy devoto católico, Ochoa: *"Vean, cómo Dios nos ayuda"*. Las razones en que este Tribunal de la *Santa Inquisición* se fundó para sentenciar a muerte al Comandante de la Policía de Colima y a sus gendarmes subordinados que cayeron prisioneros de los cristeros, fueron, entre otras: "que eran fervientes colaboradores del tirano, al cual servían de instrumento incondicional, y la creencia fundada de que aquellos hombres, una vez libres, serían enemigos más terribles que en el pasado".

Esto último en el lenguaje popular, se llama: tener los primeros síntomas del miedo, mezclado con algo de desconfianza en la ayuda divina. Así, faltando al respeto que en todas las épocas y en todas partes, se debe tener por los caídos y sobre todo por los prisioneros de guerra, es como se justifican las represalias, aplicando la ley del Talión.

Hemos seguido en los puntos más importantes la descripción que de esos primeros combates hace el ex-cristero militante,

cura Julio Monetti o *Espectator,* así como nos documentaremos en otros escritores clericales, no importa que su parcialidad sea manifiesta. La verdad, como la luz del sol, se abrirá paso aún por enmedio de las más espesas tinieblas.

De todos modos, relatados los hechos conforme a la verdad histórica o exagerados a impulsos de la pasión sectarista, justificarán plenamente y ante el menos exigente de los criterios, que el régimen del General Calles estuvo en lo justo al exigir, primero el cumplimiento de las Leyes puestas en vigor años atrás, y después reducir al orden, con las fuerzas federales a quienes lo habían alterado. Es decir el Gobierno de la República no persiguió a los cristeros levantados en armas, por cuestiones religiosas, sino porque se habían colocado fuera de la Ley. Esto se hace y se ha hecho siempre en todos los tiempos y en todo el mundo. *No hubo pues jamás en México ninguna persecución Religiosa.*

Ante la actividad rebelde de un grupo de ciudadanos, llámese clero o cualquiera que sea su nombre y funciones sociales o espirituales y que además de crearle al Gobierno problemas, trata de soliviantar y llega de hecho a sublevar al pueblo ¿qué otro camino le queda al Gobernante conciente de su responsabilidad y deseoso de cumplir con sus obligaciones, sino proceder en contra de los agitadores y reprimir con toda energía a los levantados en armas? Ahora, más que nunca tiene aplicación lo que en 1930, recién sofocada la rebelión cristera, escribíamos en el folleto *"la influencia del clero Romano en la América Latina"*. México, dominado por muchos años por el funesto clero católico romano, ha puesto en su legislación todos los medios para librarse de sus garras, como legítima defensa de sus sagrados intereses, de la estabilidad de su gobierno y de la moralidad de sus hogares".

"La dolorosa experiencia hizo que los constituyentes procurarán a todo trance desarmar al enemigo del mejoramiento social, que por todos los medios no deja de hacernos daño. Los sacerdotes en todas partes del mundo, aún en la católica España, reconocen como sus superiores a las autoridades civiles y se someten a las leyes del país en que ejercen su ministerio. ¿Por qué entonces en México no lo habían de hacer? ¿Acaso el "non fecit taliter omni nationi", quiere decir en buen romance que los llamados *Ministros del Señor,* pueden hacer en este país guadalupano lo que les dé su regalada gana?". ¿Por qué han de gozar del privilegio especial que no gozan los ministros de otras reli-

giones, de no sujetarse a las disposiciones legales? Esa fue y no otra la verdadera causa de la rebelión que más que los del Gobierno, afectó los intereses de la Iglesia Católica.

En esta, como en otras ocasiones, a las dignidades eclesiásticas, les faltó tacto político y visión del futuro.

— XI —

EN PLENAS CORRERIAS Y "UNA VEZ MONTADOS EN LA BURRA..."

Los primeros grupos cristeros, de los que saldrían los futuros santos, héroes y mártires; es decir esos pequeños núcleos establecidos en cada ranchería, desde Cuacentla, en donde, como antes se dijo se había establecido el improvisado *"Cuartel General",* constaban de ocho a diez individuos cada uno, todos ellos rancheros católicos reconocidos. Los Jefes de esos grupos eran: J. Natividad Aguilar, del de Caucentla; los hermanos Rodríguez en Cofradía; Pedro González en Montealegre; Lorenzo Rodríguez en La Arena; Mauricio Rodríguez en Tepehuajes; Norberto Cárdenas en Higuerillas; Ramón Cruz en La Joya; Candelario Peña en las rancherías de *Las Paredes;* Vicente Avalos en Montitlán... y otros en lugares de menos significación.

Todos los Jefes de estos grupos rebeldes, lo mismo que a los soldados rasos "libertadores", se les exigía el juramento jesuítico consabido, como requisito indispensable para "tener el honor de servir en las filas de Cristo Rey". La mayor parte de los que otorgaban este juramento, ni siquiera le entendían, menos se daban cuenta de su significado y trascendencia. Lo recitaban maquinalmente, al igual que las jaculatorias y oraciones que les obligaban frecuentemente a repetir.

Como por el día 28 del mes de enero de ese mismo año de 1927, ya reunidos todos esos grupos, entraron al pueblo de San Jerónimo, en donde no había destacamento federal, y de donde era precisamente cura párroco, el sacerdote Durán, uno de los perseguidos por la Policía de Colima.

"Al despuntar el día —asienta el narrador cristero— los cruzados, distribuídos en varios grupos, entraban en aquel heroico pueblo, sin encontrar resistencia. (¡Claro! ¿Si no había guarnición, quien se las había de presentar?). Las campanas se echaron a vuelo y una ola de alegría y de esperanza inundó todas las almas buenas. Las mujeres corrían de sus casas, llevando a los soldados cristeros lo que podían: ya café y pan con

leche, ya un trago siquiera de vino. Todos se sentían honrados con poder absequiar a los libertadores alguna cosa... Con hijos de aquel valiente pueblo, engrosaron aun más las filas del *Ejército Nacional Libertador de Colima"*.

Hubiera estado más acertado si lo llama: *Ejército Clerical Desorientador del Vaticano*... Porque ¿De dónde le venía lo nacional, si apenas operaba en una insignificante parte del territorio, del pequeño Estado de Colima?

Como se puede ver por esta pintoresca descripción, en la que a estos pobres, ignorantes e ilusos fanáticos rancheros se les llama pomposamente *"libertadores"* y "valientes cruzados", palabras que también seguramente no sabían lo que les querían decir con ellas, ni en resumidas cuentas lo que eran, a lo que iban y muchos de ellos, ni por que peleaban.

El sistema de inflar hasta el límite de lo humanamente creible las noticias que del campo cristero llegaban a las poblaciones, principales en donde la mayor parte de los habitantes no tenían siquiera idea de que hubiera, de que pudiera haber, sacerdotes y católicos levantados en armas, desorientaba hasta a los mismos simpatizadores de "la causa", y en lo general acababan por no darles crédito. Pero esa labor fue secundada por muchos libelistas, nacionales y extranjeros que deliberadamente y con toda mala intención las propagaban, aumentadas y adulteradas por su cuenta y riesgo.

Desde Utrech, Holanda, en donde por sus actividades sediciosas rumiaba su forzado destierro, el sacerdote zacatecano o durangueño David G. Ramírez, con el seudónimo de *Jorge Gram,* publicó un folleto, *"La Cuestión Religiosa",* en el que dolosamente otro cura de apellido Kelly en su *Libro Rojo y Amarillo,* vierte a su vez el mayor veneno sectarista posible. Estampa a sabiendas tal número de falsedades y tan enormes mentiras, que da vergüenza siquiera aparentar que se creen: tan infantiles y fuera del sentido común, que más que por crédulos, pasaríamos por imbéciles. Según estos malintencionados *"curizánganos";* las hazañas, de los verdaderos revolucionarios mexicanos se redujeron en último análisis y consistieron única y exclusivamente, en *"prisiones de obispos y sacerdotes, exclaustración de monjas religiosas y persecución de católicos, sin ton ni son"*.

Para estos y los demás apasionados hasta la obsesión, escritores clericales, "la única y verdadera revolución fue la cristera y los únicos hechos heroicos y meritorias hazañas, las de los "soldados de Cristo Rey".

Los folletos de esta índole, asi como las hojas sueltas conteniendo los virulentos desahogos del inquieto Obispo de Huejutla, Manrique y Zárate, el clero, por conducto de sus organismos afines, los hizo circular por millaradas, sin que con ello consiguiera levantar el ánimo de los católicos, menos aún el de los ya levantados en armas. En todas sus maniobras fracasaron, no sirviendo para nada las plegarias dirigidas al cielo, ni los variados y curiosos subterfugios de que se valieron para obtener el triunfo... en la tierra. Además de que bendecían y rociaban con agua bendita las armas que portaban los cristeros, a quienes saturaban de medallas y amuletos milagrosos, en algunos de los mortíferos proyectiles que les remitían a sus campamentos, en las balas expansivas y explosivas, terminantemente prohibidas en la Convención de Ginebra, iban grabadas inscripciones como estas: *"Cumple con tu destino; Mata al enemigo de Cristo, en defensa de Dios"*.

Como claramente lo expresan los Caballeros de Colón en su juramento, todos los medios de destruir, de dañar, de aniquilar al enemigo, son lícitos: los sentimientos humanitarios no los toman para nada en cuenta.

Con esas armas y balas benditas, los "libertadores" se sentían invencibles e invulnerables". *"Dios por delante y... Viva Cristo Rey",* serían las palabras mágicas que "los librarían de todo mal".

Sigámoslos en sus descabelladas aventuras. Después de haber entrado sin resistencia a San Jerónimo, por que allí no había guarnición y de haber sido aclamados y agasajados por toda la gente, no todo había de ser para ellos "vida y dulzura"... "Entre tanto el enemigo preparaba un golpe más formal. En la mañana del día 31 de ese mismo mes de enero, el general *Callista Ferreira, Jefe de las operaciones militares en Jalisco,* con un Regimiento completo, venido de Guadalajara, dotado de artillería y soñando en exterminar de un solo golpe y en un solo cuarto de hora, a los cristeros del Volcán, salió de la Hacienda de San Marcos, rumbo a Cuacentla...".

"En Cofradía había puesto el jefe Ochoa unos *dieciseis libertadores* para que sirviesen como de avanzada. Tocó a estos bravos luchar primeramente con las fuertes y disciplinadas columnas del General Ferreira. A pesar de ser ellos tan reducidos en número, tan faltos de experiencia militar y estar tan mal armados, hicieron frente, al menos por breve tiempo, a un enemigo *cuarenta veces superior* y con excelente armamento; por lo cual, tras unos momentos de lucha desigual, tuvieron que retirarse, pero después de haber hecho *varias bajas al enemigo* y de

haber puesto en peligro al mismo general Ferreira, pues recibió un balazo en su propia silla de montar. *Huyeron pues los cruzados, pero sin sufrir ninguna baja".*

¡Se repiten los milagros, como se ve, y de estos casos maravillosos, aunque inverosímiles, los leemos con frecuencia en todas las obras escritas por clericales!

Acompañemos en sus hazañas a estos luchadores y valientes cruzados(?).

En lo que llaman *"Batalla del Fresnal"*... "En una cerca de piedra se afortinaron los *nuevos macabeos* con resolución y fe heroica y un valor admirable: los que tenían arma larga eran sólo ocho; los tres restantes únicamente pistolas... *¡Once contra seiscientos...!* Apenas don Nativi había distribuído a sus muchachos en sus puestos, cuando empezaron a aparecer los primeros enemigos que venían victoriosos... Había dado la orden de que no se disparara hasta que el enemigo estuviera a unos cuantos metros de ellos, para cegar sus tiros. La señal sería cuando él empezase a hacer fuego. Así se hizo Sorprendidos los perseguidores, no hicieron sino pocas descargas y luego retrocedieron hasta donde los cruzados ya no podían verlos; mas dejando en el campo *una multitud de muertos y de heridos".*

"Rehechos un poco los soldados federales, atacaron con nuevo ímpetu por el mismo lugar, más de nuevo fueron rechazados, dejando aún más muertos y agonizantes que se quejaban, maldecían y se retorcían con desesperación sobre su propia sangre. Los cruzados, en cambio, no dejaban de gritar su hermoso y sonoro *"viva Cristo Rey".*

En esta acción no solamente "Dios y la virgen de Guadalupe" les hizo a los cristeros el portentoso milagro de que les hicieran muchas bajas en esa lucha de *once contra siescientos,* sino hasta el de que el *espectador,* cura Monetti, que estaba en el campo rebelde, haya visto los gestos de dolor y oído las imprecaciones y las quejas que proferían los del campo enemigo.

Sin creerle sus garrafales mentiras sigamos leyendo:

..."Por tercera y cuarta vez más veces el pequeño *grupo de héroes,* rechazó al enemigo en sus furiosas arremetidas y así hubieran seguido por varias horas hasta lograr su completa victoria y levantar el campo con más de *un centenar de rifles,* si el parque de los cristeros no se les hubiera agotado.

¡Ahí estuvo la mancha y sobre todo la falta de ayuda divina!... "Cuando ya no fue posible la resistencia, se abandonaron las posiciones, sin poder recoger un solo rifle enemigo, es cierto, más si haciendo al regimiento de los soldados callistas de Ferreira *cincuenta y cinco muertos y multitud de heridos.*

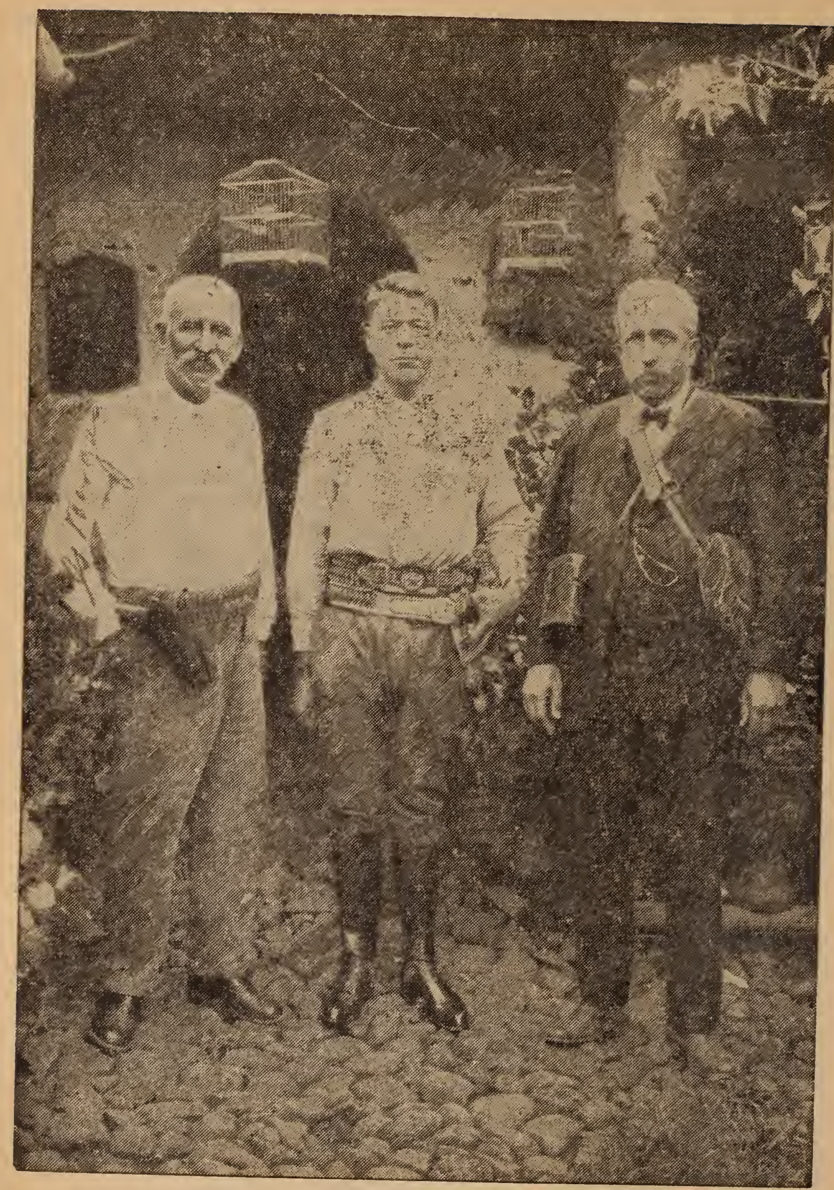
En cambio por parte de *aquellos macabeos Cristeros, no hubo siquiera un herido".*

Estos relatos infantiles que seguiremos transcribiendo íntegros, tendrán que servir, no solamente para dormir a los niños, sino para que el lector vea hasta donde se puede llegar en los terrenos del descaro y del cinismo, aunque el cuentista acaba confesando: "...Estos esforzados héroes cristianos se internaron luego en la montaña, subieron a lo que se llama la Loma de Caucentla, desde donde contemplaron reducirse a cenizas su querida ranchería. Los enemigos, ardiendo de rabia, descargan su furia quemando cuanta casita había en aquella región".

Para que nos expliquemos mejor estas portentosas hazañas de los invencibles macabeos cristeros, a quienes les hacían creer que en todo caso las balas del Gobierno nada les harían, les recomendaban que antes de comenzar el combate las "conjuraran" diciéndoles: *"Detente, bala impía, que a este cuerpo consagrado a Cristo,* no podrás penetrar"; mientras que a los proyectiles que ellos les mandaban a "los callistas" llevaban grabada la leyenda que antes mencionamos, conminándolos a que cumplieran con *"La misión de matar al mayor número de enemigos".* Por eso a ojos cerrados creían también que, mientras "los perseguidores", como ordinariamente llamaban a los soldados del Gobierno experimentaban enormes bajas entre muertos y heridos, de los cuales hasta escuchaban las maldiciones y los quejidos de los agonizantes, de su parte, por lo general, no había ni un solo herido.

"Al mismo tiempo —sigue el relato— que Ferreira atacaba El Fresnal, el general callista Talamantes Jefe de las Fuerzas de Colima, atacaba a los cruzados en la zona de San Antonio: El combate se efectuó en *lo de clemente*. Los soldados cristeros eran *catorce,* con armas de taco, pistolas o cuchillos".

"Las columnas enemigas, con aparato terrible para aquellos que nunca habían oído funcionar una ametralladora, iniciaron el ataque, quiso *Dios igualmente dar la victoria a los humildes* y Talamantes tuvo que retirarse a Colima, sin lograr aniquilar al pequeño *núcleo de héroes*... De parte de los perseguidores hubo más de *cuarenta bajas,* que sumados a los de Ferreira, pasaban de *cien*... Los generales Talamantes y Ferreira a su regreso a Colima, en lugar de haber combatido con sus numerosas fuerzas bien pertechadas, a los pequeños grupos de *once y de catorce esforzados héroes macabeos,* no pudiendo ocultar la tremenda mortandad que hubo en sus filas y para disimular el bochorno de la derrota, contaban que el número de los pelados cristeros era ya muy grande; (según sus cálculos, sus mis-



Cabecilla cristero Ramón Aguilar (al centro).

mas afirmaciones eran grupos de once y de catorce), pero que los habían acabado por completo".

Ahora resulta que para verificar este otro milagro, intervino nada menos que la misma Virgen, disfrazada de *una señora montada en un caballo blanco,* sin duda el caballo legendario que usara el Apóstol Santiago en la batalla de Covadonga.

"Los soldados rasos en cambio, contaban cosa bien distinta: *Confesaban su derrota* y declaraban no haber hecho nada en las filas de los cristeros... Muchos de los heridos narraban el gran terror que se apoderó de ellos al grito de *¡viva Cristo Rey!* Además es cosa compleatmente cierta que muchos heridos y sanos declararon que en lo más rudo de la batalla, habían visto a *una señora en un caballo blanco que recorría las trincheras, animando a los católicos y levantando a sus pies, con las patas del animal, una gruesa nube de polvo que impedía que los cristeros fueran vistos por ellos*... ¿Habría en verdad tan milagrosa aparición?... Ninguno de los cristeros vió nada singular; más de que tales cosas contaban los enemigos como acaecidas, en este y en otros muchos de los combates, sí hay certidumbre completa y es cosa comúnmente sabida en Colima". ¿No es también admirable que en estos tiempos se escriban tales barbaridades, y más aún que haya personas que tomen en serio a los que las escriben?

Sin embargo asi se les servían como platillos deliciosos a sus fanáticos creyentes que las apechugaban como "artículos de fe".

Cuando se leen tales desatinos, ya lo hemos dicho en otra parte, no se sabe qué admirar más; si la maldad de quienes los estampan o la candidez de los que los creen, nada más porque los sueltan, bajo su palabra de honor quienes como sacerdotes sin justificarlo se autotitulan ministros de Dios, y en su nombre y representación cometen en ocasiones los mayores crímenes.

— XII —

HEROISMOS INCREIBLES... PRODIGIOSOS MILAGROS

Con los escandalosos títulos de: *Saña enemiga, los nuevos vándalos, prodigios y heroísmos cristianos,* encabeza otro capítulo el escritor que hemos venido citando, con una imaginación fecunda para presentar hechos sobrenaturales, grandes milagros e intervenciones divinas, a diestro y siniestra.

"Cuando los soldados callistas —dice— en esos mismos últimos días del mes de enero quemaron la ranchería de *La Arena,* se dió un nuevo hecho extraordinario que vino a fortalecer aún más el corazón de aquellos luchadores cristianos y en el cual claramente se vió la *mano de Dios* que los protegió. José Hernández, soldado libertador, fue sorprendido en su propia casita por los enemigos que iban a destruir la ranchería. Con golpes, insultos y blasfemias, se le condujo a fusilar... Eran más de cien los soldados de Calles que estaban allí presentes. Se dispuso el lugar de la ejecución: al condenado a muerte se le colocó en el cuadro, pero cuando la escolta destinada a hacerlo se disponía a consumar el acto, al soltarlo para hacer la descarga, aquel hombre, encomendándose a su *Divino Rey,* se escapó de entre sus enemigos Todos los soldados dispararon sobre de él sus armas, tanto los que formaban el cuadro, como los restantes, al grado de verse Hernández completamente bañado por las balas de los impíos. Largos minutos duró el fuego cerrado contra él; pero su *"Cristo Rey"* le salvó la vida. Casos semejantes se repitieron siempre, fortaleciendo cada vez más su fe de aquellos héroes". "En el combate de *La Joya,* aseguran los cristeros, al frente de los cuales se distinguió Ramón Cruz, al que se unió Candelario Peña, que hicieron al enemigo una nueva carnicería... y los cristianos solamente tuvieron un herido". Esto ya sucedió en los primeros días de febrero, en los que también, desertando de las filas macabeas, empezaron a indultarse algunos de sus grupos, que, *muertos de hambre,* y a salta mata, merodeaban por las abruptas serranías colimenses. Otro cabe-

cilla, Andrés Salazar, que antes había militado en la Gendarmería del Estado, en esos días, se lanzó a la cristereada.

Hombre sin convicciones firmes y de espíritu vacilante, no pudo resistir los escrúpulos de su conciencia desorientada. "Se había mostrado decidido católico y se puso de acuerdo para sus primeras correrías con el Primer Jefe *Dionisio Eduardo Ochoa* y reunió a los libertadores desmoralizados que se habían ya desbandado, estableciendo su campamento en la hacienda de Chiapa, en cuyo lugar, al derrotar a la pequeña guarnición del Gobierno, se había opoderado de ocho armas y parque".

"A principios de marzo (1927) Ramón Preciado, otro católico de la hacienda de El Naranjo, se le unió a este nuevo Jefe y recogiendo de Buena Vista algunos inexpertos reclutas, a quienes después de haberles tomado el juramento de rigor y estando recitando el rosario y cánticos religiosos, aquel pobre hombre perdió la razón; por lo cual su grupo también se desorganizó. Entonces un joven de 18 años, Manuel Facio, recogió la bandera del que, sin duda por un choque nervioso de miedo, se había vuelto loco y con ocho o diez esforzados libertadores, se resolvieron atacar un tren".

Veamos pues esta otra gran hazaña. "Provistos como iban de magníficos caballos, comenzaron los ocho o diez atacantes al paso del tren, a intimidar a gritos a los conductores a que se pararan, corriendo los cristeros de Manuel Facio a todo correr sobre sus cabalgaduras. Como era fácil suponer, la máquina siguió su marcha y los soldados callistas, parapetados dentro del mismo tren, comenzaron luego a hacer fuego sobre los atacantes, que presentaban blanco con todo su cuerpo y a muy corta distancia. ¿Cómo fue que Manuel Facio y sus muchachos escaparon con vida de aquella aventura, por que ninguno de ellos resultó ni siquiera herido? He creido, porque no encuentro explicación humana, que *Dios quiso premiar su buena fe y su arrojo, salvándoles la vida*... Después de recoger las armas, entre ellas algunas pistolas reglamentarias de el Ejército Nacional, el tren continuó su marcha hacia Colima y los cristeros de Manuel Facio hacia el Volcán". Porque, dice, que, despues de un nutrido tiroteo, se detuvo el tren, por haber sido muerto el maquinista y que la escolta se rindió.

Este intrépido joven asaltante de trenes, después de haber atacado a los agraristas de *Malpais,* que estaban bien formitificados y armados, a consecuencias de una herida, fue a morir, después de haber recibido los auxilios de la Iglesia, por el rumbo de Coalcomán, en donde "se le hicieron solemnes honras fúnebres *de cuerpo presente* y las tropas del general cristero don

Fermín Gutiérrez, cuyo verdadero nombre era *Luis Navarro Origel,* le rindieron honores militares", como a héroe y seguramente de acuerdo con el ritual de la católica y apostólica Ordenanza.

"Doce contra doscientos cincuenta, en San Pedro; es el encabezado de otra fantástica descripción. "A mediados del mes de marzo en Caucentla se presentó a recibir órdenes y más precisas instrucciones, José Ortiz; que en unión de un selecto grupo, venía de Zapotitlán, en donde era el Jefe militar cristero. Ese grupo era el más numeroso, después del de Caucentla y uno de los primeros que se habían organizado: muchos católicos de aquella región hacía tiempo que estaban dispuestos a tomar las armas en defensa de la libertad religiosa y sólo esperaban una palabra de orden. Esta palabra de orden y eficaz clarinada, la había dado el mismo Dionisio Eduardo Ochoa al salir de Colima, mandándoles decir que era llegada la hora de la lucha... Pronto vino la prueba".

"El mismo General Ferreira que el 31 de enero atacó a nuestros libertadores del Volcán, en Cofradía y en El Fresnal, salió en compañía del Gral. Avila Camacho, a perseguir a los cristeros de Zapotitlán...".

"Cuando la columna de Avila Camacho llegaba a aquella región, atravesando por la ranchería de Santa Elena, *diez o doce libertadores, afortinados en una pequeña Loma, impidieron el paso a los doscientos cincuenta soldados Federales* de la columna y los hicieron retroceder precipitadamente; perecieron cinco federales y los libertadores recogieron un mausser". ¿Y las armas de los otros cuatro que *Perecieron,* se las llevaron a la tumba? "Para mentir y comer pescado... se necesita mucho cuidado".

"Como habían huído los federales —sigue contando con toda frescura— y aquellos cristeros estaban faltos de toda experiencia, creyeron que el enemigo ya se había retirado y que podían tranquilamente irse a sus hogares, pues aun vivían en sus casas y no se separaban de sus familias. Pero he aquí que al día siguiente, cuando menos lo esperaban, los Generales Camacho y Ferreira entraban con sus gruesas columnas a la propia población de Zapotitlán. El pueblo, indignado, no pudo soportar la presencia de aquella gente y sin más armas que su cuchillo, muchos salían de sus casas al paso de la columna de soldados federales callistas, gritando *¡viva Cristo Rey!,* al par que se arrojaban sobre los invasores...".

¡Cómo no lo hicieron los polkos, los fanáticos cristeros del 47, con los norteamericanos que injustamente hollaban el suelo

patrio! Los de entonces y los de ahora, obedecen ciegamente las consignas de sus directores espirituales. ¡El Clero, siempre el Clero soliviantando al pueblo y derramando su sangre generosa!

Después de estos resonantes aunque imaginarios éxitos, leamos otra de las "acciones victoriosas" que en esa región del Volcán de Colima, según les aseguraban, les concedía Dios a sus *"valientes denodados defensores"*.

..."Al mando del General Talamantes habían salido de Colima, provistos de artillería todos los elementos de combate: soldados federales, agraristas y gendarmes; las fuerzas todas que había en el Estado, con el fin de atacar al grupo cristero de Norberto Cárdenas, en su propio cuartel general".

"Era el 17 de marzo; el sol aun no iluminaba los pinares del legendario Volcán, cuando ya los cruzados estaban en su puesto, teniendo en sitio a las fuerzas federales que principiaban a prepararse para continuar su marcha. Cuando hubo amanecido, el fuego de las armas de los cristeros se rompió casi al unísono... Aullando de rabia y llenos de confusión, empezaron a defenderse los soldados de Calles y, obligados por la fuerza de las circunstancias, se afortinaron entre los surcos de un cañaveral... Hacía dos horas que se estaba peleando sin que ni de una ni de otra parte se avanzara un palmo de terreno, cuando llegaron los cruzados de Caucentla. Se redobló entonces el esfuerzo para obligar a los callistas a romper el sitio y a huir y se puso con ese fin fuego al cañaveral. Haciendo un supremo esfuerzo, salieron de allí y huyeron hasta *Higuerillas,* en donde en mejores posiciones, se hicieron nuevamente fuertes. La lucha estuvo reñidísima durante varias horas, hasta que al fin, desistiendo de su intento, los enemigos se retiraron a Colima, dejando en el campo de combate *más de ochenta muertos,* entre ellos el Jefe de los Agraristas de Cerro Grande, conocido con el nombre de *"El Chelis",* elemento destacado entre las filas impías, por su valor, decisión y maldad".

"En cambio, *ilesas, sin novedad ninguna, las fuerzas cristianas, se retiraron a su campamento, bendiciendo a Dios".*

Seguramente que, para llegar a esos resultados finales, después de muchas horas de combate, en contra de un adversario, con artillería y toda clase de elementos y haciéndoles tan numerosas bajas sin una leve rosadura de bala, tuvieron estos inocentes pichoncitos que, además de "ordenar a los herejes proyectiles que no les penetraran a sus cuerpos", contar con el auxilio

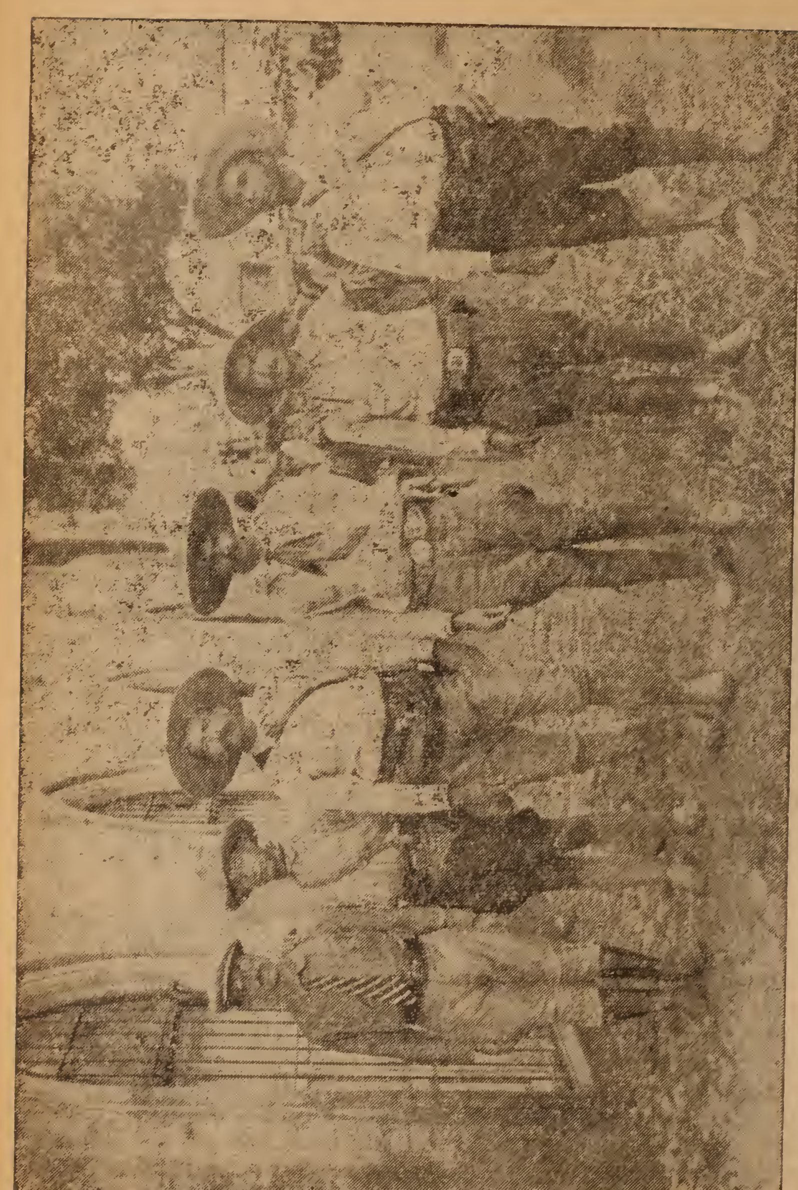
de la "señora del caballo blanco" y hasta con algunas legiones de los ángeles que en tiempos ya muy remotos, derrotaron a Satanás.

Lo que no nos podremos explicar jamás es que cuando la ciencia moderna ha demostrado hasta la evidencia la falsedad de esos hechos llamados en otros tiempos milagros, y con los que explotaban a los bobalicones, todavía haya quien crea en ellos y que permitan muchas personas hasta al parecer ilustradas, que les tomen el pelo y les vean la oreja en esa forma tan burda, refiriéndoles maravillas y acontecimientos sobrenaturales de la campaña cristera.

Tal vez para tranquilizar la conciencia de aquellos hermanos descarriados que fueron a la rebelión y hacerles "moruza" con lo preceptuado en el *Quinto Mandamiento del Decálogo,* era por lo que se valieron de todos los argumentos de pie de banco para convencerlos que "sus actividades no eran pecaminosas; antes bien eran altamente meritoriosas ante los ojos de Dios". Para poder transformar el *"Amaos los unos a los otros"* en: *"Id a matar a los impíos callistas",* les habían asegurado que había dos *Evangelios*: uno de amor, de paz y de caridad; y otro de odio, de venganza, de represalias y de guerra. Allí estaban los ejemplos por millares, del antiguo, del nuevo Testamento, de los teólogos y de los Santos Padres de la Iglesia. El capítulo III del Primer Libro de los Macabeos, hablaba claro. Las palabras de Judas a los hebreos que entonces, como ahora los católicos, eran el pueblo escogido de Dios, eran contundentes:

"Tomad las armas y tened buen ánimo y estad prevenidos para mañana, a fin de pelear contra estas gentes que se han puesto de acuerdo en contra de nosotros, para aniquilarnos y echar por tierra nuestra Santa Religión".

Y los obispos y altas dignidades de la Iglesia, los curas de pueblos, los seminaristas y predicadores laicos, se desgañitaban produciendo en púlpitos y confesonarios, discursos y sermones, para que muchos voluntarios, candidatos a *"Santos mártires,* saltaran a la arena, no a enfrentarse a los tigres y leones del anfiteatro romano, sino a las fuerzas del Gobierno. *"Venga lo que el cielo quiera* —les decían—. ¡Los que se sientan hombres, que me sigan! Les gritaban en son de reto, los antiguos capataces de las haciendas y hasta los administradores que tenían consignas especiales de los dueños latifundistas, quienes cómodamente disfrutaban y distraían sus ocios en las capitales o en países europeos, dilapidando en francachelas las riquezas gana-



Grupo de cabecillas cristeros en Michoacán.

das a costillas del sudor y la sangre de sus peones esclavos.

Y ahí van por caminos y veredas tristes, pensativos y hasta irresolutos, musitando oraciones que no comprendían, como tampoco comprendían por qué tendrían que pelear en contra de otros, tan mexicanos y católicos como ellos pero que les habían dicho que estaban con Calles. ¿Quién era ese señor? Se preguntaban, a lo que sus encampanadores les contestaban: No es el Presidente de la República, sino "el mismo demonio, un hereje que nos quiere quitar a Cristo y que persigue a Dios y a la Religión... *"¡Viva Cristo Rey, jijos de la guayaba!"*.

— XIII —

AMAZONAS MARIMACHOS, VIRGENES Y MARTIRES. MAS HECHOS DE ARMAS

Justo es ya que digamos algo de las muy importantes tareas, a la vez que peligrosas, de la meritoria labor que desempeñaron, en el conflicto religioso, las mujeres católicas mexicanas y hasta algunas extranjeras "espontáneas" y durante toda la tragedia cristera; conflicto y tragedia que no podemos llamar nacional, porque se circunscribió a pequeñas insignificantes regiones de pocos Estados de la Federación, en los que todavía soportaban el negro lastre del fanatismo y en los cuales también no habían arraigado los ideales revolucionarios.

La labor de estas mujeres no fue solamente de propaganda, durante la suspensión de cultos y el ridículo e ineficaz boicot, sino que, posesionándose de su papel de auxiliares en la lucha, se constituyeron en los agentes más activos y valientes del servicio de *espionaje y contra espionaje,* de aprovisionamiento, de proveeduría y hasta llegaron algunas de ellas, a participar en la contienda con las armas en la mano.

Decían públicamente que también ellas tenían el corazón en su lugar, las faldas y hasta, si se requería, los pantalones, bien puestos... por si a los hombres se les habían aflojado. En esa forma las gallinas les picaban la cresta a los gallos.

Para que se tenga una idea aproximada de la importancia que tuvo la participación de las mujeres católicas, fanatizadas por los curas hasta la médula de los huesos, de todas las clases sociales, culturales y económicas, reproducimos las siguientes frases, pronunciadas por una de ellas, en ocasión muy solemne y que son más que significativas.

"No sabemos las mujeres que les pasa a los hombres ahora, decía una guapa y provocativa hembra a su novio, que ante la invitación de ir a la lucha, se mostraba irresoluto, a pesar de ser un *acejotaemero* que se creía de mucho arranque... "Que han estado perdiendo el tiempo en discursos vácuos e inútiles lamentaciones, proyectos y castillos en el aire. ¡Tenemos



Amazonas marimachos, vírgenes y mártires; señoritas de la clase media, improvisadas enfermeras de "Cristo Rey".

que lanzarnos de una vez. Si Uds., los hombres, tienen miedo y no se resuelven a entrarle al toro, nomas díganos a las mujeres y nosotras trabajaremos como podamos.

¡Con esos truenos quién duerme y quién no se resuelve! Había que irse a la lucha, a como diera lugar; por amor propio, por vergüenza, por dignidad. Al mexicano que se le da por ese lado, es capaz de convertirse en fiera. Las mujeres fanáticas los empujaron a la rebeldía.

Su papel fue imperioso y decisivo... Y al reclamo, al consejo, siguió la acción. También ellas habían sido envenenadas por sus directores espirituales.

Mencionaremos a una de esas *"Amazonas Cristeras"*, que no le haremos a Cristo la ofensa de llamarlas "cristianas", de las muchas que intervinieron en esta rebelión descabellada y tal vez haya sido de las más notables. Se trata de María Guadalupe Guerrero, que fuera la muchacha de *diesciseis años* que llevó de Guadalajara a Colima las primeras instrucciones del "maestro Cleto"; vestida de hombre, como soldado cristero, con huaraches y sombrero de petate, cartuchera y carabina, también se batió, al lado de sus compañeros de armas, tomando parte en cruentos combates, soportando a la vez las inclemencias del invierno, contra *los enemigos de Cristo y de su Religión,* hasta que fue descubierta y obligada por su mismo hermano, a dedicarse a otras actividades, más de acuerdo con su sexo y condición.

Pero su "marimachismo" no le permitió actuar de otra manera. Así fue como, llevando grandes bolsas con cartuchos, proveía también de una que otra arma, compradas ocultamente a los mismos soldados; elementos que ella misma conducía al campo rebelde, en medio de muchos y grandes peligros.

Para conseguir con los soldados y hasta con oficiales y Jefes esos pertrechos que iban a dar con los cristeros, ya sabemos de cuantos y variados medios se valían estas modernas "amazonas"; a veces traspasando hasta los límites de la coquetería romántica y prestándose a una fácil pero productiva seducción. Al fin estaban dispuestas a sacrificarlo todo por la santa causa.

x X x

Relataremos otro de los hechos de armas en esa región. Para El Pihuamo y la hacienda de El Naranjo fue nombrado Gildardo Anguiano Márquez, hermano de Miguel de los mismos apellidos que, como Jefe supremo, operaba en el Sur del Estado de Colima y que "con el auxilio de Dios", estaban encargados

de sembrar el entusiasmo por la defensa armada, después de haber organizado el grupo de Ramón Preciado, reforzados ahora con *cien nuevos cruzados.*

Este núcleo, al mando de Plutarco Ramírez, atacó Pihuamo en la mañana del día primero de abril, en unión de otro grupo venido de Cuacentla. "El ataque fue reñido y duró todo el día".

Vamos, como en casos anteriores, a dar la versión cristera.

..."Los enemigos estaban fortificados en las azoteas de los mejores edificios; tenían buenas armas y abundante parque. No obstante eso, *con la ayuda de Dios,* se fue arrebatando a los *callistas,* fortín por fortín, hasta llegar al mismo edificio de la Presidencia Municipal. Llegó la noche y aún el enemigo, posesionado del último reducto, seguía sin rendirse, a pesar de que se les habían hecho más de "25 muertos", entre ellos al mismo Presidente Municipal, *furibundo Anticatólico* que había prometido desde hacía tiempo, una suma de importancia por la cabeza del cura párroco del lugar, Presbítero don Cesareo Santana. Como ya no era posible a los cristeros continuar el ataque, una vez llegada la noche, tanto por no ser prudente permanecer en terreno enemigo en medio de la obscuridad, sino porque se estaba esperando refuerzo callista y el parque de los cristeros casi se había agotado, tuvieron que retirarse, sin haber triunfado del todo, más *sin haber tenido siquiera un solo muerto".*

Hay que hacer notar que si a los soldados y aún generales, Jefes y oficiales del Gobierno en todos los casos los llaman "callistas" a secas, mientras a sus "libertadores" no les escatiman título a cual más honoríficos, es porque en lo general para los obsecados y testarudos católicos, los cristeros constituían *"la legalidad",* no eran rebeldes a las *Instituciones del País,* puesto que "como soldados de Cristo", estaban muy encima de todas las leyes. Los "rebeldes eran Calles y los componentes de su espúreo gobierno". Así lo publicaban en todos los tonos. No era el Presidente Constitucional de la República, sino el "audaz impío que se enfrentaba a los Ejércitos del Papa". Aquiles Ratti, S.S. Pío XI a ese efecto había organizado y bendecido *la Acción Católica* par aniquilar al *anticristo* Plutarco Elías, contra quien luchaban denodadamente los *libertadores de Cristo Rey, en legítima defensa de los derechos de Dios y de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana".*

Fogosos discursos, inspirados sermones por el mismo Espíritu Santo y candentes proclamas mantenían encendidos con el fuego santo todos los corazones de los malos cristianos.

Uno de esos exaltados *macabeos libertadores,* miembro de *la Liga de la Defensa Religiosa,* exclamaba en un momento de

paroxismo místico; con los puños cerrados en alto: *"¡Calles, Calles!. . . ¡Pigmeo cruel y ensoberbecido!* ¡Ya verás cuando nosotros nos organicemos bien y estemos bien pertrechados, te haremos rendir a nuestros pies. Ya verás cuando, en vez de inclinarnos a tus caprichos y en vez de encogernos como pollos friolentos ante tus oficiales, nos plantemos frente a ellos y respondamos a sus demandas homicidas con las descargas cerradas de nuestros rifles heroicos!. . . ¡Ya verás cuando, a los rayos del sol, crucemos las montañas, para bajar después en avalancha incontenible a arrancarte de tus garras, las víctimas inocentes que devoras en las ciudades!. . . ¡Ya verás a *tus generales temblando ante nosotros* y a tus soldados huyendo intimidados ante nuestras poderosas fuerzas. . .".

De este corte y por ese mismo estilo eran todos los manifiestos y proclamas que por millones lanzaban a la publicidad y repartían a sus cándidos adeptos, para hacerlos creer que la "campaña con Cristo y la virgen de Guadalupe a la cabeza" y con la *ayuda de Dios,* iba como un poderoso barco sobre un lago de aceite: los ejércitos libertadores, triunfantes, marchando siempre "como sobre un lecho de rosas". Como los auténticos soldados de Roma, de la antigua Roma dominadora de los Césares, o en último caso, de la Roma decadente de Víctor Manuel II y de Mussollini; llevaban estos cruzados la norma de "no retroceder jamás ante nada ni ante nadie"; pero que, dentro y de acuerdo con los consejos de la prudencia: *Las retiradas a tiempo* valen tanto o más que las victorias, y había que anotarse triunfos aun cuando tuvieran derrotas *"cartucheras al cañón. . .* quepan o no".

x X x

Son también de mencionarse algunos otros brotes rebeldes cristeros, en Zacatecas y en Michoacán, que pudieran haber tenido alguna conexión entre sí, y en cuyos Estados ya desde 1926 los cabecillas previamente comprometidos, arrastraron a grupos de rancheros ignorantes y fanáticos, que fueron los que mayor contingente dieron a la rebelión.

Después del fusilamiento del cura de Paracho, Andrés Posada, convicto y confeso de hacer propaganda sediciosa, en aquella tierra purépecha, y tomando como pretexto ese hecho, don Tomás Anzúrez, persona muy conocida y estimada en el lugar, juró vengar su muerte y ante el cadáver del "mártir de Cristo", sintiéndose con la majestad de un gran caudillo, gritó a la multitud: *"¡Los que se sientan hombres que me sigan!".*



Una de las primeras gavillas en Jalisco.

"Cerca de cincuenta hombres ya maduros y otros garrudos mancebos, salieron con él. Pidió la bendición al cura muerto y... *Dice el vulgo* que los labios de aquel cura mártirizado se contrajeron para pronunciar solemnemente el nuevo grito de aquella bendición póstuma". (*"Héctor",* novela cristera, por *Jorge Gram,* Canónigo *David G. Ramírez, S. J.*).

"Así fue que, al tercer día de ejecutado el cura Posada, cuando el empecatado capitán Callista volvía al pueblo de Paracho a proseguir sus pesquizas cuando muy quitado de la pena, al buen trote de su caballo encendía un cigarrillo, a la altura del desfiladero más próximo, una formidable detonación le hizo estremecerse y una lluvia de balas lo derribó del caballo, a él y a otros siete soldados. Una nueva descarga desde lo alto de los peñascos fronteras y, otros cuantos soldados vinieron por tierra y, cuando los restantes, desconcertados también, pretendieron reorganizarse, nueva lluvia de balas los inunda de las alturas, en tanto que a la puerta opuesta del desfiladero aparece un nuevo grupo armado, que descarga de frente sus armas sobre aquel pelotón de ebullición. Los caballos se retorcían encabritados, los soldados derribados volteaban sus armas en demanda de piedad y los más afortunados de entre ellos, picaron espuelas y tendidos sobre los cuellos de sus corceles, emprendieron la más desesperada de las fugas...".

"En el Cuartel General de Uruapan cayó la noticia como bomba. Cuchicheos de los oficiales, entrada y salida de los mensajeros, mucho telégrafo, mucha corneta: todo indicaba que el caso era grave. El grito de Anzúrez había repercutido. El Jefe de Uruapan telegrafió a Calles. El ministro de la Guerra ordenó la salida de tropas de Morelia. Se pidieron refuerzos a Guanajuato; pero Guanajuato se encontraba en las mismas. Otro *héroe,* Luis Navarro Origel (su verdadero nombre era *Fermín Gutiérrez*), y *"aquel bayardo, caballero sin miedo y sin tacha,* hombre *de oración, pero también de acción,* había perdido la paciencia y se batía con los infames, con los soldados del Gobierno, en las goteras de Pénjamo".

Por elogios y dicterios honoríficos no quedó; jamás se los escatimaron los escritores clericales, a quienes cometieron la imbecilidad de lanzarse a una aventura, sin esperanza siquiera remota de llegar al triunfo definitivo. Desde el principio de la lucha la mayor parte de los cabecillas cristeros tenían el presentimiento y casi la seguridad de que irían al fracaso; algunos se habían hecho el propósito, de antemano ofrendar sus vidas por la "santa causa", de conquistar la "corona del martirio",

Sin embargo ocultaban sus temores y disimulaban sus presentimientos: aparentaban un entusiasmo y un interés que no sentían. Estaban obligados a "hacer la fuerza en la cara", y de "tripas corazón".

"Tomás Anzúres —dice el escritor que comentamos— volvió victorioso a Paracho. El pueblo entero salió a recibirlo con palmas y flores. Pero no había tiempo que perder. El Gobierno podía mandar miles de soldados, con cañones y aereoplanos, para aniquilar a aquellos centenares de valientes. Don Tomás revistó a sus compañeros: eran ya *seiscientos,* bien armados y municionados y no hubo más armas, por eso no hubo más *libertadores*".

Mientras tanto en Zacatecas, a donde don Tomás Anzúres había mandado a su hijo Juan, a que comunicara la nueva del levantamiento en aquella región, al Caudillo, cuando también en esos rumbos el boicot había llegado ya a su máximo y creían sus autores intelectuales ingénuamente haber caldeado al rojo vivo los ánimos de los católicos, produjo un efecto alentador.

El Delegado especial, con instrucciones detalladas del "generalísimo Capistrán Garza, se había puesto en contacto con todas las organizaciones católicas locales para distribuir por grandes cantidades, los ejemplares de las hojas volantes subversivas, firmadas por el inquieto obispo de Huejutla y otros mitrados y sacerdotes jesuítas que desde el extranjero atizaban la hoguera de la rebelión, echando de "su ronco pecho", sin ningún peligro, pestes, ajos y cebollas" en contra de *Calles* y de su *Gobierno Bolchevique,* así se llamaba entonces como ahora comunistas, a quienes atacan al clero y no están de acuerdo con retrógradas ideas.

Este Delegado especial de la *Liga de la Defensa Religiosa,* tomando como "nombre de guerra", el del héroe de Troya y actuando como personaje de novela, se autonombró Caudillo de toda aquella región. Sin seguirlo en todas sus románticas e imaginarias aventuras, vamos a tomar del libelista Jesuíta Jorge Gram (David G. Ramírez) los más importantes de sus sonados triunfos, relatados en la novela cristera *Héctor,* en donde, como los demás panegiristas clericales, no les escatima elogios a los rebeldes, ni economiza falsedades que las estampan a granel.

En todas las páginas de esta obra que resuman odio incontenible, abundan los dicterios despectivos en contra de los mexicanos no católicos fanáticos y de los hombres de la Revolución que, al llevar al triunfo efectivo los ideales de mejoramiento social, político y económico al País, tuvieron que lesionar nece-

sariamente los intereses creados de clericales, latifundistas industriales y explotadores de todas clases, a quienes se les privó de muchos privilegios de que indebida e injustamente disfrutaban, en perjuicio del pueblo, y no se limitaron a "poner el grito en el cielo".

Así se explicaba que hubieran llevado la rebeldía a todos los terrenos. Las leyes de *Reforma,* eterna pesadilla de clericales y raccionarios, la Constitución del 57 a la que se habían incorporado y la de 1917 que, además de contenerlas en escencia, mejoraba en muchos aspectos los principios de aquellas, dieron un golpe de muerte a los tradicionales abusos del Clero y a sus funestas intromisiones en nuestra política. Era natural que no estuvieran conformes con esas leyes y que las combatieran: el alto clero católico no tuvo, por consiguiente escrúpulos de conciencia en lanzar a la contienda armada, a la pequeña parte del pueblo mexicano que pudo desorientar, asegurando a esos desorientados y crédulos católicos, en infladas y golosas propagandas, que contaban con la ayuda pecuniaria de los ricos hacendados, industriales y comerciantes y con el contingente de casi la totalidad de los ciudadanos.

Los hechos vinieron a demostrar lo contrario. Ni los ricos ayudaron con dinero, ni todo México fue a la rebelión, porque no todos los católicos son fanáticos o no estuvieron dispuestos a sacrificarse por defender los bastardos intereses de los obispos y curas holgazanes, por mucho que les contaran maravillas de intervenciones divinas y de portentosos milagros.

Leamos a este respecto el siguiente relato de un hecho común y corriente, pero que lo aprovecharon para aumentar el fervor de los creyentes.

"Hubo en este día de lucha una cosa singular, maravillosa, que vino a aumentar la fe y el entusismo de los libertadores. Emigdio Muñiz, soldado cristero, llevaba colgada al pecho una medalla de aluminio de la Santa Virgen María... Y allí precisamente quiso Dios que pegase la bala de un mauser enemigo, la cual, deteniéndose, no hirió al luchador de Cristo en lo más mínimo. Este hecho fue conocido por todos los soldados católicos y aún, días después, se levantó una acta juramentada sobre el particular... En tanto que los cristeros se fervorizaban más y más por la defensa de sus derechos, como cristianos y como ciudadanos y el Señor los auxiliaba con especialísima providencia en los campos de batalla, el enemigo de igual manera aumentaba su rabia...".

Otra vez, al exorcismo, al conjuro mágico; la "bala impía" se detuvo y no penetró en el cuerpo "consagrado a Cristo Rey".



El payaso cabecilla Ramón Aguilar.

Pero los que tenemos alguna experiencia en estos "achaques de la guerra", sabemos que estos hechos se han verificado también, providencialmente o no, con monedas metálicas llevadas en los bolsillos del chaleco, con relojes o con cualquiera otro objeto que por casualidad se haya interpuesto a la trayectoria, desviando la dirección de las balas perdidas. En cambio en muchos casos comprobamos que algunos de los muertos cristeros hechos en los combates, tenían los escapularios y las medallas atravesadas por los proyectiles de los soldados del Gobierno, que sacrílegos e irreverentes, no respetaron la orden de no penetrar aquellos pechos "libertadores". Con todas las bendiciones e indulgencias, esos amuletos fueron impotentes para salvarles la vida.

Ya veremos en el curso de esta obra como además, ni las misas que diariamente oían con toda devoción, los rosarios y cánticos sagrados que continuamente rezaban y entonaban, antes de cada combate se encomendaban a todos los santos habidos y por haber... y nada de eso les valía. Siempre de huida, a salto de mata y corriendo a refugiarse a las montañas.

— XIV —

"A DIOS ROGANDO Y... CON EL ARMA ASESINANDO"

Después del levantamiento en Paracho, Mich., al que ya nos hemos referido y que fue fácilmente sofocado por las fuerzas federales, hubo en otras regiones del país otros brotes aislados, de manera que se llegó a creer que no tuvieran conexiones entre sí.

De la obra citada, del sacerdote Ramírez, con sus correspondientes exageraciones, algunos relatos de hechos de armas, llevados a cabo en Zacatecas o producto simple de la imaginación del escritor y en los que protagoniza el legendario héroe y personaje novelesco que se escudó bajo el seudónimo de *Héctor,* que trae a la memoria el arrojo y la temeridad del que por esas virtudes se distinguiera del sitio de Troya.

Solamente que este, el Héctor cristero fue sólo una grotesca caricatura de aquél.

Muchos personajes de la curia, de la banca y del comercio, de la industria citadina y agropecuaria se cambiaron también los nombres, para no comprometerse, si se descubrían sus actividades cristero-subversivas. Algunos le entraron de lleno a la bola, ostentando en sus sombreros charros, tejanos o gorras vascas, barras, estrellas o águilas, hermanadas sacrilegamente con imágenes de santos. Se dieron grados de Coroneles y de Generales de la Guardia Nacional Cristera a los de mayor arrastre o preponderancia entre las chusmas indisciplinadas y para que las dirigieran en los combates o retiradas, al enfrentarse a las fuerzas, según les repetían sin cesar, "callistas perseguidores, herejes" y... demás.

Hasta del actual xenófilo y perseguidor de curas autóctonos, Darío Miranda, se dijo que, como Ayudante de confianza del Arzobispo Orozco y Jiménez, al igual que el flamante Cardenal Garibi, ostentaron el generalato de Cristo Rey y tomaron personal participación en acciones de armas, entre otras en el asalto al tren de Guadalajara.

¿Serían en premio de esas acciones meritorias por las que escalaron esas dignidades eclesiásticas?

A ese crimen de lesa humanidad le dedicamos capítulo aparte.

En los episodios novelescos zacatecanos de que nos vamos a ocupar, intervinieron también valientes amazonas, de esas semimarimachos que hacen a un lado las características de su natural femineidad, algunas de ellas pertenecientes a las Brigadas de Santa Juana de Arco o a las *Invisibles,* destacándose como dirigente una joven y guapa, de las que abundan en esa tierra, cuna de la *Marcha Heroica,* de familia distinguida, de nombre *Consuelo Carbajal,* ex-alumna del colegio Teresiano y aristócrata venida a menos de aquella sociedad provinciana que en "los suspirados tiempos de Don Porfirio, también presumían de rancia nobleza".

Héctor Martínez de los Ríos, también con nombre de abolengo, con el *de,* antepuesto al apellido vulgar, es el personaje central que el relator de *cuentos chinos,* nos presenta en novela. Y aunque tanto él como los militares gobiernistas que intervienen, el autor les ha cambiado nombres, lo que nos importa a nosotros, como comentaristas, son los hechos, por más deformados que los presente.

Ya dijimos en páginas anteriores que el líder entonces de *Las Juventudes Católicas de México, Jefe del Estado Mayor Cristero y Presidente de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa,* René Capistrán Garza, o *de la Garza,* pues también a él le corresponde un título de nobleza, había dado amplísimas facultades a Héctor, para que *propagará y avivará* el incendio en el Norte de la República; y por eso, después de algunas peripecias de poca monta, se había constituido en *caudillo* de aquella región, contando, se entiende, con la valiosa colaboración del elemento femenino en primer término, además del contingente acejotaemero y corporaciones religiosas.

"Estoy tranquilo, le había dicho Capistrán Garza; aunque yo fracase por la tacañería de los católicos (ricos), confío en que usted levantará la bandera. Yo he aceptado la enorme responsabilidad de *Jefe* de un nuevo género de defensa, desconocido en nuestra patria, pero necesario... En esa gloriosa defensa, usted será *mi brazo derecho*... Hay un solo peligro: el egoísmo de los grandes capitalistas católicos: si esos católicos olvidan su deber...".

Y con todo y las lamentaciones de este moderno Jeremías, los católicos adinerados, podridos en pesos y con cuentas en los bancos extranjeros y nacionales, olvidaron "su deber", deján-

dolos solos a que se embarcaran en la azarosa e incierta aventura, llevándose entre las espuelas, como víctimas a rancheros y obreros ignorantes y fanáticos, de los sindicatos blancos católicos... La eterna carne de cañón que aprovechan siempre los embabucadores, los que mistifican hasta las más sanas doctrinas, no importa que para ello tengan que colocarse al margen de la ley, del sentido común, de la razón y de la Justicia.

Héctor Martínez de los Ríos se lanzaba a la insurrección armada, matando en flor sus ilusiones de joven profesionista y pasando por encima de todas las conveniencias sociales; y como principio de cuentas "se encaminó a la puerta del convento de Guadalupe. Allí lo esperaba un fraile franciscano, antiguo guardián que había logrado hasta entonces burlar la vigilancia de las tropas callistas. El viejo fraile esperaba a Héctor como a un perseguido que deseaba confesarse. Tan pronto como Héctor entró, el fraile cerró la puerta e hizo una profunda reverencia: *Pase, su merced,* le dijo con gran cariño".

Estos primeros detalles revelan a las claras que, tanto el clero secular como el regular, estaban en perfecta complicidad y de acuerdo para que la rebelión cristera se llevara a feliz término, y dispuestos a prestar toda la ayuda, moral y material que fuere necesaria.

"Cruzaron en silencio el amplio claustro, negro y sombrío... (como negros, tristes y sombríos eran los pensamientos que abrigaban aquellos dos hombres)... El franciscano caminaba delante, la capucha calada, los pies descalzos...

—"¿No hay nadie en casa?, preguntó Héctor...

—"¡Nadie!... Solo yo he venido esta noche, porque me dijeron que algunos hombres vendrían a confesarse".

—"¿Y han venido ya algunos?".

—"¡Sí, ya han venido... qué almas tan grandes!

—"Pues entonces, padre, confiése usted a mí aquí... Y antes de levantarse del suelo, le dijo: ruegue usted por mí. Esta noche entro a la guerra".

"¿A la guerra en defensa de nuestro Señor Jesucristo —preguntó el anciano exclamando sin inmutarse *¡Bendito el Señor Dios que adiestra mi mano para la lucha".* Y le señaló la gigantesca figura de Cristo crucificado, que se destacaba ya en la obscuridad, en el centro del huerto, en medio de los árboles tranquilos".

Así con enredadas sentencias y versículos da la Biblia incluían poderosamente en el ánimo de los creyentes, obligándolos a ir a la rebelión.

Este nuevo Jefe de "Cruzados", después de comulgar, hizo el juramento de ritual, *"de defender con las armas en la mano la perfecta libertad religiosa de México"*.

¿Cómo entendían esa perfecta libertad los católicos? Al modo y de acuerdo en todo, con el criterio de las autoridades de la Iglesia.

Hemos transcrito parte de estas escenas, en las que se ve con toda claridad la directa intervención de los sacerdotes católicos, súbditos incondicionales de esa Iglesia que, desde las sonbras movió los hilos de sus dóciles marionetas.

Consuelito Carvajal a estas alturas y conforme al papel que le tocaba desempeñar en la comedia, con un grupo de amigas de la alta sociedad zacatecana había organizado un "día de paseo y comida campestre", llevando en las canastas de comida una buena provisión de cartuchos hábilmente disimulados, cartuchos que el cabecilla Héctor distribuyó entre aquellos hombres que antes que él habían llegado al convento y se habían confesado y comulgado, como correspondía a todo "bueno y fiel cristiano".

Como veremos después, en Jalisco, Colima y demás lugares en que les tocó en suerte merodear, a estos "famosos libertadores" no les fallaba jamás oir diariamente "su santa misa", confesarse y comulgar, rezar el rosario y demás oraciones de ritual, a veces imprecando a gritos la protección de todos los santos y santas en interminable letanía.

Una vez repartidas las municiones, cada uno al terciarse los cordeles de los saquitos que las contenían exclamaba: *"En nombre sea de Dios y de su Santísima Virgen"*...

"Y ahora, compañeros, les espetó el Jefe, a *¡Luchar como fieras, que Dios está con nosotros!* Eran ocho en total.

En Guadalupe, a pesar de estar muy cerca de Zacatecas, capital del Estado, no había un solo soldado del Gobierno. Estos arranques bélicos, con los que iniciaba este caudillo cristero sus andanzas; esta bravura de atacar o entrar a poblaciones en las que no había soldados del Gobierno o campesinos mal armados, se repetirán con frecuencia en toda la llamada campaña. Porque los intrépidos "defensores de Cristo" desde el principio se convencieron que no era lo mismo "jugar a los altarcitos y con muñecos de plomo", que utilizar el plomo, ya convertido en mortíferas balas, en contra de soldados "de carne y hueso" que también disparaban proyectiles.

Llevaban en la práctica el consejo de aquel legendario militar que arengaba a sus soldados, más o menos así: *"Ya saben, muchachos; vamos a atacar al enemigo. Si son muchos, no les*

entramos; si son pocos, les corremos... Y si no hay nada, pues ¡adentro! ¿Para cuando es el valor? Entonces como leones le entramos... ¡al fin y al cabo para *morir nacimos!*

"Con esos ocho hombres, como pie veterano y otros más, montados y armados que se les unieron en el camino, hasta completar *treinta,* el 29 de septiembre de 1926, emprendieron la marcha para atacar *La Colorada".*

En este pequeño pueblo, solamente había, al decir del autor de la novela que citamos, unos cincuenta soldados del Gobierno, que "con una facilidad asombrosa y en "un abrir y cerrar de ojos" sorprenden y desarman, después de un rudo combate de una media hora" reforzando así sus contingentes hasta completar *sesenta,* porque también "milagrosamente" de ese asalto y rudo combate, todos salieron ilesos.

Eso sí, al saber en el pueblo que eran los "defensores católicos" los que habían entrado, se echaron a la calle todos a "aclamarlos como a "*vencedores*". El sacristán se subió a la torre de la Iglesia a repicar las campanas. Todo era regocijo y en todas las casas gozaban de fiesta.

"Héctor llamó a los hombres jóvenes y les dijo: ¡Muchachos, el Gobierno de Calles nos está matando nuestro cristianismo y ahora vamos a defenderlo a balazos. Nosotros nos levantamos anoche y ya ganamos *la primera batalla.* Comenzamos con ocho y ahora ya somos *sesenta;* traigan sus armas y sus caballos, y... los que sean católicos, que se vengan con nosotros".

Era la consigna sacramental y en dondequiera se repetía. Allí, ante su conjuro, se les unieron otros *cuarenta a los "libertadores".*

Como con frecuencia estos improvisados militares clericales, a cualquier acción de armas le llaman pomposamente batalla, por insignificante que sea, vamos a dar al lector profano en estos asuntos, una definición aproximada de lo que son cada uno de esos eventos de la guerra, comenzando por los de menos importancia. Pero como también se menciona *"Un Ejército Defensor de la Libertad Religiosa en México",* diremos lo que esa palabra significa entre nosotros, en el lenguaje militar. No a cualquiera cosa se le puede llamar Ejército.

Tiroteos son los disparos, pocos en número, que se hacen con intermitencias e irregularidad, cuando se encuentran dos fuerzas de reconocimiento, patrullas, etc.

Escaramuza es el tiroteo o tiroteos que preceden a un encuentro formal o con el que se inicia un combate en forma.

Se llama *combate* a la lucha ya más formal, al choque de relativa corta duración, entre dos fuerzas de pequeños efectivos, y

Batalla es ya un combate de gran duración a la serie de combates, librados por los elementos de una gran unidad, a la vez y sin solución de continuidad; con duración relativamente grande y por medio de cuya acción de guerra se verifica un cambio de importancia de la situación estratégica.

Ejército es el conjunto de elementos armados, de aire, mar y tierra, que se destinan a la defensa del territorio y de las Instituciones legales del País; que vela por la conservación de la tranquilidad y del orden, como factores indispensables al progreso. *El Ejército Nacional* en cada nación, es *la fuerza al servicio del derecho, de la razón y de la justicia* y la parte del pueblo que se sacrifica en sus intereses y en su bienestar y en su ayuda propia, para que la otra parte disfrute de garantías y trabaje al amparo de la paz, por el engrandecimiento de la Patria.

¿Los grupos cristeros levantados en armas, mal llamados Ejército Libertador, reunían las condiciones anteriormente enumeradas? Honradamente no, y menos hubieran podido constituir *"La Guardia Nacional"*.

Cuando insertamos íntegros algunos pasajes que de esta aventura describen escritores sectaristas, con frecuencia alteran el significado real de las palabras y de los conceptos. Por eso nos pareció oportuno dar aunque fuera una ligera idea de los términos que más se usan, del tecnicismo militar.

Hecha esta disgresión, sigamos relatando las maravillosas hazañas de nuestro caudillo cristero en Zacatecas.

De las otras regiones del país donde operaron esos grupos fanáticos, más o menos bien o mal organizados, encontraremos que se cuentan idénticas mentiras y exageraciones, con las miras perversas de desorientar a la opinión pública.

Nos quedamos en que, después de haber entrado al pequeño pueblo de *La Colorada,* en donde fueron recibidos como héroes y con repiques de campanas, se le habían unido otros *cuarenta* libertadores cristeros.

Después de los estruendos *¡Vivas!, a Cristo Rey y a la Vir-Virgen de Guadalupe,* se despidió con estas patéticas palabras: *"Adiós, mujeres, ancianos y niños;* dentro de poco tendrán ustedes paz y trabajo, gracias a Dios".

"Las huestes animosas de este legendario Héctor desfilaron como una evocación de la antigua cruzada en contra del Turco". Es decir contra el poder de la media luna.

Los rancheros se quitaron los sombreros piramidales para saludar el alba de un nuevo día en una nueva vida que para ellos comenzaba; rancheros típicos, inconfundibles que J. Guadalupe de Anda describe magistralmente, con todos sus pintorescos detalles. "Unos tienen caras de santos de templos pobres de rancho, solo que en lugar de lucir túnicas y aureolas de santidad, llevan calzoneras de cuero y sombreros de petate, y otros tienen el aspecto hosco y huraño de los gitanos remendones de cazos".

Comenzaron su jornada con esta invocación: *"En este nuevo día, gracias te tributamos, oh Dios Omnipotente"*... "Y un coro más nutrido de voces roncas, atronadoras, toscas, respondía: *"Gracias a Dios y a la Madre de Dios"*.

"Los labriegos echaron de ver al punto que en aquel muchacho, Héctor, había madera de guerrillero...". ¡Ah, qué conocimientos de ca...nijos!

Se hicieron por de pronto, muchos cálculos y estratagemas luminosos. "Los callistas fugitivos de *Colorado* debían avisar a Zacatecas, la Capital del Estado. Un desastre semejante debieron sufrir las fuerzas de *Rancho Grande,* donde el *valiente Pedro Quintanar* debía ejecutar un movimiento simultáneo con el de Héctor. Esto pondría en jaque a Fresnillo y aquel mismo día se debió pedir auxilio a Zacatecas y las fuerzas callistas destacadas debían suponer que el enemigo estaba reconcentrado en Fresnillo, muchos kilómetros al Norte. Esta era la hipótesis natural que guiaría sus movimientos... Y Héctor se propuso desbaratarla, siguiendo sencillamente el camino contrario".

¡Cuanta sagacidad en el precoz y novel discípulo de Marte! Seguir el camino más cómodo, en el cual no tendrían encuentros con el enemigo; es decir, "sacarle el cuerpo al peligro". Fue la táctica que adoptaron siempre, salvo rarísimas excepciones, las gavillas cristeras, no de guerrilleros, sino de vulgares salteadores, Sus objetivos predilectos: rancherías y pueblos sin guarniciones, trenes sin escoltas o con pequeños contingentes y agraristas mal armados...

"...Un pobre armón en la vía, en el que venían apretujados unos ocho soldados y un oficial. Héctor ordenó a los suyos mantenerse quietos y dejarlos pasar. El pequeño carro entró en el desfiladero. Cabisbajos y pensativos los pobres soldados; curioso y desconfiado el oficial... Héctor los dejó pasar a sus pies, con una sonrisa de superioridad generosa, y siguió tendiendo sus gemelos en dirección al Sur. De pronto, sin arrancarse los gemelos de los ojos, levantó y movió majestuosamente el brazo derecho. El signo fue observado y reproducido por los

cuatro picachos del desfiladero en donde estaban apostados los evangélicos cristeros. Una corriente eléctrica sacudió los nervios de aquellos cien valientes... *¡Son ellos,* corrió el rumor y son muchos! Añadió para si cada uno. Héctor ligeramente pálido, continuaba observando atentamente... ¡Arriba, muchachos, que ya fueron nuestros! Y sonrió con toda la impasibilidad de un héroe".

De esta clase de héroes de opereta nos vamos a encontrar en la chusca tragedia cristera, por montones. "Siempre llamándolos *valientes macabeos* que en un "dos por tres" harían trizas a los *impíos y herejes fariseos callistas,* que era como siempre llamaban a las tropas del Gobierno.

Y ahí va otro fragmento de relato como muestra, de esta acción guerrera.

"La columna callista avanzaba. Eran apenas *doscientos soldaditos* que iban a auxiliar a Fresnillo, a muchas leguas de aquel lugar... Por fin la columna entró en el desfiladero de la muerte. La primera impresión que Héctor sintió fue de lástima. Estuvo a punto de dejarlos pasar tranquilamente; pero el grito del *deber se sobrepuso en la conciencia...".*

¡Qué manera tan cristiana y ta piadosa de entender *el deber!*

"Cantando la "cucaracha" la reducida fuerza del Gobierno avanzaba hacia el desfiladero, ocupando el puesto de un ataúd entre los montes que, como círculo siniestro custodiaban el paraje, el desfiladero en donde los cristeros habíanse colocado en emboscada fatal...".

"A una señal de Héctor, de cada uno de los cuatro picachos brotó un aluvión de balas que *destroza y quema sin piedad, como fuego del cielo, a aquella desafortunada columna...* Hombres y bestias, confundidos en la vida, se confundían allí entre los espasmos de la agonía y las blasfemias del desconcierto... El fuego nutrido y certero se multiplica encarnizado sobre cada grupo, aún sobre cada jinete, hasta quedar aquel sitio como pudridero de alimañas despedazadas en una hecatombe sin gloria, tonta, inlateral, ridícula, si no fuera sangrienta, en que los soeces oficiales no sacaron ni la pistola... Una entrampada vergonzosa en que los pobres soldados de Calles, los pocos afortunados se aprovecharon de las uñas de los caballos cerriles que huyeron con los belfos temblando por el mismo camino que acababan de recorrer...

"¡Viva Cristo Rey! El grito repercutió por las montañas, y de los picachos y peñascos comienzan a caer a brincos los victoriosos *"hombres honrados",* sudorosos, empolvados, pero... *ilesos todos, absolutamente todos...".*

La descripción de este combate, hecha por el Canónigo Ramírez, que más parece una página desprendida del Apocalipsis de San Juan, con toda la pasión sectarista que le fue posible manifestar, recargada de "santo optimismo", la veremos repetida con pocas variantes, en todos los escritores clericales. Tal parece que recibieron las mismas órdenes, corrieron la "palabra sagrada", de presentar todo lo referente a la rebelión cristera, siempre de "color de rosa". Los "heroicos defensores de la religión", al amparo de la protección divina, jamás recibían daño algunos: en la mayor parte de los combates salían "sanos y salvos", mientras "los infames perseguidores callistas, impíos excomulgados", sufrían bajas en muertos y heridos a granel, porque no contaban *"con la ayuda de Dios",* antes bien eran seguido castigados por la *"vengadora mano del Altísimo".*

Pero al final de la jornada el balance fue completamente desfavorable a lo que en todos los tonos llamaron *"la causa de Dios", la legítima defensa de los derechos de Cristo y de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana.*

Los clericales de todos los matices, los fanáticos de todos los tonos, porque de unos y otros los hay de diferentes coloraturas y tonalidades, tuvieron que cantar a coro, con música gregoriana, una solemne "palinodias", recordando con profunda tristeza que: *"Entraron los sarracenos y acabaron a los cristianos... Porque Dios ayuda a los malos, cuando son más que los buenos".*

Eso, suponiendo sin conceder, que los que violando las leyes humanas y divinas se levantaron en armas, *"hayan sido los buenos",* y que los mexicanos que en cumplimiento de sus deberes de patriotas, estuvieron con el Gobierno, hubieran sido *"los malos".*

A su debido tiempo la historia ha ido colocando a cada quien en el lugar, que justamente le corresponde.

Ni entonces ni ahora nos hemos explicado por qué hombres que en los Seminarios o en las Universidades han terminado una carrera profesional, y que, por consiguiente han adquirido vastos conocimientos en las distintas ramas del saber humano, hayan podido justificar un acto criminal por todos los ángulos y enteramente reprobable ante la moral, que como norma de conducta es la base fundamental de todas las religiones.

Ahora bien; es más culpable el que hace un mal a sabiendas. Y desde el Sumo Pontífice de Roma, el Jefe Supremo de la Catolicidad, los Cardenales, Arzobispos, Obispos hasta los sacerdotes, así como los Abogados, Ingenieros y Doctores que intervinieron directa o indirectamente en este conflicto religioso y que, de una u otra manera impulsaron la Rebelión Cristera



Este cristero asesinó a cuchillo a 29 soldados del séptimo regimiento que cayeron prisioneros.

en México, obraron con todo conocimiento de causa, no tentándose el corazón para arrojar a los católicos mexicanos a los horrores de una guerra civil, cruenta, dispendiosa e injusta.

Que no nos vengan ahora a decir que creyeron de "buena fe" que "cumplían con un deber, defendiendo *"los Derechos de Dios y de la Iglesia,* porque esas zarandajas ya no las toman en cuenta ni los más ignorantes.

Al contrario, faltaron al más elemental de sus deberes: el de cuidar a sus fieles adeptos, evitándoles peligros y *"librándolos de todo mal"*.

No nos cansaremos de repetir: fueron malos pastores que no tuvieron compasión de sus ovejas.

— XV —

NOTICIAS Y PROPAGANDAS INFLADAS. AMARILLISMO CLERICAL

No siempre la Prensa ha representado la verdadera opinión pública y, tanto la nacional como la extranjera, completamente mercantilizada, se ha apartado de su verdadera misión social. La mayor parte de los periódicos se han olvidado de hacer labor educativa y orientadora, concretándose a publicar noticias, algunas veces falsas y alarmantes o con fines marcadamente tendenciosos.

Muchos de los periódicos capitalinos y algunos de los Estados estuvieron, durante la Rebelión Cristera, favoreciendo, en forma hábil, sin comprometerse mucho, los intereses clericales.

Sin embargo los Jefes de la Liga no se conformaron con tan poca cosa y lanzaron, en el territorio nacional y en el extranjero, grandes cantidades de folletos y de hojas volantes, dando en ellos una versión especial de los acontecimientos, versión completamente favorable a su causa.

De manera que en muchas partes fuera del país, por las noticias que constantemente publicaban los periódicos y las que se recibían en volantes, el movimiento armado progresaba a grandes pasos. Que el Ejército rebelde iba *"de triunfo en triunfo"*, conquistando todas las Plazas y que el General Calles ya casi podía darse por derrotado. Pero el descaro y el cinismo llegaba a tal extremo que, en muchas ocasiones en las mismas poblaciones que decían habían atacado y tomado los cristeros, pero que ni siquiera habían sido amagadas, llegaban esos noticiones, que se comentaban con risas y burlas aún entre los mismos católicos.

A uno de los seminaristas que perfeccionaba sus estudios en el Colegio Pío Latino de Roma y que, siguiendo la santa consigna, aseguraba que en México la totalidad de sus habitantes eran católicos, le preguntaba uno de sus compañeros: "¿Cómo se explica entonces que siendo tan pocos los del Gobierno tengan ellos la fuerza y estén en el Poder?". "Es que los me-

xicanos, —le contestaba—, luchan contra los *protestantes y masones* de los Estados Unidos que sostienen a Calles".

Y tan frescos soltaban esa falsa versión, fingiendo ignorar que, como en otra parte lo decimos, en repetidas ocasiones fue el Clero católico, el que por conducto de la Liga, trató de obtener la ayuda moral y pecuniaria del vecino País del Norte, hasta pidiendo la intervención armada. Como en todas sus gestiones fracasaron, ahora le volteaban al Gobierno del General Calles "la cobija al revés". Para nosotros este juego de traiciones, calumnias y mendacidades es bastante conocido como cosa corriente en esta negra organización. Allí está la Historia que nos recuerda que para justificar que el Clero, con autorización del Papa de entonces, haya traído la intervención francesa y un Emperador austriaco, como años antes había sido la causa del desastre e irreparables pérdidas en el 47, cada vez que encuentra cándidos que le creen, saca a relucir el Tratado Mac Lane-Ocampo, cuyo tratado concertado en la época de su testaferro Santa Anna, fue precisamente la hábil política de Juárez la que impidió que se llevara a cabo.

Pero sigamos nuestra interrumpida relación que dejamos pendiente después de la muy cristiana y caritativa emboscada *del "Desfiladero de la Muerte"*.

"Oigamos la proclama napoleónica que el caudillo triunfador les dirige a sus regocijados subalternos:

"Compañeros de armas *¡Dios es lo primero y su Madre Santísima!* ¡Ayer éramos víctimas; anoche comenzamos a ser soldados y hoy ya somos vencedores! *¡Dios lo ha hecho todo! ¡San Miguel Arcángel ha estado con nosotros!* Sabemos que, como nosotros, han surgido muchos núcleos en toda la República *¡donde nosotros estemos, allí reinará Cristo!*... ¡Y ahora, todos a la Iglesia!".

Y los santos viejos de palo se estremecieron al contemplar aquella multitud de *"campeones, fuertes en el creer, duros en el pelear"*... ¡Agiles en el correr!

A Cristo, Rey y Señor, le prometieron *"matar y robar"* por *El,* y por llevarlo y sostenerlo en un trono de ignominia, cometer toda clase de barbaridades.

Con esta clase de soldados y con estos caudillos, comenzó sus operaciones militares cristianas *el nuevo Ejército fanático, Defensor de la Libertad Religiosa en México,* con el beneplácito y general aplauso de *curas, beatas y sacristanes.*

Los noveles y engolosinados triunfadores del *"desfiladero* ni atacaron Fresnillo, ni mucho menos avanzaron sobre Zacatecas. La santa prudencia, que en términos populacheros se lla-

ma "cisco", hizo que tranquilamente se regresaran al pueblecito de *La Colorada,* en donde se les recibió de nuevo, con campanas a vuelo y arcos triunfales. Todos se sentían inmensamente satisfechos de la obra "que, con tan buenos augurios comenzaba. Hemos entrado a la guerra, les repetía el Jefe, inflando los carrillos, para hacer la guerra ¡Aquí Pero Grullo se fue de espaldas! "Los que ayer supimos tolerar, hoy debemos saber matar... ¡Matar hombres para salvar al pueblo, es humanitario!...".

Con estas máximas de una moral chueca, torciendo a su modo los más elementales principios y sentimientos humanitarios, apaciguaban los pocos remordimientos que brotaban en las conciencias de algunos.

En donde quiera que se habían levantado grupos de cristeros reinaba la misma atmósfera y, ante todo, se hacían grandes ilusiones, porque estaban seguros, asi se los había dicho el padrecito después de la misa, en el sermón o tras las rejillas del confesonario, que en toda la República, habían secundado el movimiento; que todo el país era una inmensa hoguera de entusiasmo y de fervor y que hasta "el Ejército en masa", porque todos sus componentes eran buenos católicos, se había pasado el *nuevo Ejército de Salvación.* Eso y más se contaba en todos los corrillos y mentideros.

"Los valientes michoacanos que se habían alzado en Paracho y otros de los pueblitos aledaños y rancherías de los alderredores, habían recibido mensajes alentadores secretos de que Gallegos luchaba ya como ellos, en León, Guanajuato; que Degollado Guizar, que Goroztieta, que Ochoa y otros, dominaban completamente Colima y Jalisco; que los hermanos Barraza se habían levantado en armas y eran dueños de la situación en Sinaloa, Durango y Nayarit. La "santa causa ganaba terreno y partidarios a pasos agigantados", aunque la verdad neta, monda y lironda era que, todos esos notables Napoleones y Alejandros, católicos engañados, no eran siquiera dueños ni del suelo que pisaban.

Respecto a que contaban como lo creían, con la opinión pública del país y de todo el mundo civilizado, de lo que se ufanaban en todos los tonos, era otro de tantos trucos de la publicidad. Pero el alborozo llegaba a sus límites cuando leían que *la Liga Defensora de la Libertad Religiosa,* había sido bendecida por el Papa de Romá, por el Episcopado de México, aplaudida en el orbe entero y secundada generosamente por los *ilustres caballeros de Colón, la Unión de Damas Católicas, la Asociación de Jóvenes y Las Corporaciones Obreros Católicas*... Que con los campesinos contaban de antemano, tenían el res-

paldo efectivo y personal de los pobres rancheros, metidos a la fuerza de "cristeros", por la presión de su mismas mujeres, a su vez influenciadas por los curas de los pueblos.

Les halagaban la vanidad contándoles que los periódicos y las revistas ilustradas de Europa, los Estados Unidos, Centro y Sudamérica, publicaban sus retratos y hacían grandes elogios de *"Los héroes católicos mexicanos"* y de sus proezas; que daban a conocer al mundo los desastres de los "callistas y las atrocidades que cometían con los curas y las santas monjas. Ocultaban por supuesto los muchos actos de vandalismo de los soldados cristeros, porque todo lo que estos hacían era "santo y bueno: agradable a los ojos de Dios".

Así fue como en Zacatecas, al igual que los que operaban en otras regiones, un Héctor Martínez de los Ríos, un Quintanar y hasta un tal Valdovinos, se sintieron auténticos ejecutores de *"los designios de Dios";* héroes predestinados y escogidos por el mismo Salvador para que, al frente de sus "fuerzas incontenibles", dominaran la situación. En muchos casos la realidad no correspondió como debiera, a sus ensueños, de dominio y de grandeza. "Castillos de naipes, nubes de gasa y estrellas de oropel en un cielo imaginario de papel de China, de sus delirios neuróticos"... A eso tendría que reducirse todo; a vueltas y más vueltas, carreras y más carreras para huir a refugiarse a los montes.

Al que esto escribe le consta, porque actuó también como Jefe de la Guarnición de Aguascalientes en 1928 y parte de 1929, que en esa región y en la de Zacatecas, en donde operaba de parte del Gobierno como Jefe de las Operaciones el General Anacleto López, que uno que otro asalto al tren del Norte, en donde los cristeros combatían con ventaja con las reducidas escoltas y a algún poblado pequeño desguarnecido, la campaña en su contra no significó realmente un problema militar. Los núcleos de Valdovinos y aún los del "generalísimo Goroztieta, no hacían jamás frente a las tropas que frecuentemente se mandaban a perseguirlos. Solamente una vez en Calvillo, siguiendo un plan del que hablaremos más adelante, se reconcentraron algo más de *mil cristeros*. Un Escuadrón del 51 Regimiento, reforzado con una sección de Infantería fueron suficientes para dispersarlos, fracasando en su intento de acercarse a la vía ferroviaria para interrumpir las comunicaciones, según parece, como dijimos, siguiendo instrucciones de los autores del Plan de Hermosillo.

Es verdad que elementos cristeros aislados entraban subrepticiamente a las poblaciones de importancia de esa región y

hasta se atrevían a hacerlo los mismos Jefes, con la ayuda de cómplices fanáticos, a fin de hacerse de informaciones y de elementos de guerra que les proporcionaban las damas y señoritas católicas, que del tipo de Consuelo Carvajal, se mostraron siempre generosamente activas y eficaces. Las sociedades católicas a que estas pertenecían las habían entrenado en una jesuítica y férrea disciplina en forma de que "no se pararan en medios, con tal de conseguir los fines que se propusieran, en bien de la "causa de Cristo y de la Santa Iglesia". A muchas de estas jóvenes y guapas señoritas, histéricas algunas y otras tirando a marimachos, les costaba cara su osadía de constituirse en proveedores de parque de los rebeldes. Con este fin frecuentemente se organizaban días de campo y fiestas a extramuros de las ciudades en donde señoritas y damas en ocasiones de la mejor sociedad y hasta familiares cercanas de funcionarios y militares que ignoraban sus actividades, llevaban en las canastas de las provisiones de boca, grandes cantidades de cartuchos.

Las escoltas de los Jefes y oficiales de Vigilancia y las patrullas de servicio, una que otra vez tuvieron encuentros con grupos desvalagados o que iban expresamente a resguardar a sus cabecillas que a escondidas habían entrado a la plaza, acompañados de algunos de sus lugartenientes y que se ocultaban en las casas de sus parientes o de particulares amigos. A veces de esos escondrijos salían a cometer atentados terroristas, que ni la policía ni los militares podían prever ni evitar.

Funcionaba una extensa y bien organizada red de espionaje y contraespionaje, teniendo en parte como directores y en parte, como eficientes auxiliares, a los sacerdotes, seculares y regulares que en variadas formas controlaban a toda la grey católica, sobre todo al elemento femenino.

Aunque adelantandou n poco los acontecimientos, vamos a acudir a nuestros recuerdos personales para vivir de nuevo aquellos tiempos en que fuimos actores y testigos, a fines del año de 1928 y principios de 1929, años que después vamos a volver a citar cuando lleguemos al capítulo de la rebelión *Manzo-Escobarista.*

En Aguascalientes, en donde como antes dije, actuaba como Jefe de la Guarnición, era el Jefe de las Operaciones Militares, el General Genovevo de la O, hace años fallecido. Fué invitado dicho Jefe a una tertulia familiar, a la que por explicable desconfianza ni él ni los que colaborábamos a su lado pudimos asistir. A la hora precisa en que deberíamos haber estado en la casa a que nos habían invitado y que después supimos que estaba desocupada, que nadie vivía en ella, hizo explosión una

bomba de dinamita, dando muerte a un infeliz trabajador, tal vez ajeno a la conjura cristera, a quien se le había encargado que nos recibiera y nos hiciera esperar. Nada se pudo aclarar respecto a los responsables.

De esa clase de atentados se llevaron a cabo en varias partes del país en contra de funcionarios y de militares con mando de fuerzas, hasta culminar, según veremos después, con el fracaso dinamitero de Chapultepec y el magnicidio de la Bombilla, al que le dedicamos capítulo aparte.

A las claras se manifestaba la mano de los *caballeros de Colón* y de su famoso juramento. Para exterminar, para borrar de la faz de la tierra, se valdrían del veneno y del puñal y de todos los medios antiguos y modernos a su alcance. ¡Habían jurado guerra sin piedad, guerra feroz y sin cuartel!

Habían desencadenado en esa virtud, una serie de atentados. Para prepararlos y llevarlos a cabo, eran las mujeres los mejores auxiliares, mujeres también juramentadas y con la amenaza de la excomunión.

Sabiendo que el Jefe de la Guarnición acostumbraba, a veces solo manejar, en otras acompañado del Mayor de Ordenes, recorrer los alderredores de la Plaza, por el rumbo de la Fundición fue vilmente asesinado el chofer que había salido solo en busca del citado Jefe. Tampoco fue posible localizar al asesino, sabiéndose únicamente que pertenecía a los grupos de cristeros que aisladamente se acercaban a la ciudad.

El encubrimiento y la complicidad en esta calse de atentados estaba a cargo de personas de las que, por muchas circunstancias no se podía sospechar. Agentes cristeros y espías, hombres, mujeres y niños, entraban y salían libremente, a distintas horas del día y de la noche en el desempeño de comisiones varias, sobre todo la de adquisición, por sobre todo peligro, de armas y municiones, y la conducción de esos elementos a los escondites de los "libertadores" o a los lugares convenidos de antemano.

Si la guerrilla es el recurso de los débiles, el atentado es además el arma de los cobardes. Pero a los cristeros les habían metido a macha martillo que "la guerra es la guerra y que en ella se vale todo".

Otro atentado de que fuí testigo y pude haber sido una de las víctimas, les fracasó por fortuna para nosotros, en la citada ciudad de Aguascalientes. Pasada la famosa feria de San Marcos, sin poder precisar fecha, se organizó por un grupo de familias de un barrio alegre y bullicioso, un baile, al que por la insistencia el autor de estas líneas, con todo el personal de la

Jefatura de la Guarnición, cuya fiesta se dijo se daría "en su honor", se comprometió a asistir.

Horas antes de que diera principio el baile, al que también se había invitado a jóvenes de uno y otro sexo y que estaría amenizado por una de las mejores orquestas, se recibió aviso por uno de los agentes secretos que, entre los jóvenes varones miembros activos de la A.C.J.M. local, irían dos expresamente comprometidos a cometer un atentado, sin que se hubiera obtenido mayores detalles, más que procedían del campo rebelde y que traían especiales y secretas instrucciones. Se pensó lógicamente que se trataría de asesinar, en una verdadera masacre, con la ayuda de otros cómplices asistentes, al Jefe de la Guarnición y a todos sus acompañantes.
baile estaban comprometidas y que al efecto bailarían de pre-

Se supo también que varias de las señoritas invitadas al ferencia con los complicados, simulando ser sus novias; pero que, en el momento oportuno dejarían libres a sus acompañantes para que obraran conforme las órdenes recibidas.

El plan había sido cuidadosamente elaborado y contando con la valiosa colaboración de las damas de la *Brigada Santa Juana de Arco,* amaestradas exprofeso para esta clase de eventos, creían asegurado el éxito.

Pero nuestros agentes que a tiempo habían descubierto sus propósitos criminales, entraron a la vez en juego para contrarrestarlos, ya entonces dirigidos personalmente por el Mayor de Ordenes, Coronel José O. Flores.

Se supo que, para mejor disimular, las señoritas comprometidas, alternarían indistintamente durante el baile, con los conjurados y con amigos nuestros, pero que, cuando tuvieran que actuar no estarían bailando con ellos, la señal era una pieza de música previamente convenida.

Por nuestra parte, que habíamos también invitado a señoras y señoritas de absoluta confianza, organizamos a nuestras parejas en forma semejante, distribuyendo a algunos oficiales vestidos de civiles y a los agentes secretos, de manera que al tomar parte en el baile, se confundieran, o como vulgarmente se dice, se "revolvieran" con los "comprometidos", rivalizando con ellos y sus probables partidarios, en atenciones para con las parejas femeninas.

Según el plan cristero, que los complicados no creían descubierto hasta en sus menores detalles, después de bailarse varias piezas y cuando más alegría reinara en el ambiente, se haría determinada seña a la orquesta, también de acuerdo, para que tocara *"Las danzas calabaceadas",* en las que, como es cos-

tumbre, se dejan a las compañeros de baile para, dentro de la mayor algarabía, ir a arrebatar a otros las parejas, en alegre, caballerosa y convencional camaradería.

Iba a ser ese el momento de confusión y de gritos el que aprovecharían los complotistas para dar el golpe fatal y... cuando dos señoritas sospechosamente se desprendían de sus compañeros, todos los bailadores, en su mayoría se sorprendieron ante la actitud inesperada de un grupo que con las pistolas en las manos intimaron rendición y desarmaron de inmediato a dos a quienes ya habían localizado, confirmándose una vez más que: *El hombre se propone, Dios dispone y... llega el Diablo y todo lo descompone".*

Y para los conjurados, la mayor parte de los cuales, hombres y mujeres, salieron precipitadamente del salón, *"El diablo fuimos nosotros".*

Excusado es decir que la fiesta terminada en forma parecida "al rosario de Amozoc" se paró en seco al llegar a las *"Danzas Calabaceadas",* pues que los músicos también salieron de estampida.

A nadie se detuvo más que a los dos jóvenes *acejotaemeros* que ya en la Guarnición confesaron haber sido enviados por sus Jefes para cometer el crimen, de lo que se mostraban profundamente arrepentidos. Solamente se les amonestó, dejándolos en absoluta libertad, hasta para que, si lo deseaban, volvieran a dar cuenta del fracaso, al campo rebelde. ¡No valía la pena elevarlos a la categoría de santos mártires de Cristo! En la mayoría de casos como estos, así obrábamos los "perseguidores callistas".

Días después de este baile, en una fiesta que se daba en el Palacio Municipal, sin poder recordar con qué motivo, individuos tampoco identificados, pero seguramente bien pagados por el espionaje clerical, trataron de cometer otro asesinato colectivo, bajo el influjo de las muchas copas ingeridas, crimen que afortunadamente se impidió.

Estaban pues los atentados a la orden del día, porque "la hora de la lucha había sonado... pero el triunfo seguía perteneciendo a Dios", ya que a los cristeros, pese a las profesías de la proclama capistránica, no lo veían muy cerca; antes bien cada día lo vislumbraban más remoto.

Hemos mencionado en estos incidentes propios e inevitables en toda lucha, justa o injusta, la intervención muy activa y eficaz de las señoras y señoritas componentes de las *Brigadas de Santa Juana de Arco* y de pasada diremos quién era esta *Santa Patrona.* La doncella de Orleans, joven y valiente visio-

naria francesa, dotada de grandes facultades psíquicas, luchó por la libertad de su patria y obtuvo sonadas victorias. Juzgada y condenada por un tribunal *Eclesiástico Católico Romano,* murió quemada viva, no sin antes declararle *hereje, apostata, relapsa hechicera* y otras cosas más; pero después declarada *Santa,* se la elevó al honor de los altares y esta *Santa* de la Iglesia, que antes había condenado a la hoguera, ahora en nuestro conflicto religioso es la protectora de las mujeres agentes del espionaje que, por amor a Cristo, de quien se decían románticas esposas, convirtiéndolo en polígamo, estuvieron siempre dispuestas a sacrificar *honras, vidas y haciendas.* A muchas de ellas en efecto, a cambio de elementos de boca y de combate, solamente se les aceptaba el sacrificio de su honra en una noche de amor. ¡Y qué habían de hacer! Era todo por "el amor de Dios" y en beneficio de la *Santa Causa".*

Desgraciadamente hubo funcionarios, autoridades pueblerinas y hasta algunos militares inescrupulosos que olvidándose de sus deberes y del honor de sus puestos, cayeron en las redes de estas sirenas de *Santa Juana de Arco,* les proporcionaban elementos de guerra que ellas llevaban a los levantados en armas en contra del Gobierno. Después de algunos combates, se llegaron a encontrar cascos de los rebeldes de fecha de fabricación más reciente que la de los cartuchos de los soldados de las Corporaciones del Ejército, así como pistolas y carabinas reglamentarias flamantísimas, procedentes sin duda de los Establecimientos y Almacenes del Gobierno.

¿Cómo habían llegado a su poder? Una vez conseguidos, por los diversos medios de que se valían las mencionadas señoras y señoritas, en chalecos braciers o corpiños especiales y en otras prendas más íntimas, confeccionadas "ad hoc", con bolsas también especiales, eran transportadas armas y municiones de diferentes calibres y sistemas, a los ranchos o pequeños poblados, cercanos a las capitales de los Estados, en donde había de parte de los cristeros quien se encargara de llevarlos, cuando no ellas mismas las conducían a los campamentos.

La hija de uno de los cabecillas cristeros que operaba en parte de Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas, que fue denunciada y detenida por sus actividades de espionaje y aprovisionamiento, declaró que: "su deber de hija la obligaba a ayudar a su padre en todo lo que estuviera de su parte y que, efectivamente para poderle proporcionar informes y parque, había sido amante, primero del Jefe de uno de los Regimientos, de guarnición en aquella zona y después se había metido con un Comandante de Escuadrón, porque este le daba más facilidades

para desempeñar su cometido. Que en esa forma, con el disimulo o la ayuda de sus amantes, había, como ella, muchas mujeres, aún de familias "acomodadas", que hacían viajes frecuentes a los campamentos rebeldes, tanto en esa región, como en las de Colima, Jalisco y Michoacán, Guanajuato y Querétaro".

El entusiasmo y celo de los hombres envenenados por el virus del fanatismo religioso, no era menos que el de las mujeres y a su vez tomaban a pecho su "misión de libertadores".

"Por el gusto de andar a caballo y entrarle a los balazos, se fueron muchos rancheros a la bola. Jóvenes de extracción seminarista y estudiantes universitarios, desbordantes, más de curiosidad que de fervor religioso, después de escuchar los discursos incendiarios de los líderes encampanadores, o de curas malvados que, a sabiendas de que las leyes no atacaban en ninguna forma la religión ni menos a Dios, predicaban una guerra santa, se lanzaron también a la contienda y la mayor parte de ellos fueron víctimas de sus arrebatos juveniles, truncando en flor sus vidas o sus carreras profesionales. Juventudes e ilusiones malogradas para siempre.

Jóvenes casaderas o viudas en estado aún de reincidir, echaron también a perder su porvenir. Era frecuente oir en las reuniones familiares, conversaciones como estas:

"A las fulanitas ya les pasó aquello, cuando les llevaron las reliquias a los *cristeros*. Se quedaron varias noches en sus campamentos... y a las menganitas les sucedió igual cosa cuando fueron al cuartel a "ofrecerse en holocausto", a cambio de cartuchos... ¡Sea por el amor de Dios!".

Aseguraba un viejo zorro ex-villista fogueado en las campañas formales anteriores a la cristera, que para los hombres de esos rumbos esta rebelión era como una fiesta, casi como un juego de niños. Se van al cerro como quien va a un fandango; a lucir, sus caballos como en un jaripeo. Hasta los curas que andan en el bochinche entienden más de caballos que de latines. Porque, en resumidas cuentas ¿no son tan católicos los cristeros como los del Gobierno?".

A partir de los atentados a que nos hemos referido, se tomaron en Aguascalientes las mayores precauciones y se estableció una estrecha vigilancia, para contrarrestar en lo posible la labor de los espías cristeros, hombres y mujeres de todas edades y condiciones sociales, cuyo celo en el desempeño de las más delicadas y peligrosas comisiones era digno de mejor causa porque, hay que hacerles justicia, tomaban tan a pecho su papel, que no vacilaban en exponerse a los mayores riesgos, sin omitir sacrificios de ninguna especie.

En páginas posteriores daremos de esta región, así como de la de Zacatecas, mayores detalles, ya que los acontecimientos que se sucedieron después nos van a obligar a ello.

Es verdad que no podremos seguir rigurosamente un orden cronológico y de vez en cuando tendremos que adelantarnos o que dar "saltos atrás" y hasta incurrir en algunas repeticiones.

En esa virtud vamos a volver a los campos de Colima, Jalisco y Michoacán, en donde las actividades cristeras habían tomado ya un aspecto de mayor seriedad, lo que hizo que el Gobierno se preocupara más y concentrara mayor número de efectivos, con más poderosos elementos.

Para ello nos vamos a seguir documentando en los varios libros escritos por los mismos partidarios de la Rebelión, a fin de hacer resaltar sus contradicciones, falsedades e incongruencias, así como los infantiles relatos de actos verdaderamente maravillosos que, a estas alturas, parecerán a los lectores, sencillamente ridículos, pero que, con "esas ruedas de molino" les tapaban la boca a los crédulos fanáticos.

— XVI —

CASTAÑAS CON LAS MANOS DEL GATO

A la proclama de René Capistrán Garza, del 1o. de abril de 1927, habían respondido muy friamente, y casi podríamos decir con absoluta indiferencia, la mayoría de los Católicos pudientes, aún cuando se habían comprometido formalmente a proporcionar los fondos que fueran necesarios a la campaña, olvidando que en todos los tiempos las guerras se hacen, además de con material humano, con *"dinero, dinero y más dinero"*.

Los altos dignatarios del Clero, principal instigador de la rebelión, se limitaron, como siempre lo han hecho en todas las épocas, a prometer la salvación eterna y a enviarles a los combatientes, bendiciones apostólicas, reliquias y jaculatorias con sus correspondientes dotaciones de indulgencias. El dinero que, a duras penas, recaudaban de las beatas ricas y hasta el de las donaciones y herencias en artículo de muerte, lo destinaban a sus comodidades personales, mientras estuvieron en el país y a sostenerse lo mejor que pudieron, durante su permanencia forzosa en el extranjero, desde donde sin embargo no dejaron de hacer labor de agitación. Porque, eso sí, todos anhelaban vehementemente el triunfo, pero sin exponerse ni exponer sus dineros. Que fueran otros los que lo hicieran. Unas correrían la liebre, o correrían como liebres, y ellos, los santos sacerdotes, la aprovecharían. Que las castañas calientes las sacaran las manos de los gatos y que a *sus señorías ilustrísimas* se las sirvieran ya mondadas y frías.

Sin embargo, una vez prendida la chispa de la rebelión, en Colima, Jalisco y parte de Michoacán, principalmente, fueron engrosando las filas de los cristeros, al principio reducidos grupos que los inexpertos muchachos acejotaemeros habían organizado, con la ayuda de los curas de los pueblos y de las damas de las asociaciones católicas, puestas en pie de Guerra, por la Liga Defensora de la *Libertad Religiosa*.

De estos muchachos, una vez que *"el maestro Cleto"*, (Anacleto González Flores) con su carácter de Delegado General de la Liga en aquella zona, le nombrara Jefe Supremo de las operaciones, a Dionisio Eduardo Ochoa, abrazaron la causa con el entusiasmo propio de sus pocos años: algunos llegaron al "generalato" antes de cumplir la mayor edad, porque además los altos grados cristeros en ese *"Ejército Libertador"*, se otorgaban con facilidad, obedeciendo sin duda en todos los casos, las inspiraciones del Espíritu Santo. Estos flamantes generales de Cristo, para no confundirse con los de Calles, en vez del águila en le sombrero, llevaban la imagen del crucificado o de la guadalupana, y como charreteras, escapularios de la virgen.

Lo que jamás suprimieron fueron las prácticas religiosas. Oían misa y comulgaban con frecuencia; no les faltaba el rosario por las noches y, antes de entrar en combate o culquiera acción de armas, por insignificante que fuera, recibían la bendición del capellán que los acompañaba.

Algunos de esos grupos cristeros, ya con efectivos de Corporaciones, Batallones y Regimientos, eran personalmente comandados por sacerdotes, cuyos nombres, proezas y fechorías, daremos a conocer aunque algunos de esos cabecillas, se los habían cambiado, por razones "evangélicas" muy explicables. En la actualidad algunos de esos capitanes de bandidos, salteadores criminales, a la luz de la ley y aún de la moral cristiana, ostentan altas jerarquías de la Iglesia, arzobispos, obispos o cuando menos canónigos. Otros fueron menos afortunados y vegetan en el anonimato... o disfrutan de "la paz de los sepulcros".

Entre los que en esas andanzas trágicas más se distinguieron por sus especiales dotes de "santo machismo", de audacia, de crueldad y de sentimientos de carvernarios, nos vamos a ocupar entre otros, de: el Padre Vega, a la cabeza, de Ochoa, hermano del Generalísimo Dionisio Eduardo, de Anguiano, Pedroza, Angulo y otros que irán siendo citados en su oportunidad, todos ellos malos ministros de Cristo que no cumplieron con sus principios morales.

Los cabecillas cristeros, tanto eclesiásticos como laicos, obedecían ciegamente y de acuerdo con al juramento otorgado, a un personaje misterioso, a un señor X, de quien, por conducto de sus ayudantes, recibían órdenes detalladas y secretas. Pudo confirmarse después que este Director General era nada menos que el Arzobispo de Guadalajara, Orozco y Jiménez, de quien fungían como lugartenientes de confianza, el ahora arzobispo, Darío Miranda y el flamante Cardenal Garibe y Rivera, el pri-

mero de los cuales, se dijo también, había, asistido con el cura Vega, al asalto al tren de Guadalajara. Toca a Sus Señorías desmentir esta versión o confirmarla con su silencio.

El arzobispo Orozco y Jiménez, que años más tarde por sus renovadas actividades subversivas, fue expulsado del país, era quien, como *Jefe Supremo* y que estaba sobre las *Ligas y Asociaciones Religiosas*, movía los hilos de los títeres cristeros de las distintas regiones en donde operaban: de *Los Altos de Jalisco*, de Colima, Michoacán, Guanajuato, Querétaro, Zacatecas y Aguscalientes, le llegan los partes de Gorostieta, Degollado Guizar, Eduardo Ochoa, Navarro Origel, el Cura Vega y demás jefecillos secundarios.

Como una disgreción más diremos que, a la fecha en que escribimos estas líneas, mientras algunos de aquellos famosos cabecillas cristeros eclesiásticos escalaron altas dignidades, como Miranda y Gómez y el padre Angulo que es obispo de una jugosa Diócesis, el capellán y combatiente en los *"invictos Ejércitos* de Colima don Enrique de Jesús Ochoa, hermano del Jefe Supremo de aquella región del Volcán, es apenas un modesto Canónigo; y el famoso General Colimense que tomara parte en muchas acciones de armas, don J. Jesús Anguiano es el pobre cura de un humilde pueblo de indios del Estado de México ¡Ah lo que llegan los hombres por sus méritos, aún contando con la ayuda de Dios, de la virgen y de todos los santos!

Los demás curas que tomaron activa participación en la contienda, bien como capellanes, castrenses o con las armas en la mano, a unos les tocó sucumbir por la causa de Cristo Rey, en combate o fusilados y otros "rumian sus amarguras" en el anonimato. Algunos, ya viejos e inútiles, de los que acompañaron al entonces general cristero Miranda y Gómez, fueron sustituidos por curas extranjeros jóvenes y listos, y pasan los últimos años de su vida en la mayor miseria... Así paga el diablo los favores.

Ahora respecto al Cura Vega famoso, leamos lo que el festivo y pintoresco escritor *J. Guadalupe de Anda* dice con mucho realismo.

"Más que padre, parecía uno de tantos "panteras", salido del mismo Rincón de Chávez o venido de Tacoitita... a algún fandango. Pelos erizos comenzaban a ennegrecer su cara tenebrosa y sus ojos desviados, despedían destellos de perfidia y de maldad".

En páginas anteriores citamos la descripción que de este cura Vega nace el escritor De Anda y por lo realista y pintoresca, permítaseme repetirla. "Un sombrero de pelo, alacranado

sustituye al litúrgico bonete. En lugar del hisopo que bendice y arroja agua bendita, lleva debajo de la ación de la silla ranchera, un 30-30 (carabina de ese calibre) que escupe balas y mata... en nombre de *Cristo Rey*".

Cuenta después el autor citado, que un ranchero de los que este cura estaba invitando insistentemente a que lo siguiera, tenía un hijo ya para ordenarse de sacerdote, le decía, "dándole vueltas entre las manos al tosco sombrero desgarrado: "Que hora que su buena persona llegue a Obispo ¿no podrá hacerme la caridad, que Dios se la pagaría algún día, de dármele a Pascualillo un buen curato? ¡Viera, su mercé, que no es tonto!

"El cura se le quedó mirando halagado por el buen augurio y en tono complaciente le contesta: pues ahora que terminemos con estos impíos, que esperamos en Dios no ha de ser muy tarde, si *su divina majestad dispone que llegue a ser uno de los Jefes de la Iglesia, pierde cuidado,* Nicolás, que no me olvidaré de Pascualillo".

Como lo veremos más adelante, este mal sacerdote católico, no pudo cumplir la promesa, porque la inexorable parca detuvo en seco el curso de sus atrocidades, que fueron de las que hicieron época y se cuentan por montones.

Para hacerse de prosélitos, para comprometer a los cándidos campesinos a que fueran a la guerra santa, les hacía creer a los rancheros que los del gobierno les iban a quitar sus tierras y que como buenos cristianos tenían la obligación de defender no solamente sus heredades, sino la santa causa de Dios, de Cristo y de su Iglesia. Que esas tierras que a ellos les arrebatarían, se las repartirían los ladrones agraristas. Siempre, como de costumbre, sembrando el odio y la discordia, porque su misión ya no era de amor y de paz.

En las regiones del país en que habían fructificado las prédicas de estos apóstoles del mal, "los campos quedaron abandonados, los miazales sin pizcar, los aperos y canastos, tirados a orillas de los barbechos. Altos montones de mazorcas se destacaban como blancos sudarios, en medio de los milpales...".

Todo era desolación y ruina, en algunas partes, las familias vagaban como locas: las mujeres sin tener que darles de comer a sus hijos macilentos y los perros de las rancherías ahuyaban de hambre, a la puerta de los jacales vacíos...

x X x

"Los rancheros que, después de las prédicas incendiarias del cura del poblado de *Caballerías,* se habían lanzado a la aventura,

capitaneados por el fanático *Policarpo Bermúdez,* después de fáciles triunfos en San Juan y en San Miguel, que ya mencionamos y ya en números de 300, decidieron ir a reunirse con el Padre Vega que tenía su cuartel General en Rincón de Chávez; para según proyectaban, al frente de *un poderoso cuerpo de Ejército,* marchar juntos a la Capital de la República. Ya entonces Policarpo se sentía el llamado por los designios de Dios, a desempeñar un gran papel y a llegar a ser una gran figura, una vez que por hechos heroicos en *Los Altos de Jalisco,* a donde se dirigía con su poderosa columna y bajo la hábil dirección del Cura Vega, hubiera conquistado el honor de llevar a media cabeza el sombrero tejano, ostentando en el frente "el ojo de La Providencia o la estampa de la Guadalupana, que lo señalara como General de la Milicia de Cristo. ¡A los Altos de Jalisco! Tierra de promisión, pródiga y fecunda, feraz, hospitalaria y generosa... En donde cuentan que "amarran los perros con longaniza" y que los puercos se encuentran por nidadas en los agujeros; que hay vetas de manteca y montañas de carnitas y de chicharrones".

"El cura Vega les cuenta los triunfos alcanzados, inventando los más e inflando los pocos obtenidos, asegurándoles que era cuestión de días para terminar con el *judío Gobierno*; pero que se necesitaba un esfuerzo conjunto por parte de los buenos cristianos creyentes, y que era necesario que todos fueran a la lucha".

"Y diciendo esto los barre con una mirada dura y fría, echándoles en cara su indecisión".

La columna de cristeros, ya reunidos a los del Cura Vega, entran al pueblo de *La Capilla,* por un lado, y por el otro, salen de estampida, huyendo a todo correr rumbo a Guadalajara, los empleados del Gobierno; pues ya sabían lo que se les esperaba si alguno caía en manos del Cura Vega. *"Primero, medio centenar de balazos, porque todos querían hacer justicia y enseñarse a blanquear con los herejes; después la soga al cuello y... de allí, al santo palo, a sacarle vueltas a los zopilotes... y al viento.*

Muy merecida fama de asesino cruel tenía ya conquistada este Cura en todos los pueblos y rancherías por donde merodeaba. Se enzañaba de prefrencia con los campesinos ejidatarios, con los agraristas, hostiles o no, pero a quienes el "Gobierno ladrón", al igual que a la santa Madre Iglesia, para dotarlos a ellos, les había quitado sus bienes y a los hacendados sus tierras... Tierras tan bien habidas, por supuesto, por los hacendados, como los bienes de la Iglesia.

En ese pueblo de *La Capilla* que como en otros muchos se recibía a los Cristeros con muestras de júbilo, se les agasajó con un sainete o pastorela, de esos que se usaban en los buenos tiempos de mamá Carlota o de María Castaña. Muy divertidos estaban rodeando al Cura Vega, presenciando las chuscas y anacrónicas escenas, en las que los personajes principales son Gila, Bate, El Hermitaño, el flojo Bartolo, el Diablo y uno que otro angel caído del cielo.

Todo era santa paz en aquel esparcimiento espiritual, cuando de repente... "Un nutrido tiroteo al derredor del pueblo se deja oir, dejando también atónitos a los concurrentes *¡los federales, los federales!* Grita uno que llegó corriendo y la confusión que se produce es espantosa. Los hombres se atropellan unos con otros, escupiendo maldiciones. El Cura, con su flamante Estado Mayor corre, derribando sillas y atropellando a quien se interpone a su paso... El pueblo está en tinieblas. Los disparos y gritos de los pelones se oyen, se oyen cada vez más cerca. La turba de cristeros, ya a caballo, corre de un lado para otro, arremolinándose sin saber qué hacer. Suenan los cuernos con desesperación. El padrecito y su Estado Mayor son de los de adelante, sin siquiera volver la cara hacia atrás".

Y seguramente a refugiarse al primer escondite que encuentren. Se dirigen a *Cerro Gordo,* donde desaparecen como si la abrupta montaña se los hubiera tragado".

Triunfos como estos, de tres tiempos: "media vuelta, correr y esconderse", son de los que inflaba e inventaba el Cura Vega, cuando les dirigía la palabra sagrada y elocuente, a los agraristas rejegos que vacilaban en irse con él a la rebelión.

x X x

Dejemos por ahora a estos "valientes cristeros" en *Cerro Gordo* al abrigo seguro de este magnífico atalaya de los Altos de Jalisco y volvámonos otra vez a Colima para dar a conocer a nuestros lectores parte también de las portentosas hazañas de los "esforzados macabeos" de esos rumbos, según los relatos miliunochescos del testigo y actor jesuíta Monetti, y los testimonios elogiosos que, los acreditan al decir del Observatore del Vaticano, como *"increíbles victorias de los cruzados de Cristo Rey,* estampadas con escrupulosa fidelidad"...

Y no se mordieron la lengua por supuesto al publicar tan grandes majaderías, asegurando a mayor abundamiento, que "se reproducían escenas de los antiguos mártires cristianos".

Antes de seguir relatando las "series no interrumpidas" de grandes victorias, vamos o ocuparnos de otros acontecimientos que para los cristeros, más que para el Gobierno, tuvieron gran resonancia, significación y consecuencias y que, como derrota moral a la causa de los clericales, fue de incalculable trascendencia.

Uno de ellos fue el fusilamiento del llamado maestro (*Anacleto González Flores*), *Representante General* en toda la extensa región de Jalisco, Colima y Michoacán, de la *Liga Defensora de la Libertad Religiosa* y como vulgarmente se dice: "el pie de la navaja", el brazo principal, el eje más importante del movimiento rebelde.

El otro acontecimiento de capital resonancia fue el *asalto vil y corbarde,* en las cercanías de Yurécuaro, Mich., al tren de Pasajeros de Guadalajara. Estos dos hechos y la deportación de los Prelados del País, que tuvieron íntima relación, cambiaron y dividieron las opiniones en el país y en el extranjero. Porque como represalias por las frecuentes derrotas sufridas y el ajusticiamiento del Jefe del espionaje Anacleto González Flores, intensificaron los cristeros sus atrocidades, como movidos por una consigna general, llevando a cabo varios actos de injustificada violencia.

Por otra parte, como resultado de la intervención ya directa y descarada de los obispos católicos, cuya política ondulante e incierta ha sido siempre un reflejo fiel de la del Vaticano, se vió obligado el Gobierno del General Calles a expulsarlos del País. ¡Lo menos que podía sucederles como uno de tantos incidentes de la guerra que ellos mismos habían desencadenado. Era consecuencia natural de la pugna de dos ideologías diametralmente opuestas; de dos tendencias ancestralmente antagónicas.

Ahora por lo que respecta al bien identificado cristero, Jefe supremo del espionaje, maestro Anacleto, todo mundo sabe que por esa clase de actividades, tienen la pena de muerte, porque están considerados fuera de la Ley en todas partes del mundo. Por menos culpabilidad estos rebeldes pasaron por las armas, sin formación de causa, al Comandante de Policía de Colima; a gendarmes de pueblos que cumplían con su deber, a campesinos ejidatarios y hasta a maestros y maestras de Escuelas Rurales... A todos ellos por el enorme delito de servir fielmente a las autoridades constitucionales, a un Gobierno legal.

A Anacleto González Flores que controlaba las organizaciones religiosas rebeldes, se le sujetó a un proceso y con las formalidades debidas se ejecutó la sentencia. *"Dura lex... Sed lex"*.

Dionisio Eduardo Ochoa y los cabecillas de Colima, así como los de Jalisco y demás regiones colindantes, cometieron infinidad de asesinatos, en pacíficos ciudadanos, lo mismo que el Cura Vega que resaltó sobre los demás por sus inauditas crueldades. Y como una prueba de que sus procedimientos tortuosos hicieron escuela, todavía en el recién pasado año de 1957, sus fanáticos discípulos, azuzados por los curas que siempre operan tras de bastidores, provocaron un gran escándalo en Guadalajara, con el pretexto de rendirle al "maesto Anacleto", un homenaje, a la vez que en procesión religiosa marchaban por las calles a darle gracias a la Virgen de Zapopan, por el éxito de sus exámenes; esos alumnos de una Universidad Católica, arremetieron en contra de la Casa Oficial de Estudios, la verdadera Universidad de el Estado, resultando de esta agresión sin motivo justificable, un saldo de contusos, heridos y algunos muertos. En este caso, ¿quiénes fueron las víctimas de persecución religiosa?

Después del fusilamiento de *González Flores* y de sus cómplices, convictos y confesos, espías también y miembros activos de *La Unión Popular,* la famosa "U", Luis Padilla Gómez, Jorge y Ramón Vargas, tuvo lugar en otro hecho a que en líneas atrás nos referíamos, pero que por su especial trascendencia, le vamos a dedicar capítulo por separado.

Los caudillos del *Ejército de Cristo Rey* echaron a la balanza del tiempo y sobre las páginas de la historia, el fardo más negro de sus iniquidades.

— XVII —

ASALTO AL TREN DE GUADALAJARA

Este hecho que revistió tintes de un salvajismo del que se hubieran avergonzado las fieras y los hombres primitivos, si lo hubieran presenciado, fue el que a todas luces reveló a las gentes sensatas, aún de los católicos más recalcitrantes, que las bandas cristeras carecían completamente de sentimientos humanitarios y cristianos, de los más elementales. La barbarie se desbordó llegando más allá de los límites de la *"ignominia"*.

"La carnicería humana en esta jornada —escribe un relator imparcial— una vez aniquilada la resistencia fue de tales proporciones y dantescos relieves que, si los facinerosos que en otros tiempos asolaron al Estado de Michoacán, bajo el imperio sangriento de José Inés Chávez García lo hubieran visto, les hubiera causado repugnancia". ¡Seguramente!

"Para el 19 de abril de 1927 se habían reconcentrado en las cercanías de Yurécuaro la mayor parte de las partidas cristeras que, debido a la activa y eficaz persecución que se les hacía en los Altos de Jalisco, y en parte de Colima y límites con Michoacán, habían recibido órdenes de *el Alto Mando,* de atacar trenes y las vías férreas. Se cree fundadamente que eran, más o menos unos mil a mil quinientos los grupos rebeldes que al mando de los Curas *Vega, Pedroza, Angulo, Aguilar* y Victoriano Ramírez, apodado *El Catorce,* se habían apostado en la vía del ferrocarril, entre Pate y cerca de La Barca. A las ocho y media de la noche el convoy se vió obligado a detenerse, no solamente por los disparos que de uno y otro lado del terraplén se le hacían, sino por los obstáculos acumulados a su paso y un gran trecho de rieles que habían sido levantados".

"Cuando por las causas arriba expuestas se detuvo el tren, se dió la orden de asalto y, al grito de *"Viva Cristo Rey",* se arrojaron en un ataque feroz, incontenible, por la confianza que da la fuerza del número".



Como quedó el tren de Guadalajara-México, que asaltaron los cristeros el 19 de abril de 1927.

La escolta, compuesta, según se nos informó, por un Sargento, un Cabo y diez soldados de Artillería, al mando del Teniente Heriberto Zenil del Reyo, rápidamente organizó la defensa, a pesar del reducido número de los combatientes a sus órdenes, resistiendo valientemente hasta caer el último de sus hombres. Momentos hubo en los que en uno de los carros se había llegado al límite de la desesperación y se combatió cuerpo a cuerpo, vendiendo así aquellos si realmente heroicos soldados, muy caras sus vidas y dando en esta forma una gran lección y un gran ejemplo de lo que significa para los componentes de *un Ejército de Tradiciones Gloriosas* y de la disciplina bien entendida, el cumplimiento del deber.

Esto, que para otros que no hubieran sido los fanáticos y desorientados cristeros y los malvados curas católicos que los comandaban, hubiera sido motivo de respeto y de admiración, por lo contrario exasperó a los feroces atacantes a tal grado que, ebrios de sangre y en el paroxismo de la furia salvaje, ordenaron, después de aquellas escenas horripilantes del asalto, que se prendiera fuego al convoy, utilizando el mismo combustible de la máquina que regaron por todos los vagones, quemando en esta forma a muertos, heridos algunos de ellos levemente, y aún a pasajeros que habían salido ilesos en el ataque y se resguardaban todavía debajo de los asientos.

El Dr. Manuel Meste Chiglihaza que, según parece fue uno de los testigos presenciales supervivientes que por suerte escapó de la chamusquina, católico de sinceras convicciones, por esos días publicó en uno de los periódicos capitalinos una vívida descripción de este asalto. En esa drescripción, como si hubiera sido una terrible pesadilla, llena de patéticos pasajes y de asombroso realismo, manifestó no encontrar palabras para expresar el horror que le causó esa dantesca tragedia, en la que los gritos de las mujeres y de los niños, se confundían con los lamentos de los heridos moribundos.

El *"Universal Gráfico"* de 20 de abril publica lo que en parte transcribimos: "Anoche fue asaltado el tren de Guadalajara. Consumaron los alzados el atentado más monstruoso en los anales de nuestros trastornos políticos. Orlando de luto nuestras columnas, damos la noticia que nos fue proporcionada por el General José Alvarez, Jefe del Estado Mayor Presidencial".

El criminal acto que hizo víctimas no solamente a la escolta que se batió heroicamente, sino a una parte del pasaje, fue consumado por la gavilla (cristera) capitaneada por los curas Vega, Pedroza, Aguilar, el Licenciado Loza (no expresa el nombre de este profesional que seguramente como asesor jurídico,

ducho también en Derecho Canónico iba con ellos) y el cabecilla apodado *"El Catorce"*. La escolta sucumbió ante la superioridad numérica de los levantados y la fiereza de éstos hizo víctimas en forma espantosa y con una crueldad que subleva, a una parte del pasaje".

Subieron los rebeldes, sin escuchar a las mujeres que pedían piedad. Bajaron del tren a los pasajeros que pudieron hacerlo, por su pie; pero se quedaron los niños y los heridos. Los asaltantes, sin miramiento alguno, regaron de chapopote los carros y les prendieron fuego, consumiéndose por completo y oyéndose en medio de la hoguera, los gritos de quienes se quemaban vivos".

Fue aquello un trasunto del infierno al que los piadosos y muy católicos, que no cristianos ministros de Dios, condenaban sin apelación a quienes estaban por ellos tildados de *"herejes Callistas"*.

"Las tres cuartas partes del pasaje —escribe José Valdovinos Garza—, en su mayoría gentes humildes y seguramente católicas, tuvieron allí la muerte más atroz. Y es histórica la piadosa respuesta que uno de los curas, tal vez el Cura Vega que dirigió el asalto, dió a su lugarteniente, el *Catorce,* cuando éste, horrorizado por el bárbaro espectáculo, le hizo observar que dentro de los carros iban muchas personas indudablemente inocentes. *"Usted atícele al fuego, allá Dios que los distinga"*.

No hizo con ello sino reproducir en los tiempos modernos la respuesta típica que en casos parecidos daban invariablemente los Pedro Arbués, los Torquemada, los *Santo Domingo de Guzmán,* cuando en las hogueras de la Santa Inquisición achicharraban también a católicos inocentes, por la ambición o la intriga clerical o por venganzas cortesanas.

Y así como aquellos monstruos del mal llamado *Tribunal de la Fe,* fueron canonizados por la Iglesia de Roma, ahora a muchos de esos asesinos feroces de la "cristereada" seguramente se les tributan honores y se les venera como a santos.

La opinión sensata de todo el mundo condenó severamente este asalto. Es más que infantil la pretendida disculpa que un escritor cristero esboza queriendo justificar este trágico asalto con la tonta explicación de que había tenido como objetivo táctico "impedir que *dinero e implementos de guerra* que conducía el convoy, llegaran a Guadalajara a las tropas federales. Revela torpeza, ignorancia o mala fe pensar que un gobierno fuerte, que contaba con los elementos necesarios para reprimir aún movimientos rebeldes de mayor importancia, como lo demostró palmariamente después, hubiera mandado pertrechos de guerra

y fondos, en un tren de pasajeros y bajo la custodia de una pequeña escolta; cuando lo podía haber hecho en un convoy especialmente acondicionado, precedido de un tren militar explorador y con el suficiente resguardo. Solamente a mentalidades desorientadas y hasta deformadas por el sectarismo fanático religioso, se les puede ocurrir estampar en letras de molde tan disparatadas e inverosímiles aseveraciones.

Leamos textualmente las palabras de este cristero: "Apesar de la censura se supo que el asalto del tren se debió a que transportaban en el mismo pertrechos destinados a las fuerzas federales y dinero...".

"Los atacantes pensaron que, ante un hecho de esta magnitud la prensa no podía permanecer callada. Además creyeron complacer a... *los que se mofaban de sus procedimientos de hacer revolución;* pero el callismo, ante la imposibilidad de ocultar este descalabro, lo aprovechó como publicidad negativa en contra de los alzados".

No pueden ser más infantiles estas suposiciones, sobre todo la de que "los santos macabeos", capitaneados personalmente por varios sacerdotes católicos, habían asaltado un tren de pasajeros, escoltado por una docena de hombres, lo que supieron anticipadamente por su servicio femenino de espionaje, tan solo para complacer a quienes se "mofaban de éllos por su procedimiento de hacer revolución". Procedimientos nada cristianos en un movimiento que todo era, menos *"Revolución"*.

Fuera de las armas y municiones de la heroica escolta que sucumbió hasta el último. ¿Cuáles implementos de guerra y dinero recogieron? Por sobre todas las censuras, hasta la eclesiástica, lo hubieran publicado a "bombo y platillos". Se hubiera hecho el gran escándalo y hasta en muchas partes se hubieran echado las campanas a vuelo. Hubieranse ufanado públicamente y la prensa lo hubiera dado a conocer a los cuatro vientos, con grandes titulares y cabezas, más o menos como estas: *¡Gran triunfo de la Causa de Cristo Rey! ¡Por un milagro de la Virgen de Guadalupe, nuestra Patrona y Emperatriz, una gran cantidad de armas, cartuchos y dinero, cayó en poder de nuestras gloriosas e invencibles fuerzas!*

Pero cuando el silencio sepulcral selló los labios de todos los clericales y andaban, según el dicho popular, "como el perro que se comió el jabón, con la cola entre las patas", en que... les "había salido el tiro por la culata". Hay triunfos momentáneos que son peores que las derrotas.

El mismo *"Diario de un Cristero"* en la página 134 asienta:

"La prensa al dar la reseña de su llegada (de los supervivientes de la catástrofe), dijo: Vimos a una niña de apenas 5 años de edad con ropas manchadas de sangre. Una ancianita herida que casi no podía hablar y fue recogida por la Cruz Blanca. En los carros de segunda venía un soldado acribillado de balas y herido de arma blanca y cuatro pasajeros heridos. En el express cinco cadáveres de soldados, también recogidos por las Cruces".

Después de este acontecimiento que por las circunstancias que en él concurrieron, desconcertó aún a los más convencidos cabecillas cristeros, la mayoría de éllos empezaron a flaquear, como si como lógica consecuencia vieran venir encima el gran peñasco de una no interrumpida persecución. Habían tirado al cielo, no escupitajes, sino piedras, que les empezarían a caer en la cara.

Algunos días después, el coronel cristero Victoriano Ramírez, apodado El Catorce, famoso como el cura Vega por sus asesinatos en frío, fue fusilado en la región de *Los Altos,* por órdenes expresas del referido Cura Vega. Se le acusó de que trataba de amnistiarse con el Gobierno; pero se supo después qu la verdadera causa había sido que, después del asalto, habían tenido los dos feroces censurados una seria disputa que los había distanciado profundamente. Dos tigres cuando se odian, el uno tiene que matar al otro y los rencores entre curas son siempre mortales. Jamás le perdonaría que le hubiera hecho observaciones después del asalto, relativas a la innecesaria crueldad de quemar vivos a "aquellos cristianos", siendo aquel cabecilla de renombre y a él, al gran *Cura Vega* General en Jefe de todas las fuerzas de Cristo, cuando presenciaba con justificado horror cómo su jefe con una mano daba la *"Absolución in articulo Mortis"* a los heridos, y con la otra y su propia pistola, les asestaba el tiro de gracia, a quién se le enfrentaba.

Mucho se han esforzado todos los que han escrito parcialmente acerca de esta rebelión, en aminorar la gravedad de este crimen y de ocultar los detalles de inaudita crueldad y salvajismo que revistió. Creemos, como el Arzobispo Strossmayer que hay verdades que, si se convirtieran en tinta todos los ríos y mares de la tierra y se arrojaran sobre ellas, no lograrían acultarlas, porque, tarde que temprano resaltarían... y como dardos candentes les darían en la cara a los detractores.

La moral de los verdaderos católicos del país y aún de los residentes en el extranjero, a partir de este hecho se resquebrajo completamente y decayó en mucho el entusiasmo de los que, militantes sinceros, andaban exponiendo su vida y su tran-

quilidad en las pocas regiones de los Estados de Jalisco, Colima y sus colindantes. Las opiniones en *el Alto Mando Cristero,* se dividieron, en vista del patente relajamiento de la disciplina, al grado de que "ya nadie quería obedecer a nadie" y les era imposible controlar a grupos dispersos y completamente desanimados.

Habían llegado al "sálvese quien pueda" y cada quien "jalaba por su lado".

Sin embargo algunos de los núcleos más organizados y al mando de cabecillas más tenaces, iniciaron una intensificación de sus actividades, en un acto supremo de levantar el espíritu decaído. A partir de esa fecha empezarían *"las patadas de ahogado",* que llevarían el incendio rebelde al grado máximo, no solamente en Jalisco, Michoacán y Colima, sino que se extendería a Guanajuato, Durango, Zacatecas, Querétaro y Aguascalientes, durante los años de 1927 y 1928, según lo veremos en las páginas siguientes.

— XVIII —

EL INCENDIO REBELDE AUMENTA. LA PASION SECTARISTA SE DESBORDA

El sacerdote jesuíta que ya hemos citado que anduvo con los cristeros de Colima y, como todos los clericales que han escrito sobre la rebelión, además de saturar sus relatos fantásticos con verdaderos "cuentos de pescadores", triunfos increíbles, maravillosas hazañas y portentosos milagros, llena de todos los improperios y denuestos de su especial lenguaje, propio y característico de la pasión sectarista, a las fuerzas federales y a sus Jefes y oficiales, sin que de vez en cuando se le dejen de escapar algunos calificativos denigrantes para los pobres individuos de tropa, o quienes, cuando mucho, llaman cariñosamente "sardos, guachos y pelones". Y a todos no les bajan el despectivo mote de "impíos perseguidores Callistas".

Siguiendo el relato interrumpido en páginas muy anteriores, de este escritor que se esconde bajo el pseudónimo de *"Espectator"*, diremos que, después de la imaginaria victoria en *Pihuamo,* de donde, tras de haber hecho los gloriosos cristeros innumerables muertos a los defensores, entre ellos al Presidente Municipal, que según les habían dicho a los atacantes, había ofrecido una respetable cantidad de dinero por la cabeza del cura párroco Cesáreo Santana, al fin, a pesar de "la ayuda divina tuvieron que retirarse", por haber tenido noticias de que llegaban refuerzos del Gobierno. Pero ¡eso sí!, sin haber tenido durante el combate, un solo muerto ni un herido. Refiere en seguida una serie de hechos de armas, haciendo resaltar a cada paso "los favores" que el Señor prodigaba a los heroicos soldados de Cristo".

Un nuevo grupo de la región de Tuxpan, Tamazula y Santa María, formado principalmente por jóvenes indígenas, se agregó al cuartel General de Caucentla, mandado ese grupo de inditos por Telésforo Placencia y llevando como capellán al padre *Gumersido Sedano,* y que, más que por sus hechos guerreros, se distinguían por su fervor religioso; pues no solamente "reza-

ban el rosario, sino que lo cantaban repetidas veces hasta en las altas horas de la noche".

Había otro núcleo, que alternaba con el anterior en correrías, y era el de Coquimatlán; como aquel, más se ocupaba de rezos y de prácticas religiosas, que de combatir. Pero a todos estos engañados fanáticos militantes les decían con frecuencia que "Dios velaba por ellos y que las maquinaciones diabólicas se frustrarían siempre... a pesar de que el enemigo había obtenido infamemente más de un triunfo local, sobre los católicos libertadores".

Este párrafo, que lleva bien marcado el estilo del mismo autor, habla claro y revela la tendencia mistificadora que siempre han usado.

"Viendo los de Calles, que nada podían en contra de los católicos (invencibles) en los combates; pues siempre que ellos (los callistas) salían a pelear salían destrozados y con la convicción de no haber hecho ningún mal notable en las filas de los *nuevos macabeos,* a pesar de ser estos siempre *veinte veces inferiores* en número y en armamento...".

Y a eso seguían descripciones de cómo los del Gobierno descargaban su furia en contra de inocentes sacerdotes y monjas en injustas persecuciones, para hilvanar a continuación las victoriosas acciones de armas de los "libertadores".

"Llegamos —dice— ya a los últimos días del mes de abril (1927). Las tropas de los callistas seguían siendo horriblemente destrozadas, más con furia diabólica seguían saliendo a perseguir a los cruzados". ¡Infantil contradicción!

"En Minatitlán, el lugar tal vez más montañoso de aquellas regiones, era en donde los cruzados de Peregrina habían ya casi controlado por completo. Al amparo de las fuerzas libertadoras se habían celebrado con solemnidad los oficios de la semana santa y esto puso fuera de sí a los enemigos y los determinó a organizar formal campaña contra los católicos de aquella región... Salió pues Tranquilino Corona al frente de sus hombres y logró llegar al lugar deseado, llenando al pueblo de terror y espanto. Cuando sus instintos quedaron saciados, decidieron regresar a Colima, llevando como señal de victoria grueso botín y emprendieron el camino de regreso. Era el 27 de abril (1927), miércoles de la segunda semana de Pascua. Más ¡qué sorpresa! Todas las salidas estaban custodiadas por los cristeros y los perseguidores se encontraron en verdadera angustia. En vano intentaron buscar un camino por donde salir con facilidad; en todas partes se encontraban con soldados de la cruzada cristera, si bien pocos en número, pues no pasaban de 20 a 25, distribuí-

dos en las diversas posiciones, si estaban en buenos puestos, peleaban como héroes y tenían sobre ellos *la asistencia Divina.* Las fuerzas de Tranquilino Corona caían a cada momento en sus emboscadas, ya fuese que avanzaran o que retrocediesen, por uno o por otro camino. En esa ocasión fue casi destrozado el ejército perseguidor y murieron varios jefes callistas, entre otros el mismo Tranquilino Corona, más 25 soldados rasos. Además de esto hubo gran número de heridos y desertores; con todo lo cual no solo quedaron diezmadas, sino mermadas como en su cuarta parte, las tropas enemigas. *Por parte de los cristeros, hubo únicamente un muerto y un herido".*

Relatos parecidos a este nos encontramos en los demás escritores clericales; con los mismos cómputos, idénticas exageraciones e increibles prodigios, como si todos hubieran tomado al dictado directo, una "inspiración del *Espíritu Santo".* Sin embargo, al lado de esas muchas contradicciones se ven los esfuerzos desesperados por divulgar, al mandato de la consigna de arriba, como verdades incontrovertibles, los infundios que su calenturienta imaginación les sugería, con el deliberado propósito de "no dar su brazo a torcer" al confesar sus numerosos fracasos, y también el de mantener en alto el ánimo de los fanáticos católicos por si, más tarde o más temprano, había necesidad de que esos grupos de ciegos e inconscientes, fueran otra vez a los cerros, a morirse de hambre y a andar como liebres espantadas, de ladera en ladera, para defender, no a Cristo ni a la Virgen, sino los privilegios jerarcas de la Iglesia. No nos cansaremos de repetirlo.

El cuento chino de esta gran "batalla", termina así: "En esta ocasión fue casi destrozado el ejército perseguidor. (esto es una verdadera muletilla), para poder afirmar: "se recogieron a los perseguidores tres armas largas, y quince caballos". No es creíble ni para los más profanos en achaques guerreros, que habiendo hecho al enemigo más de 25 muertes, varios Jefes y oficiales, heridos y desertores, se hubieran recogido tan pocos elementos.

Pero va en seguida la inocente explicación. "La razón de que en esta ocasión y otras semejantes no recogieran los cruzados sino un escaso botín, es que, habiendo en este tiempo tan corto su número y estando tan mal armados, frente a un enemigo numeroso y bien provisto, no les era posible abandonar sus puestos para arrebatar las armas a los adversarios que morían".

¿Si estaban tan mal armados y eran tan pocos, cómo era posible humanamente que le hubieran hecho al enemigo tantas y tan sensibles bajas?

Pero nada debe extrañarnos de quienes en todo momento contaban con la ayuda de potencias sobrenaturales.

De todas maneras, como humanos sujetos a todas las debilidades y obedeciendo de los mandatos del instinto de conservación, con todo y el montón de reliquias milagrosas, le sacaban el cuerpo al peligro y frecuentemente recurrían al "abrigo seguro en las montañas".

Cuando caían estos héroes de la *"Santa Cruzada",* como furias infernales a las rancherías de inermes agraristas, a pequeños pueblos indefensos o se enfrentaban a reducidas escoltas en los trenes de pasajeros, entonces sí, con "la ayuda de Dios", se daban vuelo y publicaban sus resonantes victorias, asegurando jubilosos que, "habían tenido la satisfacción de mandar a los más apretados infiernos, porque habían muerto sin confesión, a muchos de los herejes callistas, mientras que uno que otro defensor de Cristo que había caído muerto "en olor de santidad", sería venerado como mártir de la santa causa".

Los cristeros de Colima tenían el recurso de correr a las montañas del Volcán, cuando se presentaban a combatir las fuerzas regulares, aunque tenían también la iniciativa en estos encuentros, pudiendo eludirlos a voluntad. Por eso se ufanaban de que en su *Cuartel General,* contaban ya con más de quinientos luchadores cristeros, en la región del Volcán, repartidos en *Pihuamo, Cerro Grande y Zapotitlán,* aunque provistos con armas largas muy deficientes.

El sistema de guerrillas y de "pega y corre" o "pega y escóndete", es y ha sido siempre el recurso de los débiles. Jamás, por mucha fe que se tenga en una causa por la que se combate, en esas condiciones no se pueden tener probabilidades de éxito. Sin embargo los propagandistas que la Liga tenía a sueldo siempre muchos y resonantes triunfos, aunque se tratara de verdaderos descalabros. Aseguraban que "el entusiasmo de los soldados de Cristo había sido en todas partes desbordante, que no conocían el miedo y que, sin importarles que ellos fueran *ocho o diez y los callistas quinientos o más,* con "la ayuda de Dios" a la medida de su fé; con sus pistolas mohosas o sus carabinas o con lo que tenían, salían al encuentro del perseguidor y... lo derrotaban". "Cristo, con su mano omnipotente, les decían

en el colmo de la superchería, los protegería. Con veinte o menos les hacían frente a los *perseguidores, aunque fueran más de mil*" ¿Si "*la fe derriba montañas, como no ha de convertir en cisco a estos excomulgados herejes de Calles*"? ... .

Audaces afirmaciones como estas las encontramos frecuentemente en todas sus proclámas y en las hojas volantes que circulaban profusamente.

El optimismo tenía que levantar los espíritus y hacer el milagro de que en poco tiempo las tropas del Gobierno fueran definitivamente derrotadas.

Veamos si no, como describe el escritor que hemos estado comentando, *el asalto al cuartel general cristero, en el Volcán de Colima,* que no tuvo el más remoto parecido al *asalto al tren de Guadalajara.*

"El callismo, haciendo un poderoso esfuerzo —dice— cargó sobre los macabeos *mil doscientos soldados federales* que, al mando de los Generales Avila Camacho, Talamantes y del Coronel Buenrostro, se decidieron a atacar el Cuartel General de *Caucentla,* en la mañana, del 26 de abril. Por parte de los cristeros, estaban los núcleos de Andrés Salazar y Telésforo Placencia, además de aquellos que ordinariamente se encontraban allí, bajo la dependencia inmediata de J. Natividad Aguilar. Entre todos no debía de exceder de *doscientos cincuenta hombres* de guerra, en su generalidad, como de costumbre, muy mal armados; pues cerca de las cuatro quintas partes, sólo tenían carabinas de caza, y los demás, aunque portaban mausers, tenían muy poco parque".

Se hacen resaltar desde luego las condiciones, favorables de una parte y desfavorables de la otra, la situación estratégica y demás, para que así se pueda juzgar la influencia de la pasión sectarista, al hacer este relato, del que tomamos solamente la parte medular.

"No obstante esto —continúa— dirigidos por su mismo Jefe, el *General Dionisio Eduardo Ochoa,* invocando como siempre el nombre de Dios y radiantes de júbilo, corrieron a tomar sus puestos para esperar al enemigo".

"Los soldados del callismo perseguidor se iban acercando en largas columnas, que casi ocultaban la polvareda que levantaban los caballos. Desde sus fortines contemplaban los cruzados los movimientos del enemigo; pues Caucentla, respecto del lugar por donde el ejército callista iba avanzando, es una posición más elevada. Lejos de aterrorizarse al contemplar las evoluciones del enemigo, los cruzados, donde gritos de entusiasmo, distribuídos en las posiciones que habían de defender, se prepa-

raban para la lucha. "El ambiente era de combate. Parecían que soplaban los vientos inflamados del inminente choque. Los caballos, con sus estridentes y característicos relinchidos con que anunciaban la proximidad del combate... Pronto empezó el fuego, terrible y nutrido como nunca. El estruendo era espantoso: los clarines enemigos tocaban sin cesar por el frente y el flanco; las ametralladoras callistas, dispuestas en los lugares más a propósito, no dejaban de funcionar, haciendo un ruido ensordecedor. Las descargas de la fusilería eran contínuas y los gritos de los combatientes, apenas podían ser acallados por el formidable estruendo de la batalla... Se estaba percibiendo con todos los sentidos, con toda el alma, la significación de aquel choque entre dos fuerzas totalmente antagónicas". (Compuestas las dos fuerzas por elementos católicos, pero a quienes la Iglesia misma había puesto inexplicablemente en pugna). "Pero lo que hacía más impresión, lo que revelaba toda la magnitud íntima, profunda, radical de aquel antagonismo, eran los gritos de *"Viva Cristo Rey"* y *"Viva la Virgen de Guadalupe"*, contestados por los roncos aullidos y soeces vocablos proferidos por los malvados y sobre todo, las horribles flasfemias lanzadas contra Jesucristo y la Santísima Madre: *"¡Viva el demonio! ¡Viva el diablo Mayor!". ¡Qué mueran Cristo y su Madre!"*. Y otras expresiones que nos es imposible consignar, porque parecían que brotaban de las entrañas del infierno".

Se necesita, además del don de ubicuidad, una gran dosis de cinismo para hacer esta clase de espeluznantes descripciones. Y ante la admirable agudeza de oído de este cura jesuíta, que cuenta tan frescamente estas maravillas, nosotros con justificada curiosidad, preguntamos: ¿En qué lugar del espacio o en cual de los siete cielos se encontraba, de manera de poderse dar cuenta a la vez de "las armoniosas y celestiales expresiones de los cristeros y las horribles blasfemias de los malvados? Es probable que haya ocupado un asiento de preferencia en la canastilla, sostenida en el aire por ángeles o querubines, mandados expresamente para que le prestaran tan especial servicio. De otra manera no se hubiera dado cuenta de algunas de esas expresiones que no "le fue posible consignar, y brotaban de las entrañas del infierno". ¡Qué facultades tan extraordinarias!

"Todo el día combatieron los cristeros, sin comer ni beber, firmes en sus puestos... En la tarde se había agotado casi el parque de los cruzados; pero por la noche, amparados por las sombras, salieron aquellos héroes de sus trincheras y se proveyeron de parque en el campo enemigo, tomándolo de los muchos cadáveres que habían quedado allí regados".

¡Véase con qué asombrosa facilidad, seguramente con la ayuda de Dios y sus legiones de ángeles, les salían las cosas a la medida del deseo. Es raro que no hubiera dicho que "el parque, como el maná, les había llovido del cielo".

Sigamos el relato: "A la mañana siguiente se reanudó la lucha; pero ya de los libertadores no quedaban ni siquiera la mitad, porque, como la mayor parte traía carabina y los cartuchos recogidos al enemigo sólo servían para los mausers, únicamente los que traían éstos y unos cuantos de los que portaban otra clase de armamento, pudieron seguir combatiendo. Al medio día ya no se pudo resistir: el enemigo logró apoderarse de la loma del Gachupín, que quedaba atrás del Cuartel y fue imposible que los cruzados continuasen en sus puestos... Por ese motivo el general Ochoa, que había estado en medio del combate, al lado de los suyos, se vió obligado a ordenar la retirada. Ya entonces, los héroes (*¡héroes de la derrota!*), carecían casi en absoluto de parque. Era preciso huir, pero no sólo a los combatientes, sino también las innumerables familias que, deseosas de libertad, y buscando un ambiente cristiano, se habían refugiado en el campo libertador... Al huir, fue necesario que el coronel cristero Antonio C. Vargas se pusiera a la vanguardia con unos cuantos soldados, por si encontraba enemigo al frente. Dionisio Eduardo Ochoa tomó la retaguardia, porque los callistas continuaban la persecución. En medio iban las familias... Sin contar los hombres de guerra, eran más de tres mil las personas que huían: niños, ancianos y mujeres...". ¡El Desastre!

Después de esta gran derrota, que el escritor cristero no reconoce, de esta corretiza desastrosa, muy a su pesar describe con los colores más negros, aquella dolorosa jornada: el hambre, el cansancio, el frío, las zozobras hicieron de ella un vivo cuadro dantesco con todos sus horrores. Pero no tiene escrúpulo, después de este rudo golpe, en decir con todo desplante: "Como saldo final de este combate, el más rudo de todos los del primer año de lucha, se tuvieron, por parte de los enemigos callistas *trescientos setenta y cinco bajas, entre muertos, heridos y dispersos*... Y aquí va lo gordo del caldo. "Por parte del *Ejército Libertador,* cuatro solamente".

¡Qué admirable precisión para contar a dedo los muertos, heridos y dispersos, de un enemigo que persigue al adversario en su huída, después de haberlo desalojado de sus posiciones! Otra vez preguntamos: ¿Es ignorancia o mala fe? Quizá una mezcla de las dos. Porque renglones más adelante confiesa ingénuamente que los cadáveres de los "cuatro únicos muertos

cristeros", tuvieron que quedar abandonados, por no haber sido posible llevarlos en la retirada. Otra demostración de ignorancia de las cosas de la guerra es la de afirmar que los triunfadores en este combate, es decir los del Gobierno que "continuaban la persecución en su contra", habían tenido, además entre las *trescientas sesenta y cinco bajas,* contadas a dedo, algunos dispersos. ¡Cosa verdaderamente increíble! porque regularmente hay dispersos en las derrotas, no en los triunfos.

Entre los muertos que tuvieron los cristeros y que no pudieron ser sepultados, estaba un joven de la A.C.J.M., Carlos Zamora, como de unos 20 años de edad, que tenía un hermano de 18, que también participó en esa acción y que, al pasar en su desolada carrera junto al cadáver se conformó con exclamar: ¡Sea por Dios, es mi hermano!, y siguió, sin inmutarse, la carrera. ¡Cosas de la guerra, qué le vamos a hacer!

Este mismo Juan Zamora que veremos después tomar parte en algunos combates en contra de las fuerzas federales, tuvo que seguir al día siguiente, 28 de abril (1927) en penosa peregrinación hasta la Mesa de la Yerbabuena, situada en las faldas del Volcán de Fuego, hasta donde tuvieron que ir a refugiarse todos los demás fugitivos, recordando sin duda aquellos versos de Antonio Plaza: *"A la guerra, Juan no vayas..."*.

Este mismo asalto del Cuartel General Cristero de Cuacentla, lo describe también otro escritor, ex-rebelde que anduvo, no solamente *"entre las patas de los caballos",* sino entre las pezuñas de *"las mulas de don Cristobal Colón";* aunque sin precisar el lugar en que estaba establecido, él se encontraba entre los defensores derrotados y obligados a huir.

..."Cargaron sobre nosotros —escribe— mil doscientos pelones, al mando de los Generales Avila Camacho, Talamantes y Coronel Buenrrostro. Nosotros no pasábamos de 250, *doscientos cincuenta,* dirigidos por nuestro Jefe el general Dionisio Eduardo Ochoa; pero estábamos llenos de optimismo por las recientes victorias. Nuestras posiciones dominaban los senderos por donde los callistas se aproximaban ascendiendo fatigosamente, cubiertos por nubes de polvo que sus caballos levantaban. Se atacó con rabia por ambas partes y los actos de valor se sucedieron contínuamente. Los callistas tiraban con fuego de ráfaga; lograron emplazar estratégicamente numerosas ametralladoras que disparaban sin apuntar. Peleamos todo el día sin comer ni beber y, al caer la noche conservábamos intáctas nuestros posiciones; pero las municiones se habían agotado. Salimos de nuestras

trincheras y, al amparo de las sombras, nos proveimos de parque, quitándoselo a los numerosos cadáveres, que al pie de nuestros fortines y trincheras habían quedado".

¡Las mismas mentiras piadosas, solamente que este señor no confunde, sino "revuelve la magnesia con la magnífica"!

"Al día siguiente sólo pudimos reanudar la lucha con los que tenían mausers, utilizando los cartuchos recogidos al enemigo. Los que traían otras armas, tuvieron que abandonar el combate. Después de varias horas de lucha, los callistas se apoderaron de una loma que dominaba nuestro campamento y fue imposible continuar. Nos retiramos acosados de cerca por los federales que nos perseguían sin cuartel".

Todo lo demás de la dolorosa peregrinación, no tan solemne como las que ahora hacen a la Villa de Guadalupe o al Cerro del Cubilete, lo relata igual: con las mismas penalidades de las familias cristeras; ancianos, mujeres y niños enfermos, algunos de los cuales no pudieron llegar a la citada Mesa de La Yerbabuena, quedando sus cadáveres enterrados en el monte, con una rústica cruz de madera, liada con bejuco. ¡Víctimas anónimas del sectarismo fanático!

Para quitarse el "amargor de la boca" por este revés, el ex-cristero en *"su Diario"* cuenta en seguida que Andrés Salazar con su pequeño grupo y con grandes pracauciones, el 3 de mayo de ese mismo año de 1927, *"Día de la Santa Cruz",* irrumpió en Villa Alvarez, en los suburbios de Colima, cayéndoles por sorpresa a las fuerzas gobiernistas que creían a los cristeros muy lejos de la Capital del Estado, la que "de haber tenido más parque, hubieran tomado, pues que simultáneamente Rafael Michel atacó a los guachos de Avila Camacho y se apoderaron de la finca de una hacienda, que incendiaron al evacuarla".

Después de la derrota en el Cuartel General Cristero, Caucentla, en el Volcán, volvieron a él, permaneciendo unos dos o tres días, durante los cuales tuvo lugar la escena de la sepultura de los cuatro cristeros muertos dos semanas antes. Entonces el *Gral.* Ochoa —conste que nosotros no les escatimamos los grados que graciosamente se dieron, como ellos lo hacen con los miembros del verdadero Ejército Nacional, a quienes, cualquiera que sea su efectivo grado, los llaman simplemente "callistas"—, intentó pasar a la región de Pihuamo, "con el objeto principal de solicitar alguna ayuda para el movimiento libertador"; porque se tenía el gran problema, no solamente de la miseria espantosa en que estaban los cristeros y sus familias, sino de una manera muy especial, la falta de parque...". Pero en esos días el enemigo renovó sus actividades con particular ahin-

co. Casi todos los caminos y haciendas tenían escoltas de soldados callistas, y la empresa por ende, resultaba muy arriesgada y difícil, dada la circunstancia de que casi no se contaba con municiones para pelear y abrirse paso. El día 13 de mayo por la tarde, se intentó salir de Caucentla para atravesar, ya al obscurecer, el camino carretero que va a Colima; y durante la noche, la vía férrea, paso el más difícil, pues era el más cuidadosamente guarnecido".

"Con toda tranquilidad y sin suponer nada adverso en aquellos momentos, empezaron nuestros libertadores a ver una larga polvareda que se acercaba, suponiendo que eran las carretas que, cargadas de caña de azúcar, llegaban a la Hacienda, después del trabajo del día, como sucedía regularmente. Lo obscuro ya de aquellos momentos y el color verdinegro de los uniformes enemigos, impidieron que los cruzados se dieran cuenta del peligro. En cambio, los cristeros con sus vestidos blancos, calzón y camisa de manta, y en descubierto, pudieron ser vistos por los callistas con gran facilidad".

¡En esta vez ya les empezaban a fallar a los "defensores de Dios", las sombras de San Miguel y del señor San Pedro!

"En previsión de algún peligro, los libertadores hicieron alto sobre una pequeña loma y... principiaron a opinar. Unos, que aquellos bultos que entre las sombras avanzaban, eran bestias; otros que carretas de caña. El toque del clarín y las primeras balas los sacó de dudas: tenían a los perseguidores en toda la línea del camino, apoderándose de la cerca de piedra que les servía de trinchera. Estaba también ganado el flanco y el enemigo trataba de cercarlos".

"A todo correr, en medio de una lluvia de balas, y entre los matorrales y piedras de la montaña, lograron los cruzados salir de aquel peligro. Serían las ocho de la noche cuando llegaron de nuevo a las ruinas de su viejo campamento de Caucentla, de donde habían salido aquella tarde. Pero había que intentar otra salida, porque en ese lugar era seguro que los federales los atacarían, ya que se encontraban a corta distancia. Caminaron largo rato por veredas montuosas y extraviadas, para evitar nuevos encuentros con el enemigo, llevando el rumbo de Tenexcamilpa. Ya la vanguardia había llegado casi al final de la carretera; un cristero se había bajado de su caballo para abrir una puerta que existe al principiar a bajar la barranca, en cuyo fondo corre el río de Tuxpan, cuando de pronto e inesperadamente se oye un tiro; al instante un segundo y un momento después, era una lluvia de balas".

"Los libertadores habían caído en una emboscada. Se quiso organizar la defensa, pero era imposible. Los cristeros estaban en medio del ancho camino, completamente descubiertos, sin defensa ninguna y bañados por la luz de la luna llena. En cambio, los enemigos estaban afortinados tras la cerca de piedra, en los riscos de la montaña, defendidos por la obscuridad. Hubo por tanto que retroceder, y en su carrera precipitada y tumultuosa, los libertadores formaron una masa compacta que llenaba completamente el camino. Por fin, gracias a la Providencia, se logró salir de la terrible boca de lobo en que se había caído. Ya de día se pasó revista ¿cuántos libertadores habían muerto aquella noche? ¡Ninguno, ni un herido siquiera! Solamente algunos sombreros resultaron agujereados. Todos decíamos, alabando y bendiciendo a Dios, *¡Milagro, Milagro!*".

Como se ve, en todas las acciones de guerra de los cristeros, ganando o perdiendo; con las sombras protectoras o sin ellas, siempre al final se verificaban milagros.

Ahora, con el nombre de *"Huracán y Metralla"*, va otro relato prodigioso, de los que encontraremos muchos en las novelas cristeras, diarios y memorias, usando el mismo lenguaje despectivo para el Gobierno y sus servidores y con un estilo de consigna, "cortado con la misma tijera"... La de Loyola.

"De Coalcomán regresó Ochoa a sus regiones de la Hacienda de El Naranjo y del Cacao, a fin de completar la organización de las tropas libertadoras y empaparlas del espíritu verdadero del movimiento cristero: espíritu de fé intensa, de piedad ferviente, de sacrificio heroico. También le seguía preocupando el imprescindible problema de fondos para comprar parque. En el campamento del cerro del Cacao le tocó pelear con los enemigos, el 24 de junio. Los libertadores de aquel campamento, que no llegaban a *cincuenta*, fueron distribuídos en tres pequeños grupos que colocó en los tres principales lugares por donde el enemigo tendría forzosamente que atacar para tomar el campamento. Toda la mañana estuvieron en sus puestos aquellos cruzados, esperando el combate; más el enemigo permanecía sin avanzar. Pasado el medio día, el cielo empezó a cubrirse de gruesas y negras nubes y en medio de contínuos y fuertes rayos, se desató una tormenta torrencial. Las ramas de los árboles azotaban unas contra otras por la fuerza del viento y el agua caía con fuerza tempestuosa. Fue este el momento que los perseguidores eligieron para el ataque y, al estruendo del viento, del agua y de los rayos se unió el de las ametralladoras y fusiles. Los soldados enemigos eran 400 y toda su fuerza la

cargaron contra una sola de las posiciones de los libertadores, que estaba defendida sólo por *diez o doce* cristeros que, como es claro, no pudieron resistir por mucho tiempo y tuvieron que retirarse precipitadamente en condiciones muy desventajosas; pues el lugar es muy pedregoso y sin arboleda que pudiese cubrirlos en su retirada. Sin embargo, *Dios los protegió y*... ¡Aquí *va otro Milagro! Salieron ilesos*. En cambio, de parte de *Los callistas hubo treinta y cinco muertos,* entre soldados y oficiales".

En toda la campaña cristera, contada por sus parciales, por milagros no queda y los epítetos de *libertadores y heroicos macabeos"* no les escasean; mientras que para los fieles servidores del Gobierno, palabras denigrantes faltan en el diccionario para designarlos.

La enorme desproporción entre las bajas de "aquellos santos rebeldes" y cristianos salteadores que contaban siempre en sus fechorías con la ayuda de Dios, y la de los que, a pesar de ser también católicos en su mayoría, les habían negado los curas hasta el derecho a la vida, era enorme y así la encontramos en todas las acciones de armas y en todas las regiones del país en que actuaron. Claro que esa desproporción solamente existió en la imaginación y en los buenos deseos de los novelistas clericales.

De las *"efemérides cristeras del Ejército Libertador Colimense",* en las que figuran o hacen figurar de común acuerdo esos escritores, más de *cuatrocientos hechos de armas* de importancia, en su mayoría grandes y resonantes victorias, que aparece al final de la Obra de *"Espectator",* cura jesuíta, ya citado como testigo y actor, como un botón de muestra vamos a citar algunos en que más resalta esa gran diferencia... de bajas de uno y otro de los bandos contendientes.

"Marzo de 1928.—Días 3 y 4.—En las cercanías de Tonila, Jal., el Capitán libertador Andrés Navarro fue atacado en su campamento por *ochenta Callistas,* a quienes hizo retroceder, haciéndoles cinco muertos. El mismo capitán libertador volvió a rechazar en el mismo lugar a los callistas, quienes de nuevo lo atacaron, haciéndoles *ocho muertos y dos heridos*. Los libertadores, *sin novedad.*

"Día 27.—En la mesa de *Los mártires y mesa de La Yerbabuena, Col.*—Entraron los callistas en número crecido. El cuartel general cristero había sido evacuado por el Coronel Salazar; solo algunos pocos soldados, al mando del Capitán Ramón

Cruz, se tirotearon con los contrarios mandados por los generales callistas Avila Camacho y Pineda, a quienes se les hicieron *unos veinticinco muertos.* De los libertadores murieron *cuatro solamente*".

"Junio de 1929.—Día 28.—En las cercanías de San José del Carmen, Col.—El Coronel Libertador José Verduzco, combatió con gruesa columna de federales, a quienes hizo como *cincuenta bajas* y quitó rifles y muchos cartuchos. Por parte de las fuerzas libertadoras... *dos muertos".*

Tratando de una serie de acciones de las por él clasificadas como heroicas, exclama con el mayor desplante:

"Saldo de esta última y más furiosa campaña enemiga, por parte de los *heroicos defensores de la libertad, ocho muertos y cinco heridos.* Contando las últimas de las diversas regiones cristeras, la zona de los Volcanes, más de *mil perseguidores,* entre muertos y heridos.

En otro lugar, en un resumen general, haremos resaltar estas pueriles y exageradas cuentas de bajas, que a la luz del más elemental de los sentidos comunes, resultan ridículas.

Dejemos por un momento en paz a estos *"cristeros del Volcán de Colima"* tema principal de la obra novelesca del Padre Monetti, publicada en Turín, Italia, bajo el título de *"Fede di popolo, fiori di erci",* de la que, a pesar de sus increíbles y apasionados panegíricos sectaristas, la prensa del Vaticano hizo especiales elogios, mereciendo la *"bendición Papal".*

Más adelante nos volveremos a ocupar de él. Mientras tanto vamos a seguirnos documentando con otro escritor cristero, no menos apasionado y ególatra, pero que en *sus Memorias,* nos va a proporcionar valiosísimos datos. "Del enemigo el consejo" *y el pez por su boca muere";* Como personaje y actor principal de esta napoleónica leyenda, se pone siempre por las nubes, comenzando por el retumbante nombre: *"Memorias de Jesús Degollado Guizar, ultimo General en Jefe del Ejército Cristero".*

— XIX —

LOS HERMANOS DE LA SOCIEDAD DE LA "U": LA GESTAPO DE CRISTO REY

Para que el lector se dé cabal cuenta y esté en mejores condiciones de interpretar, aplicando el más complaciente y conservador de los criterios, los hechos bélicos cristeros, es preciso que retrocedamos un poco, acompañados con el autor de estas *"Memorias"*, hasta el año de 1920.

Por informes de última hora supimos que este *"último General en Jefe del Ejército Cristero"*, falleció el 14 de septiembre del año de 1957, tres meses y medio después de haber publicado sus *Memorias*, cuyos relatos comentaremos con la menor dosis de apasionamiento.

Al principio de ese año de 1920, según nos cuenta, estando radicado en Atotonilco el Alto, Jal., ingresó a esa Sociedad, la "U" (Unión de Católicos) a reiteradas y especiales instancias del cura párroco don Macario Velázquez, en cuya sociedad, como veremos después, con su carácter de Presidente y gran animador, prestará a la causa de *"Cristo Rey"*, relevantes servicios, en todos los campos de la lucha.

Era esta *Sociedad* de la *"U"*, una especie de secta secreta, imitación caricaturesca, más que una parodia, de la fracmasonería antigua, con sus juramentos, toques y palabras de reconocimiento, tal como se practicaba por los egipcios, ante la Esfinge y las majestuosas Pirámides, tumbas históricas de los primeros Faraones. Organización con una disciplina rígida basada en la Mónita de los Jesuítas, con tintes kukulclanescos y de la Gestapo alemana, fue la verdadera cuna, el caldo de cultivo fermentador, la génesis de la Rebelión Cristera, que por cerca de tres años desoló inmisericordemente a algunas regiones de la República, en donde principalmente el fanatismo católico contaba con mayor número de adeptos.

A pesar de su anacronismo, porque a todas luces sus procedimientos y sus finalidades están fuera de época, a ella pertenecieron, lo más granado y florido, como si dijéramos, *la flor*

y nata de los católicos militantes que después de mucho pensarlo, le arrojaron el guante al Gobierno, no del General Plutarco Elías Calles, Presidente de la República, sino de la Revolución en contra de un Régimen legalmente constituído.

A esa maffia negra estaban afiliados casi todos los curas de pueblo, con sus dóciles e ignorantes feligreses de todas las categorías; pobres y humildes cargadores, obreros, choferes, campesinos y hasta encumbrados Caballeros de Colón; sochantres, canónigos, Obispos y Arzobispos. De todo habia en "la viña del Señor", desde "aguamiel hasta aguacola". La insignia, la llevaban muchos tatuada en el pecho, cerca del corazón, en los muslos de las piernas, una "U", en ocasiones marcada a fuego; o bien al cuello, pendiente de medallas metálicas y modestos escapularios. Tenían los *hermanos de la "U"*, ya lo dijimos, sus contraseñas especiales de reconocimiento y prestaban, hincados de rodillas solemnemente, ante la imagen de Cristo crusificado, y extendiendo la mano derecha sobre los Evangelios, el juramento de: *Obedecer ciegamente a sus superiores en todo lo que fuere lícito y honesto y se les mandare por escrito o de palabra".*

¿Conforme a qué criterio tenía que ser *lícito y honesto,* lo que se tenía que obedecer a estos misteriosos superiores de la *hermandad de la "U"*?

Las declaraciones del Episcopado Mexicano, en materia política nos dieron la respuesta acerca de cual, es el criterio que debe imperar en la conciencia de los Católicos, el del confesor o del Obispo diocesano. ¡Claro! ¿Era esta asociación confesional de las autorizadas por la Santa Sede, es decir por la Iglesia Católica, Apostólica Romana? Parece que no. Porque, años después de su clandestino funcionamiento, el Papa Pío XI, el mismo que había considerado lícita la lucha armada de los católicos mexicanos y bendecido su actitud rebelde, la condenaba públicamente. El también misterioso *señor X,* el Arzobispo de Guadalajara, Monseñor Francisco Orozco y Jiménez, Supremo Director intelectual y material, de todos los cristeros del País, lo comunicaba a todos sus subalternos. De todas maneras, mientras funcionó esta tenebrosa "hermandad", controlando diversas actividades subversivas por medio de sus miembros, hombres y mujeres de diferentes capas sociales, intelectuales y económicas; damas católicas y de las diversas agrupaciones confesionales, prestó muchos e importantísimos servicios: sus componentes eran a la vez agentes de espionaje y contraespionaje, de comunicaciones y enlace, proveedores de toda clase de elementos. ¿Qué más podían hacer?

Pues bien, a este prominente miembro de la *hermandad,* autor de las *Memorias* cuyas ideas y creencias, por disparatadas que nos parezcan, respetamos, no lo vamos a seguir en todas sus andanzas políticas y militares, sino en aquellas que más interesen al verdadero objeto de este libro.

Nos cuenta que los hermanos de la "U", encabezados por el Jefe de la Liga de la Defensa Religiosa en Sahuayo, Mich., fueron los que azuzaron el pueblo para que, tomando como pretexto el asesinato de unos individuos, no precisamente por las autoridades, y ayudados por los de la "Acordada de Cerrito y Huarache", en un ataque violento e inesperado, obligaron al destacamento federal a salir del pueblo. Fue este en esos rumbos uno de los primeros brotes rebeldes.

Este zafarrancho de Sahuayo, el 4 de agosto de 1926, había sido uno de esos movimientos precursores; pequeño trueno con su fugaz relámpago anunciador de la tormenta. Al presentarse las fuerzas federales a las órdenes del General Tranquilino Mendoza, los alzados, siguiendo la táctica que usaron después en toda la campaña, huyeron a los montes. Aunque al parecer este brote rebelde no había sido secundado por otros grupos, miembros también de la "U" iniciaron ya en forma el movimiento en la parte occidental de Michoacán, a la vez que en otros Estados manifestaciones de descontento que cada día iban aumentando de intensidad.

Los vecinos de Cotija; Prudencio Mendoza, Maximiliano Barragán, Luis Guizar Morfín, José Guizar Oceguera, Honorato González, José González y Evaristo Mendoza, ya con grados de *Coroneles y Generales Cristeros,* comandando pequeños grupos mal armados y "como Dios les dió a entender", salieron en son rebelde del poblado, acompañados por los sacerdotes católicos, todos ellos como los cabecillas, miembros de la "U": Gabriel González, Enrique Morfin Carranza, José Espinosa, Clemente García y Miguel Guizar Morfin. También la mayoría de oficiales y de las clases de tropa, pertenecían a la "U", lo mismo que los que se levantaron en Pénjamo, Guanajuato, Luis Navarro Origel y sus hermanos y los curas José María Martínez y otro de apellido Del Río, en Aquililla, Mich. En ese mismo mes de enero de 1927, Luis Ibarra y Lorenzo Arreola, ya graduados como generales cristeros, se rebelaron, uno en Cocula y el otro en Nayarit.

Sería largo enumerar a todos los hombres "de acción", sacerdotes y laicos, obreros y campesinos que, creyendo darle pres-

tigio a la "U", se distinguieron por su arrojo en esta dura empresa, en la que había desde en un principio muy pocas probabilidades de éxito.

"Los de la "U", dice el autor que comentamos, nos movimos sin que lo ordenara el Episcopado Mexicano. Si fuimos a la lucha, lo hicimos por cumplir el sagrado juramento que habíamos contraído al ingresar a la Agrupación: *Defender los derechos de Cristo y los de su Iglesia, aun a costa de nuestra vida...".*

A esa *Sociedad, "Unión de Católicos Mexicanos",* aunque trate de ocultarlo, ciego instrumento del Episcopado Mexicano, es a la que hay que cargarle con mayor razón entre sus mayores pecados mortales, el de haber ensangrentado al País durante cerca de tres años, con enormes pérdidas de vidas, ya lo dijimos, no de "protestantes, mahometanos o judíos", sino de cristianos católicos, de una y otra parte. ¿Lo reconocerán alguna vez los obsecados fanáticos y tratarán en alguna forma de reparar los daños ocasionados?

Mucho lo dudamos.

Es verdad que entre ellos había algunos "soñadores de buena fe" que aspiraban a un cambio social y político que sus directores espirituales les habían pintado con los colores más agradables, siguiendo las órdenes de "más arriba". Inclusive hubo sacerdotes, a quienes las disposiciones episcopales les impedían seguir oficiando, que era su única manera de vivir, que aconsejaban sujetarse a las leyes en vigor y valerse de otros medios que no fueran la violencia, para llegar en esta forma a un arreglo amistoso.

"No tentemos la paciencia de Dios ni del Gobierno, decían; no irritemos a la fiera, si no queremos que nos destroce con sus garras". Sus voces se perdieron en el desierto de la incomprensión.

Los hubo también escépticos e irresolutos que pensaban a su modo ya una gran mayoría, sin esperanzas y sin ideales, sin aspiraciones, que veían el conflicto con indiferencia. Es la masa borreguna que se deja arrastrar para cualquier lado.

Un viejo que había sido soldado de la División del Norte y pertenecido a los famosos *"Dorados de Villa",* les decía a un grupo de muchachos, momentos antes de que su entusiasmo y arranques juveniles los arrojara a la rebelión, de cuya aventura muchos no volverían:

"Tocante a eso de los cristeros, no niego que algunos andarán por las causas que se han manifestado. Tampoco han de faltar entre ellos muchos fanáticos, de esos que las gentes

tildan de reaccionarios; pero la mayor parte, sobre todo los jóvenes, yo les aseguro, señores, que esos... ¡esos andan por puro gusto! Doy por seguro que los cristeros, a rinde fuego, van a perder. Son muy valientes, si ustedes quieren; pero en rigor ellos no tienen ningún programa, ni los cobija otra bandera que el alboroto por los caballos, por los balazos y por las mujeres... Y, es el pretexto *¡La Religión!* ¡Lástima que en esta guerra caiga tanto valiente de los dos lados! Porque los del Gobierno son del mismo barro y los otros, sobre todo, son muchachos bisoños y alegres que mueren heroicamente".

Pero la serpiente clerical, como la del paraíso, no se dormía en sus laureles y no cesaba en su infame labor. Les habían dicho a estos muchachos que *"Calles les quería quitar su religión,* repartir las tierras de sus padres y de sus abuelos y que, más que todo, por odio a la Iglesia, perseguía a los sacerdotes. Que la empresa de la rebelión era cosa fácil, algo así como "pan comido"; porque, contando con la protección divina, en pocos días aniquilarían al Ejército callista, dominarían en toda la República y entrarían victoriosos a la Capital, gritando *"Vívas a Cristo Rey".* Que las sombras de todos los santos los protegerían en los combates y que, en último caso, si morían por Cristo, tenían seguro su pasaporte directo al cielo, a fin de que el portero San Pedro les abriera, sin más trámite de par en par, las puertas del Paraíso.

En muchas ocasiones la triste realidad vino a desengañarlos terriblemente.

Esta escena que J. Guadalupe de Anda pinta a lo vivo, es una de tantas que con algunas variantes se repetían con frecuencia.

Después de una derrota sufrida por el cura Vega en la Capilla, de la que en otro lugar damos cuenta y ya refugiados los macabeos derrotados en Cerro Gordo,, hasta donde pararon la carrera, oigamos estos sencillos, pero sinceros comentarios:

—"¿Pos no decían las mujeres en el rancho que a nosotros no nos entraban las balas? Dice un muchacho enseñando un horrible boquerón en el brazo derecho, todavía sangrante... Ora al probe de Eligio no le valió ni el rosario que traiba en la mano, porque se quedó tieso, más frío que un granizo... Y ni a don Perfeuto, el del Valle, le sirvió trair el pecho cuajao de medallas y escapularios; se quedó engarruñao al lao de unos garabatillos, hecho un arnero de tanto balazo que le metieron los condenados sardos".

—"Pos si, repone uno de los del grupo, no vites que ya mero ni el santo padrecito se escapaba. Si no ha sido por don

Policarpo que estaba cerca y lo alcanzó a levantar de la chaqueta, cuando el caballo ya mero le escupía por las orejas, allí estaca el cuero y a estas horas, pueque todavía no acabara de rendirle cuentas a Dios Nuestro Señor".

—"A mi me habían dicho, vuelve otra vez el muchacho, que caso de muncho apuro, la sombra de siñor Santiago lo tapaba a uno: y yo me afiguro que a mi no me alcanzó a tapar de todo a todo... ¡Y se me quedó el brazo de fuera! "El brazo derecho casi destrozado por un balazo".

No sabían en realidad por qué luchaban los cristeros. Les hablaban de tantas cosas que no entendían, que les volvían maraña la cabeza. ¡Qué por Dios, que por la Religión, que por Cristo y por la Virgen de Guadalupe!

Y muchos rezos y muchas misas y ¡éntrenle a las balas, muchachos!

No comprendían bien a bien los sesudos razonamientos y las discusiones teológicas de los catrines universitarios que les hablaban de "guerra santa" y de ¡quién sabe cuántos derechos! Aunque ellos veían que todos andaban chuecos.

"Algunos hombres se van a la Revolución, exclamaba uno de los jóvenes inberbes, ya resuelto a irse a la bola, por odio a Calles y otros por defender la Religión. Yo no conozco a ese Calles, nada me ha hecho y entiendo poco de cosas de Iglesia. Me voy, porque lo traigo en la sangre: mi padre fue revolucionario y murió peleando como los hombres".

Era el mareo del medio y de la época en que se vivía. La sed de aventuras los devoraba. Por eso la mayoría de los cristeros, con excepción de uno que otro de los altos Jefes y de los sacerdotes, eran jóvenes, casi niños inexpertos que no tenían aún la madurez mental ni legalmente la calidad de ciudadanos. Los verdaderos culpables de este bochinche religioso, no fueron precisamente los que andaban levantados en armas, sino las altas y bajas dignidades del Clero Católico, con sus *Liga Defensora de la Libertad Religiosa,* su *Unión de Católicos Mexicanos,* la "U", los *Caballeros de Colón* y otras organizaciones confesionales, la mayoría de cuyos miembros supervivientes, sacerdotes y seglares, sin remordimientos de ninguna especie, se pasean por nuestras calles capitalinas, podridos en pesos. Mientras millares de viudas, de hu;rfanos, de uno y otro bando se beben sus lágrimas en la miseria. ¡Ni quien se acuerde de los muertos anónimos que quedaron regados en los campos de batalla! ¿Los nombres de esos ingratos que como católicos no practicaron la caridad cristiana para con sus prójimos?

No hacen falta. Deben estar escritos con letras de fuego en los infiernos, que ellos mismos inventaron. Es posible que más de treinta años después de la Rebelión sangrienta que ellos desencadenaron, todavía sus corazones endurecidos, sus cerebros y sus mentes anquilosadas, fraguen, y piensen llevar otra vez a la guerra *"Santa"* y fratricida a la nueva generación de jóvenes desorientados desde las escuelas primarias confesionales "incorporadas", infiltrándoles el virus venenoso de sus malvadas y falaces doctrinas ¡Allá ellos!

El pueblo mexicano y los verdaderos revolucionarios honrados, no los apoyarán jamás.

¡Damas Católicas, Caballeros de Colón, *Hermanos y Hermanas de la "U"* y de todas las letras del alfabeto negro, Cantad a coro el *de profundis;* los tiempos han cambiado y la *hidra clerical* no volverá a levantar ninguna de sus cien cabezas. R.I.P.

— XX —

MAYOR AUGE DE LA REBELION CRISTERA

Explicado, a grandes rasgos, el funcionamiento y alcance material y moral de la Sociedad de la "U", cuyos componentes estaban repartidos en todo el territorio nacional y de cuyas actividades diversas e importantes preponderancias se vuelve todo elogios el Jefe Máximo de la *Guardia Nacional Cristera,* vamos ahora a seguirlo en sus proezas guerreras, según él mismo las cuenta en sus *Memorias.*

Leamos algo de las primeras disposiciones militares de este flamante *General de División* que, como él mismo lo confiesa, de un simple civil, sin que siquiera lo soñara, fue elevado a esa categoría, por nombramiento expreso de la Liga y para que se hiciera cargo de la *Jefatura de Operaciones y del Ejército Cristero,* en los Estados de Jalisco, Michoacán, Colima y Nayarit. Eran una casaca y unos pantalones que le quedaron demasiado grandes, y para caber en ellos tuvo él mismo que sentirse grande. "El hábito no hace al monje", pero le proporciona ventajas.

No pasaremos por alto muchas de sus ingenuas peripecias, tales como la conducción de los elementos de guerra que le proporcionaron en México y su conducción hasta los campos cristeros, asi como otros detalles insignificantes al parecer, pero que para nuestro objeto podemos aprovechar.

Ya vimos cómo y con cuantas facilidades se conseguían para los rebeldes armas y municiones, desgraciadamente hasta con la complicidad de funcionarios y empleados civiles y militares, muchos de esos elementos sustraídos de los mismos Establecimientos del Gobierno. Porque, dentro de la Administración había emboscados enemigos del Régimen y de la Revolución que constituían lo que más tarde dió en llamarse "quintas columnas".

Así fue como, de acuerdo con las terminantes instrucciones "del *Maestro Cleto",* llegaron esos elementos a sus destinos y para ello nuestro protagonista, el autor de *Las Memorias,* ya en papel de *Jefe de Operaciones,* dicta las órdenes necesarias.

"Como urgía, dice, para que no fueran a perderse los pertrechos embarcados en México a las estaciones de Tingüindín y Tarecuato, dispuse: "El Coronel Carlos Bouquet, con las fuerzas a su mando, 38 hombres, me acompañarán a Michoacán". "Ese contingente será aumentado en 150 hombres; una parte del faltante la proporcionará el Gral. Ibarra y la otra el Coronel Lucas Cueva". "Deben de estar listos en este mismo lugar el 23 del presente (mayo 1927) porque el 24 será la salida, después de *oír la santa Misa*. El General Don Luis Ibarra puede retirarse a sus cuarteles de la Mesa de San Nicolás y Rancho Viejo de Los Fletes... Ordené que el Coronel Bouquet se hiciera cargo de todos los refuerzos, que se nombraran todos los servicios y que estuvieran preparados para salir otro día, *después de oír la santa Misa".*

"La misa dió principio; todos los presentes la oímos con gran devoción... ¡Cuántas oraciones sinceras brotaban de nuestros corazones y se elevaban hasta el trono del *Altísimo!*... Al Evangelio, las tropas presentaron armas en señal de respeto y como juramento de fidelidad al Señor del Universo. Después de la comunión del sacerdote, todos los presentes recibimos la sagrada comunión y, acabamos de oír la santa misa".

Todos estos detalles de las prácticas del culto católico las ponemos para que nuestros lectores juzguen el grado de fanatismo a que habían llegado estos rebeldes que a sí mismo se habían titulado *"libertadores"* y defensores de Cristo, de aquel apacible galileo que jamás estuvo en andanzas guerreras.

"Me acerqué al señor Cura, continúa, y le supliqué nos hiciera el favor de bendecirnos para salir luego. El señor Cura, don Pedro Rodríguez, con todo gusto atendió a mi petición: bendijo a las tropas que salían el campo de batalla a cumplir con su deber".

Ellos llamaban su deber el de ir a matar, sin ningún derecho ni causa justificada, a otros hombres que sí cumplían con el suyo, y eran católicos como los cristeros.

Transcribimos los párrafos anteriores en los que se mencionan las prácticas místico-religiosas que eran de reglamento, además de la rezada del rosario por las noches, porque revelan en qué forma los cabecillas clericales seguían las instrucciones de mantener en el engaño a los ignorantes que los acompañaban. Todos los escritores católicos hacen mención de ellas: se oía *"La Santa Misa",* se comulgaba, se elevaban las más fervientes oraciones, llenándose todas las formalidades de ritual, no como en tiempos pasados, para ir a degollar judíos, herejes o mahometanos; no para defender a la patria en contra de ene-

migos extraños, sino para ir a luchar ferozmente en contra de otros mexicanos, a quienes los curas habían declarado enemigos de la Iglesia, aunque jamás lo habían sido, pero que, cumpliendo con un deber de ciudadanos, servían como soldados en el Ejército del pueblo, a un Gobierno Legítimo. Y los sacerdotes que deberían ser modelo de humildad y de cordura, aconsejaban y más que aconsejaban, exigían la violencia para reclamar derechos y libertades que nunca se habían conculcado; derechos y libertades que esos sacerdotes en ninguna forma habían ayudado a conquistar.

Veamos cómo describe este improvisado aunque ególatra *General de División* cristero, *"su primer combate y la primera carrera"*, que tendrá muchas que confesar o que disimular, llamándolas "retiradas estratégicas honrosas". Tomaremos de esta acción únicamente los párrafos que para nuestro objeto nos parezcan más adecuados y de interés medianamente aceptable para ser comentados.

Pero antes de entrar de lleno al vívido relato, haremos un comentario fugaz relacionado con los preparativos religiosos que para la opinión pública pudieran tener alguna significación.

Comenzaremos por preguntar ¿Eran sinceros y honrados al imprecar la ayuda divina y cuando elevaban su espíritu al Creador, para cometer una acción criminal que, seguramente les repugnaba a todos en lo íntimo de su conciencia? A menos que hayan tenido embotados todos los sentimientos humanos. La mayor parte de los Jefes eran de extracción seminarista o de las escuelas católicas y por consiguiente su actitud no era compatible con la cultura y la preparación que habían recibido. Otros eran profesionales, de familias acomodadas que, por compromisos con las *Asociaciones Religiosas,* a las que se habían afiliado, tuvieron que entrar a una aventura en la que desde el principio no veían claro sus verdaderas finalidades.

Por lo que respecta a la "carne de cañón", que la formaban labriegos bien intencionados, honradotes y francos, lo arriesgaban todo sin esperar nada; esos iban arrastrados por la fuerza de su fe religiosa. Estaban seguros, los pocos que se detenían a reflexionar, de la minoría que pensaba, que "Dios y la Religión de sus mayores", estaban en peligro y que eran precisamente ellos los indicados para salir valientemente a su defensa. Se los repetían a cada momento; les presentaban a Calles como implacable y feroz enemigo de la Iglesia y de Cristo.

Y "¡Una vez montados en la burra, pocos son los cien reparos!". Vámonos al cerro, gritaban, a matar agraristas herejes y soldados impíos, caiga quien caiga y suceda lo que suceda!

¿Los peligros, las penalidades de todas clases? ¡Valían sorbete! ¡Para eso eran muy machos! ¡Adelante con la cruz y que siga el entierro!... *¡Viva Cristo Rey!* ¡Ya le estamos dando y a ver a cómo nos toca: que el hombre tira las balas y Dios las reparte!".

Aquellos que hacía poco habían vituperado y condenado con indignación, a los "asesinos salteadores" y robavacas, carrancistas, villistas y zapatistas, asignándoles los epítetos más denigrantes; aquellos pacíficos que presumían de honrados a carta cabal, de gentes decentes y de incorruptibles, se convirtieron de la noche a la mañana, en asaltantes vulgares, en asesinos comunes y corrientes, en roba... todo, tremolando como pálida disculpa e inaceptable despiste, la defensa de la fe, de Cristo, de la Religión y de la Iglesia de Dios. "El fin justifica los medios", les habían dicho los jesuítas, sus maestros y directores espirituales, para que sirvieran como inconscientes máquinas sin voluntad propia y acudieran aún a los medios más reprobables, para conseguir los fines que el clero se había propuesto.

La ley, la moral y la justicia podían muy bien quedar al margen de todo y por los suelos las doctrinas de Cristo, a quien estos nuevos fariseos mercaderes del templo, habían coronado "rey de burlas" y habían colocado su efigie de piedra en la cima del cerro del Cubilete. Desde ese centro geográfico del País, el Rabí de Nazaret, contempló impotente todas las criminales fechorías de sus fingidos adoradores, que en su nombre ensangrentaban a México.

Esos sus falsos discípulos habían errado el camino. De hombres sencillos e inofensivos se habían convertido en fieras, autorizados para violar dos de los más importantes mandamientos del Decálogo de Moisés. *"No matarás... Amarás a tu prójimo...",* eran letra muerta. Ya no iban a tener ninguna aplicación. Con oír la "santa Misa" por la mañana y rezar muchos rosarios por la noche, estaba tódo arreglado. Además llevaban en los velludos pechos y las toscas espaldas, medallas e imágenes de santos a montones. ¿Quién podría en contra de esas reliquias?

x X x

Habían salido los cristeros de Degollado Guizar del campamento establecido en el rancho de Zacatecas; "en formación ordenada habían oído misa, con devotas reverencias de estandartes y banderas y renovación de juramentos a Cristo Rey". Estando

sobre la marcha, al frente de una columna que a las nueve de la noche llegó a las cercanías de la hacienda de *Lagunillas*".

"Mis intenciones —dice— eran pasar por Lagunillas, tomar un ligero refrigerio y continuar nuestro camino (rumbo a Michoacán). Ya casi para salir, llegó un correo enviado de la "U" de Sayula, diciendo que el Cap. Arnulfo Díaz, con más de 300 hombres, entre fuerzas de línea y agraristas, salía rápidamente en persecución nuestra. Inmediatamente dispuse que el Cap. Flores, con 25 hombres saliera de avanzada; que cuando tuviera contacto con el enemigo, se replegara con sus fuerzas para protegerse con nuestra línea central; que la contraseña nuestra serían los nombres de *Jesús* y de *María* y que cuidara bien a todos los muchachos. Dispuse que el General Bouquet, con 50 soldados ocupara un lugar rocalloso, para que defendiera nuestro flanco derecho; que el Cap. Julio Rodríguez, con 25 soldados, se posesionara de un enorme y tupido ocotal y que de allí protegiera nuestro flanco izquierdo con el resto de los soldados, y con los muchachos de mi Estado Mayor, establecí la línea del centro y esperé el ataque. Una hora después, cuando el enemigo tomó contacto con nuestra avanzada, se entabló un fuerte tiroteo. El Capitán Agustín Flores se batía como los buenos y rechazó al enemigo, haciéndole fuertes bajas; pero el Capitán callista Arnulfo Díaz, perteneciente al 38o. Regimiento, que comandaba el General Manuel Avila Camacho, aparte de ser valiente, era un hombre muy entendido en asuntos guerreros, y mandó dos columnas para coparnos".

No les parezca raro a nuestros lectores, aun a los que entiendan poco del arte de la guerra, que "una avanzada de 25 hombres" haya rechazado con numerosas bajas, a una columna de más de 300 hombres, porque de estos milagrosos acontecimientos están materialmente saturados todos los libros de los cristeros.

Sigamos leyendo... "Uno de los extremos de nuestra línea flaqueó y luego quedó rota, a pesar de los prodigios de valor del Tte. Corl. Rodríguez, del Cap. Agustín, de Ugalde, de De la Rosa y de Trejo, todos ellos *acejotaemeros* y de la "U". Roto nuestro punto, el callista Díaz, con grande habilidad procuró envolver los flancos y el asunto no tuvo más remedio que nuestra huída en completa dispersión... Después de una hora de correr en aquellos terrenos tan doblados y acompañados por unos cuantos soldados, hicimos alto... El 29 de mayo, después de encomendarnos a Dios, proseguimos el viaje rumbo a Michoacán.

Y aquí va la *segunda correteada* de este nuevo *"Quijote de la Mancha"*, cristero; porque para él, que estaba convencido que

la de las armas es *la carrera* de las carreras, al contar sus napoleónicas peripecias siquiera no las niega.

Aunque como *Jefe de Operaciones* no escatima tampoco las bravuconadas y casi nos dice a gritos que "le parece poco el mar para hacer un buche de agua".

"Era el 25 de junio (1927). Una fuerte columna callista, a las seis de la tarde de ese mismo día, había llegado y acampado en la estación de Tarecuato. "La columna se componía de mil seiscientos hombres: 700 agraristas, reclutados en los pueblos de Chilchota, Carapan, Nahuatzen, Comanja y otros más de Michoacán".

"Todos llevaban camisas rojas. Según se verá más adelante, el resto de la columna la componían fuerzas de línea que, si mal no recuerdo, mandaba un General de apellido González. Los callistas no sabían que hubiera cerca fuerzas cristeras y, atenidos a su poderosa columna, dormían tranquilamente. Estaban acampados en dos fracciones; una frente a la otra, con un callejón de por medio. Nosotros sin saber, y como ibamos en silencio, nos adentramos como quinientos metros dentro del callejón, y de pronto oímos un grito... Contestando al centinela callista, grité: ¡Viva Cristo Rey! Les vaciamos al tanteo las cargas de nuestras automáticas. La confusión cundió entre las fuerzas callistas que *se dieron un formidable agarrón,* y cuando ellos mismos, al decir de algunos vecinos, habían matado más de cincuenta de sus compañeros, nosotros en nuestra carrera desenfrenada por el miedo, pronto encontramos al valiente Coronel González, que ya avanzaba en nuestro auxilio. La columna callista ese día salió para Cotija, donde se acuarteló, para arreglar lo necesario y salir en nuestra persecución...".

"Los de la "U" de Cotija dijeron que las fuerzas habían salido para El Perico, con el fin de acabar con todos nosotros...".

A partir de estas fechas nos vamos a encontrar con muchos prodigiosos triunfos, porque tal parece que los escritores cristeros, en eso de mentir de exagerar, se pusieron todos de acuerdo, al igual que de mencionar a cada momento las frecuentes oraciones y demás prácticas religiosas a que, antes de iniciar cualquiera empresa guerrera, se dedicaban, creyendo siempre por eso, contar con la ayuda del cielo, que muchas veces también se mostró sordo a sus imprecaciones.

En el capítulo siguiente veremos hasta que grado el fanatismo obró en ellos como fatal veneno.

— XXI —

PRIMER COMBATE EN MICHOACAN

Por los dispositivos de combate nos convenceremos de que este caudillo cristero, improvisado y todo, se había posesionado de su papel de "conductor de masas", no importa que esas masas hayan sido grupos de inconscientes fanáticos; y si no se le hubiera podido catalogar siquiera como un mediano "genio militar", al menos él se había propuesto ponerse a la altura de la misión que le habían encomendado, y había leído, todo lo que había caído en sus manos, de libros y novelas de asuntos de guerra.

Era un espontáneo, un aficionado que saltaba a la plaza y se le ponía al toro de frente, con ganas de que lo revolcara. Mas que la intuición, se sobrepone en estos casos al amor propio, hasta al mismo instinto natural de conservación. El valor, decía el General Rocha, no es sino la mejor manera de disimular el miedo", además de que, en determinados momentos, se produce en el organismo una especie de anestesia del sistema nervioso, de lo que resultan la serenidad y la sangre fría en los combates.

"Con las fuerzas del General Barragán —escribe este General en Jefe—, y algunas del General Mendoza, resolví dar la tercera batalla al enemigo. Al Coronel José González le ordené que defendiera el paso del río, con 50 hombres, más que suficientes para rechazar a los que pretendieran pasar. Con el resto de gente establecí un frente al Occidente de la ranchería; porque por ese rumbo atacaría el enemigo. Esto pasaba el día 27 de junio (1927); y después de muchas divertidas peripecias, según él. "el callista Pablo Díaz, obrando inteligentemente, dejó de perseguirlos, y fue cuando tomaron el camino rumbo a la Mesa.

"Iban rezando el rosario y dejaron de hacerlo para que *el Jefe dijera en alta voz: Señor San Miguel, consigue del altísimo permiso para que vengas a defender a tantas mujeres y niños que mañana sufrirán ultrajes a manos de estos hijos de Satanás".*

Y después de esta devota invocación, que seguramente fue oída y ya con la personal cooperación de San Miguel, dieron principio al combate de *El Perico.*

Los pintorescos preliminares de aparente religiosidad cuando se trataba de "ir a matar" a hombres, tan "hijos de Dios como éllos", moverían a risa si no tuvieran verdaderos tintes trágicos, cuadros horripilantes que jamás faltan en la guerra.

Como si estos cabecillas cristeros se hubieran todos inspirado en los pensamientos de *"La Biblia Negra"* del jesuíta refinado Balaguer Mossen Escrivá, fundador del Opus Dei "(Obra de Dios), Organización más funesta que la de Ignacio de Loyola, abrigaban en sus pechos el más reconcentrado odio hacia los servidores del Gobierno del General Calles. "Aniquilar a esos infames herejes", sería su mayor gloria.

Pensamos que este nuestro héroe cristero ya fallecido, Jesús Degollado Guizar, por las frecuentes balandronadas que usa, había leído también esa Biblia negra del *Opus Dei* y el *Mein Kamf* de Hitler, contenida en el libro del jesuíta catalán citado y que, traducido a más de diez idiomas, lleva por título *"Camino"* como si con su nombre hubiera querido el autor marcar una senda de perversidad, de malas artes, de intrigas y de odio a sus adeptos.

Como una pequeña muestra veamos de ese terrible libro lo siguiente que estampa como místicos consejos:

"Voluntad, energía, ...lo que hay que hacer, se hace ¿tú adocenarte, tú del montón? ¡Si naciste para caudillo! Entre nosotros no caben los tibios, ni los miedosos, ni los acomodaticios. Debes ser señor de ti mismo, en primer lugar, y después guía, jefe, caudillo... Que arrastres con tu hombría, con tu ejemplo, con tu palabra, con tus hechos de hombre verdadero; con tu ciencia y con tu imperio"...

Esa es la filosofía y la moral místicas mundanas de esta maffia de topos de la *Opus Dei,* que después de haber infestado a muchos países de Europa, ya llegó a América y hasta en México tiene sus oficinas generales, en las que, misteriosamente, "aparecen y desaparecen, connotados personajes que nos llegan de contrabando de España. Hay que estar alerta con estos individuos que se han especializado en toda clase de manejos tenebrosos. Combatámoslos con sus armas. He aquí sus mismas palabras: *"Fe... optimismo; pero no cometamos la sandez de cerrar los ojos a la realidad".* (Datos tomados de *"Tierra y Libertad"* de noviembre de 1957).

Y, después de esta disgreción, sigamos a nuestro flamante caudillejo en sus no muy cristianas aventuras.

Con siete de los dispersos de la acción anterior, más 50 de los del Coronel Evaristo Mendoza; es decir en total *cincuenta y siete,* se emprendió la marcha de aproximación, marcha de avance que precede casi siempre a todo combate formal.

"Mucho antes del alba llegamos y nos posesionamos de los lugares mas estratégicos. Cuando amaneció nos reacomodamos entre las peñas y tras los gruesos robles, para esperar la embestida de los callistas. Serían las 7 de la mañana del día 28 (junio de 1927), cuando las avanzadas enemigas se presentaron, apoyadas por ametralladoras que disparaban sin ton ni son y sin causarnos daño. Nosotros contestamos el fuego, pero tirando al bulto". "Como era imposible el paso por aquel lugar, el enemigo hacía cuanto podía para desalojarnos; pero sólo lograba sufrir más bajas. Con el fin de reducir la presión del enemigo, se me ocurrió mandar un correo al General Mendoza para que enviara una columna de su gente y atacara la retaguardia del enemigo... Mientras gritaba blasfemias contra Cristo y Santa María de Guadalupe, nosotros los vitoreábamos y cantábamos alabanzas...".

"Amaneció el día 29. La gente seguía llegando y engrosando nuestras filas. *Ni siquiera un herido habíamos tenido.* Para el anochecer, ya nuestras fuerzas pasaban de 400 hombres. El triunfo nuestro estaba asegurado. *Dios había oído nuestras súplicas y con su omnipotencia iba a obrar el milagro de darnos una muy grande victoria".*

Nótese hasta qué grado el fanatismo había penetrado en estas gentes, hasta asignarle a la divinidad un papel predominante en esta matanza de hermanos. ¡Es posible que entre aquellos 400 luchadores hayan estado revueltos con los esforzados "macabeos", San Miguel, con algunas legiones de ángeles y serafines! Por eso habían obtenido y con esa ayuda, seguirían obteniendo, tan grandes victorias. Pero sigamos leyendo.

"...El enemigo, acosado por los nuestros y con una vanguardia de agraristas, tomó el camino de Cotija. Los nuestros los perseguían como podían. Mi Estado Mayor y yo (como quien dice Napoleón y su Guardia de Corps) que teníamos caballos, íbamos a la vanguardia. Grande fue mi sorpresa cuando escuché fuerte tiroteo, distante unos dos kilómetros del lugar donde nos encontrábamos. Mandé hacer alto y subí a una altura desde donde podía ver a los agraristas que peleaban en la vanguardia enemiga, eran rechazados con fuertes pérdidas: gente del general Mendoza, *iluminada por Dios,* había sitiado a los callistas. Nosotros no lo sabíamos... Ordené que se avanzara con precaución y, sin retroceder un paso, en caso de contraataque del ene-

migo... Los callistas que estaban hambrientos, porque las provisiones que les mandaban de Cotija las recibían las fuerzas de nuestro General Mendoza, estaban perdidos y en alguna forma, para un lado y otro, tenían que romper el sitio o perecer todos; los callistas mandaron formar a los agraristas a la vanguardia. Todos llevaban camisas rojas, detalle que comuniqué a los nuestros para que no dispararan contra las camisas blancas, que eran cristeros. Una vez formados los agraristas, les dieron órdenes de avanzar, amenazándoles con las ametralladoras si retrocedían. Así que aquellos pobres hombres, algunos de los cuales tiraron las armas, avanzaban en cruz, pidiendo a los nuestros, por *el Santísimo Sacramento,* que no les tiraran; pero los nuestros no hacían caso de sus súplicas, y les seguían disparando. Viéndose perdidos hicieron un esfuerzo supremo y rompieron el sitio. Nuestros infantes, tan conocedores del terreno, los persiguieron como pudieron, haciéndoles muchas bajas: nosotros nos quedamos a levantar el campo. Recogimos muchas armas, cartuchos y listas de los agraristas que habían venido a exterminarnos. Se cuenta que a muchos de ellos los asesinaron los mismos callistas, antes de entrar a Cotija. Nosotros no tuvimos más que un herido leve. *Dios nos cuidó y nos dió el triunfo, para que el espíritu de la tropa se levantara...*"*Si mis lectores* estudian esta batalla(?) con detenimiento se darán cuenta de que la victoria *"fue obra de Dios"* y no de los hombres".

Esto que no fue batalla, sino un mediano combate, no merece estudio de los lectores ni de nadie, estudio que más lo necesitan las facultades mentales del narrador, porque a leguas se conoce que está safado de todos los tornillos. ¡Ni a los hombres primitivos se les ocurrió atribuirle un crimen a su Dios! Pero los católicos en ciertos aspectos están más atrasados que los hombres de las cavernas.

El final de esta pintoresca narración de un rudo combate en que, después de hacerle al enemigo muchas bajas y no tener más que un *herido leve,* es algo que, como milagro le dejaríamos pasar; pero si se trata de vernos el pelo y de tomarnos la oreja, francamente ningún *cabo de cuarto* lo dejaría pasar. Pero esta es la costumbre de todos los escritores clericales que se han ocupado de la rebelión cristera: cuentan cosas tan inverosímiles que tal parece que estos cuentos fantásticos fueron a todos dictados no por el Espíritu Santo, sino por alguna entidad chocarrera.

Cuenta después que en *El Durazno* fueron, tras de esta resonante victoria, batidos esos agraristas, por el Coronel Bouquet y que en premio de esta portentosa hazaña, delante de la

tropa formada, fue solemnemente ascendido Bouquet, al grado de General Brigadier.

Cristo Rey en este su victorioso *Ejército Libertador,* siempre premiaba generosamente, a sus valiente defensores. Ya dijimos cómo en menos de dos años de andar a salto de mata, en interminables correrías, por montes y barrancos, de simples soldados, llegaban fácilmente a coroneles y luego al ansiado *"generalato"* con todas las indulgencias y prerrogativas de rigor, además del derecho de ocupar un puesto de preferencia en el reino de los cielos... *"A la diestra de Dios Padre"*.

De los monaguillos, seminaristas destripados, curas y sacristanes o modestos vicarios de pueblos, salió también todo un escalafón de altos grados: según las funciones que antes habían desempeñado en la parroquia, así era la categoría que le asignaba el párroco o el Obispo. Un *¡Viva Cristo Rey!* unos cuantos tiros al aire y algunos agraristas o guachos asesinados a traición y, a renglón seguido el ascenso inmediato.

Hubo, es verdad, arrojos y heroismos de una y de otra parte, porque las condiciones raciales eran las mismas. Pero la fiereza de algunos cabecillas cristeros, entre los que había muchos sacerdotes, que se decían ministros de una religión de *paz y de amor,* llegó a traspasar los límites humanos: dieron patentes pruebas de una crueldad inaudita. En ocasiones, antes de una terrible carnicería humana, se entregaban humildemente a prácticas religiosas, precedidas de místicos arrobos y aún de éxtasis franciscanos; de exaltaciones fervorosas, pero que allá en el fondo de sus endurecidos corazones mal disimulaban sus infernales resoluciones. No eran las actitudes de los primeros cristianos de las catacumbas de Roma, sino los siniestros propósitos y las bien marcadas tendencias de un Santo Domingo de Guzmán, de un Pedro Arbués o de un Torquemada. Ardían en sus ojos los fulgores de las hogueras de la *Santa Inquisición.* Por mucho que en un cristero se buscara a un católico no se encontraba sino a un fanático religioso; en vez de a un creyente sincero y de buena fe; o al ignorante digno de compasión, o al intelectual malvado, convenenciero y charlatán. De estas dos clases de elementos estaban formadas las zigzageantes y medrosas partidas de *Defensores de la Libertad Religiosa que merodeaban* por algunas muy limitadas regiones del País.

Veamos ahora la descripción que el autor de las *Memorias,* hace de otro hecho de armas, que él llama pomposamente *Segunda Batalla.*

"A las primeras horas del alba se escucharon tiroteos muy fuertes. Las ametralladoras y los rifles de los callistas, unidos a las bombas de mano, hacían un ruido terrible. Toda la columna a mis órdenes —está hablando Degollado Guizar— se desbandó: no sobramos en *Las Peñas* mas que 35 hombres, contándose entre ellos al Padre don Leopoldo Gálvez, que andaba como capellán. Todos los demás de los nuestros habían huído, llevándose nuestros caballos. A mi me llamaba la atención que soldados de la categoría de Bouquet, recién ascendido a General, Gabino Flores, Ramón Aguilar, hubieran corrido, pero así era. Yo, conocedor del terreno, con aquellos 35 hombres, entre los que menciono a los siguientes, porque es de justicia; Mayor Rafael Covarrubias, Capitán Eduardo Ugalde, Teniente Pedro Trejo, el padre Leopoldo Gálvez y no recuerdo más, tomé el rumbo de las Canollitas. De allí caminamos al poniente, después ds haber tomado altura, para atacar al enemigo por la espalda. En voz baja recomendé se encomendaran a Dios, *haciendo un acto de contrición* y que a los gritos de *¡Viva Cristo Rey! y Santa María de Guadalupe,* atacáramos duro. Así lo hicimos y el enemigo, atacado por sorpresa, huyó de la parte sur de la finca, pero se afortinó poco abajo de esta. Yo, dándome cuenta de que los muchachos se podían retirar y salvarse de una muerte segura, les grité: *Si se quedan, los acabarán*... El enemigo se dió cuenta de lo que yo dije y se vino sobre nosotros que éramos obligados a retroceder, haciéndonos fuertes en los robustos encinos... y altos pinares. Todos buscábamos una salida con valor desesperado; el padre Gálvez, sin perder su color, rezaba en su breviario, echando *conjuros* sobre los enemigos. A pesar de nuestros esfuerzos, el enemigo avanzaba. La superioridad numérica y las ametralladoras se imponían (con todo y los conjuros del Padre Gálvez). Nosotros nos retirábamos por una pendiente para ascender al cerro de La Corona. La cima estaba a unos 200 metros de nosotros y no obstante que allí estaba nuestra salvación, no la podíamos alcanzar luego, porque la fatiga casi no nos permitía movernos. Volví los ojos a la cima para ver cuanto nos faltaba y llevé la sorpresa más grande de mi vida: me di cuenta de que no teníamos enemigo a la espalda. Reconocí al General Bouquet, a Ramón Aguilar, Gabino Flores... Como alud se vinieron sobre el enemigo. Aquellos 150 cristeros chocaron con los callistas que, desconcertados, se retiraron en desorden... En esta nueva batalla, como en todas las que seguiré informando, se ve que los triunfos solamente pertenecen a Cristo Rey y a Santa María de Guadalupe. Como en la lucha de Tlacotal, los callistas perdieron a varios jefes; a los tres días

salieron de nuevo para recoger los cadáveres de los suyos y darles sepultura. Nuestros muertos, que *fueron siete,* los sepultamos en un corredor, dentro de la finca". ¡Lo de siempre!

x X x

"*Ataque a Juchitán.*—El 16 de septiembre de 1927, con algunas de nuestras fuerzas atacamos la guarnición de Tepalpa. A los primeros tiros de las tropas cristeras huyeron en desbandada. Al día siguiente, con no pocos trabajos, logramos reunirnos de nueva cuenta y el día 18 ya estábamos 380 hombres pertenecientes a las fuerzas de los generales Ibarra y Bouquet. Nos acompañaban los señores curas don Lorenzo Placencia, don Pedro Rodríguez y don Raymundo Pérez. Ordené que el mayor Rafael Covarrubias saliera a la vanguardia y que hiciera alto antes de avistar a Juchitán. Los padres capellanes rezaban el rosario y la tropa respondía con gran devoción...". "Dispuse que la gente, formada por escuadrones, descansase como quisiera, pero lista para la orden de marchar... Llamé a los generales Ibarra y Bouquet, a los coroneles J. Guadalupe Gómez y Manuel Moreno, al Mayor Rosendo Flores, y cuando todos estaban reunidos, dispuse: el Mayor Covarrubias, con 30 hombres, atacará a la guarnición de Poniente a Oriente; procurando que el enemigo no se dé cuenta de la presencia de los nuestros. Una vez llegado a la casa de don Albino Fletes, que está frente a la Parroquia, allí esperará mis órdenes, que se le darán por conducto de alguno de los Jefes y oficiales de mi Estado Mayor. El capitán don José Fletes atacará de Oriente a Poniente, hasta llegar al edificio de la Escuela Municipal. El Cuartel General estará en el cerrito de *La Cruz.* Contraseñas: *Dios y Santa María,* y la camisa, con la manga del brazo derecho remangada". "El capitán Francisco Grajeda, con 50 hombres ocupara el estrecho del camino que conduce a *Unión* de Tula, al Poniente del poblado; allí se posesionará con su gente y resistirá al enemigo que pudiera venir de la población indicada. El Gral. Carlos Bouquet, con 100 hombres, se hará fuerte en el lado Norte de la Población, afortinando a sus soldados en las cercas de piedra que corren de Oriente a Poniente... ¡Prepárense todos a recibir las *bediciones de los capellanes* y a ocupar sus puestos! El señor Cura Pérez (Ramón) salió con las fuerzas del general Ibarra; Placencia con las de Bouquet y el señor Cura Rodríguez quedó en el Cuartel General".

De este combate de Juchitlán, cuyos dispositivos napoleónicos detallados hemos transcrito, y a reserva de que después

volvamos a mencionarlo con datos de otras fuentes, vamos a seguir la prolija narración de Degollado Guizar, en sus Memorias, únicamente en los pasajes que tengan alguna importancia, porque pongan de relieve para nuestros comentarios, las frecuentes manifestaciones de misticismo religioso; esto dará al lector una idea de la actitud contradictoria de estos combatientes cristeros, el conflicto interior que seguramente algunos de ellos confrontaban en sus conciencias de creyentes, en abierta pugna esa situación con la moral de su misma religión y con los más elementales sentimientos humanos.

Mas cuando el combate más encarnizado en que, de uno y otro lado, verdaderas fieras se destrozaban sin piedad, tuvo lugar en el interior de un templo, lugar consagrado a la oración y al recogimiento; en donde también los curas que los habían azuzado a la guerra y algunos de ellos hasta los capitaneaban, les decían que era la morada consagrada a Dios. Y sin embargo lo profanaron matando prójimos cruel y despiadadamente. ¿Acaso ignoraban los atacantes cristeros que en aquel templo, en la casa de Dios, iban precisamente a violar uno de los mandamientos de la Ley de ese mismo Dios, por cuyos derechos les habían dicho que peleaban? ¿Y para eso oían misa, comulgaban y rezaban de la noche a la mañana?

"...Sin novedad —escribe en sus *Memorias* el llamado General en Jefe— pasé un bote petrolero, lleno de dinamita".

Sin duda esta dinamita había sido previamente bendecida por el Padre Capellán, a la vez que estaría echando exorcismos en contra del enemigo.

"Cuando llegué a la puerta del templo, volteé para atrás y vi que mis muchachos de mi Estado Mayor venían en mi auxilio: traían unos picos y unas palas; otro soldado traía una barra de fierro para cavar la tierra. Cuando llegaron les dije: *En este ángulo del Templo* hagan un hoyo profundo para colocar la dinamita. *Vamos a volar el Templo con todos sus defensores.* Apenas ordenado esto recibí la noticia de que en la casa contigua al templo que era el curato, había enemigos. Vengan, dije a los muchachos del Estado Mayor y, acompañado del mayor Nazario Cisneros que me trajo la noticia, caminando por dentro de las casas, llegamos frente al pórtico de la casa cural... Hecho esto, tomé unas botellas que contenían bisulfuro de carbono y fósforo blanco y mis muchachos y yo pasamos la calle y sobre el pórtico de la casa estrellamos algunas de las botellas que contenían el líquido. El fuego empezó; nosotros nos retiramos y esperamos que la puerta se quemara y, cuando aún ardían los cabezales, y los largueros, todos entramos a los corredores

del patio donde, tras de los pilares se defendían los callistas. Disparando las pistolas y arrojando algunas bombas de mano, obligamos a los callistas a emprender la fuga, dejando tres muertos. Nosotros en ese momento tuvimos un muerto. Los callistas huyeron para la sacristía y era necesario que avanzáramos con precaución para evitar una emboscada...".

"Me dispuse a entrar y casi atropellándome entraron al mismo tiempo por delante el Tte. Corl. Rodríguez y el Mayor José Gutiérrez. Por fortuna no había nadie... Al entrar al templo nos recibieron con dos descargas cerradas los agraristas que estaban afortinados en el coro. Rodríguez y Gutiérrez avanzaron hasta colocarse tras las columnas del altar, y de allí hacían fuego para el coro. Nosotros en el cuerpo del templo hacíamos lo mismo. Los soldados aún no se resolvían a entrar, pero al Tte. Corl. Rodríguez se le ocurrió cantar la tonadilla: *"Tropas de María, sigan la bandera; no desmaye nadie, vamos a la guerra*... Los soldados se animaron y entusiasmados entraron al templo. Las alabanzas, los gritos de *¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!* El humo de las armas y el estruendo de las mismas, impedían que se oyeran las órdenes... Cuando me di cuenta, sin saber cómo, si con escaleras o sogas, ya muchos de los nuestros estaban arriba del coro, obligando a los callistas defensores a refugirse en las torres...".

El lector sereno y libre de prejuicios podrá ver en estos dispendiosos y al parecer ingénuos relatos, más que la veracidad de los hechos, la pasión sectarista de quien los hace. En la mayor parte de las narraciones cristeras de este y de los demás escritores que de la rebelión se han ocupado, todos, como obedeciendo una orden especial, además de inflar y de darles un sesgo favorable aún a las derrotas sufridas, sistemáticamente llaman a los soldados del Gobierno con los términos más despectivos que encontraron en su pobre léxico. Para ellos no son "adversarios", enemigos soldados del Ejército Federal, sino "callistas" o "guachos, pelones o sardos"... haciéndoles mucho favor.

Como nuestro intento no es hacer historia detallada de la rebelión cristera, sino de ella hacer resaltar detalles que puedan dar idea de esa lucha descabellada, diremos que en este caso del ataque que venimos citando, al final de cuentas: después de haberse concentrado al derredor de la plaza grandes contingentes cristeros, suponemos también que entre ellos irían "las tropas celestiales de San Miguel, y todos a las órdenes de los generales Bouquet e Ibarra, para atacar a un grupo de agraristas que, probablemente no pasaban de *cincuenta;* les hicieron algu-

nas bajas y se rindieron los demás, ante el peso abrumador del número y más que todo, ante la amenaza de ser volados con la dinamita, de la que habían ya colocado en los muros del templo los atacantes.

Al Presidente Municipal, cuyo nombre no se menciona y a cuatro de los rendidos, un pelotón de "santos cruzados defensores de Cristo, los ejecutó, por expresas órdenes del general Ibarra.

¿Hubo para ello un *"Consejo sumarísimo"* y por qué delito se les fusiló?

Según los cristeros "fue la justicia de Dios y no la de los hombres, la que los sentenció y ejecutó". ¡Ni chistar!

¡Las leyes de la guerra y las normas humanas para con los prisioneros y hasta la moral cristiana, para ellos nada significaron!

— XXII —

ATAQUE A COCULA, JAL.

Invocando el nombre de Dios y pidiendo ayuda a todos los santos de su devoción, era como estos soldados de Cristo, paladines de la *"Santa Cruzada"*, daban siempre principio a sus operaciones militares.

"El día 28 de septiembre (1927), como a las cuatro de la tarde —tomamos del narrador cristero— todas las fuerzas se encontraban reunidas en *Los Encinos*. Se hizo el reparto de bombas de mano, dejando buena reserva para lo que fuere necesario. A las seis de la tarde ya se habían dado órdenes, a todos los jefes sobre la forma en que se debía atacar y establecer. El capitán Santiago García, con cincuenta hombres, atacaría a los callistas que ocupaban el templo del Convento de la Cruz y, logrado el objetivo, caminando para el Poniente, se acercaría a la Parroquia. El mayor Covarrubias y el Capitán Fletes atacarían de Poniente a Oriente, acompañados por unos de los soldados que estaban en La Mora y que eran de Cocula. El general Ibarra ocuparía el lado Norte de la población, para repeler un posible ataque de fuerzas callistas procedente de Guadalajara y de Tequila. El General Bouquet ocuparía posiciones al Poniente del poblado, para repeler un posible ataque de fuerzas enemigas, procedentes de Ameca o de San Martín. El Coronel Lúcas Cueva tomaría posiciones en el Oriente del Poblado para rechazar enemigos que pudieran acudir en auxilio de la Plaza, bien fuera de Villa Corona o de Santa Ana".

Con estos preparativos se iba a emprender el ataque a una plaza cuya guarnición sabían los jefes rebeldes estaba defendida por elementos agraristas que era a quienes "traían de encargo". Según los informes fidedignos de "los hermanos de la "U", es decir la *"Gestapo de Cristo Rey"*, los que defendían la Plaza eran, más o menos unos *doscientos* campesinos armados, de los que entonces se denominaban *"Defensas Sociales"*. Se les presentaba por consiguiente una gran oportunidad con elementos

superiores y con todas las probabilidades de éxito. Esto explica que las disposiciones del cabecilla fueran terminantes. Sigámoslo.

"...La columna se puso en marcha en la forma siguiente: El general Ibarra con sus fuerzas, a la vanguardia; el general Bouquet en el centro y el General Cueva, en la retaguardia; mi Estado Mayor y yo, en el centro. A las seis emprendimos la marcha, acompañándonos el señor Cura don Raymundo Pérez, quien con sus consejos y oraciones, alentaba a los nuestros. Era tanta la humildad con que vestía el padre Pérez, que se confundía con los soldados cristeros.*Rezando* y caminando, a las cuatro de la mañana, nuestras fuerzas estaban formadas poco antes de llegar a Casa Blanca. *Una Bendición del Padre* y todos a ocupar sus puestos con la recomendación de que el movimiento se hiciera con todo cuidado, para evitar que el enemigo nos sintiera...".

"La columna de ataque fue reforzada por el destacamento nuestro que se encontraba en La Mora... Los de la "U" de Villa Corona, Ameca, San Martín y Santana, avisaron que estaban en guardia para avisar con oportunidad cualquier movimiento del enemigo... Apenas se veía cuando se rompieron los fuegos. Por ambas partes se peleaba con valor. Las bombas de mano de los nuestros atronaban el espacio e indicaban el lugar que ellos ocupaban. *¡Vívas a Cristo Rey y a Santa María de Guadalupe!,* de nuestra parte y vivas a Calles por parte del enemigo...".

Y como en el ataque anterior, rendidos los defensores, ante la amenaza de ser volados con dinamita, los cristeros se posesionaron de la Plaza.

"Todas las tropas, —dice el relator de estos cuentos chinos—, *fuimos a dar gracias a Dios,* por la victoria tan fácil que nos había concedido, por mediación del *Arcángel San Miguel,* que se honraba ese día". *"Cristo nos había concedido dos victorias en diez días, victorias que deben verse como milagros,* dados nuestra impreparación y nuestros escasos recursos".

¡Claro! Con la yuda del Arcángel San Miguel y sus legiones celestiales, hasta nos parecen pocas *"dos victorias en diez días".*

¡A estos extremos conduce la fanática pasión religiosa!

Leamos en seguida la descripción que hace del *ataque a Unión de Tula,* del que nos contará maravillas.

El servicio de espionaje de la tenebrosa organización de la "U", tenía a las partidas cristeras al tanto de todos los movi-

mientos de las tropas del Gobierno, así como de los elementos bélicos, en número y calidad, con que estaba guarnicionada cada población de las regiones en donde operaban.

"De Unión de Tula avisaron que estaba de guarnición un Coronel, que *era masón* y que tenía *trescientos hombres de línea* y otros tantos agraristas que capitaneaba Víctor Ruiz. La acción era muy peligrosa, el enemigo numeroso y perfectamente afortinado; pero había que intentar el tercer golpe, aprovechando el alto espíritu de nuestras tropas. Se recomendó a todos los hermanos (cristeros) *que se rezara mucho y se hiciera penitencia por el éxito de nuestras acciones de guerra*... Cuando todos estuvieron reunidos, alejados de las tropas y estando presente el señor Cura don Ramón Pérez, les comuniqué el plan para atacar *Unión de Tula,* que fue como sigue: El mayor Rafael Covarrubias, con los hombres de mi escolta, atacará la casa del *Ochavo,* hasta desalojar al enemigo. Allí recibirá órdenes. El capitán Onésimo Ortiz con sus fuerzas atacará de Oriente a Poniente, hasta llegar a la calle que da al costado del templo; arreglará aspilleras para asegurar el paso de las fuerzas que entrarán a *Dinamitar el Templo*... El Capitán Murillo, al frente de su Escuadrón, atacará a los que ya están posesionados del edificio de la cárcel... El Capitán Agustín Flores deberá estar en puesto avanzado, entre San Clemente y Ayutla, para cerrar el paso a fuerzas agraristas que pudieran venir en auxilio de la Plaza... El General Lúcas Cueva, con 300 hombres, ocupará el camino que conduce a Autlán de la Grana, sin perder de vista el poblado de *La Unión.* El Cuartel General estará en el lado Norte del Panteón, con las reservas suficientes para acudir al frente que sea necesario. Ordené que se tomara el camino de Peñuelas y Santiago para no pasar por San Clemente, con el fin de que no se diera cuenta nadie de nuestro movimiento. *Rezando el rosario y millares de jaculatorias que en alta voz decía el padre don Ramón Pérez,* bajo una lluvia constante y caminando por lugares muy fangosos que entorpecían la marcha de nuestras tropas, como a las tres de la mañana del día 8 de octubre de 1927, llegamos a unas lomas que están al Norte del poblado".

Se atacó pues a la plaza de *Unión de Tula, Jal.,* y con alboroso especial se anotaron los cristeros "otra gran victoria", dedicada en esta ocasión, y considerándola como otro "gran Milagro", a la *inmaculada Concepción,* ya que con solo *"noventa hombres"* habían ocupado la plaza, recogiendo un gran botín. Como a estos luchadores sin ideal, todo les parecía grande. Salieron por consiguiente todos rumbo a *Ejutla,* por aquello de

las dudas, en donde iban a celebrar con una misa solemne de *"Acción de gracias"*, las ahora ya *tres importantes victorias* obtenidas en veinte días".

Claro que no por temor, sino por prudencia, al solo anuncio de la aproximación de las fuerzas federales, al mando del General Juan B. Izaguirre, tuvieron que salir más que precipitadamente.

Ahora veamos como celebraron la toma de una plaza que tuvieron que desocupar más aprisa que volando, aunque fuera considerada como una victoria, en *"Acción de gracias* de lo cual se verificó una *Misa de Tres Padres.*

Esto nos va traer a la memoria las ceremonias que se llevaban a cabo durante la dictadura de su Alteza Serenísima, el funesto clerical Antonio López de Santa Anna.

Dejamos la palabra al General Cristero.

"Momentos antes de principiar la misa, me dirigí a las tropas, diciéndoles: *Os ha causado admiración el triunfo de nuestras armas en la forma en que se llevo a efecto.* Este fue y se debió únicamente a Dios y a la Virgen Santísima, a quien dedicamos la acción. Comprendan todos que poco valor tenemos, nosotros y nuestros actos, para que no nos envanescamos (vanagloriemos) de cosas que no nos pertenecen".

"Con una devoción que nunca había visto, el pueblo y las tropas oímos la santa misa. Después del Evangelio el señor Cura Aguilar dijo un sermón preciosísimo. A la hora del Evangelio y de la Elevación, las tropas *presentaron armas y las banderas fueron abatidas,* en señal de respeto a quien todo lo merece. La mayoría de los presentes recibimos a Jesús en la Eucaristía y después de un rato de recogimiento, dispuse que las tropas quedaran francas, pero listas para cualquier emergencia".

En relación con la muerte del sacerdote Rodrigo Aguilar, uno de los tres que Oficiaron en la misa solemne de *Acción de gracias* por la victoria de Unión de Tula, arriba descrita, no se pusieron de acuerdo el autor de *"Los Cristeros en el Volcán de Colima",* padre jesuíta Julio Monetti (*Espectator*) y el Generalísimo Degollado Guizar, autor de las *Memorias* que hemos venido glosando; pero los dos tratan de sacarle el mayor provecho posible al suceso, haciéndolo aparecer como portentoso. El uno dice que el General Izaguirre le ofreció la libertad al cura con tal de que gritara *¡Viva Calles!*

"El señor Cura Aguilar —escribe Degollado Guizar— contestó. *Nada tendría que ver que gritara que viviera Calles;* pero como Ud. eso lo vería como una apostasía de mi parte, no lo conseguirá... *¡Que viva Cristo Rey!*

—Cuelguenlo, contestó Izaguirre. El señor cura Aguilar, que ya tenía la soga al cuello, fue suspendido unos momentos y, a una orden del tirano, lo bajaron... Izaguirre volvió a hacer el mismo ofrecimiento y el señor cura respondió: *¡Viva Cristo Rey!*... Y de nuevo fue suspendido y en esta vez hasta que murió".

Aunque ninguno de los dos relatores, por razón natural, pudo presenciar el hecho que describen, leamos ahora lo que, hasta con arranques poéticos escribe *"Espectator"*, que en este caso no pudo hacer honor a su pseudónimo.

"Al pie de un grueso y alto árbol de mango que aún existe en la plaza del pueblo (*Ejutla*), hicieron alto los enemigos. Las sombras de la noche envolvían el cuadro; el aire helado azotaba el rostro y mecía las frondas del árbol. Arrojaron los verdugos una cuerda sobre una de las ramas más gruesas, hicieron una lazada y se puso al cuello del sacerdote mártir".

Hagamos de paso la aclaración de que este sacerdote, contrariando la doctrina de Cristo y equivocando su verdadera misión, formaba parte de la columna militar rebelde del cabecilla Degollado Guizar y que no perteneciendo al servicio de sanidad, estaba considerado como combatiente, en el ataque a la plaza de Unión de Tula; que siendo párroco de ese lugar, se fue voluntariamente a unir a los levantados en armas y en Ejutla se empeñaba en aconsejar que se hiciera resistencia. No era por consiguienet un angelito, aunque asi lo quieran pintar sus panegiristas. Pero sigamos al *Espectator* en su romántica narración:

"Un soldado con cinismo, queriendo poner a prueba aún más la fortaleza del sacerdote, le dice altaneramente: *¿Quién vive?* (Fíjese el lector que ya no es el Gral. Izaguirre el que actúa). *¡Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!* Contestó con voz firme. Entonces la soga fue tirada con fuerza y el sacerdote Rodrigo Aguilar quedó suspendido. Se le bajó de nuevo y con enojo y mayor altanería se le volvió a preguntar... Y esto se repitió varias veces, hasta que, su alma laureada con la corona del martirio, voló al cielo". (¡Qué facultades tan extraordinarias de videncia, para *ver volar el alma al cielo*!).

"Eran como las dos de la madrugada. A esa hora y lo aseguran personas dignas de fe, el pueblo de Ejutla fue inundado *de una extraña y vaga claridad y en el cielo, limpio entonces y sereno, apareció una luz clara y distinta que por tres veces se intensificó, para luego desaparecer*. De estos fenómenos fueron testigos muchos de los que habían huído y se encontraban en

vigilia, presas del espanto, en las montañas que encierran al pueblo mártir".

Y de todas estas maravillas, aseguradas por "personas dignas de fe" y que presenciaron muchos testigos, no se pudo dar cuenta. Degollado Guizar; porque, a pesar de confesar y comulgar diariamente, seguro no estaba en *"Gracia de Dios"*. De otra manera las hubiera consignado en sus *Memorias*. Tampoco las conocieron ningunos de sus generales ni los miembros de su valiente *Estado Mayor*. ¡Con mucha habilidad para mentir y una gran dosis de imaginación, se han escrito la mayor parte de las páginas de la Historia de la Rebelión Cristera en México, por los escritores asalariados del Clero, que a toda costa han tratado de justificarla. En la mayor parte de los libros escritos con ese afán y bajo esa consigna, se encuentran, al lado de ingénuas e increibles narraciones, milagros y apariciones portentosas y contradicciones a granel.

Del autor de las *Memorias,* el cura tal vez de origen italiano que oculta la sotana y el bonete tras del pseudónimo de "Espectator", se expresa de una manera, si no despectiva y hasta algo halagüeña, sí un poco fría, casi como si no tuviera muchas ganas de mencionarlo.

"Durante este mismo mes de octubre —escribe Monetti— el General cristero Dionisio Eduardo Ochoa, con su carácter de Jefe de las Fuerzas de la región (de Colima), y como Representante del *Control Militar,* cedió el mando de los grupos de Zapotitlán y San José del Carmen, al Gral. Libertador don Jesús Degollado. Era éste un virtuoso y distinguido católico, de suma abnegación, gran desinterés, de comprobada recta intención y valor".

Fuera de estas frases alusivas, no se vuelve a ocupar de él. Sin duda, crecido por los muchos elogios que le prodigaban y a pesar de que muchas veces en sus truculentos relatos, a veces con exagerada egolatría y en otras con fingida modestia, confiesa que, por miedo, temor o precaución, tuvo este *gran Mariscal de Cristo* que huir, y que ordenar varias retiradas a las tropas a su mando, se da el paquete, digamos casi de lujo de llamar "cobardes a algunos generales del Ejército Nacional que en repetidas ocasiones le vieron las espaldas y en otras ni siquiera se las pudieron ver por la rapidez con que corría.

Por esta razón pasaremos sin comentarios los desahogos e intemperancias que varias veces estampa, sobre todo en contra del General pundonoroso y revolucionario de convicciones, *Juan B. Izaguirre,* a quien parece que le tiene especial animosidad.

Por su reconcentrado delirio de grandeza es frecuente también que el referido Degollado Guizar, en sus famosas *Memorias,* a los Generales Pablo Díaz, Manuel Avila Camacho, Espiridión Rodríguez Escobar, José Cortés Ortiz y otros de los más prestigiados altos Jefes de nuestro Instituto Armado, los llame despectiva y olímpicamente a secas: "los callistas, los impíos, los herejes perseguidores".

Escritores con esta clase de complejos, más que desprecio, merecen compasión. Porque no es solamente Degollado Guizar el que tiene estos complejos, sino todos y cada uno de los que han escrito, del lado cristero, sobre la Rebelión. Aquí muy bien puede aplicarse el adagio de que "no tiene la culpa el indio, sino el que lo hace compadre". Se habían crecido tanto estos falsos jerarcas libertadores, improvisados de militares, que a la postre, no solamente nada ni a nadie "libertaron", sino que ellos mismos no hallaban la puerta. Pero todavía muchos años después, casi *treinta* de la fatal aventura, se siguen llamando entre sí, *generales y coroneles* de la Milicia de Cristo Rey.

En todas las novelas escritas por clericales se les llama "valientes cruzados", se les pone por las nubes y se cantan sus hazañas en todos los tonos; cuando en realidad toda esa bola cristera no fue sino el resultado de las maniobras del clero católico que soñó derribar, a "gritos y a sombrerazos", al régimen revolucionario que lesionaba hondamente sus intereses terrenales. No era el General Calles a quien combatían, sino al sistema gubernamental que, de acuerdo con la Constitución de 1917, les había privado, en general a todos los clericales y reaccionarios de todos los privilegios de que gozaban, en perjuicio de las clases trabajadoras. Querían poner un Gobierno Católico, establecer *"el orden social cristiano",* conforme a la *Rerum Novarum,* y que ese Gobierno, manejado por el Episcopado Mexicano, derogara desde luego la Constitución, y que la Iglesia Católica Vaticana volviera a los suspirados tiempos en que el *Santo Padre* de Roma era el *Soberano Rey de Reyes,* con jurisdicción en todos los monarcas del Mundo, en todos los funcionarios de cualquier Gobierno.

No fueron sino un grupo de ilusos fracasados. A pesar de pregonar en todos los tonos que cuentan en México con un *ochenta o más por ciento* de católicos, los que fueron a la rebelión no llegaron siquiera a un *cinco por ciento,* de la población total del País, pese a los esfuerzos desesperados de los Caballeros de Colón, Damas católicas y todas las organizaciones religiosas que se movieron activamente para reclutar "Libertadores". Fueron los grupos de jóvenes católicos los que, a "rega-

ñadientes" constituyeron los primeros contingentes y que, a poco tiempo se convirtieron en bandas aisladas de salteadores, pasando en los montes a donde tenían que refugiarse, toda clase de penalidades; porque por mucho que les prometieron, el milagro de los "peces y de los panes", no se repetía para ellos y con frecuencia el hambre los acosaba. De esos jóvenes, algunos casi niños, salieron muchos de los Generales y Coroneles del *"Ejército Libertador"*, que por su inexperiencia y sobre todo sugestionados por las prédicas de sus directores espirituales, se sentían, predestinados por Dios, protegidos por él y hasta guiados personalmente por la Virgen de Guadalupe, para la santa cruzada en la que los habían embarcado.

Uno de estos jóvenes que se destacaron por su audacia y valor fue Dionisio Eduardo Ochoa, iniciador de la campaña cristera en el Estado de Colima, que elevó esa campaña a su máximo y del cual en capítulos anteriores hemos referido sus proezas, y cuyo triste fin, no en combate, sino en un lamentable accidente, nos cuenta el autor jesuíta que hemos venido comentando y que él le llama como nosotros encabezamos el capítulo siguiente.

— XXIII —

EL OFICIO AJENO CUESTA CARO; HORRENDA CATASTROFE

"Las necesidades de la lucha imponían esfuerzos nuevos". Así comienzan los antecedentes de esta catástrofe, al establecerse una industria de Guerra en el campo cristero. Neófitos en el oficio, tenían que fracasar, tanto en el manejo de los peligrosos explosivos, como en la construcción de cañones, a que también se dedicaron, con resultados también catastróficos, según veremos adelante.

"Habíamos reunido en la Mesa de la Yerbabuena la mañana del 7 de noviembre (1927), estamos tomando el texto del libro cristero antes menciando; el General Ochoa, el Coronel Antonio C. Vargas y las señoritas Sara Flores Arias, Faustina Almeida y María de los Angeles Gutiérrez, verdaderas heroinas que habían llegado de Guadalajara la mañana del citado día, con el fin de *fabricar para los libertadores, bombas explosivas de mano.* El mismo día principiaron su trabajo con muy buen éxito e hicieron en los días siguientes una considerable cantidad".

No sabemos desde luego si estas señoritas "verdaderas heroinas", tenían conocimientos técnicos o al menos eran medianamente expertas en esta no muy piadosa tarea, impropia por todos conceptos de su delicado sexo; dura tarea la de fabricar bombas de mano para que los mal llamados libertadores, mataran, con toda crueldad, a sus hermanos de raza y hasta seguramente del mismo credo religioso, que ellas acometían por disciplina a la organización en que estaban juramentadas, Las Brigadas de *Santa Juana de Arco,* o de las *Invisibles,* las Bi, Bi, o de la tenebrosa y funesta sociedad de la "U".

"El día 11, por ser día dedicado en la Nación Mexicana a Cristo Rey, estuvo el Santísimo Sacramentado día y noche, en la humilde capilla del Campamento. Con el fin de dedicarse al culto de Cristo-Sacramentado, se suspendieron los trabajos en aquella ocasión y, en verdad no cesaron ni de noche los cánticos y oraciones ante el pequeño y hermoso sagrario que guardaba

a Jesús". "Personalmente el General Ochoa adornó con flores silvestres el altar en que estuvo el *augusto huesped.* A las once de la noche, en una solemne hora santa, se recibieron como miembros de *La Asociación Nacional de Vasallos de Cristo,* al General Ochoa con los soldados de su escolta y a las tres señoritas venidas de Guadalajara. Llegada la mañana, comulgaron todos en la *Santa Misa,* que ayudó el General Ochoa. Después se reanudaron los trabajos... de fabricación de bombas, máquinas infernales.

El General Ochoa, que había sido seminarista y era hermano carnal de un sacerdote, conocía perfectamente el ritual y todas las ceremonias de la misa; pero tuvieron que dedicarse a esas prácticas religiosas, al parecer incompatibles, antes de continuar la fabricación de bombas explosivas, terriblemente peligrosas y mortales.

Pensando en la muerte de los enemigos ¿Acaso no en esta forma se preparaban su propia muerte? "No hagas a otro lo que no quieras para ti" y "con la vara que midieres sereis medido...".

"Era el medio día, cuando una fuerte detonación dió a conocer muy a lo lejos el *¡Desastre!*... ¡Las sustancias explosivas se habían incendiado!

"Densa nube cubrió el jacalito y empezaron a oirse desgarradores los lamentos de las víctimas que, temblando por el sufrimiento, mostraban ante todos sus brazos y su cara completamente ardidos. ¡Nuestra última hora, Padre! ¡Padre! Decían las señoritas, clamando al capellán y levantando en alto sus brazos ardidos y desnudos. ¡El perdón, la absolución!

"Dionisio Eduardo Ochoa y el Jefe de su Estado Mayor, Antonio C. Vargas, habían sido también víctimas de la explosión y estaban moribundos. El padre capellán, Enrique Ochoa (hermano del cabecilla, ya lo dijimos), oraba por los moribundos y administró los últimos sacramentos a las tres señoritas. Era casi imposible a los circunstantes soportar con serenidad aquel espectáculo: las carnes ardidas trepidaban con la intensidad del dolor; habían quedado ciegos por las quemaduras. Dionisio Eduardo Ochoa, en tanto, también tendido en el suelo y moribundo, contestaba con voz clara las oraciones de su hermano el sacerdote que administraba la Extremaunción a los fervientes moribundos... Y a las cuatro de la mañana se consumó el sacrificio de su vida. Tres cuartos de hora más tarde, espiró su hermano de ideales, Antonio C. Vargas. Así terminaron aquellos infatigables luchadores".

En menos de dos años de andar a salta mata por los montes ya se les llamaba a estos pobres muchachos engañados por curas, "infatigables luchadores, que terminaban sus días en un accidente inesperado.

Las tres señoritas heroinas que habían ido de Guadalajara expresamente ayudar a fabricar "santa bombas de dinamita", para destruir a los callistas, también habían corrido la misma mala suerte, sacrificando sus vidas por un ideal que no era el suyo.

Ahora bien; el lector perspicaz y curioso se preguntará: ¿Este desgraciado accidente en el que perecieron en forma cruel cinco de los abnegados defensores de los derechos divinos, no sería por ventura *un castigo de Dios?*

Si se hubiera tratado de los "impíos y herejes, protestantes y masones callistas, perseguidores de la Iglesia", como siempre llamaban a los del Gobierno, los católicos, desorientados fanáticos, hubieran batido palmas y hubieran afirmado que "la justicia divina se había cumplido. ¡Ah! Pero como fueron defensores de Cristo Rey, a quien antes de cada combate no dejaban de invocar, ¡su misión estaba ya cumplida en este *Valle de lágrimas* y Dios los había premiado llamándolos a su seno, para ponerles en las sienes la corona de los *Santos Mártires!* ¡Así las gastan siempre estos hojalateros!

Por lo que respecta a las señoritas que también fueron víctimas "del oficio ajeno" si hubieran sabido ellas y todas las demás que perteneciendo a las distintas asociaciones religiosas femeninas, estuvieron en las diferentes fases de la lucha cristera, sacrificando, la mayor parte sus vidas y hasta sus honras; si hubieran sabido decimos, el pésimo concepto que de la mujer, en general han tenido los más connotados *Santos Padres de la Iglesia,* jamás hubieran tomado parte en esa aventura, y hasta la hubieran visto con justificado horror.

Por mera curiosidad vamos a hacer algunas citas, tomadas del libro del escritor argentino Juan Torres, *"Filosofía del Socialismo"*.

En la página 130 se puede leer: ...El ideal de los padres de la Iglesia hubiese sido exterminar a las mujeres. Deseaban vengarse de ellas, porque la muda elocuencia de sus bellas formas femeninas echaba por tierra fácilmente las más sólidas doctrinas religiosas y los temores al infierno... Los cristianos odiaban a la mujer por egoismo; porque ella era la fuente originaria del pecado, la causa de que se hubiera perdido el paraíso, es decir el derecho a vivir sin trabajar".

¡Y ahora va lo bueno! "San Juan Crisóstomo dijo: *¡Soberana peste es la mujer! ¡Dardo agudo del demonio!*... San Agustín opinaba: *La mujer no puede enseñar, testificar, contratar ni justificar y mucho menos mandar*... San Juan de Dios dice: *La mujer es una mala borrica, una horrible lombriz solitaria* que tiene su asiento en el corazón del hombre; hija de la mentira, centinela avanzada del infierno, enemiga jurada de la paz. San Antonio, al que tantas velas le prenden las solteras y las casadas, se desquitó de este modo cruel: *Cabeza del crimen, arma del diablo.* Cuando veais una mujer, creed que teneis por delante, no a un ser humano, no a una bestia feroz, sino al diablo en persona. *Su voz es el silbido de la serpiente".*

¡Por supuesto que todas estas lindezas las dijo San Agustín después de haberse dado todo el mayor vuelo posible, con toda clase de mujeres! "He aquí la recomendación de San Ignacio, el fundador y primer *gran General de los jesuítas,* que tan funestos han sido a la Humanidad: "Guardaos de la mujer —decía— ella va siempre precedida de la pasión y de la petulancia; siempre la acompaña el hedor y la impudicia; siempre le sigue el dolor y la penitencia. Es un enemigo familiar que no se logra ahuyentar sino huyendo de él...".

Y ¡para qué citar más de estos criterios desorientados de los *santos Padres,* filósofos y teólogos de la Iglesia, que seguramente fueron de los que nuestro pueblo dice: *¡Que no tuvieron madre!* Para muestra con los citados basta. Ahora sigamos con nuestros *cristeros* en sus acciones de armas, cantadas y glorificadas por ellos mismos.

— XXIV —

DURO COMBATE EN EL CHANTE

Por considerarlos ya de escasa importancia vamos a dejar pendientes los combates que siguieron a la muerte del cabecilla Dionisio Eduardo Ochoa, a que nos referimos en el capítulo anterior. A este Jefe de los Cristeros en el Volcán de Colima le sucedió en el mando, para continuar las operaciones militares en aquella región, Miguel Anguiano Márquez, de cuyos hechos de armas nos ocuparemos después.

Ahora, sigamos con las *Memorias* de *"El último General en Jefe del Ejército Cristero"*, de las que no omitiremos los detalles más pintorescos que le son peculiares y característicos.

Estamos ya a 19 de octubre de 1927 y, como de costumbre, después de las ampulosas disposiciones, el General en Jefe que había, pensado, de acuerdo con la opinión mayoritaria de sus lugartenientes, esperar el ataque de las fuerzas del 38 Regimiento, mandado por el General Manuel Avila Camacho, pero que seguramente se trataba nada más de un Escuadrón a las órdenes del valiente capitán Arnulfo Díaz, hace la siguiente prolija descripción, de lo más importante de ese hecho de armas:

"...El fuego de los mil fusiles atronaba el espacio. Vivas a *Cristo Rey* y a *Santa María de Guadalupe,* por parte de los nuestros. *Blasfemias y Vivas a Calles,* por parte de los callistas; voces de mando y gritos de angustia por todos lados. Al llegar a la esquina de la plaza, volteé para el lado del frente de los nuestros, por la parte sur, y me di cuenta de que el General Bouquet había sido cortado... El se retiraba por una loma limpia de árboles y malezas. Unos quince callistas lo seguían intimándolo a que se rindiera. El general no hacía caso: disparaba su pistola y seguía caminando por la subida. Los callistas querían cogerlo vivo, porque no le disparaban. De momento me dí cuenta de que el valiente capitán José Fletes también había sido cortado y de que a unos cuantos pasos, seguía el mismo camino que el Gral. Bouquet. Como ambos vestían como oficiales del Ejército Federal, Bouquet al ver a Fletes creyó que se

trataba de un enemigo y le iba a disparar su pistola; pero Fletes le habló y se reconocieron. Los callistas seguían tras ellos y Fletes, que era un gran tirador, se paró y disparó los seis cartuchos de su *Treinta y ocho,* de miras especiales y *seis enemigos cayeron muertos*, los otros huyeron despavoridos; Bouquet y Fletes se salvaron".

¡Admírese el lector de la estupenda puntería en momentos psicológicos, por más especiales que sean las *Miras* de la 38 Supermatch y sobre blancos móviles! Mentiras de estas proporciones tenemos que encontrar seguido, que los escritores sectaristas católicos tratan de disimular atribuyendo esos inverosímiles hechos, a la ayuda de Cristo, impartida a los héroes que habían jurado "hacerse trizas *por Dios y por la Patria"*. Ahora que los callistas para los cristeros constituían toda una "legión de demonios" ¡ante esa poderosa ayuda que hace que un individuo que huye haga esos portentos, tenían necesariamente que "huir despavoridos!".

Leamos esta otra escenita del ingenuo escritor:

"Los jefes Ibarra, Gómez, Mitchel y Cueva (lo más granado de las huestes guadalupanas) disparaban su armas largas contra unos de los más atrevidos. Ellos se habían dado cuenta de que entre aquellos enemigos valientes estaba el Capitán Díaz, y sobre él dirigían sus fuegos. Como a la media hora de principiar el combate el capitán Díaz caía muerto, peleando siempre al frente de sus soldados".

"Eran las cuatro de la tarde y el combate seguía nivelado. El Capitán Segundo que sustituyó a Díaz también peleaba como los buenos. Yo temía que el parque se nos agotara: los cartuchos en aquellas condiciones no se podían economizar. De momento recordé que mi escolta estaba acuartelada: sesenta hombres bien armados y resueltos como eran, podían prestar muy grande ayuda. Resolví ir por ellos... Al terminar la cuadra me disponía a voltear sobre la izquierda, cuando de improviso me encontré con un grupo de ocho o diez callistas. Al frente de ellos venía un Teniente bastante trigueño, vestido de negro y montando un caballo también negro".

"Al verme me marcó el alto y gritó: *¿Quién vive?* Mi sorpresa fue enorme, pero no habiendo remedio le contesté con todos mis alientos: *¡Cristo Rey!* Como ambos llevábamos las pistolas en la mano, nos disparamos las cargas completas; no nos causamos ningún daño, no obstante que nos disparamos a cortísima distancia. Yo boté el cargador y coloqué rápidamente uno lleno. Nuevamente me dijo el callista ¿quién vive? Le volví a contestar *¡Cristo Rey!*... Entonces el malvado lanzó una blas-

femia contra Cristo. Mi ahijado Rafael que ya me había alcanzado, con su rifle preparado dijo al Teniente callista: Mira, hijo de... asi no se ofende a Cristo Rey, y le soltó un balazo con bala explosiva. El impacto dió en la boca del blasfemo y su cabeza voló hecha pedazos. Mi escolta, que estaba a unos cuantos pasos salió a la calle, vió el grupo de callistas y por la espalda les disparó sus armas y los mató *a todos*. El señor Cura Rodríguez corrió a ver si había algún moribundo entre los callistas caídos, pero todos estaban muertos...". ¡Claro!

Después de este infantil relato que culmina con la aseveración muy formal de que al "blasfemo Teniente de la *"cara negra, vestido de negro y montado en un caballo negro",* como un castigo de Dios, después de muerto se lo habían comido los puercos"; que los cristeros, después de mucho combatir, habían obtenido "otra *gran victoria,* con un solo muerto ellos, mientras que a los *"callistas* los habían acabado a todos", cabe preguntarle al narrador: ¿Qué le dijeron sus oyentes cuando despertó? Y si la muerte del Teniente vestido de negro, cuando en esa época no se usaban en el Ejército uniformes de ese color, y que lo devoraron los puercos a él nada más por blasfemo, habiendo en el mismo lugar otros cadáveres, fue todo eso por una clara manifestación de la ira divina ¿qué nos dice del triste fin que tuvieron el cabecilla Dionisio Eduardo Ochoa, su Segundo y Jefe de su Estado Mayor Antonio C. Vargas, así como las tres señoritas que, por manejar, en vez de la escoba o el metate en las faenas hogareñas, se metieron a manipular torpemente la dinamita y fueron todos volados, quemados, mejor dicho achicharrados, pereciendo a consecuencia de las mortales quemaduras que recibieron? ¿Fue también esto por un *castigo de Dios?*

Ya en el capítulo anterior en que nos referimos a este suceso hacemos el comentario correspondiente.

El parte oficial de esta acción de armas de *El Chante* que, según asegura, le fue proporcionado por el General(?) Alfonso Rubio Maison, escuetamente dice: "Nos honramos en comunicar a *esa Secretaría* que el 20 del presente mes, sorprendimos a un grupo de fanáticos en el poblado de El Chante. Después de cuatro horas de combate, los obligamos a huir, dejando el campo sembrado de cadáveres. Por nuestra parte tuvimos que lamentar la muerte del Capitán Arnulfo Díaz...".

Sin duda omite intencionalmente los nombres de los demás oficiales que fueron baja, pues asegura que tuvo el parte en sus manos, por una galantería de la "persona honorable" que casualmente se dedica a escribir "la verdadera historia de este movimiento".

No hemos a nuestra vez podido tener en nuestras manos esa "verdadera historia" y si en cambio muchos libros, escritos por cristeros, plagados de mentiras y exageraciones intencionales.

En conversaciones que sostuvimos con algunos de los Jefes amigos que estuvieron en esa región durante la Rebelión nos dijeron que ese combate de El Chante había sido como otros, una gran derrota para los rebeldes, aunque si se lamentó la pérdida del Capitán Díaz quien por mucho tiempo los tuvo a raya y cuya muerte, como era natural, la consideraron como una gran ventaja y hasta como "una resonante victoria".

Ya para terminar el narrador de esta acción de El Chante, se expresa en los siguientes términos:

"Nosotros quedamos dueños del campo. Los cadáveres pertenecían a los callistas, pues nuestras bajas no fueron sino un muerto, don Tomás Díaz y un herido... En un mes y un día *Cristo Rey* había concedido a las fuerzas cristeras, cuatro victorias contundentes, completas y sumamente fáciles".

Efectivamente es muy fácil, con imaginación, algo de inventiva y una gran dosis de cinismo, anotarse triunfos a granel. Ya vimos que hasta con el parte oficial y muy discreto que asegura tuvo en sus manos, no están de acuerdo sus eseveraciones.

En este mismo capítulo y por seguir hasta donde nos sea posible un orden cronológico, vamos a referirnos al combate de *La Palmita* que tuvo lugar más o menos por esos mismos días.

Y ahora es el autor de *"Los Cristeros en el Volcán de Colima"* el que tiene la palabra:

"...Entre los ataques más notables de los perseguidores en esos días, cuando apenas con la velocidad del rayo había llegado a sus oídos la noticia de la muerte de Ochoa, fue el tenido en el Cerro Grande, zona cuyo campamento principal se encontraba en la Hacienda de *La Palmita"*.

"Seiscientos federales al mando del General Pineda, atacaron las posiciones de aquellos cristeros. El combate fue largo y muy crudo; pues por una parte las fuerzas de Calles, numerosas y bien armadas, luchaban con valentía; y por la otra, los soldados de Cristo, si bien pocos, se defendían con heroica bravura y en buenas posiciones. Al atardecer aconteció lo que casi siempre: el parque de los cristeros se agotó y tuvieron que retirarse de sus trincheras, las cuales fueron invadidas por los federales, pero sin haber tenido aquellos *una sola baja entre sus filas*. En cambio, de los enemigos, hubo *más de cincuenta*

muertos. Las filas de Cristo Rey no se limitaron a defenderse: organizaron además algunos ataques que tuvieron mucho éxito, como el de la Hacienda de Colomos el 30 de noviembre (1927)".

Véase cómo, aunque con diferencia de estilo, las mentiras y burdas exageraciones, son las mismas. ¡Como si con puras falsedades se pudieran ganar todas las acciones de armas! Pero los diez o doce novelistas cristeros, entre ellos tres o cuatro sacerdotes jesuítas, han seguido idéntico sistema: presentar de la medalla, por un lado negro y por el otro color de rosa.

"Los agraristas —seguimos leyendo— se habían reconcentrado en ese lugar (Colomas), como su cuartel general, principal centro de operaciones. La posición era magnífica. La finca está en un lugar elevado que domina todos los lugares circunvecinos y muy defendida. Por esa razón los, agraristas se consideran inexpugnables, tanto más que contaban con el suficiente parque".

"Pero los cruzados no vacilaron y unidas las fuerzas de Salazar y de Calvario, se presentaron ante las trincheras enemigas e iniciaron el ataque, a la primera luz de la mañana... Un voto fue hecho: *Si Dios nos concede tomar las posiciones enemigas, desalojar de allí a los agraristas, matar al Jefe de ellos y que de nosotros no muera ninguno, iremos todos a rezar a la santísima virgen María, un rosario de quince misterios, sobre la tumba de nuestros mártires; esto es, de Dionisio Eduardo Ochoa y compañeros*".

¿Que les parece a los verdaderos cristianos esta mística promesa? Porque hay que aclarar que los católicos, en su mayoría, han demostrado no ser verdaderos seguidores de las máximas del Cristo.

Por los términos de este solemne voto se comprenderá la clase de sentimientos que abrigaban aquellos luchadores, completamente en contraposición con las ideas de "amor al prójimo" y menos aún de perdonar a sus enemigos como frecuentemente lo pregonaban en el *"Padre Nuestro"*. Este voto no era sino una pequeña partícula del juramento de los *caballeros de Colón,* que ya hemos dado a concer; porque los que, como esos católicos padecen la ceguera del alma, que es peor que la del cuerpo, los que no son siervos incondicionales de la Iglesia, merecen todos los males. A los cristeros levantados en armas les habían imbuído, como si dijéramos, les habían grabado a fuego en sus desorientadas mentes, que los agraristas y todos los servidores del Gobierno eran jurados enemigos de Dios y que "había que acabar con todos, matarlos como a perros de rabia. *"Fuera de*

la Iglesia no hay salvación", les decían a cada paso, y por eso ellos que defendían a la Iglesia, estaban seguros de que si morían en esa campaña, irían derechitos al cielo.

"Los agraristas por su parte —continúa el novelista— bien defendidos en sus trincheras, resistían con bravura. Un torbellino de balas silbaba por doquier. Así pasó la mañana, en medio de nutrido tiroteo, sin que la victoria pudiese decidirse por ninguna parte a campo raso y descubierto para sacar al enemigo de sus fortines, era cosa poco menos que imposible, y más aún el pretender salir ilesos de aquel ataque; pero los cristeros no desistían y seguían peleando con todo arrojo. Al caer la tarde, ya estaban desalojados los agraristas de las primeras y segundas trincheras y, una hora después, toda la finca estaba en posesión de los libertadores. Estos no tuvieron *más que un herido.* De los agraristas, *unos murieron en la lucha* y otros, vestidos de mujer y amparados por la noche, huyeron. Su Jefe, en unión de otros de los más feroces, fueron hechos prisioneros; sujetados a juicio sumario y *pasados por las armas".*

También en este caso, contra todas las reglas de la guerra, siendo atacantes los cristeros durante varias horas de fuego intenso, no tuvieron "mas que un herido".

Por otra parte. ¿Conforme a qué ley y qué autoridad legal se sujetó a estos prisioneros de guerra a "juicio sumario", sentenciándolos a muerte?

Los cristeros se enzañaban con los agraristas, porque la mayor parte de esos rebeldes habían recibido de sus antiguos amos los Hacendados "latifundistas",, la consigna de exterminarlos; muchos de los administradores o mayordomos andaban con ellos como cabecillas. El crimen más grande que para estos llamados cruzados de *Cristo Rey,* habían cometido los agraristas, era haber recibido tierras conforme a la ley, como ejidatarios. Ellos a nadie se las robaban como la mayor parte de los hacendados lo habían hecho. En otra ocasión y después de uno de esos "resonantes triunfos en contra de los campesinos ejidatarios, en un combate desigual en el que lucharon abrumadoramente, *quinientos rebeldes* en contra de quince o veinte defensores de una ranchería pequeña, el "generalísimo Degollado, exlatifundista por herencia que, por una rara casualidad no mandó fusilar a los prisioneros, teniéndolos formados y debidamente custodiados por los vencedores", les dirigió esta altisonante arenga:

"Son ustedes muy tontos al aceptar tierras a cambio de su vida y del bienestar de sus familias. El agrarismo es bueno, pero bien entendido. Que los poseedores de parcelas lo sean en

verdad y con libertad, sin estar obligados a dar servicios por ello. Posean sus tierras, si asi lo quieren y no sean enemigos de nosotros que sólo queremos la caída de los tiranos".

Querían, es verdad, la caída de los que a ellos les parecían tiranos, para entronizar no a *Cristo* que jamás pretendió reinado en la tierra, sino a dictadores y dictadorzuelos que practicaran la pseudodemocracia del *"Orden Social Cristiano"*.

Luchaban por establecer un Gobierno católico que restableciera los privilegios del clero; un régimen de caciques sumisos a sus dictados y a las encíclicas del Papa de Roma. Nuestra historia nos está marcando con letras de fuego, las páginas dolorosas y negras de cuando han estado en el poder los clericales, conservadores reaccionarios. Si los cristeros hubieran triunfado, ¡ya nos imaginamos la era de terror y la "cadena de ejecuciones que huieran desatado! Los agraristas, los obreros y todo el pueblo de México se salvó de la epidemia clerical que amenazó destruir las libertades y detener el progreso. El mismo Dios que ellos constantemente invocaban "no les dió alas a tan peligrosos alacranes".

— XXV —

FRENTE AL GENERAL IZAGUIRRE EXAGERACIONES Y BRAVUCONADAS

Seguiremos ahora al infatuado autor de las *"Memorias"*, que, según él, se vió obligado a hacerle frente al general Juan B. Izaguirre, en contra de quien, después de más de 30 años, manifiesta una verdadera fobia canina, tanto más explicable cuanto que fue uno de los que más de cerca le pisaron los talones. De los demás Jefes militares que siempre lo derrotaron, aunque con menos furia, también se expresa despectivamente. Y si de sus disparatadas, prolijas y fantásticas narraciones de las imaginarias, en su mayor parte, grandes victorias del Ejército Cristero, citamos hasta sus prueriles desahogos, es porque, con ellos él mismo se exhibe de cuerpo entero.

Generalísimo improvisado que de ranchero y comerciante, le hacen dar un gran salto a esa categoría, aprendió la estrategia militar en las epístolas de San Pablo y le habían grabado en el semitrastornado cerebro que aquellos noveles soldados de Cristo puestos a sus órdenes, deberían ser "desde un principio heroicos hasta la sublimidad y tener el rugido de los antiguos, de los famosos cruzados que por la santa causa, deberían tronar y destruir como el rayo en las montañas vírgenes".

En esas aventuras "del oficio ajeno que, como vimos en anteriores líneas, siempre cuesta caro", lo acompañaban, confortaban y bendecían medio centenar de curas, unos como capellanes y otros, más decididos, con las armas en las manos, en las mismas manos con las que ante los fieles, elevaban la custodia.

"...El Informe de los hermanos de la "U" decía: "que el callista Izaguirre avanzaba con fuerte columna, bien provista de ametralladoras y armas automáticas; pero que no avanzaba... (¿en qué quedamos por fin: avanzaba o no avanzaba?) porque era miedoso y porque bien sabía los triunfos que habíamos obtenido...". ¡Cuanta candidéz la de este ególatra cabecilla que, tachando de miedoso al Gral. Izaguirre, líneas más adelante revela a su vez su poca valentía con estas palabras: "Yo que

en otro lugar había visto ya el pánico que producen las armas automáticas por su estruendo, me preparé para retirarme a un punto más ventajoso para nosotros".

Y esto de retirarse a un lugar más ventajoso. ¿No es que, por efecto del pánico, que es el miedo llevado al extremo, se le saque el cuerpo al peligro?

El reconocido revolucionario General Izaguirre aludido en esas mendaces Memorias, que por intrigas de los mismos cristeros reaccionarios emboscados en la Administración, tuvo serios contratiempos e indebidas penalidades ante lo dicho por Degollado Guizar, se limitó a contestarnos por carta, concisamente lo siguiente: "Esos cristeros adoloridos de siempre, respiran por la herida. Pueden decir estos gentiles cuanto quieran de mi en sus pasquines, ya que yo nada puedo darles. Pero lo que si puedo decir es que a mis soldados de entonces jamás les vieron las espaldas, y en cuanto a mi conducta, la Secretaría de Guerra en donde se hilaba muy derecho, con el General Amaro al frente de ella, si hubiera habido motivo me hubiera sancionado... Me interesa que ustedes, los pocos amigos que me quedan, conozcan el fondo y origen de su despecho (de los cristeros), defensores de las doctrinas de Cristo...".

El fanático e improvisado general cristero que hace ridículos alardes de valor, a menudo tacha de cobardes e ineptos a destacados Jefes del Ejército Nacional, cuyas hojas de Servicios, pueden en cualquier momento demostrar lo contrario; en tanto que él, según propias confesiones, en la mayoría de los hechos de armas, reales o imaginarios en que dice tomó parte, se mostró siempre precavido... y el miedo en todo tiempo se le ha llamado precaución.

En sus *"Memorias"* no aparecen sino contadas derrotas: puros triunfos, algunos de ellos mal disfrazados de "retiradas estratégicas".

Al referirse a *"El Chante"*, dice: "En estas y en las otras el tiempo pasaba e Izaguirre ya estaba a las puertas del poblado. Conociendo lo crítico de la situación, ordenó a los Jefes Ibarra, Bouquet y Mitchel, que tomaran posiciones con las tropas disponibles... para que protegieran la retirada de los nuestros, con orden de *detenerlos, a como diera lugar*... Que yo quedaría en la orilla del poblado, por el lado del Norte, a la espectativa. Los nuestros, envalentonados con el triunfo, desoyeron las órdenes de su jefes que les decían que se retiraran. Los callistas emplazaron sus ametralladoras y en columnas cerradas y bien mandadas, avanzaron sobre los nuestros, que de momento resistieron; pero apenas se oyó el tableteo de las ametralladoras,

abandonaron sus posiciones y *echaron a correr como gamos,* buscando la salvación por la única salida que tenían, la del Oriente. Si los callistas no hubieran llevado *tanto miedo,* nos hubieran causado muchas bajas...".

Contra todo sentido común asienta el narrador que "llevaban más miedo los triunfadores que perseguían que quienes, con oir solamente el tableteo de las ametralladoras, habían corrido como gamos", abandonando sus posiciones. Confiesa sin embargo que los jefes se la vieron negra para detenerlos y que "aquello les había parecido el día del juicio".

Con todo, las hazañas quijotescas en las que siempre intervenía la ayuda de Dios y de los Santos, seguirían sin interrupción. Sigámoslo.

"Ordené que tropas selectas, con jefes y oficiales de la "U", salieran a la vanguardia y se posesionaran del cerro denominado Los Machos; que allí se hicieran fuertes en la cerca de piedra doble y que detuvieran a los nuestros (de la desalentada carrera), aun a balazos, si era necesario".

"...Pronto llegamos a nuestra línea de defensa. El espíritu de la tropa era pésimo. Les eché en cara su cobardía y les dije que, pasando aquella acción, los dejaría, porque no me gustaba comandar cobardes. Pasamos la noche en vela y sin novedad. En las primeras horas del día 22 (octubre 1927), apenas amanecía, el mayor Flores se tiroteaba con las avanzadas callistas. Cumpliendo con las órdenes recibidas, se batía en retirada y pronto estuvo al abrigo en nuestras líneas... El enemigo, para desalojarnos, tenía que caminar por terreno plano y limpio; nosotros teníamos a diez metros a nuestra espalda un bosque virgen de altísimos y robustos pinos. No teníamos ningún pendiente por nuestra retaguardia. Por los flancos también nos aseguraban grandes acantilados a uno y otro lado. Solo pues teníamos que defendernos de frente... El estruendo de las ametralladoras y fusiles repercutía en los cerros, haciendo el asunto más ruidoso de lo que era...".

"...Los días 23, 24 y 25, sin comer ni beber, durmiendo poco y peleando poco, porque, los cartuchos estaban casi agotados, los pasamos como Dios quiso. Con tres cartuchos por (plaza) soldado, es imposible emprender ninguna acción... Yo no quería retirarme antes que el enemigo; pero no podía exigir mayores sacrificios... Dios, movido a compasión con sus soldados, permitió que Izaguirre se retirara ese día, primero que nosotros".

Antes de hablar de otro *encuentro con las fuerzas del General Izaguirre,* en Rancho Viejo, cerca de Tecolotlán, Jal., cree-

mos oportuno dar a conocer algo de las muchas maneras que revela el autor cristero que tenían para aprovisionarse y los nombres de algunas de las heroicas señoritas que desempeñaban a las mil maravillas ese peligroso servicio.

"...Teníamos algunas señoritas, dice, activas y valientes que empeñosamente trabajaban y conseguían buenas cantidades *de cartuchos*. Recuerdo los nombres de algunas a quienes tengo gran gusto en mencionar: las señoritas Lola, Carmen, Toña y Chelo Castillo; Josefina García de Alva, Amparo Mireles y la madre Rosita; Luisita Ruiz Velasco, María Gallardo y otras muchas, cuyos nombres no recuerdo. Ellas, arriesgando su vida, llevaban los cartuchos que tanto necesitábamos. El señor Ing. don Efrén Quezada, joven acejotaemero, valiente e inteligente, pudo llevar a nuestro campamento *quince mil cartuchos,* en coches y camiones ahuecados. En las poblaciones, las gentes pacíficas, compraban a los soldados, buenas cantidades, las que, unidas a las que enviaba la Liga, remediaban en mucho nuestras necesidades".

De este encuentro con las fuerzas del Gral. Juan B. Izaguirre nos cuenta el autor de las *Memorias* algunas escenas que no se compaginan con sus ridículas bravuconadas. Oigámoslo.

"Izaguirre se encontraba en Tecolotlán con una fuerte columna de soldados de línea y agraristas. Por este motivo mandé al Capitán García a que tomara posiciones en el camino que conduce a Tecolotlán. Con unos cuantos muchachos me quedé en *Rancho Viejo*. Hacía menos de una hora que habíamos llegado, cuando legó a toda carrera un enviado del Cap. García con el informe de que se batían en retirada, porque no creían conveniente pelear contra tanta gente". ¿Era miedo o precaución?

Después de contarnos como un gran milagro, el de no haber sido reconocido y antes bien dócilmente obedecido, por un grupo de enemigos que llevaban un estandarte, con una calavera y unas canillas cruzadas, continúa:

"...Mis compañeros comprendieron que el grupo encontrado eran enemigos y se fueron rápidos... (para salir del paso)... Cuando todos habían pasado, sonó un disparo de uno de los dispersos de García, que se habían hecho fuertes en el lienzo de piedra: allí mismo se habían posesionado mis compañeros. El enemigo, al oir el disparo, dió media vuelta y se nos vino encima".

"No quedando más recurso que *correr* o morir, optamos por lo primero y echamos a correr en aquella mesa, en aquella mesa cubierta de tepames, pequeños arbustos llenos de espinas, cuyo piquete duele como si tuvieran alguna sustancia irritante; pero era tal el miedo que ni las espinas sentíamos. Al Teniente

Miguel se le había ido su caballo, y a pie igualaba a los que corrían a caballo. Poco adelante se encontró a un soldado nuestro que tenía su montura sobre de él; parecía que el animal estaba muerto y el jinete no podía incorporarse, porque tenía una pierna cogida por el cuerpo del animal, También me gritó angustiado: ¡Mi, General, no me abandone! Mi asistente y yo bajamos de los caballos y fuimos en socorro de nuestro compañero. Yo tomé la cola del caballo y *por el miedo que tenía* de que el enemigo nos alcanzara y porque era yo muy fuerte y sobre todo, porque *Dios me ayudo,* fácilmente voltée el caballo que presto se levantó, pues ni siquiera estaba herido. Unos compañeros nuestros que habían huido por otros lugares, se encontraron con las fuerzas del Gral. Cueva y las del Grál. Ibarra y les contaron lo sucedido y el rumbo que habíamos tomado".

"Caminando con precauciones llegaron hasta donde nosotros nos hallábamos acampados . Ya con todas aquellas fuerzas, estábamos seguros y sin pendiente de que el enemigo nos atacara. Unos hermanos de Tecolotlán(de la "U"), nos dieron aviso de que Izaguirre había regresado a buena hora a ese lugar y, tenían razón de regresarse, porque solo allí encontraríase seguro...".

Después de confesar ingenuamente tantas carreras y huídas, así como repetidas manifestaciones de *miedo,* no sabríamos como llamar a estos desplantes del generalísimo cristero y si podría concedérsele algún derecho para llamar cobarde y miedoso a quien le hacía "correr como gamo", ante la tenaz persecución del General Izaguirre. Y todavía tiene el cinismo de asentar que su perseguidor se sentía seguro al regresar a Tecolotlán, a "buena hora pues que quería este "santo varón" que se le persiguiera hasta el fin del mundo".

Asistamos ahora a otra derrota con "heroicas carreras estratégicas", contada por él mismo, después de la persecución anterior.

"Llegamos sin novedad al Puertecito, hicimos alto y con los gemelos estuve viendo a las tropas que estaban acampadas en una loma. Vi que se trataba de gente campesina y supuse que era el Gral. Cueva. Les grité preguntando la seña y la contraseña y me respondieron bien. Ya confiado por aquello el Teniente Vázquez avanzó unos pasos y bajó de su caballo, esperando que llegaran los enviados para la identificación. Y como el tiempo pasaba y no se presentaban, entré en sospechas... Fuertes descargas de fusilería por todos lados; tres minutos más que hubiéramos perdido y nos habían copado. A las primeras de cambio, el mayor Covarrubias recibió un tiro en la espalda. El Teniente (Vázquez) se movió con rapidez, montó en las ancas

del caballo del mayor y se alejó a todo correr. Yo seguía tras ellos. Me hicieron algunas descargas a quemarropa, pero gracias a Dios y a la velocidad de mi caballo Lucero, en dos minutos dejé atrás a los que me querían tomar vivo. El que estaba acampado era *Izaguirre*".

Era pues el valor de este general cristero, a quien la velocidad de su caballo Lucero lo había salvado de caer vivo en las garras de su contrincante, semejante al valor legendario y de canción guapanguera de Juan *Charrasqueado* que, cuando por primera y única vez le atacó un enemigo, no le dieron tiempo de montar en su caballo, no para hacerle frente, sino para correr.

Después de muchas peripecias, maniobras y tras de explicaciones inútiles, de que suponían que Izaguirre los atacara y que por las repetidas ametralladas de las fuerzas del Gobierno, al fin se retiraron los cristeros, dizque porque creyeron no tuviera objeto "cerrarle el paso", ya que también "ese señor Izaguirre, se retiró más que de prisa", pues temió que, repuestos de su correteada y ya reorganizados de nuevo, los valientes defensores de Cristo", "le fuera mal". Y llega finalmente a esta cándida y más que triste conclusión: *"Perdimos toda la caballada,* pero el enemigo perdió *gran número de muertos*, que nosotros creímos se los habían llevado, pues no encontramos rastros de entierros... *Este combate,* confiesa paladinamente *de hecho lo perdimos*: *pero moralmente lo ganamos, pues nos convencimos de lo poco que valían las fuerzas callistas*".

¡Vaya otro desplante más! Con esa frescura y ese criterio especial y manera de conceptuar el valor del enemigo, no era posible perder ningún hecho de armas. Con puros triunfos morales e imaginarios consolaban y mantenían engañados a los católicos fanáticos.

Después de esto, oigámosle contar a su modo, *"otra derrota de Izaguirre*".

"Los reveses que había sufrido el Gobierno, habían hecho que movilizara en la zona dos Regimientos más, los de los callistas Julio Pardiñas y un Coronel de apellido Lacarra. Como el contingente nuestro era de 140 hombres, *tomamos los caminos del cerro* (eran los caminos que frecuentemente tomaban los defensores de *Cristo Rey*), para evitar encuentros que nos hubieran resultado perjudiciales. Por ese motivo no tocamos el poblado de *Ayutla,* Jal., que dejamos a nuestra derecha, para seguir el camino de Jocoyolpa. Al bajar a una pequeña cañada, vimos a un grupo de soldados de infantería y me llamó la atención que así estuvieran. Hicimos alto y mandé una escolta para

que vieran de qué gente se trataba. Pronto volvieron diciendo que eran tropas de las del Gral. Cueva. Avanzamos y después de saludarnos el joven General Cueva casi llorando se me acercó exclamando:

¡Mi General, *me sorprendió Izaguirre* en Ayutla y me disperso toda mi gente! Se quedó con toda mi caballada: con trabajos he reunido unos cien hombres y estoy dispuesto a ir a atacar a Izaguirre y conseguir mi caballada o... la muerte de nosotros. Ustedes son pocos, pero si me ayuda seguramente derrotaremos a ese cobarde"...

Siguiendo la escuela del superior inmediato, también llama cobarde a Izaguirre que "le había dispersado su gente y le había quitado toda su caballada. Ya encontraremos más adelante otras peores fanfarronadas.

"No se preocupe, General —le contesté— *encomendándonos a Dios,* vamos a procurar el desquite. El momento es oportuno, porque no esperará que Ud. lo ataque... Atacaremos con desesperación y *quiera Dios* concedernos el triunfo —contestó Cueva—. Si no es así, yo y mis muchachos moriremos".

"La contraseña era: Manga de la camisa y pierna del calzón izquierdas, remangadas; y nuestra caballería, sombrero hacia atrás".

"Izaguirre no *es hombre de agallas* y cuando vea que fuerzas de caballería lo atacan, pensará que es alguna fuerte columna".

Después de estas fanfarronadas, oigámosle lo más importante del combate en *Ayutla,* en donde, al parecer, sí en realidad obtuvieron los cristeros algunas ventajas tácticas que ellos naturalmente se las anotaron como una gran victoria. Le dejamos el uso de la palabra al "generalísimo":

"...De pronto sonaron las descargas de nuestros infantes que avanzaban ya dentro del pueblo. Los soldados de línea, aun cuando se sorprendieron, pronto reaccionaron por su disciplina y aunque con algún desorden, se defendían y procuraban organizarse... Los nuestros tuvieron que pararse ante el número abrumador del enemigo, pero sin retroceder un paso, todos peleaban pecho a tierra... El enemigo con nuevas reservas, dió otro ataque más fuerte, pero retrocedió ante la actitud firme de los nuestros que les hacían muchas bajas... Izaguirre perdió la serenidad y escapó con su *plana mayor.* El enemigo, desconcertado, sin quien lo mandara, también huyó"...

"Para el triunfo, después de Dios, también influyó que un grupo de muchachos cristeros de los dispersos, dándose cuenta del ataque, tiroteó fuertemente a las fuerzas de Izaguirre por el

lado Oriente. Nuestras pérdidas fueron *cinco heridos* no graves. Las del enemigo fueron cuantiosas, porque al pasar el río que iba muy crecido, se llevó a muchos soldados que perecieron ahogados. Una vez más, gracias al auxilio *de Dios y de la Virgen Santísima,* las impreparadas fuerzas cristeras, 280 hombres con malas armas, pocos cartuchos, sin jefes competentes, se impusieron a la preparads y bien pertrechadas fuerzas de los callistas, que eran 400 hombres".

Después de estas pasajeras y aparentes victorias y otras que dice obtenidas por Ibarra y Cueva en Atenguillo y Villa de la Purificación, emprende este General cristero de opereta su marcha hacia el Estado de Colima, para cuya región había sido nombrado *jefe supremo militar.*

Ahora sigamos de otro escritor cristero otros no menos exagerados episodios de la Rebelión, autor al que en otras páginas nos hemos referido y que, en cuanto a mentiras, no les va en zaga a los demás. En estilo más florido para sus cuentos alemanes, sigue la misma rutina y usa los mismos términos despectivos para con los elementos del Gobierno.

Empieza así: *El general callista Pineda, en fuga.* En los días de la Navidad, hubo en esa región del Volcán (se refiere al de Colima) otro combate muy fuerte; tal vez el más importante del primer año de lucha, después del de Caucentla. Las fuerzas del Coronel Salazar y del mayor Calvario se encontraban amistosamente unidas para mejor operar y acampaban en la región de *lo de Clemente,* Naranjal y Los Rubios. Pero el 23 de diciembre (1927) cuando al mando de fuertes columnas se presentó el Gral. Pineda para batir a los cristeros; estos no rehuyeron el combate, tomaron sus posiciones y empezaron a luchar. Después de un día de rudo batallar, cuando al caer la tarde pensaban los cruzados retirarse de sus trincheras por escaséz de parque, fueron auxiliados con buena cantidad de cartuchos, con lo cual entusiasmados decidieron seguir resistiendo al enemigo hasta que fuera necesario. Al día siguiente, vigilia de Nochebuena, se combatió desde el amanecer y sin haber un momento de descanso. Los libertadores estaban cansados pero no agotados. Al tercer día finalmente se hizo retroceder a los enemigos, a quienes se hicieron como *sesenta y cinco muertos y gran número de heridos*... Por parte de los cruzados *no hubo ni un muerto,* pero si seis heridos...".

Esta proporción de bajas de uno y otro bando contendiente se encuentra igual en todos los escritores clericales. Se pintaba a los partidarios que no habían ido a la lucha armada, la párte más favorable: con éxitos imaginarios disfrazaban siempre las

derrotas; los numerosos fracasos los ocultaban con habilidad, para mantener en alto no solamente el espíritu de los combatientes, sino hasta el de los pasivos partidarios que desde sus cómodos bufetes en sus residencias señoriales, esperaban que con tantos y tan resonantes triunfos de la *Causa de Cristo Rey,* de un momento a otro, cayera estrepitosamente el Gobierno del General Calles, a quien el Papa de Roma, a igual que a sus colaboradores, había excomulgado públicamente.

Se explica que entonces, "como una táctica de lucha" hubieran escrito tantas falsedades, sobre todo para tener contentos a esos señorones ricos católicos que, dándose la gran vida en las ciudades del País o del extranjero, contemplaban el panorama con indiferencia. Pero ahora, más de *treinta años después* ¿por qué algunos de esos novelistas clericales siguen mintiendo?

En todas las causas ha habido *logreros* que sin exponer nada, son los que aprovechan las ventajas del triunfo; que se sientan a la mesa puesta y que en ocasiones son los que ruidosos alardes hacen de sus sacrificios y se adjudican méritos en la lucha que jamás contrajeron.

Pero en esta rebelión en que "unos corrieron como liebres" y otros se comieron el guisado de liebre, los únicos que sacaron ventajas fueron los que no fueron a la lucha, el clero y la Iglesia Católica que, de una manera o de otra han seguido explotando a los creyentes.

— XXVI —

"COMBATE EN PUERTO OBISPO"

Comentaremos otro hecho de armas de *Las Memorias* de Degollado Guizar. Como arma nueva entonces, la aviación, que el Gobierno había introducido en la campaña, no dejó de producir en los rebeldes el natural desconcierto. De los trece aviones que llegaron a Ameca, Jal., tuvieron luego conocimiento los cristeros, gracias al excelente servicio de información que desempeñaban admirablemente los hermanos de la "U".

Habiendo sido sustituido el General Izaguirre por el Coronel Lacarra, que comandaba el 60 Regimiento de Caballería, es de suponerse que "Aquellos valientes cruzados que aunque no consideraban a Izaguirre *hombre de agallas,* en repetidas ocasiones le tuvieron que correr como gamos", hayan entrado en consuelo.

Por los informes de los correos espías de la "U" de Ameca, supo el Jefe rebelde que la columna del 60 Regimiento se movía hacia Huachinango o Atenguillo; es decir que caerían en la trampa que les tenían preparada. Leamos parte de su descripción original.

"...Apenas amanecido, el Gral. Ibarra, ayudado por *los muchachos* del E. M., y los Coroneles Gómez y Moreno, acomodó la gente en lugar apropiado. Yo ocupaba una altura que dominaba el camino de Ameca y pronto me di cuenta de que el enemigo se acercaba. Una tensión nerviosa se apoderó de mi, esperando el momento en que se rompieran los fuegos... Como a las diez de la mañana se rompió el fuego con los cristeros que estaban posesionados de *Puerto Obispo;* las avanzadas se tiroteaban. Los nuestros, obedeciendo órdenes de sus Jefes, se retiraron a la primera línea de defensa. Los callistas hicieron alto para reforzar su columna de ataque y emprender el asalto... Los del 60 Regimiento atacaron con valentía y, después de mucho rato de lucha, obligaron a los cristeros a refugiarse en la segunda línea. Se derrochaba valor por ambas partes: hasta

pena causaba ver que soldados tan buenos y *hermanos,* se mataran; pero no había otro camino para nosotros".

"Había momentos en que la segunda línea cristera se desorganizaba un poco, pero volvía a recuperarse. El Coronel Lacarra comprendió que debía hacer el esfuerzo supremo y mandó a sus reservas lanzarse al ataque".

"Aquel esfuerzo de los callistas tuvo éxito: los nuestros retrocedieron a sus últimas posiciones. Los clarines callistas tocaban *a Diana*: atacaron con más furia la tercera línea que rechazó la embestida. Los callistas se reorganizaron para dar el otro asalto. Los cristeros comandados por Ibarra, Bouquet y Caro, atacaron por la retaguardia, lo que no esperaban las fuerzas del Gobierno y... asegura el cuentitas, que no les quedó otro recurso que huir... Lacarra, dice, iba tan asustado que, con los pocos que le acompañaban, pasó por Ameca sin detenerse".

"Gracias al auxilio de Dios —termina— triunfaron una vez más las humildísimas e impreparadas fuerzas cristeras, 900 hombres, y sufrieron una contundente derrota las poderosas y bien pertrechadas fuerzas callistas como con 600 hombres".

Otra de las garrafales mentiras que estampa en su libro el "generalísimo" Degollado Guizar, es que "por esos días el General Avila Camacho, por conducto de la masonería", escribió a Bouquet y a él, ofreciéndole fuerte cantidad de dinero, porque se separaran del movimiento cristero. Como no publica esas mentadas cartas, estamos seguros de que esto fue otro de sus frecuentes sueños... de iluminado.

Ahora, para seguir en lo posible el orden cronológico daremos a conocer otro fantástico combate, relatado por el autor cristero *"Espectator",* en la región de los Volcanes de Colima. Como todos, presenta solamente victorias para la causa de *Cristo Rey,* exageraciones y falsedades que a estas fechas, más que infantiles, parecen tendenciosas.

"De el combate de *Camotlán,* comienza por grabar en la mente de sus lectores, este subtítulo: *"¡Marcos V. Torres y sus catorce muchachos... contra cuatrocientos...!".* ¿Lo cree Ud. lector, como si fuera *artículo de fe?* Leamos esta maravilla.

"Marcos Torres, que había ascendido a Coronel, Jefe del Estado Mayor de Anguiano, recorría en aquellos días el Oriente y Sur del Estado, en donde tuvo algunos encuentros de importancia con los callistas. Entre estos el principal tuvo lugar el 23 de enero (1928), en la estación del ferrocarril de Colima, en las orillas mismas de la ciudad. Los libertadores que en esta hazaña acompañaban al Corl. Marquitos, eran sólo *catorce,* de

los cuales diez u once eran muchachos de *quince a veinte años;* y los tres o cuatro restantes, de menor edad aún. Los enemigos eran *cuatrocientos,* (contados a dedo, ni uno más ni uno menos) porque salieron a batirlo no solamente los federales, sino agraristas, gendarmes y aún algunos voluntarios, simpatizadores del régimen callista".

"El campo de combate era el llano extenso de la Estación, desprovisto de bosque y de toda trinchera. Aún más; inmediatamente fueron preparados dos aereoplanos de guerra que no dejaron casi ni un momento de arrojar bombas explosivas y de hacer funcionar sus ametralladoras sobre aquellos *quince cristeros* que luchaban con singular arrojo".

¡Achícale, compadre! Porque aquí va lo bueno, en donde empiezan los milagros. ¿Ya vieron ustedes que se les echó encima todo aquel mundo de gente, con toda clase de armas ofensivas y hasta parece que se le olvido mencionar entre ellas *carros blindados, tanques, artillería de grueso calibre?* Pues eso no fue nada, ni las *"cinco horas de lucha"*. Veamos el resultado: "Por parte de los enemigos hubo *más de cuarenta muertos*... Por parte de Torres, *un herido,* el cual cayó en poder de los perseguidores y oprimido por sus amenazas, olvidó sus juramentos de fidelidad y denunció a algunas de las personas bienhechoras de la *causa insigne,* cosa en verdad rarísima entre los cristeros. Pero de todos modos, siguiendo la rutina, hace resaltar *"el poder de Dios en favor de sus campeones, los valientes macabeos", asegurando* con especial frescura: Decían admirados unos oficiales del Ejército de Calles en el andén mismo de la Estación ferrocarrilera *si tuvieramos cien hombres* como esos muchachos... ¡Es casi seguro que con este elogio el Napoleón Cristero que escribió sus *Memorias,* se ha de haber sentido orgulloso y satisfecho!

Por esos mismos días en Comala del mismo Estado de Colima, los gendarmes de la población, al mando de su Jefe J. Félix Hernández, se fueron a unir con el cabecilla cristero Manuel Michel, en la Mesa de la Yerbabuena y junto con Félix Ramírez, fueron a atacar al pueblo mismo en donde habían sido "guardianes del orden público" en quien las autoridades habían depositado la confianza a la que desde luego hicieron muy poco honor.

El resultado de este felón ataque, según el escritor que venimos citando: *"diecisiete muertos de los perseguidores* que en este caso a nadie perseguían los pocos empleados fieles al Gobirno; recogieron ocho mausers, una pistola escuadra 45 y obundante parque". Esto fue ya el 12 de febrero de 1928.

"En el mes de marzo —seguimos tomando del autor citado— el Corl. Marcos Torres emprendió seria campaña contra los agraristas de la región de Tepames. El día 6 atacó en primer lugar ese pueblo, en donde tenían su centro de operaciones. Aunque el combate fue recio, no logró sacarles de su posición; pero si les hizo *ocho muertos y algunos heridos,* según parte oficial... En la madrugada del día 8, un grupo como de 300 cristeros atacó a los agraristas de Cardona... Al ver los agraristas la formalidad del ataque y la superioridad de las fuerzas de los cruzados, después de corto tiroteo, tuvieron que huir por entre el bosque de la barranca, hasta la hacienda de La Estancia".

"Entre tanto los soldados del destacamento callista de Buena Vista, salieron a dar auxilio a sus compañeros de Cardona; pero no sólo llegaron tarde, sino que se les batió tan fuertemente, que se les hizo retroceder en precipitada huida hasta la misma hacienda de donde habían salido. Cuando los libertadores regresaban, después de haber ido en persecución de los callistas de la hacienda de Buena Vista, fueron atacados en Portezuelo por otras fuerzas callistas de línea, a las cuales igualmente hicieron huir". ¡Con estos verdaderos tigres y panteras, no se podían obtener, grandes victorias! Sigamos leyendo.

"Después de esta triple victoria, cuando en la hacienda de Corralitos descansaban las fuerzas del Corl. Torres, fueron atacadas de nuevo. Entonces los libertadores se batieron *en retirada,* con objeto de hacer caer a los enemigos en una emboscada, lo cual no consiguieron".

¡Qué lástima, porque es también seguro que estos leones cruzados los hubieran despedazado! Veamos ahora el saldo del día: *"Los callistas tuvieron veinticinco muertos,* aparte de algunos heridos. De los soldados cristeros... *dos muertos".* ¡Como si dijéramos... *únicamente dos tristes muertos!* Estas cuentas alegres y de color de rosa, las encontraremos en todas las novelas y libros cristeros.

"Era el medio día del 24 de marzo de 1928, cuando las fuerzas enemigas, provenientes de Jalisco, haciendo lujo de fuerza, se presentaron en la Zona de Zapotitlán. Las piezas de artillería funcionaban sin cesar para infundir terror. Las familias corrían a esconderse en las cuevas de las barrancas, temerosas de ser víctimas de la crueldad y lujuria de la soldadesca que comandaba el General *Avila Camacho".*

¡Atiza! Si Don Manuelito que con sus inoportunas declaraciones de católico creyente les dió tanto estímulo a las actividades clericales, hubiera leído el párrafo anterior, estamos seguros

que se hubiera arrepentido de los favores que les hizo y las consideraciones que les guardó hasta durante la campaña cristera.

Pero sigamos. "La ruina se iba sembrando por doquiera que aquellos hombres pisaban; las casas eran incendiadas y cuanto se encontraba al paso era destruido. El 25 se estrechó el cerco. Avila Camacho logró llegar hasta San José del Carmen y por la parte de Colima el General Pineda, trayendo también grandes fuerzas, acampó en la Hacienda de San Antonio. Salazar que estaba entonces al frente de las fuerzas cristeras del cuartel de la Mesa de la Yerbabuena (llamada por ellos de *Los Mártires*), temió el ataque, porque juzgó no poder resistirlo y, no obstante las magníficas posiciones y olvidando sobre todo el *auxilio de Dios, que nunca había faltado* a los cristeros cuando en él habían confiado, ordenó la evacuación y antes que se cerrara el círculo enemigo, salió para *Cerro Grande.* No quedó en el viejo cuartel sino el valiente Capitán Cruz, al frente de siete o nueve soldados, para resguardar la salida de las familias que ahí había y las cuales huyeron hacia las lobregueses del cono árido y riscoso del Volcán".

"Al tercer día, o sea el 27, los Generales callistas Pineda y Avila amacho, entraban al campamento de La Mesa. Componían sus tropas más de *mil hombres.* El libertador Cruz, que sólo contaba con aquellos siete o nueve cristianos (cristeros), no vaciló en hacer frente a tantas fuerzas; resistió por unos momentos y logró hacerles *unos veinticinco muertos.* De los libertadores, con los que murieron en el tiroteo, y los que fueron aprehendidos y matados aisladamente en aquellos días, *sólo se registraron cuatro bajas".*

He aquí las ventajas, no de la táctica de los que luchaban en el campo rebelde, sino la de los que escribían sus portentosas proezas.

¡Fue mucho confesar que, al lado de *veinticinco muertos* de los vencedores, habían tenido los cristeros por todo *cuatro bajas!*

Todos estos milagros que *"con la ayuda de Dios se obtenían* y que veremos con frecuencia relatados en las páginas subsecuentes, tienen todo el aspecto de *"vulgares tomadas de pelo".*

— XXVII —

ROTUNDO FRACASO; ATAQUE DE LOS CRISTEROS AL PUERTO DE MANZANILLO, COLIMA

Aun cuando el Historiador cristero llama aparatosamente *toma,* en realidad lo de Manzanillo fue un fuerte ataque de los rebeldes, para el cual concentraron todos los elementos de la región de Colima y algunos de la de Jalisco y Michoacán. Por la prolija descripción que hace podemos deducir que, desde el punto de vista militar, fue un rotundo fracaso.

Hay en estos relatos, como es natural, mucho de egocentrismo, de autobombo y, sobre todas las cosas, un manifiesto y desorbitado afán de exhibirse, aun cuando para ello tenga que hacerlo en "paños menores".

Hay momentos también en que creemos estar leyendo uno de esos fantásticos cuentos que contaban a sus nietos las abuelas de antaño, cuando teniéndolos sentados sobre las rodillas, en las noches tibias y serenas de nuestras regiones eternamente primaverales, veían pasar tranquilamente la luna llena, por un cielo azul y despojado.

En esta vez, como en otras, pasaremos por alto los detalles ampulosos y los berengenales en que se mete, cuando trata de disculpar su explicable impericia y la de los subalternos que le acompañaron en esta acción.

Fue, según parece de Cihuatlán, el 24 de mayo de 1928, cuando previas las terminantes órdenes del generalísimo Degollado, de donde partió el ataque. Y de ese punto inicial partieron las columnas de choque, ya cada una con su misión especial. Oigámosle:

"Caminamos toda la noche. Rezábamos el rosario y recitábamos jaculatorias, pidiendo a Dios ayuda. Como a las tres de la mañana, llegamos a las orillas de Cihuatlán. Allí hicimos alto y, después de las últimas órdenes, nos separamos para iniciar el avance. Antes de amanecer, nuestras tropas habían hecho un movimiento de enlace y, en círculo cerrado, avanzamos so-

bre la Plaza. Pronto empezó el fuego de fusilería, pero demasiado débilmente... Los 600 hombres que formaban nuestra columna avanzaban arrollando cuanto encontraban. Las bombas de mano empezaron a atronar el espacio y apenas amaneció, el enemigo entregaba sus armas. Recuerdo que cuando entrábamos nosotros a la Plaza, el Gral. Cueva acababa de llegar; el valiente soldado de Cristo había cumplido su promesa. Se recogieron abundantes armas, buen número de cartuchos y se dejó en libertad a los prisioneros. Se avanzó gran cantidad de caballos muy buenos que pertenecían a políticos de Guadalajara".

"Rápidamente las tropas tomaban algún alimento que con gran voluntad y en abundancia le obsequiaban los vecinos, cuando de pronto se empezó a escuchar el cañoneo del Barco *Progreso,* que bombardeaba a nuestros compañeros".

Se desprende que, aparte de los 600 cristeros que habían entrado al Puerto de Manzanillo y obtenido sobre la pequeña guarnición tan fácil y pasajero triunfo, se había quedado en Cihuatlán, punto de partida del ataque, el resto de los contingentes rebeldes. De manera que, cuando el Progreso empezó a cañonear a los que se habían apoderado momentáneamente de la Plaza, avanzó el grueso de esos contingentes, ya con un plan formal de ataque.

"Todas las tropas gritaban: *¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe!*... Ordené que rápidamente quedara la caballada al cuidado de un Escuadrón, para que la condujera con cuidado rumbo al Puerto. En catorce camiones y un coche se acomodó la gente y salimos. De antemano había ordenado que al llegar, se formaran tres columnas: una avanzaría por el flanco izquierdo, al mando del General Cueva; otra por el flanco derecho, al mando del Tte. Corl. Santana García y, la del centro, donde avanzaríamos nosotros. Ambas columnas enlazarían con las de ataque del Gral. Bouquet, la del Mayor Anatolio Partida y la del Mayor Rafael Covarrubias".

"Media hora después, avistábamos Manzanillo. Lo primero que vimos fue el barco que, girando en redondo, disparaba sus potentes piezas. Era indudable que los del barco se dieron cuenta de nuestra presencia, pero supusieron que las fuerzas que ocupaban los camiones, eran callistas. Tan luego como llegamos a un lugar que creí conveniente, ordené que las tropas bajaran rápidamente y se cubrieran en un recodo desde donde no se veían de el barco... Se formaron luego tres columnas. Los nuestros, por equívoco, nos hacían fuego desde un cerrito; creían que se trataba del enemigo; pero pronto nos reconocieron, porque nosotros no disparábamos en contra de ellos... Cuando

nuestra columna enlazó con la del Gral. Bouquet, ya dentro del poblado, el entusiasmo fue enorme. El cañonero Progreso, con todo y sus cañones, salió del Puerto, sin haber logrado detener el avance de las *victoriosas fuerzas cristeras,* a quienes *Dios y la Virgen* protegían. Los sitiados empezaron a entregar sus armas. Los nuestros entraron a la Aduana y *sacaron algún dinero* que se repartió entre las tropas; ya no se combatía, solo tiros aislados se escuchaban. Todo estaba en silencio, ya ni un disparo se oía. Unos diez soldados que estaban en la Plaza, hacían señas de que se fuera a recoger las armas... En esos momentos avisaron nuestros vigías que venía avanzando un tren que, aunque caminaba muy despacio, pronto llegaría y que traía tropas callistas, que se podían ver con los gemelos".

"Como Manzanillo es una ratonera, ordené que inmediatamente se retiraran las tropas, para ponerse a cubierto y no ser copadas... Nuestras bajas *fueron seis muertos,* los heridos *Dieciocho* que ya habían sido recogidos a la retaguardia. Los del barco *Progreso* regresaron y el callista Charis, que era un valiente, entró al Puerto y cortó a los *cuarenta y cin*co cristeros... Se entabló furiosa lucha. Los de Charis quedaron cogidos a dos fuegos; por los de Cueva y por nosotros. Dura fue la pelea; por ambas partes se luchaba con valor y desesperación".

"Como a las cuatro y media de la tarde, los que estaban dentro (ya copados), Cueva y los suyos, habían muerto todos... el enemigo no se atrevió a entablar combate con nosotros, porque sus *bajas pasaban de trescientos hombres.* Como a las cinco de la tarde, sin ser molestados, nos retiramos para el rumbo del poblado *El Mamey".*

Sin prescindir de sus acostumbradas fanfarronadas, cuando dice que el barco Progreso, "con todo y sus cañones, no había logrado detener el avance de *"las victoriosas fuerzas cristeras,* casi a regañadientes manifiesta que primeramente sus bajas habían sido *seis muertos,* además de los *cuarenta y cinco cristeros de Cueva que perecieron todos,* no sin hacer resaltar, con una precisión que es de admirarse, "que el enemigo no se atrevió a trabar combate" con ellos, por que "sus bajas pasaban de *trescientos hombres".*

Pero si, había ordenado a sus tropas se fueran retirando a retaguardia, para colocarse en un lugar más seguro; y él mismo y los que lo acompañaban, iban "a mata caballo rumbo al *Mamey.* ¿Cómo quería este generalísimo Cristero que el enemigo entablara combate "con los Molinos de viento de Don Quijote", por pocas que hubieran sido sus bajas y que él tuvo la oportunidad de contar *una por una?*

Y para que se vea hasta dónde llegan todos los escritores cristeros, en su afán de alterar los hechos, leamos esta otra descripción de la misma acción bélica que el proselitismo sectarista le ha dado capital importancia.

El autor de *"Los Cristeros en el Volcán de Colima"*, *"Espectator"*, que a juzgar por su pseudónimo, estuvo también presente en ella, aunque no sabemos cual haya sido su verdadero nombre, discrepa en muchos puntos del que acabamos de citar. En lo que si están todos de acuerdo es en exagerar los cómputos de bajas y en ponderar a cada momento la protección divina, el mencionar los abultados triunfos rebeldes.

"Por aquellos días —dice— los libertadores libraron *una formidable batalla* en la importante Plaza del Puerto de Manzanillo. Era el 24 de mayo. En las primeras horas de la madrugada, soldados del Corl. Marcos Torres, habían incendiado varios pequeños puentes y guardaganados, al Norte y Sur de la Estación Ferrocarrilera de Colima. La escolta del Jefe Cristero Alberto Gutiérrez dinamitó otro pequeño puente en la vía de Colima al Puerto. Preparado así el ataque, se desarrolló este contra el Puerto de Manzanillo, bien defendido aún naturalmente y protegido por el cañonero *Progreso*. Los atacantes eran, el Primer Regimiento Cristero de la División del Gral. Degollado, al mando del Gral. Bouquet, y la fracción del Segundo Regimiento, o sean los libertadores de Cerro Grande, al mando del mayor Candelario Cisneros".

"Unas tres horas llevaban de rudísimo combate, cuando aquellos cristeros fueron auxiliados por el Quinto Regimiento, al mando del Gral. Lúcas Cueva y por el propio Gral. Degollado, con su escolta y su Estado Mayor que, *haciendo derroche de valor,* al igual de los primeros, fueron arrebatando palmo a palmo el Puerto al enemigo, a pesar de la desesperada resistencia de este y del continuo bombardeo del Cañonero. Hubo un momento en que los callistas tocaron a rendición y el Cañonero intentó salir de la Bahía. La plaza entera estaba en poder de los libertadores y el enemigo huía derrotado".

Nótese desde luego cómo ni uno ni otro hacen como en otras ocasiones, resaltar el número de los defensores del Puerto, que era en realidad reducido, ni de sus elementos de lucha que eran exiguos. En cambio, aun en las derrotas bien definidas como esta, presentan primero la parte más halagüeña. Veamos sin embargo cómo nos muestra, muy a su pesar, el reverso de la medalla, la parte dura del revés recibido, aunque no deje de

"endulzarlo" con difirentes disculpas, de esas de las que dice el vulgo que "desde que se inventaron... se acabaron los pe... llejos".

"Cuando ya los callistas habían tocado a rendición y empezaban a entregar sus armas; en esos precisos momentos y debido a que el Jefe Don Alberto Gutiérrez, encargado de interrumpir por completo la comunicación, no solo telegráfica y telefónica, sino ferrocarrilera, entre Colima y Manzanillo, no cumplió con su deber, tal como era debido, y solo se limitó a dinamitar un pequeño puente que fue reparado en breve tiempo, se presentó, sin que lo esperaran los libertadores, un tren callista (¡hasta los trenes eran partidarios de Calles!), procedente de Colima, pletórico de soldados, al mando del Gral. Heliodoro Charis, Jefe de las Operaciones en el Estado. Entonces la situación de los cristeros fue en extremo terrible. Con la llegada del tren militar, quedaron divididos en dos partes y aislados los unos de los otros; más aún, un grupo considerable, quedó completamente copado. Los soldados de Charis que acababan de llegar, estaban por el frente, la laguna por la derecha, el mar por la izquierda y, los callistas que habían huído y ahora retrocedían con nuevos bríos, por la espalda...".

"La carnicería fue terrible: en los primeros momentos de nueva y rudísima lucha, perecieron muchos de los *federales*. (¡Esos no contaban con la eficaz ayuda de ningún santo!)... Pues los federales que al ir saliendo del ferrocarril en gruesos grupos y precipitadamente, presentaban blanco con todo el cuerpo... Mas luego se adueñaron de la Estación y se entabló formidable batalla que dejó la calle sembrada de cadáveres. Hubo escenas de muy alto heroismo y de grandioso valor cristiano. El Gral. Cueva quedó aislado al pié de la montaña con unos cuantos de sus soldados, en una pequeña casa que le servía de baluarte. Al derredor de ella quedaron (aquí va la parte color de rosa), los callistas muertos en gran número; pues iban pereciendo *todos sin remisión,* a medida que se acercaban, hasta que se puso fuego a la casa, última morada terrena de aquellos bravos cristeros. Otros varios libertadores fueron tomados prisioneros y preferían pedir la muerte, antes de que se les considerase rendidos. Ante aquella fuerza inesperada y superior, y cuando ya era imposible la resistencia, el Gral. Degollado ordenó la retirada"... ¿Victoria o fracaso?

¡No lo dijo más triste Garcilazo! Pero veamos ahora la parte agradable de esta *"formidable batalla"* y jornada memorable. *"Saldo del combate"*:

"De los enemigos: *más de trescientas bajas*. De los soldados de Cristo Rey, *unas cuarenta y cinco,* contando muertos, heridos y dispersos; de entre estas, de los soldados pertenecientes a las fuerzas colimenses, solamente hubo *tres muertos*". ¡Las matemáticas cristeras son especiales!

En las bajas atribuídas a las fuerzas del Gobierno difieren mucho y antes se quedaron cortos. En lo que si hay una gran diferencia, porque no se pusieron de acuerdo ni "para mentir ni para comer pescado", en lo que a ellos corresponde. No menciona, por ejemplo los "dieciocho heridos que fueron recogidos a la retaguardia", ni los *seis muertos* que dice Degollado aprovecharon los hoyos que dejaban las balas del Progreso, para sepultarlos, y otros detalles de discrepancia que no vale la pena hacer constar. Viene eso sí, las inculpaciones y recriminaciones, fuera de tiempo y de las que "a nada conducen"...

Uno de ellos escribe. "Ese mismo día, al obscurecer, después de dar a conocer el saldo del combate, se acercaron las fuerzas del cristero Salazar, por el lado Norte de Colima, al mando del Tte. Corl. Víctor García y combatieron en San Francisco, poblado cercano a la Capital del Estado, el mismo tiempo que el Corl. Marcos Torres, sin encontrar resistencia, entraba en la Ciudad por el lado Oriente".

El otro; después de "muchas vueltas y revueltas" de lenguaje, para quitarles a sus partidarios la mala impresión, lo amargo de la boca, asienta... "A mi llegada al campamento supe por los partes que rindieron que el Gral. Alberto B. Gutiérrez, había volado el puente *Negro;* es decir cumplió con la comisión encomendada; pero no lo hizo bien, pues que el tren militar pudo pasar. Los que si fueron gravemente responsables el Gral. Salazar y el Corl. Marcos Torres que, en vez de atacar al amanecer la Ciudad de Colima, se presentaron allí hasta las cinco de la tarde, cuando no había ya fuerzas que los pudieran molestar gran cosa. Yo en parte disculpo al Corl. Torres, porque quedó subordinado o supeditado a Salazar; pero Salazar si merecía que se le hubiera formado consejo de Guerra y haberlo fusilado. Sin embargo yo no quise hacer uso de mi autoridad, para evitar mayores males, como los que pasaron en los *Altos,* cuando mandaron fusilar al Corl. Victoriano Ramírez, *El Catorce* (precisamente por órdenes del Cura Vega)... Yo en lugar del Corl. Marcos Torres, aún cuando estaba subordinado a Salazar, lo *hubiera desobedecido,* para cumplir las órdenes superiores... En mi modo de pensar, Salazar fue el causante de la muerte del Gral. Cueva y de sus compañeros...".

Todavía resistiéndose obsecadamente a reconocer la derrota, se echaban la culpa unos a los otros, aunque también discrepando mucho en sus apreciaciones. En realidad no había que buscarles "tres pies al gato", la estrella de la buena suerte, que por algún tiempo los había halagado con su brillo fugaz, empezaba a opacarse y *Cristo y todos los Santos que invocaban,* también les empezaban a voltear las espaldas.

x X x

Después del fracasado ataque al Puerto de Manzanillo, para el que, como vimos en páginas anteriores, el llamado *Ejército Libertador* concentró la más grande, como si dijéramos "la flor y nata" de sus contingentes y pasada la primera fase del cual, consiguieron entrar a la población, hacerse de algunos elementos de combate, permaneciendo algo más de una hora en posesión no muy tranquila de la Plaza, por algún tiempo, como es de suponerse, no volvieron a tener hechos de armas de alguna importancia, ni en la región de los Volcanes de Colima ni en los poblados de los límites con el Estado de Jalisco.

En todo el mes de junio y los primeros quince días de julio de 1928, se ocuparon los caudillos de *Cristo Rey* en curar a sus heridos y en reorganizar a sus maltrechas huestes. Sin embargo, tuvieron algunos encuentros forzados, con las fuerzas federales, de los que vamos a dar ligeramente cuenta, documentándonos, como lo hemos venido haciendo, en obras escritas por apasionados clericales, con todas sus falsedades y exageraciones, a fin de que el lector conciente, se dé perfecta cuenta de cómo deformaban los acontecimientos con miras a favorecer a su causa.

No importa que a las simples "escaramuzas y tiroteos" les llamen aparatosamente "grandes batallas". Es solamente la manera de apreciar las cosas.

"En los días 1, 2 y 3 de junio de 1928, fue atacado el Corl. Marcos Torres en la Hacienda de El Naranjo. En este combate murió, tras de un fortín, luchando como valiente, el Mayor del Ejército Cristero, Pedro Radillo y fue capturado don Francisco Indahrt, católico español. Por parte del enemigo, hubo *"no menos de cincuenta bajas,* entre muertos y heridos... El capitán libertador Andrés Navarro, con un grupo de valientes que, había regresado a sus regiones de Monte Grande sostuvo victorioso los primeros combates, sin tener una baja siquiera, haciendo al enemigo, *varios muertos,* entre ellos al Mayor Jefe del destacamento de la hacienda de *La Esperanza.* En el primero de estos encuentros, acaecido el 22 de junio, se derrotó completa-

mente a los callistas, a quienes se hizo retroceder desbandados y en precipitada huída hasta la Hacienda de Quesería".

"En esos últimos días del mes de junio de 1928, en Talpita los cristeros pusieron una emboscada en la que cayeron algunos soldados del Gobierno y en esa acción el *sacerdote Ramón Pérez, también disparaba su arma,* como cualquier combatiente. Parte del Regimiento gobiernista se retiró hacia Ayutla".

El ataque a un campamento cristero cerca de la región del Volcán de Colima y el asalto a una Estación ferrocarrilera, vinieron a cerrar el ciclo de operaciones militares, aunque ninguna de esas acciones de armas tuvieran importancia suficiente para determinar un cambio radical en la situación de ambos contendientes, siguiendo a ellas una tregua, un silencio parecido al que precede a las tempestades, a las catástrofes, revelador de algo inesperado.

Flotaba ya en la atmósfera el hálito de la tragedia. Las huestes de Cristo Rey, en su mayoría se replegaban a tomar aliento en los escondrijos favoritos de las montañas. Como fieras acosadas, buscaban abrigo en las cuevas, en las barrancas de las inhospitalarias serranías.

— XXVIII —

DOCUMENTO HISTORICO; TORTUOSA POLITICA CLERICAL

La mayor parte de los que han escrito sobre *"La Rebelión Cristera"* en México no lo mencionan, porque no les conviene; este documento vale la pena darlo a conocer: revela que ya las discrepancias de criterio habían empezado a minar la moral de los que, al principio habían creído, tal vez de buena fe, que luchaban por un verdadero ideal y que la Iglesia Católica, Apostólica Romana, que los había estimulado arrojándolos a la hoguera de la lucha armada, los sostendría hasta el fin.

¡Qué equivocados estaban! La política ondulante y sin firmeza de ideales que siempre ha seguido el Clero en todos los tiempos, hizo que, con anticipación empezaran a preparar los ánimos de los fanáticos, en el sentido que a esa política convenía, sin importarle los inmensos sacrificios que había costado y aún estaba costando, la defensa, con las armas en la mano, de sus intereses y de sus privilegios terrenales.

A mediados del año de 1928 y cuando después del ataque al Puerto de Manzanillo, los caudillos cristeros hacían esfuerzos inauditos para mantener la cohesión indispensable entre sus ya muy desmoralizadas tropas, apareció un *memorial,* dirigido al Papa de Roma, Pío XI, cuyo texto copiamos, no sin antes precederlo de algunas consideraciones del mismo autor clerical de donde lo tomamos, porque explican mejor su contenido y alcance.

"...Tuvieron en este tiempo una gran angustia y sobresalto los esforzados católicos que luchaban por la *Libertad Religiosa*: el temor de que, haciendo fe a los perseguidores, la *jerarquía* (*eclesiástica*) fuese a entablar con ellos algunos arreglos, para poner fin a la lucha por la *libertad;* pues harto conocida era la *malignidad y astucia de Calles y los suyos,* que fingídamente proponían derogar después las Leyes, con tal de que se reanudase inmediatamente el culto público, que era lo que a ellos importaba para la pacificación del País". ¡Burda mentira!

Manifiesta está en estas palabras la hipocresía del Clero, pues a quien más convenía, por el ingreso seguro de servicios religiosos y demás, la reanudación de los cultos, era precisamente a esa organización explotadora del pueblo, y no al Gral. Calles ni a su Gobierno. Por otra parte, y esto es preciso que lo conozca el pueblo católico mexicano, *jamás funcionario alguno del Régimen, prometió la derogación de las Leyes progresistas que hasta la fecha nos rigen*. Esta verdad es lo que más les ha dolido.

"Entonces, con fecha 31 de mayo se elevó al Santo Padre, un extenso *Memorial,* suscrito por la L.N.D.L.D.R. (*Liga Nacional de la Defensa Religiosa*), *Los caballeros de Colón,* la *A.C.J.M.*, la *Confederación Católica del Trabajo, La Asociación de Padres de Familia* (que ya desde entonces había dado color clerical), *Las Congregaciones Marianas, La Confederación de Estudiantes Católicos, La Juventud Femenina, El Círculo Sacerdotal "Cristo Rey", La Tercera Orden Franciscana y El Rosario Perpétuo".* Es decir; todas las organizaciones confesionales católicas militantes.

Dicho documento expresaba:

I.—"Que vamos a tratar un asunto en extremo grave y confesamos que no dejamos de experimentar cierta turbación al resolvernos dirigir a Vuestra Santidad este curso; pero nuestra confianza se reanima considerando que hablamos a *nuestro Padre* y que tenemos completa certeza de que lo que El determine es lo que nos conviene.

II.—"Que desde que, por determinación del *Venerable Episcopado Nacional,* confirmada por la *Santa Sede,* se suspendió el culto público en toda la Nación, por no sujetarse a la escandalosamente tiránica *Ley Calles,* han estado corriendo rumores, más o menos fundados, de que ciertos individuos del Gobierno sectario y perseguidor, han estado intentando entrar en pláticas con algunos de los *Ilustrísimos Prelados,* con el fin de llegar a un *arreglo* que sustancialmente se basa en estos dos puntos: Reanudación inmediata del culto público. Promesa por parte de los perseguidores de *ir derogando paulatinamente las leyes persecutorias".* ¡Cosas enteramente falsas *de toda falsedad;* el Gobierno del General Calles, ni después el del Lic. Portes Gil, hicieron ninguna clase de promesas en ese sentido!

"En estos momentos —continúa el *Memorial*— se tiene la certeza de que tales negociaciones se están llevando a cabo con particular actividad por algunos *Ilustrísimos Prelados*... III.—Que por las actividades a que nos hemos consagrado (actividades por cierto delictuosas por estar al margen de la Ley), esta-

mos en condiciones de saber lo que en las diversas clases sociales se quiere y se siente, con relación a los asuntos del *conflicto Religioso;* y en esa virtud podemos dar testimonio de ellos con conocimiento de causa... IV.—Que hay en todas las clases sociales, especialmente en *las acomodadas, personas* para quienes por desgracia, el *conflicto Religioso* y la *enconada persecución,* no significan otra cosa que las *molestias y pérdidas* que con motivo de la lucha se ocasionan; y por esa causa quisieran que cuanto antes esta cesara, de cualquiera manera y se volviese a la paz, aunque esa paz *fuese la que reina en los sepulcros.* Esas personas no han luchado jamás por su fé, ni lucharán por ella... V.—Que, a Dios gracias, no es su parecer el dominante entre los que sienten en el alma el *conflicto.* Aquellos que se han entregado de todo corazón a defender las libertades más sagradas, en diversos géneros de actividades, y los que aún por motivos particulares, no han podido entregarse a la lucha, pero que han dado patentes muestras de que aman de verdad su fe y anhelan su conservación en su Patria, manifiestan, movidos por una especie de instinto sobrenatural, vigoroso, preciso, vehemente, una honda inquietud, un profundo temor, un grave desconcierto, cada vez que se habla de que se llega al fin del *conflicto* por medio de un arreglo provisional, como el que hemos expresado. Consideran las gravísimas consecuencias que se seguirán de él: A.—Un sentimiento de desaliento, de derrota; porque es seguro que así se estimará por todos los que han conocido del *conflicto* y así lo sentirán todos los que han tomado parte en él. B.—(Lo suprime el autor de donde tomamos el memorial, lo mismo que los que le siguen: sus razones de discreción jesuítica debe haber tenido). H.—La certeza fundada en una amarga y segura experiencia, de que los perseguidores no cumplirán los compromisos contraidos, así lo hicieran empeñando su palabra más sagrada de honor; porque son, aunque muy hábiles para la maldad, *de una falta de cultura, sobre todo moral,* verdaderamente asombrosa y se podría asegurar que en el momento que cesara el interés que actualmente tiene por obtener la paz, desconocerían con la mayor desvergüenza sus compromisos, sin que les importase nada que ante el mundo se les dijese que no tenían honor... I.—La convicción más firme que muchos abrigan de que lo que pretenden los perseguidores es deshonrar la causa que defienden los católicos, presentando el espectáculo de ver a la Iglesia sujetarse a la Ley que la misma condenó y obtener la rendición de los que, en el ejercicio del sagrado derecho de *legítima defensa,* se han enfrentado con los tiranos y resistido con las armas en la mano... (La J

también la suprime). K.—La repugnancia que todos los creyentes sinceros experimentan de ver a su *clero* sujetarse a pasar por las *horcas caudinas,* de una inscripción infamante en los registros municipales, obligados por una Ley que tanta sangre ha costado a los católicos y por unos tiranos que la Nación entera, con toda justicia detesta; con la circunstancia agravante de que los sacerdotes verían limitado su número y quedarían sujetos contínuamente a las impertinencias y demasías de las autoridades que no saben otra cosa que pasar tiránicamente sobre todo el pueblo... VI.—Que en cambio podamos dar testimonio igualmente de que, las almas se han sentido desoladas por una amarga tristeza que pesa sobre todas las que de verdad aman su religión; que vivimos contínuamente amenazados de graves peligros; que no cesan los atropellos; que la tiranía no conoce límites y cada vez encuentra algo más que exigir; que la sangre sigue corriendo a torrentes; que se han sufrido pérdidas en el orden material *considerables* y es seguro que seguiránse experimentando; el pueblo creyente *no quiere la paz,* si se ha de obtener con pactos provisionales y deficientes y acepta gustoso hasta la posibilidad, en verdad infundada, de que *desaparezca y sea extirpada la fe católica* en México, si ello se ha de lograr por los tiranos, ahogando a los católicos en sangre y destruyendo la nacionalidad mexicana; tanto más que el auge que día en día va tomando *nuestro movimiento armado,* nos permite fundar sólidas esperanzas de que el Gobierno, al menos quede *fuertemente escarmentado* y se interese en arreglar el asunto religioso, y que en adelante los gobernantes eviten lastimar la conciencia nacional... VII.—Que es verdad que algunas veces se advierten signos inequívocos de desaliento, de desconcierto, de cansancio, de abandono; pero ello es un fenómeno muy natural en toda lucha prolongada y sólo reviste gravedad cuando reconoce como causa la perturbación que motiva el temor de arreglos deficientes. "Los espíritus se han levantado, *Santísimo Padre,* con solo saber que *vuestra Santidad* ha proferido nuevas palabras de aliento para vuestros hijos torturados, los mexicanos, y que de nuevo ha vituperado la tiranía que nos martiriza; que la *Santa Sede* ha hecho un llamamiento a la Prensa de todo el mundo para que quede rota la criminal conjuración del silencio con que se ha envuelto por los sectarios y sus protectores del extranjero la larga, sangrienta y formidable tragedia mexicana; que a la poderosa palabra del *Padre Común* de los fieles, han respondido con entusiasmo y virilmente, muchos hermanos nuestros en *Francia, Alemania, Polonia, Hungría, Irlanda, Italia, Austria,* etc., etc.... IX.—Que supues-

to todo lo dicho, con todo acatamiento pedimos a *vuestra Santidad,* en quien reconocemos anegada el alma en sentimientos de honda gratitud, a nuestro padre y a nuestro protector, tenga la dignación de recordar en el momento supremo, este testimonio que le rendimos...".

"Como la distancia a Roma es larga y había además que salvar mil dificultades para poder depositar el *Memorial* en una oficina extranjera de Correos, dada la censura de la tiranía, y en todo esto el tiempo corría, se mandó además, desde la Oficina telegráfica de *Laredo, Tex.,* un telegrama con el extracto substancial, firmado por las siguientes personas: *Por la Liga Defensora,* Rafael Ceniceros Villarreal.—Por *A.C.J.M.,* Jorge Núñez Dávalos.—Por *Caballeros de Colón,* y *Asociación Nacional de Padres de Familia,* Eduardo Limón.—Por *Congregaciones Marianas;* Luz Fromento, Eduardo Hubard, Esquivel Alfaro. —Por *Estudiantes Católicos,* Luis Rivera (del Val).—Por *Confederación Católica del Trabajo,* García León.—Por *Juventud Femenina,* Juana Arguizóniz.—Por *Tercera Orden Franciscana,* Victoria Keny.—*Rosario Perpétuo,* Fray Mariano Navarro.—Por *Círculo Sacerdotal "Cristo Rey",* Presbítero Emilio Montero". ¡Se curaban en salud, y...

En esta forma hábil preparaban el Clero y la Iglesia Católica una especie de lo que en términos jurídicos se llama la "coartada", para impresionar, no solamente a la opinión de los católicos tibios, sino hasta la opinión internacional, haciendo creer que "el pueblo mexicano necesitaba la reanudación de los servicios religiosos", cuando precisamente por la falta de ellos se había ido acostumbrando a prescindir de ellos, convencido de que "no le hacían falta" y de que podía vivir feliz. A los sacerdotes los empezó a ver con indiferencia y a perder mucho de la fe en la religión de "sus mayores".

En cambio las entradas por concepto de "limosnas, donativos, construcción o reconstrucción de templos, reparación de imágenes, bautizos, matrimonios, sufragios, misas y otras jugosas obvenciones pecuniarias, habían disminuído considerablemente en más de dos años de suspensión de culto. Los curas que no andaban en "la bola", vivían de milagro, a expensas de amigos caritativos; los Obispos no recibían la "parte del león" que de esas entradas les corresponde y al Papa de Roma no se le podían mandar los *millones de pesos* que, convertidos, no en liras, sino en dólares, se le sitúan anualmente al Vaticano, cuyas *reservas en oro,* en los Bancos de Roma y de los Estados

Unidos, pasan en la actualidad de los *dos mil millones de dólares.*

¡Esta es la *pobreza* y la *humildad* del representante de Cristo en la tierra!

Los hechos demostraron después y hasta la fecha lo siguen demostrando, que el contenido de ese *Memorial,* maniobra del V. Clero para despistar, a los cándidos creyentes, firmado por las personas que arriba constan, ni era el sentir del verdadero pueblo católico de México, ni mucho menos esas personas hablaban en su nombre. Por último ni siquiera fueron sinceras consigo mismas. Para esta malograda aventura cristera así como para las tortuosas maquinaciones de que se valieron los *jerarcas* del Clero Católico, para enfrentarse, como lo hicieron al Gobierno de la Revolución, no contaron jamás con la mayoría de los creyentes católicos. Eso fue lo que, al final de la jornada les asustó. Habían agotado todos los medios de oposición; habían obstruccionado la labor del Gobierno en todas las formas posibles e imaginables y... se habían dado "frentazos contra la pared".

He aquí en parte la explicación de este *"Memorial"* que preparaba el terreno para, más tarde, como lo veremos en capítulos posteriores, buscar la salida que más conviniera a sus intereses materiales, sin tomar en cuenta los sacrificios de los católicos combatientes.

Es necesario que quienes las ignoran sepan estas cosas, sobre todo los católicos; la Rebelión Cristera sirvió para abrir los ojos a muchos.

México es uno de los *veintitantos* países de Latinoamérica en donde la Iglesia Católica, antes y después de su Independencia, ha gozado de situación privilegiada y de predominio temporal, constituyéndose sus testaferros en dueños absolutos de *vidas, honras y haciendas,* siempre al lado de los poderosos, de los tiranos, de los explotadores del pueblo. El porcentaje de creyentes que en tiempos de la Colonia y a raíz de la emancipación podía computarse en un *ochenta y cinco por ciento* o más, ha ido poco a poco disminuyendo, debido a los torpes manejos, a los abusos, a los vicios, a la descarada depravación de los sacerdotes, en una desconsoladora mayoría. En lugar de honrarla han desprestigiado a su religión.

Por otra parte, la tenaz resistencia del Clero al acatamiento de las Leyes ha sido además una de las causas de que el pueblo se haya ido resfriando en sus creencias religiosas. ¿Cómo va a tenerle confianza y cariño el pueblo mexicano al Clero de una Religión que varias veces lo ha arrastrado injustamente a la asonada, al cuartelazo, a la rebelión y fue causa de la inter-

vención extranjera y de la pérdida, por sus traiciones, de una gran parte del territorio nacional?

Por eso en el caso concreto de la *Rebelión Cristera* pasada no fueron todos los católicos, ni en realidad todos los que en ella estuvieran eran verdaderamente católicos. Eran simple y sencillamente *cristeros fanáticos.*

El documento que acabamos de transcribir, por lo demás, revela una completa desorientación y una falta absoluta de sentido moral.

"Si estos documentos —dice el autor de que los tomamos, refiriéndose al memorial y al telegrama— llegaron o no a manos del *soberano pontífice;* más aún, si ellos influyeron en algo, no lo sabe el que esto escribe; pero de todas maneras *quiso Dios que fueran desechadas* las proposiciones del enemigo, y este, despechado, continuó la persecución con mayor fuerza y encarnizamiento y así, en la región de Colima, repercutió la saña impía. Pocos días después se desencadenó una fuerte campaña en contra de los libertadores".

Ya lo dijimos que esas decantadas proposiciones de que habla el autor cristero tendenciosamente, jamás fueron hechas. No es lógico ni humanamente creible que de dos grupos que se combaten, el más fuerte, el que lleva la iniciativa y las mayores ventajas en la lucha y va triunfando en toda la línea, haga ninguna clase de proposiciones de arreglos. Puede recibirlas y aceptarlas o no, cuando más.

Ya veremos después, cómo, al año siguiente de esta infantil maniobra, cuando ya se vieron completamente perdidos y sin esperanzas de ninguna especie, fueron ellos, los firmantes del *Histórico Memorial,* los que aceptaron y hasta estimularon al Episcopado Mexicano, para que propusiera los convenios. ¡El que se anda ahogando se agarra de una brasa ardiendo!

— XXIX —

"DEL FANATISMO AL CRIMEN NO, HAY MAS QUE UN PASO".—Diderot
COBARDE ASESINATO DEL GENERAL OBREGON

Muchas y detalladas descripciones se han hecho de este escandaloso crimen. Por ello nosotros no haremos su historia, sino nada más los comentarios que aclaren situaciones ambíguas y desvanezcan en parte algunas dudas.

Cuando estando en Aguascalientes recibimos un grupo de miiltares la noticia del atentado, el asombro se pintó en el rostro de todos, y alguien, como obedeciendo un mandato del subconsciente, exclamó: "tenía que suceder, los curas lo tenían hace tiempo sentenciado a muerte".

¿Por qué la Iglesia Católica y su clero odiaban "a muerte", al General Obregón que por segunda vez iría a regir los destinos de la Nación?

En el curso de este capítulo encontraremos algunas de las causas.

La historia, con todas sus verdades y mentiras convencionales, siempre se ha escrito con los datos que aportan los hombres que vivieron en la época en que tuvieron lugar los acontecimientos que se refieren; bien porque hubierán sido testigos presenciales, actores o que hayan recibido frescos los informes de los que en ellos actuaron.

El asesinato del Gral. Obregón conmovió profundamente la opinión pública nacional e internacional, ocasionando una general desorientación.

Había sido planeado con anticipación y cuidadosamente preparado. Ya se había frustrado en algunas otras ocasiones.

El clero católico que mantenía en armas a las bandas de fanáticos cristeros, no había visto nunca con buenos ojos al héroe de Celaya. No solamente le guardaba rencor porque en una de sus entradas a la Capital, comprobadas las actividades de espionaje de la organización clerical, había obligado a un grupo de sacerdotes a barrer las calles y a que se sometieran a un



Al centro, arzobispo Orozco y Jiménez alias "El chamula" principal responsable y director intelectual de la rebelión.

reconocimiento de salud, del que resultó que más de un cuarenta por ciento estaban declaradamente sifilíticos; sino que tampoco había olvidado que por violaciones a la Constitución, había ordenado la expulsión del Delegado Apostólico, Philippi y del inquieto obispo de Huejutla, Manrique y Zárate. Además, a los periodistas que lo entrevistaron en relación con el conflicto religioso, más o menos les había declarado: "Seguiré, como el Gral. Calles lo ha hecho, el camino que marcan nuestras leyes, exigiendo su estricto cumplimiento. Desde al principio de su promulgación el alto clero había renegado de la Constitución y estaba seguro que al volver Obregón al Poder, "protestaría *cumplirla y hacerla cumplir*", sin permitir, por ningún motivo, que se alterara en alguna forma sus tendencias y contenido revolucionario.

¿Qué otras razones ocultas había tenido el clero para prohijar el asesinato del General Obregón? Nadie lo supo; pero una atmósfera de negra odiosidad se le había empezado a formar a partir de estos hechos, no solamente entre los que por sus ideas retrógradas podían considerarse como enemigos, sino hasta entre los que hipócritamente se llamaban sus partidarios. Y los clericales emboscados en las oficinas públicas que los había como hasta la fecha los hay, no cesaban de maniobrar desde las sombras en su contra, porque consideraban que de todas maneras sería un serio obstáculo a sus actividades. El fanatismo religioso en ese caso era el principal factor.

El 13 de noviembre de 1927, domingo por la tarde, en una de las avenidas del bosque de Chapultepec, al pasar el carro del Gral. Obregón con algunos de sus habituales acompañantes, le hicieron algunos disparos, a quemarropa y los tripulantes de un carro negro, arrojaron una bomba de dinamita que, afortunadamente explotó cuando el carro había ya pasado y los disparos no hicieron blanco. Se indentificó a los autores del atentado: el sacerdote jesuíta *Agustín Pro Juárez,* su hermano Humberto, el Ing. Luis Segura Vilchis, Juan Tirado Arias y el chofer del carro Essex, placas núm. 10101, Nahun Lambeeto Ruiz; todos ellos pertenecientes *a la Liga Defensora de la Libertad Religiosa.*

Mucho se ha escrito sobre este tema y muy variadas han sido las versiones que en aquella época y aún después han corrido, de uno y otro de los campos ideológicos: Unos lamentando profundamente la irreparable pérdida; otros hasta festejándolo con júbilo de idiotas, como lo han hecho siempre en casos análogos los espíritus pequeños y las almas ruines.

Para unos, Obregón había sido un gran Caudillo, un sincero Revolucionario, un *símbolo;* para los reaccionarios era un impío más, un hereje y el más grande obstáculo a sus aviesos planes. Por eso de sus bocas brotaron ante el *magnicidio más injustificado,* las palabras misteriosas y las risas imbéciles.

Como una demostración de que el fatal destino ya rondaba a su alderredor, en el baile que se daba en su honor en la ciudad de Celaya, una guapa mujer trató de pincharle un brazo, con un alfiler envenenado. Era María Elena Manzano, católica fanática, novicia fracasada y novia por aquel entonces de Carlos Castro Balda, otro complicado dinamitero que pasando el tiempo se convertiría en el esposo *legítimo* de la Madre Conchita, defraudando el uno a la ex-novicia y la otra a Cristo.

Pero no adelantemos acontecimientos. De esto después daremos más amplios detalles.

En relación con este incidente del baile de Celaya, escribe Hernán Robleto:

"Hay un aspecto nuevo entre los conjurados; el intento de de envenenamiento contra el Presidente Calles y el General Obregón en Celaya, cuando estos asistieran a un baile en la ciudad guanajuatense. Es empleada como instrumento la novia de Castro Balda, señorita Elena Manzano, que declara entre risas, como si el caso no tuviera tremenda responsabilidad para ella. La señorita Manzano que se hizo novia de Castro Balda durante las visitas al Convento Escondido, iba a ir al baile de Celaya y llevaba una lanceta con veneno activísimo. Un pequeño rasguño, cuando los personajes escogidos bailaran con la Señorita Manzano, hubiera bastado para mandarlos a la tumba, sin que valiera remedio alguno para librarlos de los efectos mortales. La Madre Conchita niega que ella haya preparado el veneno . . .". ¡Tal vez no se consideraba con las cualidades físicas, morales e intelectuales para emular a *Lucrecia Borgia,* la famosa hija de *Alejandro VI,* Papa! (Rodrigo Borgia, español).

Lo que había intentado la Manzano no era sino uno de los procedimientos aconsejados por las Brigadas femeninas de *"Las Hermanas Invisibles"* las *Bi, Bi,* a las que pertenecían y en donde habían otorgado terrible juramento, la mayor parte de las mujeres que se conceptuaban "buenas católicas" y que, al igual que las de *Santa Juana de Arco,* fueron los más valiosos auxiliares de los *"Cristeros Rebeldes",* durante todo el período álgido de la lucha.

Cuando el General Obregón, a propósito de lo que dejamos escrito en líneas anteriores, se dirigía a Celaya, a su paso por San Juan del Río, se le dió una modesta comida campestre, por

los agraristas de esa región, jefaturados por Saturnino Osorio y se improvisó una mesa para todos sus acompañantes, en el Restorán de la Estación. Durante esa comida, un individuo desconocido, haciéndose el borracho, quería con insistencia penetrar al salón, por la puerta que da a la cantina, "...no mas a darle un abrazo a mi General Obregón". Después quiso entrar por otra de las entradas, pero los oficiales ayudantes de la Guarnición de Querétaro se lo impidieron.

Muchos de los que vimos a ese sujeto, ahora seguramente no podríamos asegurar si era Castro Balda, Trejo Morales o José De León Toral.

De todos modos estos hechos, al parecer nimios, como antecedentes y otros que para la mayoría de los mexicanos son bien conocidos, nos van a servir para sacar las conclusiones a que finalmente nos conduzca la lógica de los acontecimientos.

Convencidos de que, por mucho que se intente, nadie puede escribir con absoluta imparcialidad, vamos a procurar en este caso que no nos ciegue la pasión partidarista.

Aquellos intentos frustrados no eran sino los preliminares del vasto plan que un *director intelectual,* desde las sombras estaba desarrollando; eran las hábiles operaciones de tanteo, que preceden siempre a toda acción bien meditada. ¿Quién era ese *director intelectual?* La Madre Conchita estuvo, por despecho y en un momento de arranque histérico, a punto de denunciarlo; pero alguien también desde las sombras le selló los labios, alguna seña misteriosa la espantó y jamás dijo una sola palabra. ¡Quizá hayan sido o el Obispo Manrique y Zárate de Huejutla o el Arzobispo de Guadalajara, *Francisco Orozco y Jiménez!* Lo apuntamos como una simple sospecha.

De todas maneras y "sea de ello lo que fuere", ahora ya la Iglesia y el Clero Católico no podrán negar su participación, no solamente en la política del País, en la que siempre funestamente se han metido, sino hasta en la comisión de este y de otros muchos crímenes que nunca podrá tampoco borrar de su negra historia.

Y para todo el mundo, no solamente para el pueblo mexicano, queda en pie esta trascendental pregunta; la incógnita que el tiempo trascurrido no ha podido despejar.

¿Quién o quienes indujeron al crimen y armaron la mano del inofensivo católico fanático *José de León Toral?*

Tal vez y sin lugar a dudas encontremos la respuesta en los párrafos siguientes y en los razonamientos y consideraciones que haremos.

Ya con la mente serena, "sin rencores por el pasado ni temores por lo porvenir", despejándonos de pasiones y prejuicios, vamos a tocar el fondo, la médula de este escabrosísimo tema, cuando también ya es fallecido el Gral. Calles, con la mira de que no se sigan deformando en esa parte la Historia de la Revolución y de que, ante ese inexorable tribunal, quede cada quien en el lugar que justamente le corresponda.

Conduciremos las ideas por el camino de la justeza y los argumentos con precisión, en la búsqueda de la verdad, hasta desentrañar el origen del drama, de la tragedia, de la cual viven aún muchos de los que fueron actores o testigos presenciales.

Para comenzar nuestra tarea nos tendremos que hacer la vieja y tradicional pregunta ¿A quien o a quienes aprovechaba el crimen, el asesinato del General Obregón?

La primera especie que hizo profusamente circular la prensa esbozadamente clerical, aunque en forma de vagos rumores, fue que ni el General Calles Presidente de la República y su Ministro de Industria, Luis N. Morones, habían sido ajenos al crimen. Y para darle cuerpo a esos "vagos rumores", también se había hecho circular la especie de que el citado Ministro había tenido con el Caudillo, un serio altercado y desde la tribuna se había expresado despectivamente de él; así como que, muy a pesar de las apariencias de cordidalidad, existía entre el Gral. Obregón y el Gral. Calles un profundo distanciamiento.

Hasta la fecha hay obscecados entre el elemento católico y aún entre algunos desorientados revolucionarios, que sostienen, a "macha martillo" esta infantil conseja.

Más, difícilmente se engaña a la verdadera opinión pública y la verdad, como el sol del medio día, no se puede ocultar con una mano, por grande, negra y poderosa que sea esa mano. Tarde que temprano, esa verdad que se trató de ocultar, disfrazar o deformar, brilla con todo su esplendor.

Nosotros, recogiendo esa voz del pueblo en diferentes sectores, sin fobias ni partidarismos, presentaremos los datos que más se acerquen a lo que en este caso creemos *la verdad,* a fin de que el juez inexorable de la Historia, a su tiempo, y pesando el pro y el contra; las opiniones de unos y de otros, los rumores y las voces de la calle, dé a la posteridad su fallo definitivo.

También los incondicionales del usurpador Huerta y la prensa servil y mercantilista de entonces, publicaron a grandes columnas el infundio de que la muerte del Presidente y del Vicepresidente, Madero y Pino Suárez, se había debido a un encuentro entre la escolta que los custodiaba y un grupo armado de simpatizadores; aunque en ese encuentro, en ese insperado ti-

roteo, no hubo ni un solo herido de parte de los custodios. El pueblo, con su innata intuición no tragó la píldora y con la rapidez del rayo, corrió por todo el país la verdadera noticia: *"Los habían asesinado"*, señalando con índice de fuego a los asesinos.

Ahora volvamos a nuestro punto de partida, para buscar el origen y las verdaderas causas del cobarde asesinato del General Obregón, sin tomar en cuenta, ni los tendenciosos rumores esparcidos, ni las afirmaciones que se estamparon expresamente para desorientar a la opinión pública. Hay verdades, decía Strossmayer, que si sobre ellas se virtieran todos los ríos del mundo convertidos en tinta, no las podrían jamás hacer desaparecer". Temer a la Historia es confesarse culpable y los que deliberadamente alteran los hechos, temen a la historia, porque se sienten de ante mano derrotados.

Está fuera de toda duda que el asesinato se planteó deliberada, pacientemente y, hasta podíamos decir quizá *científicamente,* por una Organización poderosa, que disponía a su incondicional servicio, de elementos, materiales y humanos bien dispuestos y con bastante experiencia en estos asuntos. Lo perpetró un individuo máquina, ciego instrumento, detrás del cual indudablemente otros muchos personajes, hombres y mujeres que hacía tiempo lo èstaban haciendo, con habilidad, disciplina y discreción, buscando desde las sombras, "el crimen perfecto", que no dejara huellas, que no aparecieran cómplices ni encubridores.

El momento político se prestaba a las mil maravillas y muchas circunstancias lo favorecerían. Sin embargo algunos detalles nos afirmarán mejor, en la idea de cuáles pudieron ser las verdaderas causas del crimen y quienes sus autores materiales e intelectuales.

El Gral. Calles que terminaría su período presidencial en diciembre, había propuesto y conseguido con las Cámaras legisladoras con anterioridad la aprobación del Reglamento al art. 130 Constitucional, preceptuando en él, entre otras cosas, la manera, forma y lugar en que deberían verificarse los actos de culto religioso, la limitación del número de sacerdotes y que estos, como los demás ministros de otras religiones, para ejercer su ministerio, deberían ser *mexicanos por nacimiento.*

Otros artículos de la misma Constitución, promulgada y puesta en vigor desde 1917, restringían las actividades de los sacerdotes en materia educacional.

Esto, que el clero católico romano, fue el único que consideró con un especial criterio, como "intromisión indebida del

Gobierno en asuntos de su exclusiva facultad", motivó la abierta oposición de su parte, por boca del Episcopado mexicano, culminando su descontento con la suspensión de cultos en los templos, una especie de "huelga de brazos caídos", el sabotaje y el boicot y cuando todas estas maniobras no les dieron el resultado apetecido, recurrieron, como hemos venido dando a conocer, a la rebelión armada.

Esta actitud hostil y de franca rebeldía del Clero a las leyes del País fue públicamente aprobada, como lo hacemos constar en este libro, y más aún bendecida y glorificada, por el Papa Pío XI. En esa virtud, a la represión por parte del Gobierno se le llamó desde entonces y todavía se le sigue llamando, *persecución religiosa;* como si las autoridades legales en cualquier País del mundo, no estuvieran facultadas para hacer respetar sus leyes y para castigar a los que se atrevan a violarlas. Pero a los católicos se les hizo creer que les era lícito desobedecerlas; puesto que, según la Iglesia que siempre se ha creído Superior al Estado, para ellos no tenían ningún valor.

No es discutible si el Gobierno de un País libre y soberano puede legislar en materia de culto externo y si está facultado para darle a sus leyes las modalidades que más convengan a sus intereses sociales. Lo que si podemos afirmar categóricamente es que en México, durante esa actitud hostil del clero que condujo a sus fieles creyentes a la rebelión, no hubo, ninguna persecución por cuestiones meramente religiosas.

El Gobierno mexicano, para reprimir esa actitud rebelde, de los que andaban levantados en armas, sin importarle que fueran católicos, judíos o protestantes; para obtener el sometimiento a las normas legales y restablecer el orden alterado, tuvo que emprender una campaña en su contra, en toda forma, con las pérdidas consiguientes: más de *doce mil muertos,* cuando menos, de uno y otro bando.

Hemos estado acumulando elementos para llegar, por el camino más corto, a las siguientes conclusiones: 1.—Está claro que el crimen fue planeado y ejecutado, material e intelectualmente, por el Clero Católico; y 2.—Que, por los elementos que en él intervinieron, bien identificados como católicos fanáticos, no pudieron otras personas, menos aún el Gral. Calles ni su Ministro Morones, haberlo ejecutado.

Hechas las anteriores consideraciones, entremos al final de la tragedia. Se le daba al Gral. Obregón, ya Candidato electo a la Presidencia de la República, una comida en el Restorán que estaba en donde la Villa que lleva su nombre, se encuentra el Monumento a su memoria.

No es un acontecimiento vulgar, sino de grandes alcances que seguramente el asesino llegó a comprender. El 17 de julio de 1928, un conjurado entra de rondón al Restorán De la Bombilla, en donde se agasajaba alegremente, por un grupo numeroso de amigos y partidarios, al General. No se tomaron ningunas precauciones, porque nadie se imaginaba lo que momentos después iba a suceder. El conjurado es José de León Toral que, con el pretexto de hacer algunos dibujos, apuntes al natural primero se acerca al Diputado Topete, con quien habla algunas palabras.

Tomemos algunos párrafos de la Obra de Hermán Robleto, *"Obregón, Toral y la Madre Conchita"*.

"Se apoya en uno de los pilares rústicos, en uno de borcones de la parte Poniente del cenador y el primer boceto que comienza es el del director de la Orquesta, Esparza Oteo. Sigue con el de Obregón, con el del Lic. Saenz y después con otro de Obregón".

"Se va acercando lentamente, por el lado izquierdo del General. No clava la mirada en la próxima víctima, sino que va caminando con los ojos en el cuaderno, como corrigiendo los trazos, aunque ya el lápiz no tenga nada que hacer...".

"Ya ha hablado algunas palabras con el Diputado Topete, que es el único que desconfía de aquel sujeto; pero este le ofrece hacer una caricatura y le muestra los dibujos que ha hecho del General. Se aproxima a éste y le presenta los dibujos, que observa complaciente. Los ha dejado sobre el mantel para tener libres las manos y asir la pistola. Esta ha salido en un movimiento febril y *Toral* apunta a la cara, sumamente cerca de la víctima... Tira del llamador y luego dirige el arma sobre el cuerpo, solo a unos cuantos centímetros...".

"No me dí cuenta de cuantos tiros más disparé; lo hice maquinalmente", y confiesa, después ante las autoridades, que instantes después se le nubló la vista... Que oía borrosamente los gritos de ¡No lo maten! ¡No lo maten!... ¡Hay que buscar a los otros!... ¡Guarden la salida!".

Grande fue la confusión en los primeros momentos que el criminal no pudo o no quiso aprovechar para huir, y la voz de Aurelio Manrique se impuso, impidiendo que el asesino fuere materialmente despedazado. Alguien, además de Manrique pidió que no se le matara, a fin de que denunciara a los directores intelectuales y a los cómplices.

La indignación era general y todo el pueblo pedía, venganza inmediata más que castigo. El Destino había dejado caer sobre el vencedor de Celaya, el último minuto de su vida.

Que había sido con antelación premeditado el crimen se desprende de lo que diez días antes había escrito al dorso de una estampa: *"Matar a Obregón.* Señor, si me dedicas para matar a Calles y Obregón, haz que me prepare... No olvidar detalles... porque se trata de un encarguito de Dios, Nuestro Señor...".

Comenzaron las investigaciones. Concepción Acevedo de la Llata, Abadesa Superiora del Convento Clandestino del Espíritu Santo en Querétaro, fue detenida como presunta directora intelectual o como que ella sabía quién o quienes lo eran. La madre Conchita, capuchina sacramentaria, de una cultura poco común, inteligente y sagaz, durante su proceso, al principio trató de disculparse y de eludir toda responsabilidad, amenizando sus declaraciones con salidas ingeniosas y agradables sonrisas. Hubo un momento que, como antes lo decimos, se creyó que iba a descubrir el velo del misterio, arrojando todas las responsabilidades, hasta la de Toral, sobre altos personajes del Clero Católico y, aunque hizo en seguida algunas imprecisas rectificaciones, no pudo borrar de la mente aun de los menos perspicaces, la impresión de que, detrás de este grupo de criminales, como detrás del grupo anterior que había arrojado la bomba de dinamita al paso del carro del Gral. Obregón en el bosque de Chapultepec, estaban los verdaderos directores de escena que movían como a títeres a estos pobres fanáticos de la grey católica.

Con la ex-abadesa de la Llata, más comúnmente conocida como la *"Madre Conchita",* de quien ya algo dijimos en el principio de este capítulo, cayeron presos el sacerdote Aurelio Jiménez, que la víspera del crimen había celebrado la misa durante la cual había bendecido la pistola de Toral, Carlos Castro Balda, María Elena Manzano y otros.

Sacado en limpio lo que se pudo de la verdad de entre aquella maraña de intrigas, consejas tendenciosas, se les siguió un proceso en toda forma y fueron sentenciados a diferentes penas.

Toral, hablando de su víctima, en carta que le dirige al Coronel Islas, Director entonces de la Penitenciaría, dice: "Desde que el señor Obregón comenzó a figurar, oía yo que le achacaban ser sumamente sanguinario, impulsivo y enemigo de la religión; que fué él o los suyos, quienes en 1917 adicionaron los artículos persecutorios".

La madre Conchita, a su vez, da mucha luz cuando en sus declaraciones para la prensa dice: "En muchas ocasiones cuando se me interrogaba, varias de las personas que seguían la investigación, me insinuaban: Diga Ud. que fue Morones el que les

ordenó cometer el crimen, y verá como todos salen inmediatamente en libertad. Yo siempre les respondía que jamás podía lanzar un cargo semejante, porque en mi vida había conocido a ese señor...".

Flotaba hacia ya mucho tiempo, en un ambiente gris, borroso e incierto, el negro e implacable odio clerical en contra de todos los destacados revolucionarios. Pero la táctica corriente del Clero ha sido siempre, *sembrar la duda,* manchar con calumnias, por burdas que sean, desvirtuar los hechos a su conveniencia y desorientar a todo mundo.

En resumidas cuentas; José de León Toral, la madre Conchita, el Padre Jiménez, Castro Balda y María Elena Manzano, católicos hasta más allá de la médula de los huesos, es decir fanáticos recalcitrantes, no podían haber sido manejados más que por *el Clero Católico Romano* y fue por consiguiente, contestando la pregunta que hicimos al principio, el que armó la mano de Toral, el asesino del General Obregón

El desconcierto que produjo en las filas de los verdaderos revolucionarios la muerte del General Obregón, fue grande, y honda y sinceramente sentida su desaparición de la escena política, en momentos en que la Patria más necesitaba de sus servicios.

En cambio en los campamentos cristeros fue especial motivo de júbilo y se celebró el acontecimiento con *te deums,* no solamente con misas de *acción de gracias.* Se alegraron de este crimen y lo celebraron también las juventudes acejotaemeras desorientadas y las masas irresponsables de fanáticos.

x X x

José de León Toral fue sentenciado a muerte y fusilado. La madre Conchita, *veinte* años después regresó de las *Islas Marías,* como antes dijimos, ya casada con *Carlos Castro Balda.* "Dios los crió y ellos se juntaron"... ¡Qué habían de hacer... al mal paso, darle prisa! El padre Jiménez, abrumado por sus remordimientos ,se dijo se *"suicidó"* en la Penitenciaría; o, por temor fundado de que denunciara a quienes seguían ocultos tras de las bambalinas, lo *"suicidaron"* accidentalmente, tal vez, tal vez. Posteriormente se nos dió otra versión. Que lo del suicidio no había sido más que una comedia, una farsa para despistar a la opinión y que este Cura Aurelio Jiménez, tal vez sobrino o hijo natural del famoso "Chamula", Arzobispo Orozco y Jiménez de

Guadalajara, vivito y coleando, goza de especiales consideraciones en un puesto en la Mitra del ahora Obispo de Tabasco antiguo cabecilla rebelde el Padre Angulo.

María Elena Manzano, la ex-novia de Castro Balda que le dió calabazas con la ex-abadesa, actualmente es misionera religiosa en China, hasta donde la arrojó el cruel Destino.

—XXX—

DERROTA DE LOS CRISTEROS EN SAN JOSE DE LOS VOLCANES, JAL.

Volvamos a los relatos de actividades militares cristeras.

Aunque para ellos, todas las operaciones bélicas, con la segura protección "de Dios", aún después del desastre del ataque al Puerto de Manzanillo, irían por el mejor camino del éxito, sin embargo no dejaron de vez en cuando de "salirse de la sombra del manto de la Virgen" y sufrir algunas otras derrotas.

Al Gral. Degollado, se le ocurrió como una luminosa idea, consagrar sus famosas divisiones "que se habían cubierto de Gloria y de honor en *muchísimas batallas,* de una manera especial a *Cristo Rey".*

Una vez formada la columna con todos los contingentes, para acudir al lugar en que debería verificarse la ceremonia de la Consagración, citó a sus Generales a la Hacienda de Los Volcanes, Jal.

Dice: "Para seguridad de la columna ordené al Gral. Ibarra mandara 50 hombres, al mando del Mayor Nazario Cisneros, a la Congregación de San José de los Volcanes, para vigilar los caminos de Ameca y Mascota. La Congregación distaba unos cinco kilómetros de terreno plano y despejado...".

"Como a las nueve de la mañana (según informe personal de Gral. José Cortés Ortiz, fue como a las cinco de la tarde), se escuchó fuerte tiroteo por el lado de San José de Los Volcanes. Tomando mis gemelos me dí cuenta de que los nuestros estaban siendo atacados y se retiraban peleando muy corto con soldados de línea callistas que venían mandados por un nuevo General enviado para combatirnos, José Cortés Ortiz. Las fuerzas cristeras se formaron con rapidez, separadas con sus respectivos Jefes".

"Estos y los miembros de mi Estado Mayor, estaban esperando órdenes".

Y ahí van las fulminantes disposiciones del estratega guadalupano: "...Que el Gral. Bouquet, por aquí; el Gral. Coro que

tome posiciones por el flanco derecho; el Gral. Ibarra, prolongando la línea del centro y... los Generales Cueva, Arriola y Michel, por allá...". Con terminantes, claras y precisas instrucciones.

Y todos contestando con una precisión y sonoridad prusianas: *"A la orden, mi General... En medio de estruendosos vivas a Cristo Rey y a Santa María de Guadalupe"*... Ordenó también "Que diez hombres acompañen a los padres capellanes a aquella altura, para que salgan de la zona peligrosa... y que diez de mi escolta, con el señor General Honorario, don Merced Covarrubias, salieran para el lugar indicado".

Ahora, saltando algunos párrafos más que triviales, leamos los de mayor enjundia, en donde este moderno Quijote de la aventura cristera, va montado, no en el famoso Rocinante, sino en su prodiigoso caballo *Lucero,* tal vez el mismo que montara en el bajío el valeroso Canchola, nos cuenta sus personales arrestos y su grandes heroicidades. Todo esto es digno de que lo conozcan "tirios y troyanos". En estos relatos, se hace más ruido del que necesitaban y hay muchas palabras huecas, palabras y nada más. Es el estilo que pinta a las mil maravillas la personalidad del autor, con todas sus flaquezas humanas, y la pasión que lo dominaba.

"...El mayor Nazario Cisneros, que se batía en retirada, *sin haber tenido una sola baja,* se acercaba a nuestra línea central... En pocos minutos nuestras fuerzas estaban bien afortinadas y esperando el ataque del enemigo que tenía la ventaja de atacar por un terreno plano y despejado. Maniobrando valientemente y con maestría, avanzaba rápido por la planicie, apoyado por las ametralladoras y demás armas automáticas que enviaban sobre nosotros una lluvia de balas. Cuando ya se encontraban a buena distancia, se abrió el fuego contra ellos que, a pesar de las sensibles pérdidas, (bajas dice el texto) avanzaban. Estas eran repuestas con reservas que contínuamente enviaba el general callista Cortés Ortiz. Por ambas partes se luchaba denodadamente: nadie hacía caso de los que caían, los callistas procurando llegar a nuestras posiciones; los míos rechazándolos siempre y sosteniéndose sin mover la línea. La guarnición callista de Atenguillo llegó en auxilio de los atacantes, pero los soldados de Ibarra y Cueva los rechazaron y obligaron a *huir en desbandada.* El general Callista ordenó un movimiento de flanqueo por nuestro frente (costado) izquierdo; pero allí estaba el Gral. Ibarra que los paró en seco y los obligó a retirarse... El callista, reforzando su línea central, lanzó una fuerte carga sobre el frente. La victoria estaba de parte de nos-

otros; pero (algún *pero* había de haber), el Gral. Caro que siempre se distinguía por su valor, fue desalojado de sus posiciones. Mandé nuevos refuerzos, hice todo lo posible por remediar el mal, pero no pude consolidar la otra línea. Temeroso de un fracaso mayor, ordené que todas las tropas, sin dejar de combatir, se retiraran por el lado del Oriente, para hacerse fuertes al pie de las sierras de El Parnaso y las de Velasco, que estaban a unos mil metros de distancia de Los Volcanes. La retirada fue rápida, pero en orden... Habíamos combatido contra 500 soldados de línea y 300 agraristas...".

En esta acción, después de muchos gritos desaforados y dando todos los cabecillas cristeros además *"muchos brincos en suelo muy parejo",* fueron completamente derrotados, habiendo tenido que, como era ya su inveterada costumbre, refugiarse en las montañas.

Eso si, también como es su hábito en los cómputos de bajas, manifiesta muy orondo: "En esa acción nuestras bajas solo fueron *ocho soldados muertos y cuatro heridos...".* Según el decir de los rancheros, el enemigo tuvo más de *sesenta muertos y gran número de heridos"*...

Claro que estos exagerados datos no corresponden a la realidad. En conversación personal con el General José Cortés Ortiz que fue quien derrotó a los cristeros en este combate, me manifestó desde luego que no es lógico que un enemigo destrozado y obligado a huir a refugiarse a las montañas, esté en condiciones de contar con tanta exactitud los muertos y heridos de quienes lo obligaron a abandonar sus posiciones. Eso del "decir de los rancheros", es como el decir de las estrellas... *Un constante mentir* y nada más.

No es nuestro ánimo en estos ligeros comentarios, desmenuzar al detalle todas las falsedades que estampan y hasta casi con los mismos términos, los escritores católicos que, bien o mal documentados, se han ocupado de la Rebelión Cristera. Nos concretaremos a aprovechar los datos más indispensables para llegar a conclusiones que nos puedan orientar acerca de esos acontecimientos, desde el punto social, moral y político, dejándoles a ellos la responsabilidad histórica.

x X x

Vamos ahora a referirnos a *un albazo en la huerta de las Haciendas,* contado por el P. Monetti.

"Terminada la campaña de *El Volcán* de Colima, o al menos, cubierto el expediente por parte del enemigo, los persegui-

dores callistas dieron contra el Corl. Marcos Torres, con quien se había accidentalmente reunido el Tte. Corl. Verduzco con parte de los suyos. Largos días tenían de continuas jornadas y desvelos, cuando llegaron, el 4 de agosto (1928) al citado lugar de *Huerta de las Haciendas*. Aunque sabían que el enemigo iba tras ellos, nunca estimaron que estuvieran tan cerca, y entraron en aquel lugar... para descansar algunas horas y luego continuar hasta un lugar a propósito para acampar y resistir al perseguidor, en caso de nuevo encuentro. Se encontraban descansando los libertadores, con sus caballos cerca de ellos, porque deberían partir luego, cuando el enemigo, sin ser advertido y amparado por la espesa arboleda, se introdujo hasta el lugar en que se encontraban los cristeros y puso su línea de fuego a unos cuantos metros de ellos, para iniciar el ataque".

"La victoria de los perseguidores era un hecho y el exterminio de los cruzados, humanamente era seguro; porque, descuidados, rendidos por el cansancio, dormían casi en su mayoría bajo la sombra, y quedaron totalmente copados, ya que la única salida era la ocupada por los callistas. Además el paraje estaba circundado por grueso alambre de púas y las lomas áridas que a la espalda quedaban, único punto por donde podían escapar, pronto serían flanqueadas por una ala del enemigo".

Antes de seguir adelante, se impone un aclaración; porque, mientras los escritores católicos, con una uniformidad asombrosa a los cristeros rebeldes les llaman "macabeos, cruzados, Libertadores y cuando menos, heroicos luchadores", a las fuerzas del Gobierno, además de "impíos, herejes, perseguidores", desde soldado razo a General de División, no le "apean el mote, según ellos despectivo en sumo grado, de *callistas*"... Y ninguno de los miembros del Ejército Nacional que en aquella época combatieron a las bandas cristeras, se dedicaba a *curar callos,* que es lo que todo el mundo entiende aquí en México por callistas. Sin embargo les respetaremos hasta sus errores de lenguaje.

Sigamos ahora con el final del Albazo.

"En estas circunstancias tan difíciles y desiguales, se rompió el fuego por parte de los *callistas,* con una descarga uniforme. Los libertadores, sorprendidos, no pudieron organizar ninguna resistencia y su único intento *fue escapar*. Entre una terrible granizada de balas, en medio de un inmenso desconcierto, consecuencia de la sorpresa sufrida, con los enemigos que atacaban a un tiro de piedras y dejando entre las púas de los alambres del cercado que rodeaba el lugar, pedazos de ropa y aún de la piel y de la carne, lograron salir los cruzados, pero

abandonando casi toda la caballada. Sobre la marcha y a pecho descubierto se iba haciendo fuego en contra del enemigo, que avanzaba por el flanco y por las espaldas".

Va a continuación otro de los hechos maravillosos que generalmente se cuenta para paliar un desastre y borrar en parte la mala impresión que en las mentes de los lectores partidarios haya dejado.

"Era el 9 de agosto cuando se acercó el enemigo (*al cerro de Las Higuerillas*) y se trabó el primer tiroteo: ¡Leamos esto con detención! *"Nueve soldados cristeros contra ciento cincuenta de Calles*. Estos no avanzaron luego y determinaron esperar el día 10 para desarrollar el ataque formal. La noche del día 9 anterior, mientras cenaban juntos el General Fermín Gutiérrez, el Padre Marín, capellán de aquellos grupos libertadores, el Corl. don Teódulo Gutiérrez, hermano del Gral. y los Oficiales del Estado Mayor; como el Coronel dijese al General su hermano que en el combate fuese más precavido, que no había que permanecer en la trinchera cuando ya los demás no podían resistir y tenían que retirarse, contestó el general: *Que él no era soldado de Cristo para cuidarse, sino para pelear por El, en contra del enemigo*. Más aún, agregó: *Yo le he ofrecido mi vida y hace tiempo le pido la acepte. El no ha querido recibirla; pero, a fuerza de suplicarle, me concederá la gracia de morir por El"*.

"Amaneció la mañana del día 10. Los soldados de *Cristo Rey* estaban en sus posiciones y el enemigo se preparaba para el ataque. Pronto se avistó este y comenzó a ascender a través de la arboleda. El primer choque fué en el Puerto de los Encinos, donde unos pocos libertadores formaban una primera emboscada. Estos pronto fueron desalojados y los *callistas* continuaron avanzando hasta la parte superior, en donde Gutiérrez se había hecho fuerte. El combate fue rudo. El Gral. con sus compañeros, peleaban por el frente; pero el enemigo cargó por el flanco con fuerza, y los libertadores fueron desalojados de sus trincheras. Aunque el general mismo y sus compañeros vieron a tiempo oportuno que el enemigo tomaba el flanco, quisieron resistir hasta lo último, confiando en que podrían fácilmente escapar; pero cuando quisieron hacer la retirada, era ya tarde y, mientras subían la pesada cuesta, una bala atravesó el pecho del *ilustre soldado de Cristo*. Momentos después, mientras él expiraba, los enemigos lograron subir hasta aquel lugar, porque no había sido posible contenerlos. Entonces todos huyeron de allí: quien se interna en la arboleda, quién tras de alguna peña, porque no hubo lugar para hacer otra cosa. Por la tarde, cuando los perseguidores se retiraron, fue recogido el *venerable ca-*

daver. El sacerdote capellán, don Octavio Marín, entonó el *Te Deum.* Se trataba de la muerte, de la victoria suprema de *un cruzado de Cristo Rey*".

Sin embargo, como siempre, aún tratándose, como en este caso, de las claras derrotas, hacen aparecer las ventajas a su favor. Termina así:

"Saldo del Combate. Por parte de los cristeros, la muerte del *Ilustre General Gutiérrez* y de *un soldado.* Por parte de los *callistas, cincuenta y cinco muertos,* entre ellos *un Coronel y tres oficiales*".

Después de leer la descripción anterior con asombro nos preguntamos: ¿Cómo fue posible para los derrotados que huyeron a la desbandada a esconderse internándose en las arboledas o tras de las peñas, hayan podido contar con tal precisión los muertos de los perseguidores? Que por lo que respecta a sus *dos únicos muertos,* que tampoco es humanamente creible que solamente esas dos bajas hayan tenido. . ., son muy libres de agregarle a sus mentiras la cantidad que les convenga de cinismo y de descaro.

No hubo necesidad de que, en esas fatales condiciones para las bandas cristeras, las fuerzas del Gobierno atacaran "a todos y cada uno de los campamentos" de la región de los Volcanes en el Estado de Colima.

El tiempo, la escasez de elementos de todas clases y las fragosidades inhóspitas del terreno, tendrían que rendirlas a muy corto plazo. El sistema de guerrillas al que generalmente acude el bando débil, no era el más a propósito para obtener un éxito duradero, menos aún a una Victoria definitiva. En algunas partes, para acabarse de desprestigiar de enajenarse la voluntad del pueblo, acudieron a los "préstamos forzosos", que aunque se trate de los *soldados de Cristo,* no dejan impresión muy favorable.

Cometieron además ya como indicios marcados de indisciplina, otros abusos y depredaciones que no hace al caso mensionar.

En una de esas ocasiones en que se vieron obligados "a exigir dinero" porque dinero les faltó siempre y ya el Jefe de la Liga de ellos se lamentaba, que cuando quedó muerto el llamado Coronel Cristero Marcos Torres, victima de una delación de sus mismos acompañantes cristeros.

A su muerte siguieron algunas rendiciones, no solamente de los del grupo que él mandaba, sino de otros que sólo esperaban la primera oportunidad para hacerlo. Otros de los suyos

se remontaron a la sierra, a reunirse con el cabecilla colimense *Miguel Anguiano Márquez.*

Para terminar este capítulo nos vamos a referir al ataque a Tenamaxtlán, Jal., que fue una de las regulares acciones de armas que sostuvieron los rebeldes de *Cristo Rey.*

El 10 de diciembre de 1928. "Descanzábamos en Ayutla, cuando las avanzadas avisaron que fuerte columna se presentaba por el lado de Cuautla. Se ordenó que nuestras fuerzas estuvieran listas para la defensa y retirada en orden; pues nuestro contingente en total sumaba *sesenta y cinco hombres.* Las avanzadas se reconocieron por la seña y contraseña y luego avisaron que era el Gral. Ibarra con su Séptimo Regimiento. Una de las avanzadas cogió cuatro prisioneros de los pacíficos que salían del pueblo e iban camino a Tecolotlán, en donde se celebran unas fiestas... El virtuosísimo padre don Raymundo Pérez ordenó su ejecución y a continuación se cumplió la sentencia".

Fueron estos pobres pacíficos, sentenciados a muerte y fusilados, porque según informes, "eran pollos gordos" y por eso, cristianamente, después de fusilados se les colgó.

"Al amanecer —continúa el señor Degollado— se rompieron los fuegos, pero era *"tanto el miedo que tenían las guarniciones callistas* que, al obscurecer, todos estaban en las alturas. Nuestros muchachos luchaban en la plaza, procurando desalojar al enemigo, haciendo fuego a corta distancia".

Sigue contando una larga serie de peripecias: el papel que desempeña el cañón "hechizo *El Guadalupano*" que a los pocos disparos sin éxito, reventó y que cuando "los valientes provocaban a los callistas, invitándolos cortesmente a la lucha, hasta el imponderable caballo *El Lucero,* inquieto pedía a relinchos pelea".

Avistaron los cristeros al enemigo, dándose cuenta que había bajado al poblado, pero los cruzados, precavidos como siempre, se retiraron con la promesa de que "volverían a atacar la plaza, cuando dispusieran de bombas de mano, con las que sabían abrirse todas las puertas". Igual cosa hacen con sus correspondientes fanfarronadas, en la escaramuza de Juchitlán, en donde también prefirieron retirarse a resistir, que a todas luces es más incómodo y peligroso. Todo esto pasaba, más o menos como por los días del 3 al 4 de enero de 1929, en los que, alternando las *"de cal con las de arena",* en las acciones de La Candelaria y de Cocula, triunfos pasajeros y derrotas; pérdidas y ganancias de elementos y grandes derroches de elogios al valor de los heroicos

defensores de *Cristo Rey* y de su *"Santa Causa"*, daban a la lucha más que color de hormiga un color "castaño obscuro".

En toda la República las cosas iban cada día de mal en peor; había que suplir con palabras de relumbrón lo que con los hechos no podía ya expresarse. El movimiento rebelde estaba condenado a morir por inanición y se acercaban a grandes pasos sus últimos momentos.

La antorcha del entusiasmo con que había comenzado, a impulsos del fervor religioso, se extinguía aún en los corazones de los más convencidos católicos. Hubo sacerdotes que abiertamente condenaban la rebelión y los Obispos en el destierro, después de muchas fracasadas gestiones, ponían "al mal tiempo buena cara" y sus diatribas poco a poco se habían ido suavizando. *El sumo pontífice* a estas fechas había ya enmudecido.

— XXXI —

ULTIMAS ACTIVIDADES REBELDES

Por esos mismos días, a principios del año de 1929, como la llama de las velas que antes de extinguirse, chisporrotean, en algunas regiones del país, las partidas cristeras habían entrado en inexplicable actividad, la enfermedad que el Gobierno pacientemente había soportado durante casi tres años, hacía crisis; la gravedad cedía y los "microbios se combatían los unos con los otros". Sin embargo no estaba del todo dominada.

De *"Remembranzas de la Revolución"*, del Teniente Coronel Palemón Martínez, publicadas en la Revista Militar *"El Legionario"*, tomamos lo siguiente, que encaja dentro de nuestro programa y confirma muchas de nuestras aseveraciones.

"...El suscrito fue destacado con una Sección del 23o. Regimiento, a la Hacienda de Trujillo, Zacatecas, a efecto de garantizar la tranquilidad de aquella vasta región, infestada de rebeldes cristeros, que operaban bajo las órdenes de los cabecillas Justo de Avila y Pedro Quintanar. Cuando ya estaba completamente estacionado, salía con frecuencia en persecución del enemigo, circunstancia por la cual se tomó contacto en dos ocasiones, tocándome en suerte haberlos escarmentado seriamente en las Haciendas de La Iguana y Guadalupe, Zacs.".

"Llega el año de 1929. El Regimiento con matriz en Río Grande, se moviliza a Chalchihuites del mismo Estado, seguramente con el fin de hacer más efectiva la campaña en contra de esos rebeldes fanáticos que asolaban con desmanes a los habitantes de las pequeñas rancherías. Eran los primeros días de enero, cuando se presentó el Teniente Coronel Delfino Laborín Quijada, que fuera el Segundo Comandante del Cuerpo, con instrucciones del titular, Coronel Aurelio González Reyes, para que el suscrito, con la fuerza a su mando, se incorporara a la que él traía, a fin de llevar a cabo la campaña en contra del adversario que había sentado sus reales en aquella región. Precisamente el día 5 de enero marchábamos rumbo a Valparaiso, Huejuquilla y La Muralla. Este último lugar, como su nombre

lo indica, era al parecer, una fortaleza inexpugnable, tapizada completamente de piedra rocosa, y tuvimos que empeñarnos en feroz combate con el enemigo cristero... Serían las 10 horas del 15 de febrero de 1929, cuando empezamos a ser objeto de una terrible lluvia de proyectiles, sin que supiéramos de momento del lugar de donde provenían, hasta que se descubrió al enemigo, dándose principio al ataque, progresando a base de sacrificios. Escalamos aquella intrincada sierra peñascosa donde ellos, los cristeros, se hallaban bien fortificados; pero temerosos de caer bajo el fuego de nuestros abnegados juanes, empezaron a retirarse de sus posiciones y a *huir en precipitada carrera*, abandonando en el campo que sirviera de escenario a la batalla, una docena de cristeros muertos. Por nuestra parte lamentamos la muerte de tres soldados, cuyos nombres el tiempo me ha hecho olvidar".

Notará desde luego el lector en este sencillo relato la enorme diferencia en el balance de las bajas, de uno y otro bando. En esta descripción hay, además de sincera veracidad que salta a la vista aún del más miope mental, lógica y sentido común. Es natural que en una acción en la que se triunfa, se puedan conocer las bajas de los dos contendientes.

"Después de esta acción, regresamos a Huejuquilla, en donde pernoctamos para después continuar la campaña. Al día siguiente... a eso de las quince horas, arribamos a Chalchihuites, como es d suponerse, ignorando en lo absoluto lo que pasaba. Momentos después de nuestra llegada fui informado por el C. Mayor Profesor del Regimiento, que un día antes había llegado el General Juan Gualberto Amaya, que fuera Gobernador del Estado de Durango, con el fin de reconcentrar el mayor número de fuerzas existentes del Regimiento, desconociendo al Supremo Gobierno...".

"Ante esta tragedia que por momentos se tornara grave, el suscrito, ya como Capitán, supo afrontar con toda entereza la situación, exhortando a los juanes a mis órdenes de una manera franca y arriesgada, a no secundar ese movimiento subversivo y a que, en la primera oportunidad, escapariamos de aquellos compañeros que, olvidando sus deberes, habían secundado ese movimiento de insurrección, y presentarnos a las fuerzas del Supremo Gobierno, contestándome todos afirmativamente. Al día siguiente, a las primeras horas, emprendimos la marcha hacia Durango, itinerario marcado por la Superioridad. Caminaríamos apenas aproximadamente tres kilómetros cuando empezamos a distinguir, allá en el horizonte, cómo se aproximaban por la vía férrea trenes abarrotados de fuerzas infidentes, pertenecien-

tes al 15o. Batallón de Infantería y de los Regimientos 28, 39 y 59. En uno de estos trenes viajaba el Sr. General Francisco Urbalejo, quien ordenaba al Mayor Lizardo González, regresara a la Estación Vicente Guerrero, para que embarcara sus elementos e incorporárase al convoy, para continuar a Cañitas, hoy *Felipe Pescador*... Cuando estuvimos fuera del alcance de aquellos compañeros en rebeldía, el suscrito, de acuerdo con el Capitán Cacillas, procedimos a enviar mensajes al Secretario de la Defensa Nacional y al C. General Comandante de la 11a. Zona Militar en Zacatecas... Así fue como terminó la peligrosa aventura a la cual fuimos arrastrados, para ensangrentar *una vez más a nuestra desventurada Patria,* por ambiciones de hombres, llenos de codicia y de mala fe".

En sus últimos estertores la rebelión cristera, cuando ya se habían perdido todas las esperanzas, se asía de la primera brasa ardiendo que se le presentaba; porque con antelación las sirenas clericales habían cantado dulcemente a los oídos de algunos "militares políticos" más ambiciosos que militares y que políticos, sin verdaderas convicciones ideológicas, desorientados, completamente ciegos arrojarían a la balanza de su destino una negra mancha de traición que en toda su vida no lograrían borrar de su carrera.

De esta nueva *"rebelión sin cabezas"* nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

— XXXII —

DOS FALSOS EJERCITOS SE ENFRENTAN AL EJERCITO NACIONAL. LA REBELION ESCOBARISTA FUE CRISTERA

Para la mayoría de los mexicanos esta rebelión inexplicable fue además una sorpresa. No se le encontró a este movimiento subversivo, *causa, motivo o fundamento.* ¿Cuáles fueron su bandera y sus ideales? Hasta la fecha los ignoramos.

A raíz del vil asesinato del General Obregón, el clero que por trasmano había hecho circular la especie tendenciosa y burda de que el General Calles lo había tramado y que a él tampoco era ajeno el Ministro de Industria, lo que en capítulo anterior aclaramos; el clero, decimos maniobró también con su especial habilidad para sembrar el descontento entre algunos militares, principalmente entre los paisanos y amigos del Caudillo sonorense y sus partidarios.

Los vagos rumores, gracias a esa labor de intriga, en abiertas murmuraciones, hasta llegar a las amenazas y a las recriminciones descaradas. Se dijo que muchos de los amigos personales del Gral. Obregón habían jurado solemnemente vengar su muerte, "a cómo diera lugar" y el maquiavelismo jesuítico aprovechó el descontento de unos y las pasiones de otros, para enfrentarlos al Gobierno, ya a cargo interino del Lic. Emilio Portes Gil, a quien suponían "hombre de paja" y dócil instrumento del ex-Presidente Calles, que por consiguiente, continuaría, por "incondicionalismo", en el asunto religioso, la táctica y procedimientos de su predecesor.

El "divide y vencerás", ya muy gastado, lo tendrían que utilizar como una también ya muy vieja "tabla de salvación" los testaferros clericales que se sentían ahogarse en el maremagnum en que se habían, en mala hora embarcado y había que buscarle una salida a la difícil situación. Las sirenas legendarias les cantaron al oído a los ambiciosos, haciéndolos creer que llegarían a "ser grandes", derribando al régimen que creían débil

Libertad Religiosa

A pretexto de combatir el fanatismo, el régimen callista estableció en México un conflicto que está haciendo correr indefinidamente la sangre de los mexicanos. Continuar el régimen portes-callista, es seguir en un estado de cosas que consumirá los recursos nacionales y prolongará la intranquilidad y el descontento.

Los fanatismos debe el Gobierno combatirlos por medios persuasivos. Porque el Gobierno debe conservar sus elementos sociales, mejorándolos; no anularlos, ni oprimirlos, ni matarlos.

Cultura y educación, ese es el procedimiento que establece un estado mental que acaba con los fanatismos. Los medios violentos, los procedimientos de fuerza, producen efectos contrarios.

Por eso la Revolución, en su programa de renovación, en sus propósitos de hacer gobierno nacional en vez de gobierno sectarista, gobierno liberal en vez de gobierno intolerante, proclama la urgencia de terminar la guerra fratricida provocada por la cuestión religiosa.

La Jefatura del movimiento revolucionario, con las facultades legislativas que le concede el Plan de Hermosillo, derogó por decreto de cuatro del actual, las leyes que a pretexto de reglamentar el artículo 130 constitucional, sólo han servido para que los fanatismos se exalten y se establezca un malestar social que cuesta a la Nación sangre y dinero.

Si al derogar esas leyes, la Revolución ha obrado como lo quiere la Nación, toda ésta debe estar con nosotros.

Marzo de 1929.

El Jefe del Ejército Renovador

J. G. ESCOBAR

Proclama a la rebelión contra el gobierno.

de un civil, en tan duras circunstancias. Se equivocaron de medio a medio.

Cuando se inició esta nueva asonada, el episcopado y los cristeros, se frotaron las manos de gusto y de esperanzas. La *"persecución religiosa"* que aún les martillaba los oídos, llegaría a su fin y para ello buscarían alianza con los nuevos *defensores da la libertad religiosa.*

Era a principios de marzo de 1929, cuando ya las pocas bandas cristeras parecía que iban a deponer las armas, sorpresivamente se supo que los Generales Manzo, Topete, Cruz y otros, en Sonora; Aguirre en Veracruz; Marcelo Caraveo en Chihuahua, Urbalejo y Juan Walberto Amaya en Durango y *José Gonzálo Escobar* en la región de la Laguna, algunos de ellos con mando de fuerzas, habían desconocido al Gobierno legalmente constituído, tomando el último de los nombrados, el mando supremo del movimiento rebelde.

La consternación fue general. Se suponía que, después de tantos años de revueltas, la era de los cuartelazos, había pasado definitivamente a la historia. Muchos de esos Jefes del Instituto Armado, como Roberto Cruz, prestigiados revolucionarios, se habían destacado en la represión de anteriores movimientos rebeldes y combatiendo las actividades cristeras, habían adquirido justificada fama de *crueles, herejes e impíos perseguidores.*

Pensaron sin duda los manzo-escobaristas que contaban con más de la mitad de los efectivos militares del Gobierno, además de que la proximidad a la frontera estadunidense les facilitaría el aprovisionamiento de víveres, armas y municiones, elementos de que precisamente carecían los cristeros.

En las postrimerías de febrero o en los primeros días de marzo, no lo podríamos precisar con exactitud, tuvimos conocimiento los que militábamos al lado del Gobierno, que en Hermosillo, capital del Estado de Sonora, se había verificado una extraña junta de *guerra,* a la que habían concurrido, además de los generales de esa región, el obispo de aquella diócesis, *Juan Navarrete Guerrero,* de la que es en la actualidad todavía titular, y una representación de Escobar y de los Generales y Jefes que lo acompañaban en el *"movimiento renovador"*. En esa *junta de guerra,* según se dijo, se discutió y aprobó lo que después fue conocido como *el plan de Hermosillo,* por el cual, además de convenir con los jefes de las partidas rebeldes cristeras, ya a esas alturas raquíticas y desmoralizadas, en hacer la "unificación, mediante la promesa de que al triunfo de la causa", se firmara un concordato con la Sede de Roma, y, sobre

todas las cosas, que se contrajera el solemne compromiso de reformar la Constitución en vigor, a fin de dar a la Iglesia Católica, Apostólica y... Romana, las libertades que en materia de cultos requería y restablecerle las "facultades y privilegios de que durante siglos ha tenido y disfrutado a "todo lo ancho y lo largo"; es decir nuestra civilización, como lo es actualmente en España con el régimen de Franco, tendría que dar muchos y grandes saltos atrás.

También, después de largas deliberaciones, se aprobó el plan general de campaña en el que constaban todos los detalles y la forma en que deberían de cooperar las partidas cristeras con este nuevo movimiento, sumándose y subordinándose desde luego, a los Jefes militares que lo habían encabezado.

No estamos seguros de si este *plan de Hermosillo* fue concertado por parte del Obispo Navarrete con autorización del Episcopado Mexicano, organismo que desde las sombras era el que manejaba los asuntos de la rebelión cristera en el País, o lo hizo por su cuenta y riesgo, aceptando las condiciones y estipulaciones que en él se expresaban.

Lo que si parece que estuvo estipulado fue que se gestionara por el Jefe del movimiento al triunfar, que *la Santa Sede de Roma* nombrara como *Delegado Apostólico* a un *Cardenal mexicano* cuyo nombramiento recaería probablemente en el Arzobispo Mora y del Río o en *Francisco Orozco y Jiménez,* a la fecha Arzobispo de Guadalajara.

En ese plan en el que se decía que se trataba de unificar la acción de todos los desafectos al Gobierno, en parte textualmente se decía:

"Después de tener la convicción de que el índice de Plutarco Elías Calles ha señalado a los puñales que hirieron a su protector Alvaro Obregón, a Flores, a Hill, a Villa, a Gómez, a Serrano y últimamente al General Samaniego, no queda otro camino dignamente que decir a nuestro pueblo *¡a las armas!".*

Aquí se ve con nítida claridad que se acogen hasta con las mismas palabras, las especies tendenciosas difundidas por el Clero Católico. Ahí estaba escondida la mano con la que había arrojado la piedra de la discordia entre los hermanos de la familia revolucionaria.

La mayor parte de los escritores clericales, como si sintieran quemárseles las manos, pasan por alto esta rebelión. ¿Por qué ni siquiera la mencionan? Algunos lo hacen con marcada frialdad y como si les diera verguenza confesar que habían estado de acuerdo con ella, porque de todas maneras les favorecía. *"El enemigo de tu enemigo, es tu amigo",* y su aplicación en

el caso de este principio era corecta. Sin embargo muchos cabecillas cristeros, *graduados de generales, se resistieron* a operar en combinación con los nuevos "alzados", a quienes, al igual que a los "cruzados", se les aseguraba que ellos no eran los insurrectos, sino los que estábamos con el Gobierno; les aseguraban muy formalmente que: *"Calles era un usurpador,* a quien se iba a combatir para restablecer el orden y a reconquistar los derechos conculcados". Otra vez asoman las manos y las orejas y hasta las fauces del lobo clerical en esta malintencionadas aseveraciones.

Hubo entonces necesidad de aclarar la situación, porque muchos habían sido arrastrados con engaños a esta otra desventurada tragedia.

De la Plaza de Aguascalientes en donde fungía como Jefe de las Operaciones Militares el Gral. de División don Genovevo de la O. y el que esto escribe como Jefe de la Guarnición, el Coronel Piloto Aviador Pablo Sidar, salió en vuelo especial a la zona rebelde, Torreón, Durango y Monterrey, arrojándoles, en lugar de bombas explosivas o incendiarias, unas hojas impresas, en las que se decía a esos rebeldes, más o menos lo siguiente:

"El soldado mexicano que ha sido siempre leal a sus deberes, no ha traicionado jamás a sus ideales revolucionarios de mejoramiento social. *La legalidad está con nosotros que defendemos al Gobierno Constitucional.* Los rebeldes que se presenten a nuestras filas, serán recibidos con los brazos abiertos. Todos somos hermanos y no es justo que luchemos unos contra otros... Sus jefes infidentes los han engañado...".

Desde el día siguiente las deserciones del enemigo fueron numerosas. Las palabras que contenían la verdad y la justicia, habían hecho mayor efecto que los proyectiles explosivos. De la Estación de *Cañitas,* los Coroneles Alfredo Lamont y Juan Antonio Domínguez Amaro, primo del Secretario de Guerra, se apresuraron a incorporarse con las respectivas corporaciones a su mando, a los contingentes del Gobierno. Desde al principio supimos que no habían estado de acuerdo con el movimiento, a pesar de que el Gobernador de Durango y el Jefe de Operaciones, habían desconocido a los poderes de la Federación.

Con la premura que las circunstancias exigían fueron desbaratados los planes rebeldes que, a juzgar por sus movimientos iniciales, consistían, reforzados por los grupos cristeros, a los que les suponían todavía potentes, en formar dos grandes columnas de choque: una que avanzara desde Sonora, llevando como principal objetivo Guadalajara y llegaría en seguida hasta Irapuato. La otra, la del Gral. Escobar, compuesta por los me-

jores elementos de Durango, Coahuila y Nuevo León, marcharía sobre Zacatecas, Aguascalientes, a reunirse con la primera en Irapuato y en Querétaro, desde donde, ya como un poderoso *cuerpo de Ejército,* amagarían con grandes probabilidades de éxito, la Capital de la República, meta final que les daría la victoria definitiva.

Pero los de Sonora, dándole tiempo y oportunidad al Destino, se entretuvieron, sin duda por no dejar enemigo a retaguardia, en atacar el Puerto de Mazatlán, en donde, la llegada oportuna de las fuerzas del General Juan José Rico, más que la actitud indecisa de los defensores de la Plaza, los obligó a retroceder rumbo a su base de origen.

Escobar también cometió la torpeza de no hacer un avance rápido, perdiendo el tiempo en Torreón y en Monterrey, ocupándose en extraer los fondos de los bancos y no atacando oportunamente a Zacatecas, que con los efectivos con que contaban, hubiera tomado fácilmente. Entre tanto el General Aguirre también evacuaba Veracruz y los derrotados en Mazatlán, algunos de los cuales habían llegado hasta Naco, entregaron la plaza, dando en esta forma por terminada su aventura.

En cambio, las tropas que al mando del General Lázaro Cárdenas habían concurrido en parte a la derrota de los rebeldes de Sonora, avanzaron desde Irapuato, lugar a donde se habían reconcentrado además otros contingentes, hasta Aguascalientes, constituyendo una poderosa columna de ataque de cerca de *dieciséis mil hombres,* con toda clase de elementos. El General Calles, como Secretario de la Guerra, estuvo presente en dicha plaza, para dar las órdenes de avance correspondientes.

El Gral. Cárdenas, en vista de los buenos resultados que habían dado las hojas volantes anteriores, ordenó que Sidar arrojara unos manifiestos patrióticos que él ya traía impresos, haciendo en ellos un llamado a la concordia e invitando a los rebeldes a que regresaran a nuestras filas. Se trataba de contrarrestar a toda costa la insidiosa propaganda que en el campo enemigo se hacia a base de falsedades y calumnias.

Y por tercera vez nos convencimos de que en esta rebelión, más que la cola del diablo, estaban metidas hasta el codo las manos de los curas.

A uno de los desertores escobaristas se le había recogido un manifiesto expedido por el *Jefe Supremo de la insurrección.* Sin quitarle ni ponerle un punto ni una coma, lo transcribimos íntegro:

"LIBERTAD RELIGIOSA"

"A pretexto de combatir el fanatismo, el régimen callista estableció en México un conflicto que está haciendo correr indefinidamente la sangre de los mexicanos. Continuar el régimen portes-callista, es seguir en un estado de cosas que consumirá los recursos nacionales y prolongará la intranquilidad y el descontento".

"Los fanatismos debe el Gobierno combatirlos por medios persuasivos. Porque el Gobierno debe conservar sus elementos sociales, mejorándolos; no anularlos, ni suprimirlos ni matarlos".

"Cultura y educación es el procedimiento que establece un estado mental que acaba con los fanatismos. Los medios violentos, los procedimientos de fuerza, producen efectos contrarios".

"Por eso la Revolución, en su programa de renovación, en sus propósitos de hacer gobierno nacional en vez de gobierno sectarista, gobierno liberal en vez de gobierno intolerante, proclama la urgencia de terminar la guerra fratricida provocada por la cuestión religiosa".

"La jefatura del movimiento revolucionario, con las facultades legislativas que le concede el *Plan de Hermosillo,* derogó por decreto de cuatro del actual, las leyes que a pretexto de reglamentar el artículo 130 constitucional, solo han servido para que los fanatismos se exalten y se establezca un malestar social que cuesta a la Nación sangre y dinero".

"Si al derogar esas leyes, la Revolución ha obrado como lo quiere la Nación, toda esta debe estar con nosotros.—Marzo de 1929. *El Jefe del Ejército Renovador.—J. C. Escobar*".

Hemos dejado la redacción y la falta de algunos signos ortográficos y hasta de sindéresis, por si el autor de esta proclama, que todavía vive, está de nuevo incorporado al Ejército Nacional con el Grado de *General de División* y pertenece a un Partido de *auténticos revolucionarios,* la reconoce tal como está o desea ratificarlo o rectificarlo, poniéndole *los puntos sobre las íes.* Los hombres honrados, deben tener el valor de confesar sus errores.

Desde aquella época en que me tocó actuar como Jefe de la Guarnición de Aguascalientes muchas veces me pregunté: ¿Fue realmente expedida por el General Escobar, revolucionario de alguna cultura, esta antipatriótica, anacrónica y antirrevolucionaria *mamarrachada?* Decididamente le hace el juego al clero y justifica la actitud de los fanáticos levantados en armas, que precisamente uno y otros pedían primero y trataron después

de exigir con las armas, la derogación del art. 130 y otros que indebidamente consideraban "persecutorios".

Habla de cultura y educación para acabar con los fanatismos ¿pues que no se había dado cuenta el Gral. Escobar que hay muchos hombres y mujeres mexicanos, cultos, educados y "perfectamente fanáticos"? ¿Qué ha olvidado por ventura las elocuentes lecciones de la Historia? El clero no ha hecho otra cosa que provocar cuartelazos y rebeliones que han costado mucha sangre y dinero a la Nación.

Le recuerdo el cambio de impresiones que personalmente tuvimos cuando lo acompañé a visitar el lugar en el Cerro de las Campanas, en donde fueron ejecutados el intruso Emperador Maximiliano y los traidores Mejía y Miramón. Ahora, para desmentirme, tiene si quiere la palabra el General Escobar. Por nuestra parte somos, como liberales revolucionarios respetuosos "hasta de la libertad de equivocarse". *"Humanum errare est"*.

x X x

Después de los combates de Torreón y de Jiménez se encontraron también muchos ejemplares del famoso *Plan de Hermosillo* a que se refiere y cita la proclama que acabamos de dar a conocer. Estos dos documentos históricos son suficientes para convencer de que el movimiento Manzo-Escobarista estaba de acuerdo con los *cristeros,* muy a pesar de que a muchos de uno y otro grupo, los dividían profundas diferencias ideológicas.

Nos reservamos muchos otros comentarios a este respecto, dejando al lector libertad para que se los haga a su gusto.

A la columna que avanzaba desde Aguascalientes sobre los rebeldes escobaristas, se sumaron los contingentes de los Generales Anacleto López, de Zacatecas y los de los también General de División Juan Andrew Almazán y Saturnino Cedillo de San Luis Potosí.

Derrotados los rebeldes en sucesivos combates, una vez que los de Sonora habían sido también reducidos a la impotencia, sonó para estos últimos infidentes el fatídico *"sálvese quien pueda"*.

Escobar junto con el Lic. Valenzuela y algunos otros de sus leales adictos comprometidos y con el suficiente dinero, procedente del saqueo de los bancos de la zona que tuvieron bajo su dominio, se internó en los Estados Unidos, en donde permaneció en calidad de exiliado, hasta hace pocos años que regresó de nuevo al País.

Se dijo por aquel entonces que en las casas de cambio de la frontera a estos fugitivos, se les compró la plata amonedada de los Bancos de La Laguna y Monterrey, por kilos, al precio que les dió la gana. ¡Tal era la precipitación y la urgencia de salir del terrotorio nacional, que nadie repelaba!... ¡No querían queso, sino salir de la ratonera! ¡Nadie sabe para quien trabaja!

Años después, cuando ya al parecer serenadas las pasiones políticas un grupo de compañeros en el seno del Partido a que pertenece, se le recriminaba al Gral. Escobar *lo del saqueo de Bancos* que alguien inoportunamente había traido a colación, se nos asegura que se disculpó diciendo: que "él no había sido el autor, ni había dado las órdenes al respecto". Que habían sido las Legislaturas de los Estados las que lo habían dispuesto, por las imperiosas necesidades de pagar a las tropas sus haberes.

Las órdenes para las "requisiciones en caso de guerra", son generalmente dadas por *los jefes supremos* en campaña. Pero de todas maneras y por esta toral razón, la opinión pública ha seguido señalando al General Escobar como el responsable de esa indebida extracción de los fondos bancarios, para lo que, ya lo sabemos, hubo que hacerse uso, no de la fuerza del derecho, sino del derecho de la fuerza".

Uno de los infatuados novelistas cristeros, comentando la manera vergonzosa como terminó esta rebelión, asegura que: *"El Ejército libertador hubiera triunfado con la cuarta parte de las armas y pertrechos de que dispusieron los escobaristas y que tristemente dilapidaron"*.

Nosotros estamos seguros por nuestra parte de que las chusmas de monaguillos, seminaristas, curas y sacristanes que formaban las escuálidas huestes de *Cristo Rey,* ni con lo doble de esos contingentes hubieran obtenido el triunfo definitivo. No es solamente con hombres y con pertrechos con lo que se obtienen las victorias. Hacen falta buena dirección y el concurso de muchos factores. No basta rezar muchos rosarios, jaculatorias e invocar a cada momento la ayuda divina y de todos los santos.

Porque, no es solamente *"el Dios de los Ejércitos"* que los antiguos luchadores y los cristeros constantemente llamaban en su auxilio, lo que determina el éxito en las batallas.

En el caso de la rebelión escobarista, como en la cristera, hubo otras muchas causas por las que no era posible que triunfaran. Fueron las dos, como años antes había sido la de don

Adolfo de la Huerta: rebeliones sin cabezas y en las que "todos andaban de cabeza". La justicia está siempre del lado de las buenas causas y en esta ocasión en que estuvieron en lucha *tres ejércitos;* el Nacional, es decir el verdadero, *el renovador y el cristero,* fue el primero, sin más ayuda que la legalidad, la razón y la justicia, el que obtuvo la victoria definitiva.

— XXXIII —

LOS FUEGOS SANTOS SE CONVIERTEN EN FUEGOS FATUOS

A pesar de lo que en todos los tonos afirman los escritores cristeros, al principio del año de 1929, el fervor y el entusiasmo de los "libertadores", habían decaído enormemente. La división entre ellos había cundido, a la vez que la moral y la disciplina andaban por los suelos. Sin embargo y aún cuando esos escritores reconocen que el Gobierno en todas las regiones en las que habían sentado sus reales y se creían invencibles, les había empezado a "sonar muy duro", no quieren muy bien "darse por vencidos" y para un ficticio consuelo, se siguen anotando triunfos sobre triunfos; todas las derrotas se las cargan a "los perseguidores callistas", a quienes invariablemente les hacen muchas bajas.

Veamos algunas otras hazañas, contadas por el jesuíta *Espectator.*

"...En los primeros días del mes de mayo (1929), la campaña en contra de los que, por motivos políticos, se habían sublevado en el Norte de la República terminaba y, concluída esta, pensose emplear en contra de los libertadores colimenses, una de las más fuertes columnas que allá habían operado, al frente de la cual se colocó al General Eulogio Ortiz, uno de los militares que por su impiedad propia de energúmeno, que le llevó alguna vez a decir que *su Dios era Lucifer,* figuró destacadamente entre los servidores de *Plutarco Elías Calles*".

Se notará que, mientras del Gral. Eulogio Ortiz sabe hasta que *su Dios era Lucifer,* de los que "se habían sublevado en el Norte de la República, asegura que había sido "por motivos políticos", cuando, después de haber leído *el Plan de Hermosillo* y la proclama de Escobar, estaba convencido de cuáles habían sido los verdaderos motivos.

"A mediados del mes —continúa— llegaron las tropas de la muy numerosa columna a la ciudad de Colima, y haciendo lujo y ostentación de grandeza, desfilaron de la Estación de fe-

rrocarril al centro de la población, en larga y no interrumpida fila, desde las primeras horas de la mañana, hasta después del medio día. La primera providencia del astuto General Ortiz fue mandar a los campamentos de los soldados de *Cristo Rey,* a un sacerdote que traía preso desde el Norte, con el fin de que este les propusiera la rendición, haciéndoles conocer la terrible persecución que les esperaba. Obligado por el tirano se presentó el aludido sacerdote la noche del 24, en el campamento cristero de La Palmita. La primera impresión que causó fue de alegría, pero aquella impresión cambió luego, porque el eclesiástico, sin más rodeos les dijo que iba enviado por el Gral. Ortiz, para proponerles la amnistía y recibir su resolución...".

Otro de los escritores de la misma ideología escribe:

"El Gral. Ortiz trajo en rehenes a un sacerdote, al que envió al campamento cristero de Palmita, para proponernos la amnistía. Este describió al detalle los elementos con que contaba el enemigo para iniciar el ataque: dispone —dijo— de cientos de cañones, de diversos tipos y varios miles de soldados bien equipados y con sobrada dotación de parque. Los libertadores lo acusaron de espía del enemigo y no faltó quien propusiera que lo fusilaran como a tal...".

Pero el aludido padre jesuíta y cristero hasta más arriba de la coronilla, da la verdadera versión en su libro también muy apasionado, *"Prisionero de Callistas y Cristeros"*.

El Gral. Ortiz al proponerles la rendición a los rebeldes, por conducto de uno de confianza e indentificado con ellos, no era por debilidad, ya que contaba con todos los elementos necesarios para combatirlos y en poco tiempo derrotarlos. Sin embargo "a la bondad le llamaron... de otro modo" y se crecieron hasta el grado de afirmar con desfachatez:. "Esto servirá para probarles Dios a sus enemigos que contra *sus soldados* nada podrán, aunque salga el infierno a combatirlos". ¡No hubo necesidad de tanto!

De suerte que, ante las afirmaciones del sacerdote de que no podrían resistir con éxito con los elementos de combate de que disponía Ortiz, se mostraron escépticos y desconfiados... Con frialdad contestaban: "con todo eso, Ud. verá, cómo no nos hacen nada, porque Dios nos ayuda". "Usted no es sacerdote, por más que lo diga, sino un explorador del enemigo que viene a darse cuenta de nuestras posiciones. Si fuese sacerdote no viniera a decirnos que nos rindiésemos al enemigo y... tenemos que fusilarlo. A un sacerdote prisionero, los enemigos no lo hubiesen dejado venir solo a los campamentos nuestros...".

Y ahora leamos lo que el mismo aludido padre J. Andrés Lara dice en relación con este incidente. Claro que el sectarismo de partido, no le permite hablar con entera sinceridad. El fanatismo religioso, como todas las aberraciones mentales, ciega aún a los hombres más preparados.

"...A todo esto el Gral. me iba mirando a la cara cada vez con menos desconfianza y con algo de admiración. Hasta sentí una suave palmadita en mi espalda...".

—"Esta bien, padre. Ahora va Ud. a hacer una obra patriótica. Nosotros vamos a combatir a los cristeros de Colima, porque ya lo de Escobar se acabó por sí solo. Yo quiero que vaya con nosotros hasta Colima y desde allí irá al campo cristero, para que, como sacerdote les persuada la rendición y así evitamos el combate; yo ya no quiero derramar sangre de hermanos. Una vez cumplida por Ud. esta comisión, quedará completamente libre". "Las intenciones del Gral. parecían buenas y quizá hasta sinceras, en eso de querer evitar el derrame de sangre de hermanos".

Por final de cuentas, a este cura, que el Gral. Ortiz había llamado "un cura gallón", lo pusieron en libertad los cristeros y de regreso a Colima, también, dice, "lo dejaron libre los callistas".

"En tanto que el Gral. Ortiz en Colima hacía los últimos preparativos para la campaña, organizaba exploraciones, reconocía las posiciones del enemigo por medio de las informaciones de los que conocían y del examen que a mañana y tarde se hacía desde los aeroplanos, en el cuartel general cristero del Volcán, se celebraba una ferviente fiesta religiosa el día 24 (de mayo de 1929), "en honor de María Auxilio de los Cristianos". ..."Mientras llegaban correos de que la movilización del Ejército de Eulogio Ortiz se había iniciado. El trisagio, cantado y coreado por cientos de pechos varoniles que ardían de fé, nos llenó de emoción en aquella víspera de combate. Al día siguiente tomamos posiciones en espera del enemigo y empezó el bombardeo de los aviones militares. Las bombas abrían enormes cráteres y hacían estremecer la montaña entera; para desde los primeros impactos nos dimos cuenta de que carecen de puntería. Después, volando bajo, dirigieron sobre nosotros el fuego de sus ametralladoras, con la misma falta de precisión. Al primer vuelo nos tomaron desprevenidos; pero después los recibimos con tiros de fusil y tocamos a varios, por lo que desistieron de volar bajo, y sus descargas fueron aún más peligrosas...".

"El día 28 comenzó en toda forma la campaña. Los varios miles de soldados de Eulogio Ortiz, en combinación con fuerzas

de Jalisco, al mando de José Ortiz (Cortés Ortiz) otro General de la tiranía de que ya se ha hablado, atacaron los campamentos del General Andrés Salazar en Cerro Grande. No fue posible impedir el avance de los impíos; pero se peleó con valentía, principalmente en Campo Cuatro, donde se hizo gran carnicería en los adversarios. Cuando fueron desalojados aquellos libertadores de sus posiciones, subieron por la antigua vía del ferrocarril hacia la cima del cerro y se parapetaron de nuevo en un alto corte, desde donde hicieron a rifle y con bombas, nueva espantosa matanza de enemigos. Al tercer día, no pudiendo resistir más, tuvieron los libertadores que evacuar sus zonas y, tristes y un tanto desmoralizados, salieron rumbo al Municipio de Coquimatlán".

"Con rapidez movilizó el Gral. Ortiz sus tropas contra los libertadores del campo de Borbollón, donde los esperaba temerariamente un destacamento de *cincuenta* cristeros, mientras los atacantes eran más de *cuatro mil*. Estaban bien parapetados en fortines construidos ex profeso y su estado de ánimo era excelente. Avanzaron los guachos por una carretera pedregosa, donde su equipo pesado iba dando tumbos. Al aproximarnos a ellos, nos dividimos en dos columnas para conservar ambos lados del camino... Los Callistas se lanzaron precipitadamente entre los matorrales y bosquesillos que cubrían el camino y nos batían a un lado y otro con una intrepidez que rayaba en la imprudencia... Agotadas las municiones, suspendimos la lucha y nos retiramos *Sierra adentro*. Después nos dirigimos al Borbollón en busca de pertrechos, pero este campamento había caído también en poder de la gente de Eulogio Ortiz. Pudimos ver el estrago que la batalla produjo en el terreno. Del Bosque que lo rodeaba, solo quedaban troncos desgarrados por la metralla".

De este desastre de Borbollón, otro escritor se expresa así:

"Era el medio día del 4 de junio, cuando las crecidas tropas de la tiranía, movilizadas con inusitada rapidez, se presentaron frente al campamento de *El Borbollón,* a donde, al mando del mayor Félix Ramírez, se encontraban algo más de cincuenta soldados cristeros. Cuando los perseguidores se acercaron estaban bien parapetados los libertadores, esperando gustosos el momento del combate, sin arredrarles ni la tan celebrada bravura, ni el número de aquellos enemigos, ni los elementos de guerra con que contaban. Cuando el momento del combate llegó, los cruzados se ocultaron tras de las trincheras. En tanto los perseguidores avanzaban con ímpetu formidable y, cuando en fuerza de carrera, estaban a punto de salvar los fortines, una descarga uniforme y el grito de *¡Viva Cristo Rey!,* los hizo dete-

nerse y retroceder. Se entabló el combate: colocaron los soldados de Eulogio Ortiz sus piezas de Artillería y estas, en combinación con la fusilería, empezaron al momento a funcionar"...

..."Pero una infausta neblina cubrió la montaña y los enemigos la aprovecharon para tomar por sorpresa las posiciones de los libertadores. Tuvieron estos entonces que batirse *en retirada* hacia una loma inmediata, abandonando todos los caballos y las monturas... En este lugar llamado La Delgada, separado del Borbollón solo por una barranquilla, quedaron los libertadores frente a frente de sus adversarios; siguieron provocándolos con gritos y llamadas, pero no fueron correspondidos con un nuevo ataque".

De *La Delgada,* hasta donde fueron los cristeros a parar la carrera, regresaron a su cuartel general, en una cuchilla cercana a la Mesa de la *Yerbabuena,* lugar muy defendible, con una de sus salidas seguras y oculta hacia el cono del Volcán de Colima, conocido solamente por los rancheros de la región. "El ataque de los callistas —continúa— fue feroz. Cañones de diversos calibres golpearon incesantemente nuestras fortificaciones y las hicieron saltar a pedazos. Los aviones hacían varios vuelos al día, descargando su carga explosiva. Retumbaba el Volcán entero, pero ninguna bomba hizo daño a los nuestros. Después de *tres días de ataque,* agrupó el enemigo un contingente formidable y lo lanzó a la carga en forma irresistible. Una hora duró aquella desigual batalla en la que murieron *cientos de callistas,* sin que *nosotros tuvieramos pérdidas que lamentar.* Cuando estaban a punto de alcanzar nuestras líneas defensivas, ordenó el Gral. Anguiano *abandonar las posiciones,* lo que hicimos en perfecto orden... De ahí nos trasladamos a un lugar situado más arriba...".

Leamos ahora el final consolador de esta derrota.

"Aún cuando sufrimos muchas penalidades, de hecho la campaña gobiernista *había fracasado;* pues a costa de grandes pérdidas, los federales sólo consiguieron un nuevo cambio de posición de nuestros campamentos y no se atrevieron a continuar la persecución".

"En resumen —escribe otro de los sectaristas fanáticos— la gigantesca y formidable ofensiva del Gral. Eulogio Ortiz se redujo, a costa de muchos centenares de bajas callistas, a hacer *un muerto* a los libertadores"... ¡Cabo de cuarto... nó pasa!

A estas alturas ya el lector debe estar acostumbrado a esta manera de computar las bajas.

— XXXIV —

LA FIERA CLERICAL ACOSADA EN SUS PROPIAS MADRIGUERAS
MUERTE DEL CURA VEGA Y DEL JEFE DE LA GUARDIA CRISTERA, ENRIQUE GOROSTIETA

El llamado Ejército Libertador se estaba a grandes pasos desinflando y ya se estaban jugando los defensores de *"Cristo Rey",* la última carta jugada medrosamente en la traidora asonada Manzo-Escobarista, con la que se unificaron, pero que, después de derrotada esa rebelión "relámpago", hacían uso de las "reservas mentales", no se sentían comprometidos y hacían inauditos esfuerzos para enfrentarse a la situación difícil que se les había creado. Desvanecida esa esperanza de triunfo ¿qué les queda a los que luchaban dispersos por las regiones inhóspitas del País? ¿Contaban todavía con el apoyo del Episcopado? Ni los mismos componentes de la *Liga lo sabían;* más bien casi estaban seguros de que ya no contaban con nadie.

Las noticias de Colima, Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Querétaro, Zacatecas, Aguascalientes, no podían ser más desconsoladoras. La moral y la disciplina casi habían desaparecido por completo en los grupos de esas regiones y nadie tenía ya entusiasmo para seguir en esa "bola" que solamente descalabros les había menudeado.

En los Altos de Jalisco que era en donde con más vigor se había mantenido el celo santo y había tenido "la causa" algunos éxitos pasajeros, después del fusilamiento de Victoriano Ramírez, conocido como *El catorce,* por expresa orden del cura Vega famoso, que no le perdonó jamás a ese cabecilla se opusiera en parte a sus disposiciones, vino a determinar el principio de hondas divisiones. Muchos de los cristeros "veteranos" se resolvieron a "desaparecer de la escena y se habían estado rindiendo con las fuerzas del Gobierno".

Sin embargo en la plaza de Tepatitlán se habían estado reconcentrando, de los que aún quedaban fieles, los mejores de los contingentes cristeros, y al combate que tuvo lugar en esa

población jaliciense nos vamos a referir, porque, desde el punto de vista estratégico, consideramos como de capital importancia.

El 24 de abril de 1929, el Gral. Saturnino Cedillo, Jefe de una columna destacada para combatir la rebelión en esa zona, rinde el parte, del que transcribimos lo conducente:

"...El domingo 21 de los corrientes (abril de 1929), como a las 20 horas, arribé a esta plaza y, a mi aproximación, el enemigo que se había concentrado en ella, huyó cobardemente, a pesar de haber ofrecido aquí a varios vecinos, que moriría antes de abandonarla... Había sido duramente escarmentado por nuestras tropas; pues el viernes, a las 5 horas, fue atacada esta plaza por los Grales. Olivares y Díaz. Estos Jefes, por falta de previsión no dejaron reserva ni fuerza organizada que protegiera su retaguardia y el enemigo tenía fuera de esta plaza un núcleo regular de caballería, la que, al hacer movimiento de retaguardia, los jefes aludidos retiráronse sin darse cuenta de que una fracción del 4o. Regimiento, a las órdenes del Corl. Teófilo Castro y del Corl. Andrés Torres, con una pequeña fracción del 14o. Cuerpo Rural, este también de reciente formación, se quedaban en el sector Occidental de la ciudad; y los Coroneles Castro y Torres, al verse aislados, se hicieron fuertes en dos corrales con 130 hombres de tropa y 6 oficiales, desde el citado viernes 19 hasta el 21 a las 20 horas, en que arribó con la columna, habiendo resistido estos valientes jefes el ataque y asaltos continuados durante tres días y tres noches, haciéndoles numerosas bajas al enemigo y, a pesar de que en la posición que tenía esta fracción de nuestras fuerzas no había más provisión que maíz tostado (con el que estuvieron alimentándose) hasta la mañana del lunes 22, sin que pudiera quebrantar la bizarria ni la falta de alimentos, ni la falta de curación de nuestros heridos... Hubo momentos, cuando los asaltos eran furiosos, en que los heridos arrastrándose a las trincheras, hacían fuego con toda entereza... El cura Vega, que de engañador de almas cándidas pasó a la categoría de bandolero cruel y sanguinario, encontró también la muerte, frente a la posición de nuestras valientes tropas: acercóse a echarles un sermón para que se rindieran... y como constestación recibió una descarga, tocándole un tiro en la frente que le causó la muerte instantánea... Murieron diversos cabecillas de menos significación que el *cura Vega*. Las gavillas de fanáticos aquí reunidos ascendían a algo más de *mil quinientos hombres*... Tengo la seguridad de que, con este desastre no podrán ya presentar ningún combate formal".

Hemos dejado en este también pintoresco parte del General Cedillo que años más tarde y después que Manzo y Escobar había de rebelarse también en contra del Gobierno, el lenguaje típico que pinta la idiosincracia y hasta el temperamento de quien lo rindió en condiciones tal vez en las que su vacilante ideología ya estaba próxima a hacerlo naufragar. Apesar de su innegable actuación revolucionaria su incultura no le permitía tener en los casos difíciles, clara visión de las cosas.

Aunque en el parte transcrito, lo mismo que en la novela cristera del Ingeniero Rivera de Val se dice que el cura Vega murió en la acción de Tepatitlán, como en el caso de Zapata y de José de León Toral, sus admiradores o simples adictos, hicieron correr la versión de que no había sido ese inquieto y mal sacerdote el que había muerto, sino otro que mucho se le parecía y que él, el "padrecito Vega", había podido escaparse y rendirse con uno de los jefes gobiernistas que operaban en Jalisco; que por valiosa y meritoria actuación, el Sr. X o sea el Arzobispo de Guadalajara, "chamula" Orozco y Jiménez, lo habían protegido y... hasta se llegó a dar como un hecho que "nada menos estaba encarnado en el actual *arzobispo Primado de México,* don Dario Miranda y Gómez, que con ese nombre de *Padre Vega* había operado en la región de *Los Altos.*

Todo eso no fue más que una de tantas consejas populares, productos de la fantasía; porque un ameritado Jefe de nuestro Ejército que fungió como Jefe de la Guarnición en Guadalajara y que fue uno de los que más eficazmente combatieron a los cristeros en toda aquella región, nos aseguró sin dejarnos lugar a dudas que el cura Vega murió en el combate de Tepatitlán, lo que a él se lo aseguraron un hermano y una hermana de dicho sacerdote.

Meses después, como si ya el Dios al que decían defender, les hubiera retirado su protección, a la muerte del cura Vega en Tepatitlán siguió la del "Jefe de la Guardia Nacional Cristera", Enrique Gorostieta, o "Gorra Prieta", como lo apodaban los federales,

En la novela citada del Ing. Del Val, se lee: ..."Lo que no obtuvieron con su gigantesca ofensiva, lo lograron casualmente".

La casualidad o el Destino inexorable que a todos los mortales les asigna en la vida su misión y el término de ella. En este caso ni siquiera se acuerda el escritor de mencionar "los designios de Dios"... o que lo llamaba a recibir el premio a su derecha en la mansión de los bienaventurados.

"El 8 de junio —asienta a secas y con el mayor desconsuelo— dieron de manos a boca con el *"Jefe Supremo de la Guar-*



Generalísimo de la guardia nacional cristera, Enrique orostieta, recibiendo la absolución "Post mortem" del cura rebelde Angulo.

dia Nacional", y lo mataron en forma por demás inesperada. El General (?) Gorostieta (conste que no le escatimamos honor a su jerarquía) reorganizó a sus elementos en Jalisco y Michoacán para darles mayor fuerza y unidad, con miras a posesionarse de Guadalajara y el Bajío. Se reservó para sí el mando directo de *"Los Libertadores de los Altos";* encomendó al Gral. J. Degollado la jefatura de los del Sur de Jalisco y nombró al General (?) Carrillo Galindo, compañero suyo del Colegio Militar... ¡Lástima que hayan pertenecido estas dos fichas a tan Honorable Institución, cuya trayectoria ha sido siempre sin mancha y que en esa forma hayan desprestigiado al Colegio que los albergó en su seno!...

Gorostieta nombró se dice en la novela cristera sectarista que hemos de comentar en este libro, comandante de los cristeros en Michoacán, pues nos está refiriendo el caso de la muerte del *Jefe Supremo.* "Iba con este último para darle posesión de su comandancia. La comitiva la formaban unos dieciseis hombres, los cuales pernoctaron en el casco abandonado de la Hacienda de El Valle. No era de temerse un ataque de los callistas, pues estos actúan ahora en grandes concentraciones y los que operaban en la región, acababan de ser *batidos en San Julián.* La madrugada del día 2 llegaron a la misma hacienda tropas de Cedillo, al mando del General Pablo Rodríguez, en los momentos en que comenzaban a salir los de la Guardia Nacional (cristera). Los gobiernistas creyeron que eran de los suyos y dieron lugar a que se alejaran Heriberto Navarrete, Rodolfo Lara Márquez y algunos más que ya habían salido con la impedimenta. Pero al indentificarlos, atacaron los guachos cuando el Gral. Gorostieta cruzaba el patio. Le mataron su caballo y tuvo que defenderse parapetado con el cuerpo del animal. Desde el interior de la casa dispararon sus compañeros para protegerlo; pero poco tiempo, después de probar por última vez su certera puntería cayó muerto...".

El Jefe *obscuro de una Guardia Nacional* sin gloria, había sucumbido también sin ella. Sus ansias de destacarse, de ser algo, después de muchos fracasos en su anterior vida militar, lo habían llevado hasta a abrazar una causa que no sentía y que no era precisamente la suya. Gorostieta, egresado del Glorioso Colegio Militar, de ideas liberales, revolucionario de corazón, estuvo con Huerta y después al lado de Francisco Villa, pero jamás, se dijo, profesó sinceramente la religión católica.

Degollado Guizar que por nombramiento del Jefe de la *Liga,* Sr. Luis Beltrán, comunicado por carta, sustituyó en este fic-

ticio y simbólico cargo de *Jefe Supremo de la Guardia Nacional,* en sus famosas *Memorias* escribe a este respecto lo que sigue:

"No supe si recibiría mi carta, porque tres o cuatro días después *"Dios nos visito permitiendo que el General Gorostieta muriera,* y poniendo a prueba con esto la firmeza de nuestros ideales". El golpe fue durísimo para toda *la Guardia Nacional*... Todos teníamos confianza en Dios y en el Comité directivo de la *Liga.* Pedimos a Dios las luces para la más grande de las instituciones cívicas que ha tenido México y esperamos que las cosas se arreglaran como fuera su *voluntad Santísima".*

En efecto, este golpe durísimo sumado a los otros, más o menos duros que el Destino, la Providencia o Dios, como quiera llamársele, había dado a la Rebelión cristera, revelaron con toda claridad que, la estrella que habían creído ver brillar y los planes que para un futuro no muy lejano se habían forjado, llenos de optimismo, se habían, eclipsado aquella y caído estos por tierra para siempre y sin ningunas ni siquiera remotas esperanzas. *Tepatitlán* fue la tumba de la *Rebelión Cristera* y en muchos años o quizá jamás, volverían a levantar cabeza los ilusos que habían vanamente soñado con *"un nuevo orden social cristiano".*

Sin embargo, la Iglesia Católica cuyas intromisiones en nuestra política han sido siempre funestas, no ha perdido del todo la fe en que algún día volverá a disfrutar de los privilegios y del dominio temporal y espiritual de que gozó a sus anchas en tiempos pasados. Con un clero híbrido de jesuítas, franciscanos, redentoristas meteatinos y de otras muchas órdenes de zánganos religiosos, y con una proporción de curas seculares extranjeros enorme, con sus descaradas violaciones a las leyes del País con procesiones, peregrinaciones y otras maniobras secretas y misteriosas, trata cada día de crearle más y más problemas al Gobierno, oponiéndose tenazmente a toda manifestación de Progreso.

La *"Guardia Nacional Cristera"* que hasta su reciente fallecimiento estuvo a cargo de Jesús Degollado Guizar, ya con *una legión de honor de Cristo Rey",* ha estado funcionando tras de bambalinas, ahora dirigida por el Doctor *José Gutiérrez y Gutiérrez* y desde las sombras están manejando al *Sinarquismo y al Partido Acción Nacional* que son los que en la política militante sacan la cara. Para el pueblo, que ya ha abierto suficientemente los ojos para no dejarse fácilmente engañar, detrás de todos estos "enjuagues" y sin importarle los nombres con que se disfrace, están los mismos clericales de siempre. ¡La misma Jeringa con el mismo palo!

— XXXV —

"CUANDO LA PERRITA ES BRAVA... HASTA A LOS DE CASA MUERDE"

¿Fue el fogoso discursero, figura destacada de la A.C.J.M. René Capistrán Garza, compañero de hilera del otro "niño Prodigio", Jorge Prieto Laurenz, que más tarde se constituyera en el factotum y acaparador de altos empleos en el Cooperativismo; fue, repetimos el ferviente católico Capistrán, el *"chivo espiatorio",* víctima del jesuitismo clerical, a cuya causa había sacrificado su vida y sus arrestos juveniles, en provecho exclusivo de la Iglesia romanista?

Este discutido personaje, a quien ni siquiera conocemos, desde *"Atisbos"* desfoga sus resentimientos y nos muestra algo de lo que Guiza y Acevedo, otro impenitente fanático, despechado pero no arrepentido, tuvo escrúpulos en revelar.

Capistrán, hombre ya maduro y empezando prematuramente a envejecer, según las descripciones que de él nos hacen sus mismos enemigos, no es precisamente un amargado ni un adolorido, de las tortuosas y maquiavélicas, a la vez que sucesivas maniobras del clero, al que sirvió ciega e incondicionalmente, por más que se empeña en mostrarse disciplinado a los despóticos mandatos de la Liga *Defensora de la Libertad Religiosa.*

Más tarde veremos a esta organización cambiar ligeramente de nombre, pero no de procedimientos hipócritas y malévolos, los mismos que usó para desplazar, primero de la Presidencia de la Liga, y después de la '"honrosa comisión" que el Episcopado le había conferido en los Estados Unidos, a Capistrán según puede colegirse del nombramiento que en seguida copiamos:

El texto de la credencial que la Liga le otorgó, después del escudo heráldico del Comité Ejecutivo dice: "El señor René Capistrán Garza, Primer Vice-Presidente de esta Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, está ampliamente facultado por el Comité Directivo que suscribe, para representar a la misma Institución en los Estados Unidos de América, ante la Jerarquía Católica y ante cualquiera institución o persona parti-

cular del citado país; en el concepto de que la Liga tendrá por hecho cuanto fuese arreglado por el propio señor Capistrán Garza. *Dios y mi derecho.* En la Ciudad de México a 7 de octubre de 1926.—El Presidente, Rafael Ceniceros Villarreal.—El Segundo Vice-Presidente Luis G. Bustos.—El Primer Vice-Presidente sustituto, Lic. Miguel Palomar y Vizcarra".

La autenticidad de las firmas está certificada por el Arzobispo de México, José Mora y del Río.

El carácter de Representante del Episcopado Mexicano ante la Jerarquía católica de los Estados Unidos, le fue conferida mediante el siguiente documento: "El sello de la arquidiócesis de México.—8 de octubre de 1926.—A la Jerarquía Católica de los EE. UU. de América.—Tenemos el honor de presentar a los Eminentísimos Señores Cardenales y a los Excelentísimos Sres. Arzobispos y Obispos de esa Jerarquía, a nuestro muy amado hijo el señor don René Capistrán Garza. Hacemos constar que durante muchos años ha figurado prominentemente como defensor de la causa católica, sobresaliendo por su inquebrantable firmeza de principios, valor civil y cristiano, por su espíritu organizador y práctico y por su inegable popularidad, conquistada por la acción y la palabra. Conocedores los perseguidores de la Iglesia de la influencia que podría ejercer en México el Sr. Capistrán Garza, lo obligaron prácticamente a abandonar el país para salvar la vida. En estas circunstancias tuvimos a bien aprovechar su estancia en los EE. UU., para encomendarle cerca de la Jerarquía Católica y cerca del pueblo americano, nuestra representación, a fin de hacer más efectiva la comunión religiosa entre ese pueblo y el nuestro. Con ocasión de la venida a esta ciudad de un representante suyo le reiteramos nuestra confianza, suplicándole a esa Venerable Jerarquía le conceda una favorable y benigna ayuda.—Sinceramente vuestro en Jesucristo. José, Arzobispo de México".

Como entre las muchas mentiras que se han propalado, para desorientar a la opinión pública, se ha sostenido con insistencia que en este asunto escabroso de rebelión nada tuvo que ver la Iglesia Católica, ni el "venerable Clero", sino que expontáneamente los católicos se habían lanzado a la lucha armada, en defensa de "un sagrado derecho", damos a conocer, además de los anteriores documentos que hablan bien claro, este otro:

El arzobispo Mora y del Río, con su carácter de Presidente del Episcopado Mexicano se dirige al Jefe Supremo de la Orden de los Caballeros de Colón en Norteamérica.

"México, noviembre 1 de 1926.—Mr. Flaherty; con fecha 8 de octubre de el año que cursa pedimos en favor de nuestro

muy amado hijo, señor don René Capistrán Garza una credencial dirigida a la Jerarquía Católica de esa nación y cuyo texto se servirá Ud. ver en la copia adjunta. Dados los nobilísimos esfuerzos que Ud. y la benemérita Orden de los Caballeros de Colón han desarrollado en pro de la libertad religiosa en México, creemos convenientísimo suplicar a usted y a sus hermanos, se sirvan tener dicha credencial como expedida especialmente para la citada Orden; en el concepto que el Sr. Capistrán Garza es entre los seglares, el único representante nuestro y de los intereses de los católicos mexicanos en esa nación. De Ud. afectísimo amigo y capellán que lo bendice.—José, Arzobispo de México.—rúbrica".

Pero a pesar de que en el país vecino tuvo el triple carácter de Representante de la Liga, del Episcopado y de Jefe Supremo del movimiento armado y hasta las sirenas clericales le llegaron a cantar al oído que al triunfo de "la causa", él sería el Presidente, según se desprende del informe que él mismo rinde a los Prelados reunidos en San Antonio, Texas, la misma liga y el Episcopado lo desconoció, de la noche a la mañana, en lo más álgido e importante de su cometido: cuando ya tenía contratado un préstamo, para financiar la rebelión en México, de algo así como *quinientos mil dólares,* y daba los primeros pasos para compra de armas (esto sucedía en principios de 1927) municiones y aeroplanos, que sin duda serían remitidos a los "frentes de batalla" del ejército libertador cristero.

¿A qué se debió ese inesperado cuando inoportuno cambio de la Liga y del Episcopado?

Según informes que se recibieron con mucha reserva, Capistrán había caído, no de la gracia de Dios, según él aseguraba, sino de la del archiintrigante Obispo de Huejutla Manrique y Zárate y del de Tabasco Pascual Díaz y Flores, a quien le había negado un "embute" que desde Nueva Yark le exigía, por conducto del Lic. Núñez, de nada menos que *ochocientos mil pesos* y como se los negara, alegando que el dinero aportado por los católicos americanos, se destinaría a la compra de elementos de guerra para iniciar la campaña en el Norte del País, en contra del Gobierno, el citado Pascual Díaz gestionó, valiéndose de la junta de Obispos y Arzobispos residentes en Nueva York, que la *Liga* relevara de la comisión, a Capistrán, nombrando en su lugar a Luis Bustos.

Así fue como ante un grupo de altas dignidades eclesiásticas y católicos, hombres y mujeres de alcurnia, al presentar a quien lo había de sustituir en los Estados Unidos en su delicada comisión, manifesto, quizá mordiéndose los labios de des-

pecho, de rabia y desilusión, que "jamás volvería a pertenecer a ninguno de los puestos" de la famosa Liga, retirándose para siempre de sus actividades.

Por lo demás si el Sr. Huckley (William) había conseguido con el multimillonario Mr. Prady, Caballero de San Gregorio y Duque de la Corte Pontificia, los *quinientos mil dólares* o si todo aquel enjuague de ambiciones e intereses conjugados, no había sido más que "una tempestad en un vaso de agua", no lo supimos jamás, aunque si estamos seguros de que, el pleito entre el "muy amado hijo" del Episcopado Mexicano y el jesuíta Pascual Díaz y Flores, fue "el principio del desastre del ya entonces llamado pomposamente *"Ejército Libertador"*... Y el lío de comadres entre Capistrán y Luis Bustos, sacó a luz muchas verdades, exhibiéndolos en el extranjero, como lo que realmente eran: dos fanáticos clericales, dóciles y ciegos instrumentos de la Iglesia Católica, Apostólica Romana.

El antiguo fogoso y dinámico militante acejotaemero que en sus delirios de grandeza aspirara a la Primera Magistratura del País, inútilmente "clamó al cielo que no le oyó" y los arzobispos y obispos mexicanos reunidos en San Antonio Texas, le voltearon las espaldas, después del enojoso incidente con el mitrado Pascual Díaz y Flores, como un indicio seguro de que su estrella había empezado a declinar y a opacarse.

La amplia y detallada explicación que, con "solemne juramento ante Dios" les diera de su conducta, no impidió que hasta en forma humillante lo destituyeran del cargo que le habían confiado la Liga y el Episcopado Mexicano, en los Estados Unidos del Norte, dejándole solamente como una burla, el simbólico nombramiento de *"Jefe Supremo del Movimiento Armado"*, cuando precisamente le amarraban las manos para que no pudiera conseguir los elementos de guerra que tanta falta les estaban haciendo a las ya muy mermadas partidas de cristeros, refugiados como animales en las montañas.

A la Junta que presidió el Arzobispo Mora y del Río, asistieron el también Arzobispo de Michoacán Leopoldo Ruiz y Flores, el de Veracruz Guizar y Valencia, el de Aguascalientes Valdespino, el Obispo de Huejutla, Manrique y Zárate, por Jalisco el Canónigo Esparza, por San Luis Potosí el P. Escoto y cuando Capistrán hizo la presentación del nuevo Jefe, Luis Bustos, estuvieron presentes además, los Lics. Núñez y Padilla (¿Ezequiel?), el Dr. Ortega, Antonio Ruiz y Rueda, José Sánchez, Juan José Medina, Miguel Landeros, Juan Lainé (actual interpósita persona de los bienes del clero) y otros muchos que sería largo enumerar.

Esto pasaba en agosto de 1927 y al mes siguiente, desde San Antonio Texas, en carta que le escribe a su amigo Bernardo Avalos a Nueva York, se queja amargamente de la manera como le pagó "el diablo del Episcopado" a su muy amado hijo "predilecto". En la extensa misiva en la que se desahoga en contra de Bustos, hay estos párrafos:

..."El Dr. Meza aseguró en México que los peores informes sobre mí los había recibido de labios de ese mismo amigo... y ya comprenderás la indignación que a Luis le ha producido esto y la furibunda carta que negando semejante cosa envió a México; pero ya era tarde, pues el Comité había acordado mi destitución. Ellos dicen que no me destituyeron, que nada más me quitaron, porque así lo exigía la situación política... Ahora va algo grave: ¿Tiene conexión esto con mi destitución? ¿Sabía la Liga que yo no aceptaría esto que voy a comunicarte ahora y por eso decidió mi separación? No lo sé, pero mucho me lo sospecho. La Liga ha resuelto abandonar el programa a la resistencia armada y ha adoptado el de la restauración de la Constitución de 57, a proposición de Bustos y de Ortiz Monasterio, y ha decidido que la jefatura se entregue a un triunvirato formado por un revolucionario, *César López de Lara,* general ex-carrancista y ex-obregonista; un porfirista, José Ortiz Monasterio y un católico, Luis Bustos. Todo esto lo ha aprobado el Comité Directivo, a propuesta de los dos últimos; según acabo de saber por Enrique Zepeda, que estuvo aquí hace cuatro días, están pensando cambiar a López de Lara por Maytorena. "...Y mi problema es ahora este: mientras supuso que la Liga (seguía) continuaba su camino, independientemente de lo ocurrido conmigo, entendí claramente que mi deber era continuar a sus órdenes y que ese era el deber indiscutible de todos. ¿Y ahora?".

Más adelante en sus interminables lamentaciones, encontramos estos otros pasajes: "Habiendo recibido el suscrito noticias de que... el Sr. don Luis Bustos... en la ciudad de Nueva York que la separación del suscrito de los trabajos de la Liga se debió a renuncia presentada por aquel y no a destitución acordada por esta, como lo he afirmado pública y privadamente y como es la verdad...".

Pero sería además de fastidioso interminable la relación de todas las peripecias y malabarismos de éste, en aquella época incansable agitador católico; pero de lo que no puede ya dudarse en vista de los documentos antes publicados, es de que, al conferirle, tanto la Liga *Defensora de la Libertad Religiosa,* como el *Episcopado Mexicano,* su más amplia representación y reco-

mendación, ante los católicos estadounidenses y los *Caballeros de Colón* del gran País del Norte, *la Iglesia y el Clero Católico, Apostólico Romano,* tomaron directa y principal participación en la injustificada Rebelión Cristera en México.

Ahora que los mismos destacados católicos, como Guisa y Acevedo, ataquen enconadamente a Capistrán Garza, llamándolo hasta trásfuga, traidor y cismático, es muy explicable: a partir de los acontecimientos que ligeramente hemos mencionado, convencido de la inconsistencia de la política clerical y de lo "mal que pagan a sus servidores", los señores "dignísimos y excelentísimos" Jerarcas del clero Mexicano, le aventó el arpa a la cara, muy a pesar quizá de su profundo y muy arraigado sentimiento religioso.

"Yo por mi parte —dice al final de un memorándum fechado en San Antonio el 14 de septiembre de 1927—, tengo el derecho de defenderme y por esa circunstancia hago al Sr. Bustos, no la amenaza, sino la advertencia de que, si no cesa en su campaña hostil, inútil e innecesaria, me veré obligado a defenderme de ella... La única defensa posible es probar la verdad de mis afirmaciones y para lograr ese fin tendría que hacer pública, muy a mi pesar, la documentación respectiva que prueba hasta la evidencia el verdadero fondo del asunto".

Todos, desde Cristo, le habían vuelto las espaldas y el Dr. Guisa y Acevedo, que moja su pluma en agua bendita, en su libro lleno de despropósitos, falsedades y sofismas sacristanescos, titulado *"Los Católicos y la Política",* le dedica a Capistrán Garza, a quien en todo él lo designa con olímpico desprecio, más de la mitad de su insulso contenido, poniéndolo peor que a "lazo de cochino".

Como final ponemos de este otro despechado e impenitente clericaloide lo siguiente:

"Todo es falso en el señor "de Capistrán", hasta su gordura. El era flaco de joven... Come y descome y no fija en sus tejidos la sustancia de los alimentos... Por esto su gordura es falsa, como es falso su talento, falsa su oratoria, falsa su amistad... falso su amor al régimen. A González Luna (prominente personaje del partido católico *Acción Nacional*) que le dió dinero para volver de la Habana a México, lo ataca. Y atacó a Herrerías que le dió de comer durante algunos años... Traicionó a Lanz Duret. ...Traicionó a Novaro, el Presidente de la *Cooperativa* de la *Prensa,* traicionó a Casas Alemán...".

Y el señor de las barbas a "lo ermitaño de la Tebaida o del desierto de... *Los Leones,* en el colmo de los feroces desahogos acaba por declararlo, con toda solemnidad, comprendido

en la sentencia de la Biblia: "desgraciado del hombre que quiere ser mujer", recordándole que en 1926, había salido huyendo de los Estados Unidos, disfrazado de *"India Bonita"*. .

¡Vaya un encono de jesuíta, que cuando estas alimañas odian, lo hacen a muerte y con todas sus negras entrañas! ¡Cuando muerden, como los perros bulldogs, no sueltan sino arrancando el pedazo!

Pero la obra de Guisa y Acevedo expresa al final que "fue impresa el día 20 de junio de 1952, *Fiesta del Sagrado Corazón. Laus Deo"*.

Quise dar a conocer algo de las andanzas de uno de los personajes de la comedia cristera y en realidad, sin intentarlo, exhibí a dos: uno de acción, el otro de reflexión, con pretenciones doctorales teológicas, pero, como los bueyes de Silao "...tan recomendable el pinto como el colorado".

— XXXVI —

NO SIEMPRE EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS

"Con frecuencia la historia se repite".

Cuando los dirigentes "visibles" de *La Liga Defensora de la Libertad Religiosa,* que con toda su alma estimularon la rebelión cristera se convencieron de que, por falta de elementos, aún de los más indispensables, todos sus planes se les vendrían por tierra y se acercaban a grandes pasos al más rotundo de los fracasos, pensaron, con la misma mentalidad de sus antecesores de la *junta de notables,* mandar emisarios, primero a los Estados Unidos, país en el que la mayoría de sus habitantes son protestantes, a que pidieran a los pocos católicos a quienes les habían previamente enviado propagandas infladas, recursos pecuniarios, armas, municiones víveres y vestuario que escaseaban en todos los que ellos llamaban pomposamente "frentes de combate".

Los católicos gringos que no podían explicarse por qué los de México no respetaban las leyes, no se sujetaban a las disposiciones del Gobierno y la causa del conflicto religioso, se contentaron, al igual que los adinerados mexicanos, con prometerles "el oro y el moro", asegurándoles, eso sí, que no los olvidarían en sus oraciones.

Como, según veremos más ampliamente en otra parte de esta obra, de los vecinos del Norte, a los que hasta les sugirieron provocaran la intervención armada, no obtuvieron lo que deseaban, dirigieron sus miradas a los pueblos católicos del viejo Continente. Otra vez, como remembranza caricaturesca, la sombra de la archiduquesa, la loca del Vaticano, Carlota Amalia, personificada ahora en la esposa de uno de los ricos cabecillas cristeros, se paseó por toda Europa, pidiendo también de rodillas dinero y ayuda moral, armas y municiones que tanta falta estaban haciendo para continuar con éxito la defensa de Cristo Rey y de la Religión Católica.

Al mismo tiempo se regaron por diferentes países hasta de centro y sudamérica, además de en Europa, comisionados

especiales, yendo a dar en el extranjero, en grande escala, el triste espectáculo que dan por nuestras calles metropolitanas esas pobres monjas limosneras, que piden y piden a todo mundo, sin saber por qué y para qué, desprestigiando en esa forma vulgar a la doctrina que sustentan.

Pensaron los de *La Liga* que en el Viejo mundo y en otros países, conseguirían los recursos que no habían obtenido de los ricos obispos y canónigos, hacendados e industriales fanáticos, y por eso, ya que todo les negaban los pichicatos nuestros, no omitieron gastos para que sus comisionados viajaran en condiciones decorosas tales que su sola presentación fuera capaz de impresionar favorablemente a "aquellas almas generosas" que tantos elogios les habían prodigado a los "libertadores mexicanos", por haberse enfrentado con las armas en la mano, "al Gobierno de la Revolución y negándose a cumplir con una Constitución que ese Gobierno les imponía, contraria, a todas luces, a los derechos e intereses de la Religión y de la Iglesia Católica".

Las Ligas femeninas de Bélgica, de Francia, de Alemania y de todos los países cristianos, seguramente volcarían sus bolsillos para *"un fin tan noble"* y la ayuda efectiva llegaría a tiempo, para que *"los heroicos macabeos"* entraran triunfantes a las grandes ciudades y a la Capital de la República, al compás de tambores y clarines y al sonoro grito de *¡Viva Cristo Rey!* En vez de andar pasando hambres, desnudeces y fríos por los cerros y barrancos, estarían en condiciones de recibir el premio que por sus hazañas merecían, en la santa paz de sus hogares.

Con esos alegres y lisonjeros proyectos, la dama escogida por la Liga para que desempeñara en este drama el papel de *mamá Carlota*, iba de un lugar a otro, sin darse punto de descanso, relatando las grandes batallas y victorias de los defensores de Cristo, que su fecunda imaginación le sugería, al tratar de convencer en las entrevistas a los importantes personajes del Comercio, de la Industria, de la Banca, que en sus manos estaba, al prestar su valiosa ayuda, la favorable solución del *conflicto Religioso en México*. De todos estos prominentes personajes y de los honorables miembros de *"La Unión Internacional de los Amigos de México"*, recibía solamente protocolarias galanterías y especiales atenciones... Recordó entonces un dicho de los antiguos arrieros mexicanos: "amigos del camino, pero no del itacate... y ¡Dios que te ayude!

En una de esas infructuosas entrevistas le soltaron a esta dama católica mexicana a "quema ropa", después que ella había

ponderado hasta la exageración la valentía y las proezas de los nuevos cruzados de Cristo, más o menos una pregunta en estas palabras: *"¿Pourquoi n'avez vous pas ancore tue Calles?* (¿Por qué no han matado ustedes a Calles?).

Maniobraban en un campo de ficción. Intrigas, exageraciones y aún burdas mentiras y calumnias, circulaban en los periódicos y hojas sueltas confesionales con profusión, pero con un efecto más aparente que efectivo. Magníficos augurios, promesas a granel, muy buenos deseos, pero nada de fondos. Se perdían entre las nubes de la ilusión los esperados cheques por miles de libras esterlinas, de francos, de liras o de marcos, para llevar a feliz término la dura empresa de la *defensa católica.* Y aquella mujer, la moderna sucesora de la *Loca del Vaticano,* socia prominente de las Brigadas Invisibles y de *Santa Juana de Arco,* regresó a la Patria, triste, desconsolada, con las manos vacías y "las velas rotas".

No fue más afortunado el Caballero que la dama. El delegado cristero, no temió al bebedizo borgiano o que le hiciera perder la razón y llegó a Roma a implorar de rodillas la tan ansiada ayuda que tampoco consiguió sino en forma no muy consoladora.

Después de un frío y casi áspero recibimiento del Cardenal Gasparri, pudo al fin al menos "tener la dicha de postrarse a los pies de Pío XI y de exponerle detalladamente *"El Caso México",* para pedirle como gran consuelo, siquiera una palabra de aliento que levantara el espíritu de "aquellos timoratos que ya pensaban seriamente en la desbandada, en la catástrofe final". ¡Eso era todo lo que pedía y con lo que se conformaba! Que de dinero, de "esa fuente no sacaría una gota". Aunque todo el mundo sabía que el Sumo Pontífice de la Cristiandad, había prohibido, elogiado y bendecido la actitud rebelde de los católicos mexicanos.

Después de las frases corteses del Secretario de Negocios Extraordinarios del Vaticano, que fue quien lo introdujo amablemente con el Papa, quien, conmovido "hasta las lágrimas" ante la humilde actitud del *"Caudillo",* acariciándole suavemente la cabeza, exclamó: ¡Sí, diles que el Papa les envía la bendición del valor y de la fidelidad... *La bendición especial... "La bendizione del coraggio e de la fidelita. . ."!*

Y el caudillo cristero, enviado de la Liga, loco de contento, con el corazón que no le cabía en el pecho, salió casi gritando: *¡El Santo Padre está con nosotros!* ¡Mentira la desaprobación de la Santa Sede!... ¡A luchar a banderas desplegadas y, adelante con la *Santa Cruzada!*

Aquella bendición del anciano enclenque y tembloroso, impartida a control remoto, desde el fastuoso palacio que no conocieron Cristo ni San Pedro, llegaría a los campos de batalla, para intensificar en renovados bríos, las emboscadas, los asaltos, los asesinatos, de campesinos y *"callistas"*... Trenes de "sardos", de "Guachos", partidarios de Calles y abarrotados de inocentes pasajeros, serían volados en nombre de *Cristo Rey* y... *para mayor honra y Gloria de Dios.*

¡Y la caridad cristiana, las doctrinas humanitarias del humilde Predicador de Galilea... También volarían por los aires, hechas pedazos!

Pero no pararon allí las gestiones y los desesperados esfuerzos de *La Liga Defensora de la Libertad Religiosa,* formada por intelectuales, bien preparados y cultos elementos católicos, jóvenes y viejos; hombres, mujeres y hasta de niños "prodigios", todos de la élite, de la mejor sociedad, pero todos encadenados con terribles juramentos y amenazados con excomuniones y las penas del infierno. Este conjunto de circunstancias tendrían que llevarlos muy lejos.

Conjurados, comprometidos en esa forma, no vacilarían en traicionar, en vender al mejor postor, por un platillo de lentejas, al resto de los mexicanos a quienes no consideraran dignos de su comunión espiritual. Apátridas por abolengo, intentarían, si era necesario a sus fines siniestros, traernos otra intervención extranjera y... "que la historia se repita". *¡otro cinco de mayo en Puebla y... otro Cerro de Las Campanas en Querétaro!* Y si esa historia para repetirse ha de retroceder algunos años, vendrán de nuevo, después de los de Miramar, los tratados de Guadalupe y la Mesilla. ¡Nada les importaría que en esta ocasión nos quedáramos ya sin un centímetro cuadrado del territorio nacional. Para todo esto sobrarían entre los nuevos clericales, SantaAnnas, Miramones Gutiérrez, Estradas y hasta Almontes, Márquez y Mejías; ahora ya disfrazados con nuevos nombres, las *beneméritas órdenes de caballeros de Guadalupe,* con los de simples y modestos *Caballeros de Colón, "Grupo Daniel O'Conell", Jóvenes Católicos, Damas Hijas de María del Socorro o de la Vela Perpétua, Terceros y terceras de San Francisco* y ¡qué sé yo cuantas más! Y ya para entrar en acción como *Polkos* sobrarían candidatos de la A.C.J.M., del Sinarquismo y de *Acción Nacional.*

Para cortar en seco el cordón umbilical que desde Washington tendenciosamente aseguraban que ayudaba a Calles, con dinero, armas y demás, La Liga de la Defensa intentó por todos los medios a su alcance, que ese cordón, repleto con los dineros

de Wall Street, se le fuera a prender a las barrigas de sus incondicionales adeptos. Les obsesionaba el luminoso lema de Ignacio de Loyola, que se les aparecía entre misteriosas nubes de fuego, junto a la cruz con su *in hoc signo vinces* (con este signo vencerás), *"El fin justifica los medios"*... No importa cuán indignos y reprobables sean. ¡Abajo todos los escrúpulos de conciencia y todos los remordimientos!

Así fue como, aquellos austeros señorones de peluca estilo Luis XV, de aspecto monástico y severo; aquellos jóvenes imberbes semitonsurados de mirada humilde y de hablar sencillo y parsimonioso; aquellas damas de arrobos místicos, todos ellos buenos y observantes católicos, honradotes por los cuatro costados, para allegarse recursos y mantener en pie la rebeldía en contra del gobierno, no se tentaron el corazón para acudir a todos los medios, aún a los más ilícitos y vergonzosos, impropios de su rango, alcurnia y apergaminadas tradiciones.

Contrataron, ya cuando el agua les llegaba al cuello, a un hábil falsificador internacional, no para que les confeccionara los toscos billetes de la *Lotería de la Libertad* que aquí reproducimos, sino para que les fabricara en forma no muy honrada ni muy cristianamente, billetes falsos de Bancos nacionales y extranjeros, que las manos blancas y puras de las monjitas *Hermanas de la Caridad* y de las demás Hijas de María, harían circular, "con todo conocimiento de causa.

Años más tarde se aclaró que *"La Liga Defensora de la Fe"* (cambia ligeramente el nombre anterior, como los camaleones para adaptarse al medio cambian de color), con cuartel general en Ixtapalapa, en donde los aztecas celebraban la ceremonia de la renovación del fuego sacro, contrató un hábil falsificador, lo vigiló estrechamente y lo retuvo secuestrado, mientras salieron a satisfacción las primeras hornadas de billetes falsos. Una vez que estuvieron en poder de la Liga, los clichés y muchos fajos de billetes de altas denominaciones, denunciaron al criminal con la policía, después de haberlo amenazado muy seriamente si él a su vez los denunciaba. Lo dejaron "al garete" y a que corriera su propia suerte, sin importarles que se "pudriera" por muchos años en la cárcel.

Cuando, algún tiempo después les convino, porque seguramente ya se les habían agotado los dineros, le ayudaron eficaz e inexplicablemente a que se evadiera de la Penitenciaría, junto con el sacerdote José Aurelio Jiménez, el mismo que bendijo la pistola con que Toral asesinó a Obregón, y que ya mencionamos en capítulo anterior...

DIOS Y MI DERECHO

LOTERIA DE LA LIBERTAD

LIGA NACIONAL DEFENSORA DE LA LIBERTAD

PREMIO MAYOR $400.oo

SERIE A

N°. 060515

MEDIO BILLETE VALOR $0.25

SORTEO ORDINARIO No. 10 QUE TENDRA LUGAR EL DIA (25) VEINTICINCO DE ABRIL DE 1937.

COMISION DE CONTROL AUXILIAR DE HACIENDA

INTERVENTOR GRAL.

OFICINA REGIONAL SECCION DE HACIENDA

JEFE DE LA SECCION

CADUCA A LOS TRES MESES

JUEGAN 3.000 NUMEROS



DIOS Y MI DERECHO

LOTERIA DE LA LIBERTAD

LIGA NACIONAL DEFENSORA DE LA LIBERTAD

PREMIO MAYOR $400.oo

SERIE A

N°. 000515

MEDIO BILLETE VALOR $0.25

SORTEO ORDINARIO No. 10 QUE TENDRA LUGAR EL DIA (25) VEINTICINCO DE ABRIL DE 1937

COMISION DE CONTROL AUXILIAR DE HACIENDA

INTERVENTOR GRAL

OFICINA REGIONAL SECCION DE HACIENDA

JEFE DE LA SECCION

CADUCA A LOS TRES MESES

JUEGAN 3.000 NUMEROS

Billete de lotería que hicieron circular los cristeros.

Y para probar que no hablamos ni escribimos a impulsos de la pasión sectarista ni abrigamos fobias injustificadas, ahí va lo que la prensa capitalina del 18 de junio de 1957, publicó, de cuyas cabezas y fondo reproducimos solamente lo medular:

"Falsificación de Billetes... Utilizan clichés hechos por Sampietro en 1938*".—"Los defensores de la fe se quedaron con éllos, dice el autor... Han descubierto dólares falsos en nuestro País, en Centro y Sud América".*

"Quedó ayer descubierto que en los últimos tiempos han circulado billetes falsificados de veinte dólares, en el Norte del País, en el Sur de los Estados Unidos y en varios países de Centro y Sudamérica. Se supone que tal falsificación procede de México y que fue hecha por Enrico Sampietro... La perfección hizo suponer que los billetes fueron fabricados por Sampietro. Este sin embargo está imposibilitado en la Penitenciaría, carece de medios. Eso quiere decir que sus antiguos cómplices, los líderes de la *Liga Defensora de la Fe,* pueden ser los culpables... Otra falsificación reciente de billetes de cincuenta pesos, fue descubierta en Puebla".

"Los clichés para hacer billetes falsos que Enrico Sampietro Delmonte fabricó para la *Liga de los Defensores de la Fe"* en 1938, sirven actualmente para una nueva falsificación de papel moneda. Reveló el falsificador Sampietro que, aunque a él lo detuvieron agentes de la Policía en una casa de Ixtapalapa, no recogieron las planchas que con anterioridad los miembros de esa agrupación habían hecho circular por todo el país... Enrico Sampietro rechaza la acusación de que está en contacto con los miembros de la "Liga de Defensores de la Fe", para esta nueva falsificación de billetes. "Ellos me denunciaron, después de que me tuvieron prácticamente prisionero durante cerca de diez años, con objeto de que yo fabricara los clichés. Cuando ya no necesitaron de mis servicios, pues tenían las planchas y las prensas necesarias para la falsificación en grande escala, me denunciaron". Sampietro hizo ayer revelaciones por primera vez, acerca de los nexos con dicha Liga. Aunque admitió ser autor de la falsificación, dijo que no disfrutó de los beneficios del fraude. Los integrantes de la Liga que dirigían el ex-Diplomático Rafael T. Orendain, Presidente; Jorge Reyes, Daniel Hernández y los hermanos Fidel, Agustín y Rafael Buendía, fueron quienes obtuvieron todos los beneficios (estos últimos, como Secretario y Jefes de Grupo Respectivamente)... Manifestó que la Liga le ayudó a escapar de la prisión, con el único objeto de que sirviera a sus fines. En los diez años que estuvo en libertad, no pudo separarse ni un día de los miembros de dicha agrupación...

Dijo que, no obstante que el ex-diplomático Rafael T. Orendaín, Jorge Reyes, Luis Barquera y los hermanos Fidel, Agustín y Angel Buendía, estaban comprometidos en el fraude y había muchas pruebas en su contra, nunca fueron detenidos. . .".

"*La Liga de Defensores de la Fe,* dijo Sampietro, tenía muchos simpatizadores en todo el País; pero principalmente en Jalisco, Michoacán e Ixtapalapa. Fue formada después de la revolución cristera y casi todos sus dirigentes habían sido cristeros... La Liga, a decir de Sampietro, constituye una agrupación muy poderosa, en la cual se dan y se obedecen órdenes, con más precisión que en un ejército. Tiene muchos afiliados, debido a que se ostenta como una agrupación de carácter religioso y cuyo objetivo es simplemente salvaguardar la fé católica. . . A todos los miembros se les dijo que estaban en la obligación religiosa, de *hacer circular los billetes falsos* y de guardar el silencio acerca de su origen. Enrico Sampietro asegura que Manuel Ayala, que se ostentaba como agente de la Presidencia de la República, lo visitó muchas ocasiones para proponerle que guardara prudente silencio, lo que le serviría para dos cosas: 1.—Al no mencionar al ex-diplomático Rafael T. Orendain, entonces Consul en San Diego, California, Estados Unidos, evitaría *bochorno al Gobierno,* y 2.—Le impondrían una pena benigna. Dice Sampietro que, debido a ello y como se le había hecho esa promesa que según Manuel Ayala era de arriba, no dijo quienes eran los miembros de la Liga *de Defensores de la Fe*".

"Manifestó Sampietro que Rafael T. Orendain y Jorge Reyes, valiéndose de su puesto diplomático en los Estados Unidos, *pasaban dólares falsos* en las valijas oficiales y que, por conducto de José Medina, de la *Wells Fargo* de Cuba, supo que en la Habana, Rafael T. Orendain, en los años de 1937 y 1938, *circuló papel moneda falso*". . . "Señaló que la casa en que vivía prisionero en Ixtapalapa, propiedad de la señora Rosa Hernández, estaba a nombre de uno de los miembros de *La Liga de Defensores de la Fe,* Fidel Buendía. Asegura Sampietro que Daniel Hernández convivió con él y su esposa, durante siete años en la casa de Ixtapalapa, para evitar que se fugara. Cuando me detuvieron, dijo, los policías recogieron una caja metálica, en donde habia billetes falsificados de cien pesos y dos clichés. Sin embargo había mucho más que nunca encontraron. . . Rafael T. Orendain y Jorge Reyes, en connivencia con un funcionario del banco de Guadalajara, hicieron circular, a través de esa Institución, *cientos de miles de billetes falsos,* de cien, de cincuenta y de veinte pesos. . . Reveló Sampietro los pormenores de su fuga de la Penitenciaría. La llevó a cabo junto con el sacerdote

Aurelio Jiménez, ya lo dijimos en líneas anteriores, *aquel que bendijo la pistloa con que se sacrificó al General Obregón*... Dijo el acusado que una noche llegaron hasta su celda un grupo de gentes y le dijeron que le iban a ayudar a fugarse. Tomó algunas de sus pertenencias y salió de su celda. Caminé —dice textualmente— como si fuera mi casa, traspasé puertas que previamente habían sido abiertas; y de esa manera llegué hasta un automóvil en la calle, también con la puerta abierta. Me subieron en él y, junto a mis compañeros de fuga, me condujeron a un convento de monjas... A mi me llevaron a la casa de Ixtapalapa junto con mi esposa y allí permanecí, hasta que, diez años después, me reaprehendieron".

En otra parte del mismo periódico *"Excélsior"* diario reconocido como sectarista confesional, se lee:

"Los investigadores del Banco de México recogieron todos los billetes, pero no pudieron dar con los autores. Señaló el Comandante Santaolalla que hacia Puebla escapó uno de los cómplices más cercanos de Sampietro, uno de los llamados *"cristos"* o jefes de grupo de la *Liga Defensora de la Fe*... Uno de ellos es Martín Hernández Granados, quien fue herido en una pierna el viernes último, cuando amenazó con una pistola a los agentes policiacos que investigaban la falsificación... Reveló Sampietro que Rafael T. Orendain se encuentra radicado en los Estados Unidos y que tiene la certeza de que los billetes falsos que actualmente circulan, se fabrican con las planchas y clichés que él elaboró para la *Liga de Defensores de la Fe*".

Como se ve, en estos reportazgos se hacen graves revelaciones y se mencionan con toda precisión los nombres de un ex-diplomático que actualmente radica en los Estados Unidos y el del funcionario del Banco de Guadalajara, cómplice de la circulación de los billetes que la liga había repartido entre los "juramentados" miembros, así como que ese alto empleado del Banco sabía que no eran auténticos.

¿Se gestionó por los conductos legales la extradición del indigno ex-diplomático y ex-presidente de la *Liga de los Defensores de la Fe Católica* y se procedió judicialmente en contra de los demás complicados que denunció Sampietro: la superiora del convento clandestino en que estuvieron alojados algunos de ellos y la dueña de la casa de Ixtapalapa, lugar del secuestro? No se supo jamás; parece que el silencio y que se le echara tierra al asunto fue consigna "de arriba". En este "afaire" misterioso intervinieron antiguos jefes cristeros, al menos dentro de un prudente o piadoso "compas de espera", se le ha arrojado el denso velo del disimulo. Posiblemente nada se pondrá en claro,

como en otros casos que más adelante citaremos; porque en las esferas oficiales hay también miembros "juramentados" de esa sociedad kukluscanesca, hermanos de la "U", que solamente ha ido cambiando de nombre, pero no de malévolas tendencias. ¡Las *quintas columnas de la Gestapo Cristera!*... ¡El clero, siempre el *clero!*

Para quienes hayan leido en los capítulos anteriores las ratoneriles actividades de las *"Hermanas Invisibles"*, las *"Bi, Bi"*, de Santa *Juana de Arco,* nada de lo que acabamos de transcribir les parecerá extraño, *La Liga de los Defensores de la Fe,* ya en 1937 y 1938, años en que de nuevo la hidra clerical intentó levantar la cabeza y provocar otra rebelión cristera, obsesión persistente en la Iglesia católica, no era otra cosa que una pobre parodia a la ... *"Defensora de la Libertad Religiosa",* directora intelectual de la guerra civil fratricida que ensangrentó, en una lucha estéril, algunas regiones aisladas del país.

Entonces, como ahora, se valieron de todos los medios, aún de los más reprobables e ilícitos, para financiar la rebelión cristera, a la que arrastraron a infelices obreros y crédulos rancheros que nunca supieron para qué peleaban ni lo que en realidad defendían.

Aclarada la falsificación de billetes de Banco y de dólares y la participación que en esa delictuosa acción tuvieron elementos reconocidamente católicos; ni el clero ni la Iglesia Romana protestaron. Su silencio fue, para la opinión pública muy significativo. *"El que calla otorga".*

De otros fraudes piadosos nos vamos en seguida a ocupar, que deben considerarse como el mayor desprestigio de la jerarquía clerical, por mucho que se le busquen las "quiebras". La honorabilidad de esa Institución, antes llamada "venerable", ha quedado por los suelos. No volverá a levantar cabeza.

Un buen día los principales diarios capitalinos, tímidamente y como si dijéramos casi a media voz, dieron la noticia de que el sacerdote sirio libanés *Tobías Germani Kuri,* otro de los miles de extranjeros que violando la Constitución del País funge como párroco de la Iglesia de Balvanera y que además regentea un colegio confesional particular y otros negocios de la vida profana, había defraudado a una anciana profesora, abusando de la confianza que como hija de confesión le tenía, más de *ochenta mil pesos,* tomándolos, sin su autorización, de la caja de seguridad del Monte de Piedad, de la que tenía en su poder un duplicado de la llave.

A pesar de las pruebas presentadas a la Mitra, por la acusadora, ante cuya autoridad eclesiástica se quejó, no se le hizo

justicia, entreteniéndola con promesas de que pronto se le reintegraría su dinero, sin que tampoco las autoridades del fuero común hicieran nada por su parte, dando inexplicable carpetazo, a las gestiones que se hicieron para que se castigara al culpable. Ante la espectación pública todos se cruzaron de brazos y es casi seguro que hasta hubo amenazas para que la defraudada se desistiera de la acción penal. Seguramente también no le devolvieron su dinero.

De los periódicos liberales únicamente *"La Voz de Juárez"* publicó una amplia información al respecto.

Meses después de este escandaloso acto delictuoso cometido por un clérigo extranjero en la misma prensa que tímidamente había dado la noticia del fraude o abuso de confianza, salía retratado el cura Germani Kuri, en un suntuoso banquete que él mismo le daba al Arzobispo Primado de México, Miranda y Gómez.

Como si la impunidad de que indebidamente han gozado los hombres de la sotana les estimulara a seguir delinquiendo, otro sacerdote "redentorista", profesor que fue por mucho tiempo del seminario de Tlalpan y del de San Luis Potosí, de origen español, a quien llamaremos el hermano Carlos, por esos mismos días, después de haberse gastado en francachelas burdelescas, más de *diez mil pesos,* de los fondos "piadosos" que tenía a su cargo y cuando sus orgías escandalosas tocaban a su fin, de acuerdo con dos hampones de la peor ralea que lo acompañaban, se autoplagió, simulando un secuestro, para pedir a los mismos superiores del Convento al que pertenecía, un rescate de más o menos *cien mil pesos.*

Desorientada por el momento la Sagrada (?) Mitra, gracias a las alarmantes noticias publicadas por los diarios, se interesó por la suerte de este "honorable y virtuoso ministro del Señor" y hasta recomendaron a los fieles hicieran oración para que saliera con bien de tan duro trance.

Cosa rara, la Policía, contra su inveterada costumbre, se mostró activa para localizar y rescatar al secuestrado y movieron a sus mejores sabuesos al efecto. Pero al final de cuentas se descubrió, sin dejar lugar a dudas, que todo había sido una farsa, una burda comedia, una trama criminal para robar a los mismos "santos misioneros" redentoristas que ingenuamente le habían confiado aquellos fondos piadosos que se habían volatilizado en la parranda del angelito, convertido ya en un buitre feroz, dispuesto a roerle las entrañas.

Entonces el clero ante el mayúsculo escándalo y el desprestigio que se lo echaba encima, contradictoriamente a la actitud

que primero había asumido, quiso dar la impresión de que aquel pillo redomado, no pertenecía a su gremio, que era, no un indigno, sino un falso sacerdote que había sorprendido la buena fe de "los hermanos". Pero a la opinión pública no se la sorprendió y nuestro pueblo humilde, pero sagaz, se dió cuenta de que los llamados representantes de Dios en la tierra, a veces tienen con exceso las flaquezas, las debilidades humanas.

De otro caso sensacionalmente escandaloso dieron también cuenta los periódicos llenando planas enteras con llamativas cabezas anunciando a todo bombo una gran lotería, con grabados sugestivos en los que se anunciaba que se sortearían valiosos premios; entre ellos una lujosa residencia, amueblada en las lomas de Chapultepec, costosos automóviles y gruesas sumas en efectivo. Los boletos de alto valor, con el retrato del Obispo de Toluca, *Arturo Vélez Martínez,* representaban un total de cerca de *ciento cuarenta millones de pesos...* y en su mayoría se vendieron por series hasta de diez, entre los adinerados católicos o entre los ilusos que sueñan hacerse millonarios de la noche a la mañana.

El Obispo fungía como presidente de un Patronato que financiaría "obras públicas", esto con letras gordas y con más pequeñas, se decía que los fondos se destinarían a la construcción de la catedral de Toluca.

En los boletos, lo mismo que en los anuncios figuraban las torres de una supuesta catedral, (un elefante blanco que hace años no ha podido completarse) y el retrato y facsímil de la la firma del Obispo.

Ante lo fantástico del negocio en el que intervenían directa y activamente dos extranjeros, hábiles en hamponescas maniobras, y algunas raras circunstancias, los tenedores de boletos que esperaban "sentados", les tocara un premio gordo, empezaron a entrar en sospechas de que todo aquel aparato no era sino uno de tantos grandes trinquetes, un fraude en grande escala. La circunstancia de que no pagaran ningún impuesto, requisito que no se dispensa ni a la *Lotería Nacional* y que ningún empleado federal interviniera como garantía de legalidad, robusteció más las sospechas. Se hizo una formal denuncia, un Contador público intervino por la Secretaría de Gobernación y, al parecer, todo el teatrito se les venía abajo. Pero para más amplios detalles, leamos el recorte de la Prensa del 5 de julio de 1958.

"Le sigue lloviendo en su milpita al Patronato de las Obras Benéficas (Públicas) de Toluca, organismo que ha realizado, involucrando la fe popular, el más escandaloso de los trinquetes, en los últimos años".

"A las demandas interpuestas en otros tantos juzgados civiles por empresas víctimas de cuantiosos daños económicos se ha venido a sumar la de la conocida negociación H. Steel y Cía., radicándose el juicio en el Juzgado 5o. de lo Civil, a cargo del Lic. Rodolfo Cantón y encargándose de las diligencias el Secretario de dicha dependencia, Lic. Felipe Ruiz Maravilla".

"En efecto, por conducto de sus abogados, Carlos del Castillo y Julio Torri, la Casa Steel reclama al patronato, según escrito firmado el 11 de junio próximo pasado, la suma de ... $376,633.90".

"No se necesita mucha agudeza para suponer que el motivo del juicio de la casa Steel está relacionado con la adquisición de mobiliario y regalos que servían de gancho para atraer el interés de los incautos".

"Claro que ese mobiliario y esos regalos, como todo lo que se había ofrecido como premios en los sorteos, estaban a crédito... y ninguno de los objetos, inmuebles o vehículos, estaban pagados".

"Toda la podredumbre existente en el patronato, va saliendo poco a poco, del mismo modo que se le complica la vida con nuevas demandas, dado que su insolvencia ha quedado plenamente demostrada".

"Dicen los demandantes que han requerido multitud de ocasiones a los dirigentes del patronato (bajo la presidencia del obispo de Toluca) y que concretamente el Sr. Alberto Linares Hendrich ha reconocido el adeudo, aunque también ha manifestado que está incapacitado para saldarlo, pues la Casa Editora Excélsior embargó todos los bienes y hasta una cuenta bancaria en el Banco Nacional de México...". Este falso embargo fue otro trinquete.

"Ante tal panorama, los abogados de la Casa Steele, como endosatarios de los documentos mencionados, procedieron a embargar la cuenta bancaria que el patronato tiene en la Agencia urbana 2 del Banco de Londres y México... misma cuenta que asciende a la suma de $97,415.85... Mientras tanto muchas casas comerciales siguen presentando demandas contra el patronato, ante la seguridad absoluta de que no cubrirá sus compromisos, máxime que, como se ha advertido, hay un pleito interno que ha llegado hasta los tribunales... Por lo pronto también la Compañía Mercantil Internacional ha interpuesto otra demanda contra el patronato, aunque por ahora se ignora, tanto el monto o cuantía de la demanda, como el motivo, que no puede ser otro que el mismo que ha generado la demanda de la Casa Steele y Compañía".



Boleto de la lotería de Toluca con firma del obispo Arturo Vélez Martínez.

También los ilusos compradores de boletos para esta lotería fantástica, ateniéndose a sus propios recursos, acusaron al zarandeado patronato, ante distintas autoridades judiciales, sin que hayamos sabido si prosperaron sus justas demandas, o si por las poderosas influencias que desde luego se movieron activamente, las mandaron al cesto de los desperdicios.

¿Por qué cuando ya no existe, hace más de cien años, el "fuero eclesiástico", no se ha procedido judicialmente en contra de este Obispo Católico?

Ingenuamente manifestó a los periodistas que lo entrevistaron, que como a los misioneros redentoristas, lo habían sorprendido en su buena fé; disculpa inadmisible, puesto que los boletos de la piadosa rifa ostentaban claramente su efigie y su firma.

Se supo que este Señor Obispo *"Arturo"* es dueño de costosas residencias, de automóviles último modelo y que se construye por su cuenta, entre Lerma y Toluca, un elegantísimo *Motel,* o sea, discreta casa para citas aristocráticas, así como que regentea otros productivos negocios. El reino de Cristo no fue de este suelo; pero los Obispos y demás altas jerarquías, adquieren el mayor número de riquezas, ofreciendo en cambio el cielo a los cándidos creyentes.

También se nos aseguró que el expediente en donde constan las responsabilidades que encontró el Inspector de Gobernación, desapareció como por encanto de dicha Dependencia y que solamente el Lic. Carvajal que se llegó a soñar presidenciable, conoce su paradero (del expediente); pues el del Lic. don Angel ya sabemos que fue a dar con su característica bonhomía, a la Suprema Corte de Justicia.

Otra más. Que el honorabilísimo ex-presidente del Patronato del más grande trinquete de nuestros tiempos, si se exceptúan los cometidos en Ferrocarriles y Petróleos Mexicanos; el muy digno prelado Arturo Vélez Martínez, se nos dijo como cosa cierta, que es nada menos que primo hermano del ex-Gobernador del Estado de México y actual Secretario de Recursos Hidráulicos, don Alfredo del Mazo. Ni lo creemos a pie juntillas, ni lo ponemos en duda, esperando que al final de cuentas resulte un "infundio" o que el aludido lo confirme con su silencio.

¿Qué pensarán ahora los sinceros y honrados católicos, acerca de la Rebelión Cristera, de la Iglesia que la impulsó y de la moral que practican los sacerdotes, muy distinta a la que predican?

No preguntamos del concepto que se hayan formado de la *Liga Defensora de la Libertad Religiosa* ni de la que le sucedió como *de Defensores de la Fe Católica,* cuyos procedimientos no fueron a todas luces muy honorables que digamos. Y queda perfectamente confirmado que *"No siempre el fin justifica los medios", palabras* con las que encabezamos este capítulo.

— XXXVII —

CUENTAS ALEGRES Y CUENTOS PARA NIÑOS

A veces la Historia no se cansa ni se sonroja de repetir desatinos y hasta barbaridades... Con música llana y gregoriana y aplicando la aritmética celestial, las cuentas de "palas picos y azadones", siempre les salen bien y a tono, con las que hacía a la Corona de España, el Capitán General de los muchos cicateros gachupines que nos mandaba la orgullosa conquistadora que se ufanaba de que el sol "siempre brilla en sus dominios" y que no trató a los conquistados como hijos, sino como entenados de una cruel o peor que una desnaturalizada madrastra. Los perros y los esclavos eran dignos para los encomenderos y autoridades españolas, de mejores consideraciones. Pero los hispanófilos malinchistas, criollos clericales, imitaron muchas ocasiones al infiel y tramposo funcionario de las "palas picos y azadones... dos millones", durante y después de la tragedia cristera, al hacer las cuentas de triunfos y de acciones de armas en contra de los gobiernistas "perseguidores, según sus afirmaciones, de Dios, de Cristo su hijo, de la Iglesia, de la Religión y de los "santos padrecitos", sus representantes en la tierra.

Inflar las noticias como abultar las cuentas famosas del Capitán General, tuvo imitadores y aventajados discípulos, entre los cristeros que en sus informes consignaban sus panegiristas.

Pero antes de dar a conocer esas exageraciones, cuentas alegres y felices cómputos, de frecuentes éxitos en combates y grandes batallas que Alejandro el Grande y Napoleón se los hubieran envidiado, con estratosféricas hazañas, vamos a insertar algunos de los párrafos más salientes del presuntuoso manifiesto que lanzaron *"a la Nación"*, por una parte el más dinámico y destacado miembro fundador de la *Asociación Católica de Jóvenes Mexicanos"*, más conocida como la A.C.J.M., intelectual y orador de relumbrón, *René Capistrán Garza,* de quien en capítulo por separado referiremos una de sus más dolorosas aventuras; y por la otra, de Enrique Gorostieta que como *Jefe Supremo de la Guardia Nacional de Cristo Rey,* también echó "su

cuarto a espadas", disparatando de lo lindo. Son documentos dignos de figurar y de catalogarse como de las más grandes barrabasadas que cometiera el insigne *pero grullo,* por la audacia que revelan y por lo inconsistente y pueril de sus conceptos.

Le arrojan, eso sí, a la cara con soberano y olímpico desprecio, al General Calles y a su gobierno, el guante ensangrentado, pero bendito, de la guerra santa, creyendo ingénuamente que al ondear en sus manos la desteñida bandera de la resistencia armada, con los símbolos... místico-religiosos de la guadalupana y del Cristo crucificado, arrastrarían enormes multitudes de fanáticos creyentes, a quienes los curas de los pueblos, deberían haber preparado con sus incendiarios sermones y si era preciso, con las acostumbradas amenazas de las penas del infierno.

"El santo derecho de la defensa inalienable" que se adhiere, que se grava fuertemente en la conciencia nacional, he ahí toda la base del movimiento.

"México está en la necesidad de salvarse, les decían, salvarse inmediatamente de sus tiranos; y para eso necesita *destruirlos.* ¡No quedaba otro camino! No es esto una revolución; es un movimiento coordinador de todas las fuerzas vivas del País. No es una rebelión; es la enérgica e incontenible represión contra los verdaderos rebeldes, que desafiando la voluntad popular, están ejerciendo el Poder...".

Y el Presidente de la Liga *Defensora de la Libertad Religiosa,* Capistrán Garza, terminaba su patética proclama, con esta inocente invitación:

"Se llama a las armas al pueblo y *al Ejército Mexicano,* bajo las *Banderas de la Libertad.* La hora de la lucha ha sonado; la hora *de la Victoria pertenece a Dios".*

El señor Capistrán Garza con estos fulminantes períodos de arranques líricos, en los que no sabía lo que aquel movimiento rebelde era en realidad, no se daba cuenta que lo que había sonado era la hora de *"sálvese quien pueda",* hasta para los dirigentes de la *Liga Defensora de la Libertad Religiosa,* cuyos esfuerzos habían resultado completamente inútiles.

Por esos mismos días, como en diciembre de 1928, la misma *Liga,* en un boletín dirigido al *Ejército Mexicano,* al verdadero Ejército Nacional, le planteaba esta otra ingénua pregunta: "¿En caso de que el Gobierno mande al Ejército ametrallar al pueblo, qué debe éste hacer?". Y a renglón seguido se contestaba con un criterio rezagado, digno de un Santa Ana, de un Márquez o de un Miramón: *"No solamente no falta el Ejército a su honor y a su deber, negándose a la obediencia; sino que,*

si desgraciadamente obedece y ametralla y persigue al pueblo, comete el más abominable de los crímeness El crimen de lesa Patria... Y ante la vida y la muerte de la Patria, no hay disciplina militar que valga...".

¡Qué hablen de Patria quienes siempre tradicionalmente han sido traidores y jamás se han ocupado de ella sino para denigrarla y desprestigiarla! ¡No hay palabras en nuestra lengua para calificar esta desvergonzada actitud de los clericales mexicanos!

Con ese mismo extraño concepto del honor, de la dignidad, del deber y de la disciplina militar, treinta años después, en 1956, el sacerdote jesuíta José Antonio Romero, escribió un folleto con el nombre de *Manual del Soldado Católico;* folleto que fue distribuído profusamente en los cuarteles, preferentemente entre los conscriptos, para quienes también la *Acción Católica* había establecido expresamente, casinos, lugares de esparcimiento deportivo y casas de asistencia, en cuyos centros se invitaba a los jóvenes y a sus familiares a "asistir a misa y demás servicios religiosos".

En el manual a que nos referimos, editado por la misma *Acción Católica* había para el soldado oraciones para todos los actos militares; desde el toque de diana hasta el de silencio; figuraban con especial relieve, los santos patronos de las distintas armas: Santiago de la Caballería, San Cristobal de la Infantería, Santa Bárbara de la Artillería, etc., etc.

La protesta de bandera y el juramento de fidelidad a la Patria, comenzaban con estas sacramentales palabras: *"En nombre de Dios todopoderoso, juro y prometo por mi honor y por la salvación de mi alma...".*

Entre otras disposiciones y consejos al soldado, había esta, como una de las más importantes: "El militar está obligado a respetar y obedecer las órdenes de sus superiores, siempre que no se opongan con las leyes de Dios y con los preceptos de la Iglesia...".

Por ese estilo había otras recomendaciones. ¡Ya se pueden imaginar mis lectores por la muestra, cómo estará lo demás! En esta forma han estado preparando a la juventud para que, aún estando al servicio del Gobierno, se afilien a la *Asociación Católica Mexicana* y vuelva en caso necesario, a servir de "carne de cañón" para otra rebelión cristera. Porque no han cejado en su empeño, no han quitado el dedo del renglón. Quieren tener elementos preparados militarmente para cuando crean conveniente encender de nuevo la tea incendiaria de la defensa de la religión.

Por eso también se han multiplicado los colegios particulares católicos militarizados. ¡Y en Revistas y hojas sueltas se siguen glorificando los heroicos hechos de los *"valientes cruzados macabeos cristeros"!*

Enrique Gorostieta, convertido ya a la fe de Cristo y en ciego instrumento de las tenebrosas maquinaciones del Clero, con una larga cadena y crucifijo al cuello, antes del desgraciado encuentro que le causó la muerte, se ostenta como el *Generalísimo* de todos los Ejércitos de Cristo Rey y con ese caracter el 28 de octubre de 1928 lanza a su vez un manifiesto, dirigido al "México auténtico", según él, al México católico, en los siguientes términos:

"Se confirma el desconocimiento que los *Libertadores* han hecho de todos los *poderes usurpados,* así de la Federación, como de los Estados".

"La Constitución podrá ser reformada por plebiscito, para que todos los ciudadanos manifiesten sus deseos y así el pueblo mexicano tenga, por fin una Constitución verdaderamente suya...".

"Se continuará donde sea necesario y útil para el bien común, la distribución de propiedades rurales en forma equitativa y previa indemnización...". (¿a juicio de quién?).

"Las fuerzas *libertadoras se constituyen* en *Guardia Nacional,* nombre que usarán en lo sucesivo oficialmente y su lema será: *Dios, Patria y Libertad".* (El mismo que se usaba en tiempos de S. A. Serenísima Santa Anna).

"Se declara en vigor la Constitución de 1857, sin las *Leyes de Reforma".*

Ahora entraremos ya al balance, de acuerdo con los datos proporcionados por los mismos escritores cristeros, de las acciones de armas: escaramuzas, tiroteos y combates que se anotan, con expresión de las bajas en muertos, heridos y dispersos de uno y otro bando.

Para mayor aproximación en los cálculos, conozcamos el efectivo total que el *Comité Directivo de la Liga,* manifiesta en su informe del 10 de noviembre de 1927. La mayor parte de los datos relativos a combates, están tomados de las *efemérides Cristeras del Ejército Libertador Colimense,* complementadas con los de otros autores de la misma filiación ideológica.

Manifiesta el informe que tienen, repartidos en los Estados de Michoacán, Colima, Jalisco, Nayarit, pequeñas regiones de Zacatecas, Aguascalientes, Durango, Tlaxcala, Oaxaca, Morelos, Guerrero, Veracruz, Hidalgo y Sinaloa; en todos ellos sin dominio sino de poblaciones de poca importancia política, militar

y administrativa, en total *veinte mil libertadores*... Perfectamente armados y controlados... Y otros *diez mil* combatientes más, que no estaban en buenas condiciones.

"Algunos de esos núcleos —recalca el informe— cuentan con su capellán castrense; son casi diarias las misas de campaña, se frecuentan los sacramentos y no es raro ver *grupos de combatientes*, recibiendo en número de *setecientos*, la sagrada comunión. Los libertadores tienen que sufrir muchas y repetidas veces, hambres y graves necesidades. Dicen que hay banquete cuando se tiene ocasión de tomar escasos alimentos, dos veces al día... Sólo se quejan de no tener parque...".

También como un dato curioso, sacamos del informe la descripción de *"una derrota*. La de los libertadores fue completa y tuvieron que ir recorriendo más de veinte kilómetros, dejando siete mil cartuchos y casi toda la impedimenta. Al fin, parte de los libertadores pudo refugiarse en un cerro, a donde no pudieron llegar los perseguidores... Pérdidas de los libertadores: *cuatro muertos y dos prisioneros*. De los callistas... *catorce muertos*".

Eso fue perdiendo y habiendo tenido que refugiarse en un cerro, desde donde les fue posible contar con exactitud las bajas del enemigo.

Ahora veamos un caso de cuando ganaban. *"Una victoria*. En un punto del Estado de Zacatecas, *doscientos libertadores* sorprendieron a una columna de *setecientos a novecientos* callistas... Pérdidas de éstos, *trescientos*. De los libertadores *cuatro heridos*...".

En la anterior derrota habían contendido *setecientos cristeros*, contra *dos mil gobiernistas*. ¡Cómo este milagro se encuentran a montones en los relatos de los libros de los escritores cristeros!

Leamos ahora un *"saldo de la última y más furiosa campaña enemiga"*.

Dicen las *efemérides*: "Por parte de los heroicos defensores de la libertad, *ocho muertos y cinco heridos*. Por parte de los del callismo, según fidedignas noticias... *más de mil perseguidores*, entre muertos y heridos".

Si así son todas las noticias fidedignas, ya podemos imaginarnos cual pueda ser la veracidad de las demás. ¡Y esto que en aquellos tiempos no se usaba todavía la bomba atómica!

Tal solo en la zona de los Volcanes de Colima; en Pihuamo, Cerro Gande y Tecatitlán, con mucha frecuencia sacan un cómputo lo más favorable posible y es frecuente también que los fantásticos relatos, terminen así... "El enemigo tuvo que re-

tirarse, llevándose muchos muertos y heridos y, por parte de la *guardia nacional,* sin novedad". O bien: se retiraron los libertadores en perfecto orden de sus posiciones, sin que lo advirtieran los atacantes. Estos, los del Gobierno, tuvieron más de *cien bajas.* En cambio, por parte de los cruzados, ni uno solo. Afirmaciones completamente increibles, aún para los no versados en asuntos militares.

Resumiendo las *cuentas cristeras,* como las del Gran Capitán Español que mencionamos al principio, tanto en acciones de armas, de las distintas gradaciones, así como las bajas causadas en las filas de *gobiernistas y Cristeros,* durante casi tres años de guerra civil, resulta, conforme a los datos proporcionados por las mencionadas Efemérides, llegamos al siguiente resultado final:

Acciones de armas: Cuatrocientos setenta y cinco.

Muertos, heridos y dispersos, en ambos bandos contendientes, de enero de 1927 a junio de 1929:

De los Gobiernistas: es decir de los que los cristeros llamaban siempre despectivamente "*perseguidores callistas*: 4,797 (*cuatro mil setecientos noventa y siete,* muertos sin contar los heridos.

De parte de los *"heroicos Libertadores",* que oían misa diariamente, comulgaban y entraban al combate siempre rezando; que contaban con la protección divina y los cobijaban las sombras de San Miguel y del Señor San Pedro y con la eficaz ayuda de la Virgen de Guadalupe que en ocasiones hasta entraba al combate, montada en un caballo blanco... *Solamente* la insignificancia de *cuatrocientos dos* santos mártires que murieron en olor de santidad.

Ahora bien; si esos cuatrocientos dos cristeros muertos los restamos de los *treinta mil combatientes* macabeos, bien o mal armados que según las cuentas alegres del Vicepresidente de la Liga, Lic. *Rubén Palomar y Vizcarra,* informaba estaban en pie de guerra santa, en todo el País quedarían en números redondos, 29,598 (*veintinueve mil quinientos noventa y ocho*) valientes defensores de Cristo Rey que, para la extensión del territorio nacional y los elementos con que contaba a esas fechas el Gobierno, aún descontándole dos veces más de las bajas que le atribuyeron, eran menos que una gota de agua en el Océano Pacífico.

No basta pues hacer las cuentas alegres de *"palas, picos y azadones",* para que resulten *los diez millones*... Y no es lo mismo jugar a los altarcitos, en la paz bucólica de los hogares

que jugar a los "soldados", andar a salto de mata, salirle al toro de frente y jugarse realmente la vida. ¿Qué les faltó entonces, después de tantas victorias que se anotaron, para derrocar al Gobierno del General Calles, que era su meta, su objetivo principal?

En un documento de la *Liga Defensora de la Libertad Religiosa,* fechado a fines de 1927, para ser más exacto, el 29 de diciembre, se lamentan amargamente de la mala situación militar en que se encuentran las distintas partidas cristeras que habían formado "columnas de ataque en toda forma".

"¿Qué es lo que necesitan esos héroes?".—Se preguntan con angustia. *"Un Jefe Supremo,* que será fácil encontrar; pero antes que todo y sobre todo, *parque, parque y parque.* Este puede ser introducido al País por una multitud de lugares. Lo que falta es: *dinero, dinero y dinero...".*

Aunque en sus tiempos era eso lo que Napoleón aseguraba que con lo único con que se hacían las guerras y se ganaban las batallas, el mismo Gran Corso, ya en Santa Elena tuvo que rectificar ese concepto; porque no siempre es el todo y hay una infinidad de otros factores que determinan el éxito.

Los miembros del famoso Comité Técnico Militar de la *Liga* hasta en eso estaban completamente desorientados. En su mayoría ese Comité estaba constituído por civiles intelectuales, pero del todo inexpertos en achaques de guerra. No solamente les faltaban armas, municiones, equipo y vestuario y el *Jefe Supremo* que no siempre es fácil encontrar a la medida. Les faltaba "espíritu guerrero" y eso no se compra con ningún dinero del mundo; Audacia, valor y entusiasmo les sobraban a aquellos jóvenes que cegados por el fanatismo religioso fueron gustosos a un sacrificio inútil. ¡Lástima! ¡No siempre la fortuna ayuda a los audaces y a los valientes!

Los vejestorios apolillados y los muchachos mitoteros del Comité Directivo de *la Liga* derramando auténticas lágrimas de cocodrilo se quejan de que no haya una cabeza, *un Jefe Supremo,* que dirija hábilmente a esos grupos, tan valientes, tan generosos", pero sin control ni disciplina.

Y ese Jefe hábil no se encontraría "a la vuelta de la esquina". Ni Gorostieta, ni Degollado, menos aún los Curas Vega, Pedroza, Angulo, Ochoa, Anguiano y demás cabecillas, tenían madera de caudillos, que era lo que realmente se necesitaba. Y los caudillos no se improvisan. Y no era eso todo. A aquellos muchachos y rancheros ingenuos, que en lugar de verdaderos guías, tenían líderes catrines discurseros y agitadores de plazuela, les hizo falta también una firme convicción, una seguri-

dad de que defendían un ideal, una causa justa; un símbolo, una bandera definida, digna de seguirse y de defenderse a todo trance.

Brumosamente creían entender que luchaban con fiereza en las montañas por llevar a *Cristo* a un trono desde donde gobernara a México a través de sus representantes los sacerdotes de la Iglesia Católica, en lugar del General Calles, que les decían era un usurpador de la autoridad divina.

¡No! Eso no podía ser una causa justa, ni un lábaro de combate, que justificara, los odios, las matanzas de hermanos contra hermanos; los sacrificios, las penalidades. Era mentira que el Gobierno persiguiera a la Religión, ni a los católicos, ni a Dios ni a los Santos; que pretendiera desterrar de los hogares católicos, de las conciencias, de los corazones, ni la religión, ni a Cristo, ni a Dios. Que todas esas patrañas les habían difundido sus directores espirituales.

Por dura que fuera la Ley (*dura lex sed lex*), había que obedecerla y respetarla, mientras estuviera en vigor. ¿Qué pierde el pueblo mexicano y en qué se perjudican los obreros, los campesinos, los burácratas y demás sectores, con que los sacerdotes católicos, por ejemplo, se registraran, como lo hicieron los demás ministros de las otras religiones que se profesan en el País?, y ¿Qué ganan todos los sectores populares con las peregrinaciones al Cerro del Cubilete o a la Basílica del Tepeyac y con los demás actos de culto externo, violatorios de la Constitución? En todo el mundo civilizado, menos en México, todos los ciudadanos se someten con gusto a las disposiciones del Gobierno. ¿Por qué? Por qué en México, tradicionalmente el Clero Católico se le ha enfrentado a las autoridades y desorientando el pueblo y deteniendo su progreso evolutivo, no ha dejado de hacer labor antipatriótica, antisocial y anticristiana.

Con toda anticipación pacientemente se había venido preparando los ánimos de los católicos, grabándoles a fuego en sus mentes y en sus corazones, que los hombres de la Revolución Constitucionalista, que sus leyes, eran "ateas, antirreligiosas y anticatólicas; persecutorias de la Religión, de la Iglesia y de los santos y humildes sacerdotes.

Hábiles predicadores y distinguidos sofistas, desde púlpitos, confesonarios, folletos y periódicos, habían regado sus malévolas prédicas, aconsejando la resistencia pacífica primero, el boicot, y la lucha armada, la rebelión después, en contra del Gobierno.

Ya dijimos al principio de este libro cuál fue la génesis de este movimiento y quienes fueron sus promotores.

A nuestro pueblo le gusta el mitote, le encanta el pleito y se muere por ir a la guerra, sea por lo que sea, y a veces sin saber por qué.

El resultado de esas prédicas subversivas no se hizo esperar mucho. Le picaron al mexicano, el amor propio de "raza valiente, de raza de bronce".

Leamos para confirmar nuestro dicho, esto de un sermón del cura durangueño David G. Ramírez, arenga fogosa dirigida a los jóvenes impetuosos de la A.C.J.M. "Que cada miembro se exceda en el cumplimiento de su deber y cuando en el afán de defender nuestra fé hayais hecho *veintemil barbaridades,* no os detengais por eso, que no habreis trabajado, no habreis llegado ni a la mitad de lo que autoriza vuestro cristianismo...".

Más adelante escribe: El tema es "*Audacia.* Por falta de ella se pierde todo. Un hecho palpitante de la historia de los católicos mexicanos nos está quemando las pupilas. Hace un siglo que venimos retrocediendo... La catoliquísima sociedad de 1833 mira impasible a don Valentín Gómez Farías, echar al sacerdote de las escuelas... en 1846 mira inútilmente espantada el *gran despojo de la Iglesia.* Los fidelísimos católicos de 1855, abren paso a don Juan Alvarez, que suprime las *distinciones eclesiásticas y a Comonfort* que expulsa a los jesuitas. Los firmísimos católicos de 1857 se encuentran de pronto sobre sus espaldas una *Constitución* que legaliza *las conquistas anticatólicas.* La robusta catolicidad de los años de 1859 y siguientes, permite a Juárez dar un puntapié a la Iglesia, laicizar la vida social y aventar al cuerno a las órdenes religiosas. En medio de la fidelísima sociedad católica de 1867, fracasa ruidosamente el conato de defensa (del imperio católico de Maximiliano, con el epílogo del Cerro de las Campanas)... Católica y muy católica era la sociedad entera de 1873 cuando *las Leyes de Reforma* fueron elevadas al nicho constitucional...".

Así fué, como citando de la Historia Patria, lo que más les convenía, se soliviantaban los ánimos, presentándoles los hechos históricos con su manera torcida de interpretarlos, para que los creyentes sinceros no vacilaran en "excederse en el cumplimiento de sus deberes de ir a la *Guerra Santa* a defender *los derechos de Dios* y de su *Iglesia*".

Pero recapitulando tendremos que decir que a pesar de estas hábiles prédicas y de todas las maniobras de que se valieron los clericales, no consiguieron sino levantar en armas una muy pequeña parte, ni siquiera un *cinco por ciento* de los católicos mexicanos.

Porque además de la falta de un ideal firme y definido, del convencimiento de que se luchaba por una causa justa y de que en todo tiempo carecieron de cabezas de verdaderos caudillos con arrastre y con fuerzas suficientes, el mismo Cristo a quien proclamaban *Rey,* desdeñosamente les había vuelto las espaldas.

Tuvieron, al final, como lo veremos en el capítulo siguiente que, después de un dorado ensueño, *"cantar a coro y con música gregoriana,* la más triste de las palinodias. Ellos mismos con profunda tristeza, con gran desilusión, con mucha pena, escribieron con sus propias manos, las fatídicas palabras: *Mane, Thecel, Phares,* de la derrota final.

— XXXVIII —

¡EL TRIUNFO DE CRISTO REY! HERMOSO SUEÑO DE UN CRISTERO

Sobre la cumbre de la montaña, como si fuera a predicar el famoso sermón bíblico, sentado en una roca que sobresalía de las demás, viendo cómo apaciblemente las nubes se deslizaban por un cielo azul y tranquilo y cómo a sus pies en la campiña crecían los trigales y se multiplicaban los granos del trigo obedeciendo el mandato divino de *"creced y multiplicaos",* el Caudillo, rebosante de júbilo interior que trascendía al exterior, rodeado de su Estado Mayor y de sus colaboradores de mayor confianza, habló a sus numerosos partidarios que lo escuchaban con ansia, en esta forma:

"Alegraos, hombres, mujeres y niños. *¡La persecución Religiosa ha terminado!... ¡Ha terminado para siempre!...* Con la ayuda de Dios hemos por fin llegado a la meta de nuestras aspiraciones. *"Las buenas causas siempre triunfan";* así nos lo habían asegurado nuestros máximos dirigentes, los respetabilísimos señores del Comité de la *Liga Defensora de la Libertad Religiosa,* Licenciados *René Capistrán Garza, Ceniceros Villarreal,* Miguel Palomar y Vizcarra y nuestro *Jefe Supremo,* el General *Enrique Gorostieta...* ¡Siempre triunfan!, y el hecho de que, a toda empresa humana no la corone el éxito, es signo inconfundible, revelación inegable de Dios, de que... no es justa".

"Después de un largo y doloroso período de lucha y cuando ya hemos pasado por lo más penoso del *Calvario,* hemos llegado a la cima del Monte Tabor, gracias a Dios y a la *Virgen de Guadalupe. El invicto Ejército de Cristo Rey,* tengo la satisfacción de proclamarlo *urbi et orbe,* ha derrotado en toda la línea, a las *chusmas callistas* que, ahora desorganizadas y dispersas, se contentan con merodear por algunas regiones del país. ¡¡Bravo, Bravo!!... *¡Viva el Ejército Libertador!* (Nutridos aplausos).

El orador sonrié satisfecho, se acomoda mejor en la roca que le servía de asiento, y continuó:

"Todos los esforzados católicos que, como buenos soldados de Cristo, lucharon bajo el lema de *Dios, Patria y Libertad,* estamos de plácemes; porque nuestros sacrificios no fueron estériles, sino generosamente recompensados por la *Divina Providencia;* y por ello estamos ya en condiciones de cumplir al pueblo mexicano, que tan eficazmente secundó nuestros esfuerzos, las promesas que le hicimos durante la lucha armada y que hoy, felizmente ha culminado con la más resonante victoria por nuestra parte y la más completa y vergonzosa derrota del *callismo".*

"¿Qué más podíamos esperar de la constante protección del cielo?".

"A los principales colaboradores, adictos incondicionales del Gobierno espúreo y perseguidor, se les ha aplicado el castigo que merecían: han pagado con su vida sus errores, aunque los crímenes por ellos cometidos no se pagarían ni con millones de sus miserables vidas. *Plutarco Elías Calles,* la viva personificación de Lucifer, *Portes Gil,* su infernal Lugarteniente, *Adalberto Tejeda, Luis N. Morones* y todos los llamados Secretarios de su Gabinete, fueron de inmediato *pasados por las armas*. . . sus cadáveres ignominiosamente, en lugar de haber sido colgados de los árboles del bosque de Chapultepec, porque creímos que para todos ellos hubieran faltado árboles, los mandamos suspender de cruces de madera, con la cabeza para abajo, expuestos como escarmiento en lo más alto del cerro del Cubilete, al derredor de la majestuosa estatua de *Cristo Rey".* (Aplausos).

"De los demás perseguidores, impíos, herejes, protestantes y masones, civiles y militares; Magistrados, Generales, Gobernadores, Senadores, Diputados y otras menudencias que escaparon a la acción de la justicia, bajo el amparo de la bandera de las Barras y las Estrellas, o que huyeron con destino a Rusia, se hizo un auto colectivo, de Fe y se les quemó en efigie. . . ¡Dios fue servido de darnos esta otra gran satisfacción! ¡*Oremos,* elevemos a nuestro espíritu al Creador! *¡Aleluya, Aleluya, Aleluya"*. . . (Pausa).

"Nuestras victoriosas divisiones, es decir todo el *Ejército Libertador, La Guardia Nacional* en masa, han ocupado, no solamente todas las capitales y más importantes ciudades de los Estados, que en lo sucesivo se llamarán *Provincias,* sino que el *grueso del Ejército,* formando una poderosa columna, *ha entrado "Trigarantemente"* como nuestro gran héroe don Agustín de Iturbide, a la capital de esta ahora *La Nueva Hija de España,* lo que antes era *República Mexicana".*

La entrada triunfal de nuestro General en Jefe fue saludada con un solemne *Te deum laudamos,* y bajo palio recorrió las

principales arterias capitalinas, dentro del desbordante júbilo del pueblo metropolitano. En todos los templos se celebraron misas especiales de *Acción de Gracias* y las campanas se echaron a vuelo".

"Ahora bien; hermanos y hermanas de la "U", de las heroicas *Asociaciones A.C.J.M., Caballeros de Colón, Brigadas Femeninas de Santa Juana de Arco e Invisibles; de Damas Católicas, del Perpetuo Socorro y Terceras de San Francisco;* Comité Directivo de la *Liga Nacional de la Defensa Religiosa en México,* por mi conducto os manifiesta que, apoyándose canónicamente en las epístolas de San Pablo y en las Encíclicas de los Santos Papas de Roma, para tranquilidad de todas las conciencias de los católicos, ha procedido a llevar a cabo las reformas a la *Constitución Anticatólica* que desde el año infausto de 1917, a pesar de las justas protestas del Episcopado Mexicano, ha regido en el País. Esa injusta Constitución, trasunto fiel de la de 1857, con sus infames *Leyes de Reforma,* que en Querétaro, gracias a la intervención de Múgica y otros malvados herejes, jacobinos carrancistas, se hizo más antirreligiosa, se impuso al pueblo contra su voluntad, por una minoría de incrédulos ateos, ya que más de un *noventa y cinco por ciento* de los mexicanos somos *Católicos, Apostólicos Romanos.* En esa virtud, desde luego se derogan los artículos *Tercero, Quinto, Veinticuatro, Veintisiete, Ciento Veintitres y ciento treinta,* además de los otros que en alguna forma, directa e indirectamente afecten los sagrados derechos de la *Santa Madre Iglesia,* y de sus fieles servidores los terratenientes, industriales y comerciantes, banqueros y rentistas en general. Se restituirán a sus legítimos dueños las *tierras arrebatadas* a los *hacendados,* así como los bienes *robados a la Iglesia* y a los conventos de *Monjes* y de Monjas. Los templos, sus muebles, ornamentos y tesoros, serán en lo sucesivo, inviolable propiedad del Clero *Secular* y serán administrados por funcionarios eclesiásticos, seculares o regulares, de acuerdo con las disposiciones de las *Sagradas Mitras".*

"Se restablecerán en todo el territorio nacional los conventos de las diferentes reglas y órdenes religiosas que hasta estas fechas habían estado funcionando clandestinamente; así como todas las asociaciones, de hombres y de mujeres, de las distintas advocaciones de la Virgen, de *Santos y Santas* canonizados por la *Santa Sede".*

"La enseñanza, tanto en las Universidades, que en lo de adelante se denominarán *Insignes y Pontificias,* como la que se imparte en general en todas las escuelas e institutos oficiales y particulares; primaria, superior o profesional, será esencialmen-

te *Religiosa,* y los directores y profesores, serán preferentemente sacerdotes católicos".

"Se declara *Religión de Estado,* con exclusión de cualquiera otra, *la Católica, Apostólica y Romana,* considerándose como delito, profesar o pertenecer a otra, y principalmente a las sectas masónicas, evangélicas y demás denominaciones, reputadas por la *Sagrada Congregación de Ritos,* como abominables".

"Ninguna publicación o papel público, periódica o esparódica, saldrá a luz sin la previa revisión y censura eclesiástica y con el permiso expreso de la Mitra o del párroco del lugar".

"Los *Sindicatos, Clubes o Cooperativas, Uniones o Agrupaciones de obreros campesinos o empleados,* públicos o particulares, serán siempre asesorados por sacerdotes, con el carácter de asistentes eclesiásticos. Quedan absolutamente prohibidas las huelgas y manifestaciones de los trabajadores, las que en todos los casos se considerarán como alteraciones del orden público". "Los conflictos que surjan entre patrones y trabajadores, serán resueltos por los directores espirituales o por los asistentes eclesiásticos, quienes intervendrán a fin de que, de común acuerdo y dentro de un espíritu cristiano, conforme a la Encíclica *rerum novarum,* se dé la solución más favorable a los intereses de ambas partes. De manera análoga serán resueltos los problemas de los campesinos, cuyas dificultades agrícolas serán solventadas en última instancia y sin lugar a apelación, por los curas párrocos o los capellanes de las Haciendas".

"Los Ministros del culto, en todas las jerarquías eclesiásticas, podrán ser *nacionales o extranjeros,* sin limitación alguna, con la sola condición de que dependan de la *Santa Sede* y estén reconocidos como fieles súbditos de *El Vaticano,* Los Obispos, *Arzobispos, Canónigos* y demás miembros de la *Curia,* podrán poseer bienes muebles e inmuebles y heredarlos libremente a sus familiares, del país o fuera de él, con la expresa autorización de la *Sagrada Mitra".*

"Los sacerdotes, monjes y monjas, podrán usar libremente en la vía pública, su hábito e insignias religiosas; medallas, rosarios y escapularios, como una distinción a sus funciones espirituales".

"Las peregrinaciones, procesiones y demás actos del culto, como misas, novenarios, exequias, bendiciones, exoracismos y ceremonias de bautizos, confirmaciones y matrimonios, podrán verificarse dentro de los templos o fuera de ellos, según lo exijan las circunstancias y el fervor religioso de los fieles católicos".

"Se reestablecerá, en toda su fuerza y vigor, *el Santo Tribunal de la Inquisición,* para el seguro resguardo de la fé. En esa virtud se suprimirán los *Fueros Civil y Militar,* quedando solamente *el Fuero Eclesiástico* y poniéndose de nuevo en vigor el *sagrado derecho de asilo,* en las Iglesias, conventos y casas curales".

"La administración de justicia, en todas las ramas, quedará exclusivamente a cargo de los *Tribunales Eclesiásticos,* de acuerdo en todo con los *Canones* de la Iglesia. A ningún sacerdote se le podrá enjuiciar, sino con la expresa autorización del Obispo diocesano".

"Los puestos de *Presidente de la República, Gobernadores, Secretarios de Estado, Presidentes Municipales o Alcaldes* y demás principales puestos públicos de elección popular, serán únicamente desempeñados por eclesiásticos o reconocidos ciudadanos católicos, al igual que las altas jerarquías del Ejército, que de ahora en adelante se denominará *Ejército Nacional Libertador,* que hará "un contraste formidable con el antes llamado *Ejército Nacional Mexicano",* en el que los Jefes eran casí en su totalidad, en el orden técnico, unas nulidades, y en el orden moral, *unos bandidos, asesinos y traidores".*

"En este nuevo Ejército de *Cristo* y en *la Guardia Nacional,* formada por "grupos desinteresados, generosos y valientes, se está formando una oficialidad con la juventud que lo acaudilla y que ya ha derramado abundantemente su sangre y ofrendado su vida en la *Santa Cruzada,* que será la "élite" de la genuina aristocracia, de la nobleza indispensable para salvar a los pueblos".

"En cada corporación de nuestro Ejército habrá uno o dos capellanes castrenses, con el grado inicial de Capitanes Primeros, pero que según sus méritos y servicios, podrán escalar hasta los más altos grados de la jerarquía militar".

"En los cuarteles, en las escuelas, ni en el hogar se permitirá que se mencionen para nada los nombres nefandos de Hidalgo, Morelos, Matamoros y demás llamados héroes de la Independencia; ni los de los Caudillos Juárez, Carranza, Zapata, Calles, Obregón, Lázaro Cárdenas. Si acaso se recordarán las memorias y los hechos salientes de *Iturbide, Antonio López de Santa Anna, Márquez, Miramón y Porfirio Díaz,* como patriotas beneméritos de la Patria. La invocación oficial será: *Los tres dulces nombres de Jesús, María y José!*

"Ya que todas nuestros ideales se han convertido en feliz realidad, procederemos como primera y fundamental providencia, a concertar un *concordato* con el *Vaticano* y a gestionar

que, en cambio de que una *guardia selecta* alternará en la residencia de *su Santidad* con la *guardia Suiza,* se nombre un *Delegado Apostólico Mexicano,* elevado a la dignidad de *Cardenal,* o sea de *Príncipe de la Iglesia de Cristo".*

Al llegar a este punto de su vigorosa arenga fue interrumpido el *Generalísimo y gran Caudillo Cristero,* por una voz inoportuna que salió de la numerosa concurrencia.

Uno de los asistentes se levantó, esgrimiendo en la diestra un arrugado papel, dice:

"Ya que se nos ha hablado de reformas a la Constitución, creo conveniente se dé a conocer a la H. Asamblea un pasquín escrito que se le encontró en los bolsillos a uno de los prisioneros callistas, que por desgracia pudo evadirse de las cárceles de *El Santo Oficio,* sin que hubiéramos podido explicar cómo. Tal parece que tenía pacto con el diablo, pues aseguran los custodios que, ante el espanto de todos, salió atravesando los espesos muros y se elevó en los aires con una sonrisa burlona, dejando al escapar un concentrado olor a azufre".

"¡Que se lea, que se lea!". Voces airadas y agitación general.

"Pues bien, señores y hermanos en *nuestro Señor Jesucristo,* el escrito dice así: *"Reformas urgentes a nuestra Constitución Política.*—Haciendo nuestros los puntos de vista muy adelantados del *grupo de vanguardia revolucionaria"* de Jalisco, presentamos al *Gobierno* los siguientes: *Primero.*—Que el artículo 130 sea reformado en su reglamentación, en el sentido de que *a los sacerdotes católicos se les prohiba,* por manifiestamente inmoral, el llamado sacramento de *la confesión auricular;* que, sin exigirles precisamente la formalidad del matrimonio, se les obligue por ley, a que reconozcan ante el registro civil, a sus hijos, así como que sostengan con el producto de su trabajo, a sus familias, dedicándose para ello a una actividad, oficio o profesión, independientemente de las funciones de su ministerio. Los ministros de cualquier culto religioso además de ser *mexicanos por nacimiento,* tendrán que comprobar ante las autoridades, que son de reconocidas buenas costumbres, y sin lacras, físicas, morales o mentales. *Segundo.*—Todos los empleados de las oficinas gubernamentales, además de protestar *"Cumplir y hacer cumplir la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos y las Leyes que de ella emanen",* deberán comprobar que no pertenecen a asociaciones confesionales, ni tienen compromisos contraídos con partidos políticos clericales. *Tercero.*—Los Secretarios de Estado, Senadores, Diputados, Gobernadores y Munícipes, que se compruebe que son *Caballeros de Colón* o miembros de otros grupos juramentados y de idénticas tendencias ideológicas,

serán de inmediato desaforados y destituídos de sus cargos, por considerárseles un gran peligro para la buena marcha de la administración pública. *Cuarto.*—Que todos los eclesiásticos miembros del clero, secular o regular, queden sujetos a las leyes hacendarias y paguen los impuestos correspondientes a las utilidades de los bienes muebles e inmuebles que se les permitirá poseer y administrar. Como en estas condiciones estarán equiparados con los demás ciudadanos, trabajadores y profesionales, estarán facultados para heredar a sus familiares registrados conforme a la Ley o de recibir herencias de ellos, siempre que el testamento respectivo no haya sido hecho bajo la coacción moral de la confesión en artículo de muerte...".

Seguían a estas otras proposiciones, pero después de un momentáneo y muy significativo silencio, de todos los pechos salió, como un solo grito: ¡Horror, anatema, herejía! Que al autor de esas proposiciones se le condene a ser *"quemado en efigie"* después de pasear dicha efigie por los principales calles de la Ciudad de México, ahora *la capital del reino de Cristo. ¡Amén, Amén, Amén! ¡Aleluya, ángeles y serafínes, tronos y dominaciones, regosijaos! ¡Gloria a Dios en las alturas y... paz. Paz... Pa...* ¡Pas... pas... pas...! Estaban golpeando sobre el techo las gruesas gotas de una lluvia pertinaz, que entre truenos y relámpagos, se había desatado.

¡Qué sueño tan hermoso... y qué horrible despertar! Nuestro héroe que había salido milagrosamente ileso de uno de los últimos combates después del de *Tepatitlán,* y escondía su escuálida humanidad en la casa de un amigo, se restregó los ojos y suspiró profundamente.

Resonaban todavía en sus oídos algunas palabras y frases entrecortadas: "...Continuar la lucha hasta ver conquistadas nuestras libertades esenciales, o perecer en ella... restaurar en nuestra Patria tan amada, el Reinado de Cristo... Luchamos por Dios, por sus derechos, que son los de su Iglesia... *Todo lo puedo en aquel que me conforta...* estamos seguros de que los ídolos de hoy caerán como cayeron los de ayer....".

Cerró los ojos un momento creyendo que todavía soñaba. Los abrió de nuevo y leyó: "Terminó la lucha fratricida... El Obispo Díaz y yo hemos tenido varias conferencias con el C. Presidente de la República... El clero mexicano reanudará los servicios religiosos, de acuerdo con las leyes vigentes... México, D. F., junio 21 de 1929.—*Leopoldo Ruiz, Arzobispo de Morelia, Delegado Apostólico...* El presidente de la República concede de inmediato, amnistía a los hombres sobre las armas (*cristeros*)...

Ya no siguió leyendo, se le nublaron los ojos; candentes lágrimas de rabia y de despecho, le rodaban abundantemente por las mejillas...

"...La Liga estima que ha llegado el momento decisivo de cesar en la lucha bélica, para ir a consagrarse a otra clase de actividades *normales* que redunden siempre en bien de la Patria y de nuestra fe".

El General en Jefe de los *Ejércitos Cristeros,* "que en la lucha se han cubierto de gloria en muchas ocasiones", desconcertado por los arreglos de los Obispos, pudo exclamar en medio de su dolor: "hemos perdido la guerra no solamente, sino todo, hasta el honor... la tranquilidad de nuestras almas y de nuestras conciencias de soldados de Cristo".

Con esos arreglos quedaban "al garete" todos los que en alguna forma habían tomado parte en la contienda: abandonados a su suerte, como "perros sin dueño", habían asistido desilusionados el triste epílogo de aquello que fue a la vez, drama, comedia, sainete bufo y hasta con tintes rojizos de tragedia nacional.

La *Rebelión Cristera en México* había fracasado, ya lo vimos en el curso de este libro, debido a múltiples causas, pero principalmente porque el Clero, que al principio la estimuló, para que defendiera sus bastardos intereses terrenales, sin importarle el sacrificio de muchos de sus más leales servidores, mistificando para ello las ideas, los conceptos y las máximas de la moral cristiana; cuando la suspensión de cultos significaba una merma en sus entradas de dinero, no vacilaron los Obispos en pedir y entrar en arreglos con el Gobierno, prometiendo sujetarse a las mismas leyes revolucionarias que años antes habían repudiado.

Y regresaron *Los Cruzados de Cristo"* que habían hecho de esa vida de "santo bandidaje", un modus vivendi, a pesar de los sustos, de los brincos y de las carreras, "con las cicatrices de sus heridas y en el alma: mortal tristeza, honda desilusión"... "Hay cientos de huérfanos, de lisiados por heridas... Son miles los hombres que abandonando todo, se entregaron en cuerpo y alma a la defensa de "los derechos de la Iglesia"... y que al final de todo, con inmenso desconsuelo les recordarán a sus pósteros, y les recitarán con amargura:

"Entraron los sarracenos
Y nos molieron a palos:
Que Dios ayuda a los malos,
Cuando son más que los buenos".

— XXXIX —

LA RENDICION CRISTERA: PATADAS DE AHOGADO Y DOBLADA DE MANOS

Si en nuestro afán de hacer aclaraciones y rectificaciones quisiéramos mencionar todas las mendacidades, burdas mentiras y exageraciones que en el campo contrario al nuestro se han publicado, necesitaríamos hacerlo, y tal vez no cupieran, en gruesos volúmenes... ¡Fueron tantas y tan garrafales, que si lo hiciéramos, seríamos nosotros los que pasaríamos por ingenuos y mendaces. Algunas de las afirmaciones cristeras de intervenciones divinas, de milagros, de portentosas apariciones, más que a risa, mueven a compasión. Son dignos de lástima quienes, a sabiendas de que nadie les va a creer, estampan falsedades.

Este detalle lo revela todo. Ias victorias de los defensores de Cristo y por consiguiente las derrotas de los "perseguidores, herejes callistas, se las anotan por millares. ¡Claro, en todas ellas aseguran que Dios y la Virgen de Guadalupe eran los que triunfaban! Esto a cada momento y todos en coro, lo repiten.

Las bajas del impío enemigo (formado también por mexicanos en su mayoría católicos), en todas las grandes batallas napoleónicas y demás hechos de armas que sostuvieron, !"siempre con la ayuda de Dios!", en contra de los perseguidores de Cristo, en contra de quien hasta alcanzaban a oir sus blasfemias, se las cargan por cientos, como si dijéramos, por toneladas; mientras que las de ellos, los santos cristeros, si acaso llegaban a un muerto y uno a dos heridos leves, cuando no habían salido todos sin un rasguño siquiera. En algunas ocasiones, empeñados en feroz y encarnizada lucha, durante largas horas y días enteros, salían ilesos y, aunque, no por miedo, sino por precaución, tenían que huir en busca de un refugio seguro en las montañas, aseguraban que les habían recogido al adversario perseguidor en su retirada forzosa, además de haber hecho muchos muertos, cientos y aún miles, armas, caballos, y hasta prisioneros. Su desplante llega a hacerlos asegurar que sus cabecillas, algunos

de ellos imberbes menores de edad, después de muertos, fusilados o en combate, ganaban sonadas victorias... en formidables batallas.

Para que el lector juzgue con sereno y desapasionado criterio la verdad histórica, hemos tomado muchos de los relatos de cristeros que han escrito en libros, memorias, revistas, folletos y novelas románticas, procurando que nuestros comentarios sean lo más imparciales posible.

Sin embargo no hemos dejado de admirar la audacia o cinismo, y la uniformidad o sincronismo con que mienten tan descaradamente, que algunas veces se mordieron la lengua, se les empasteló la máquina o se les cayó la pluma de las manos.

Sus generales, que a los nuestros no los llaman así, sino despectivamente "callistas" son todos héroes legendarios, cuyas proezas, ni Homero ni ninguno de los Filósofos y poetas de la antigüedad, son dignos de cantar. Dios estaba siempre con ellos y legiones de ángeles, arcángeles y querubines y en ocasiones algunas de las *once mil Vírgenes,* los acompañaban.

Lo mismo Luis Navarro Origel (a) Fermín Gutiérrez en Coalcomán, una pequeña e inhospitalaria y deshabitada faja costeña de Michoacán, que Dionisio Eduardo Ochoa en las áridas faldas del Volcán de Colima, Degollado Guizar a salta mata, el cura Vega, Gorostieta y otros cabecillas, en donde de Jalisco, Guanajuato, Colima y Michoacán Dios les permitía defenderlo a "carreras gritos y sombrerazos", con sus docenas de frailes, capellanes castrenses o bragados combatientes, eran los invencibles que llevaban siempre en alto la bandera de *Cristo Rey".* ...Mientras que los pobres y despreciados callistas, que no les merecían ningún grado en el escalafón, eran arrastrados simbólicamente como hilacho de trapeador. Objeto constante de sus burlas, según aseguran en sus crónicas, tachándolos muchas veces de ineptos, cuando no de miedosos, los Generales Izaguirre, Charis, Domínguez, Amarillas y demás ameritados y valientes Jefes de nuestro glorioso Ejército Nacional, por el hecho de haberlos combatido, los llamaban "pobres diablos o demonios, dejados de la mano de Dios". Palabras les faltaban en el diccionario para denigrarlos y lengua y desvergüenza les sobraba para decir que siempre eran derrotados y en todos los combates salían de huída, dejando en su carrera regueros de muertos, heridos y prisioneros, armas, caballos y municiones.

Parece que, obedeciendo a una consigna dogmática o quizá a la inspiración del Espíritu Santo, todos los escritores sectarios clericales católicos, fieles esclavos no de Cristo, sino del Vaticano, con distintas palabras, aunque contradiciéndose entre

sí, escriben las mismas o parecidas exageraciones, sin ponerse siquiera de acuerdo al mencionar las intervenciones divinas y los grandes milagros.

Mentir, desorientar y calumniar, era la orden. Solamente que cuando tienen que confesar que la aventura en que metieron a fuerza a muchos ignorantes rancheros y a otros ambiciosos acomodados fanáticos, había tenido un desenlace fatal, no hallan a quien o a quienes cargarles las culpas del inevitable fracaso.

¿Por qué, se preguntaban católicos y no católicos, nacionales y extranjeros, si el *noventa y cinco por ciento* de los mexicanos pertenecen a esa Religión al final de la jornada habían perdido los *cristeros?* ¿Habían contado o no con la protección de Dios?

¡Increíble, pero cierto! Cristo y la Guadalupana, *Reina de México y Emperatriz de América,* en defensa de quienes habían luchado con tanto denuedo, les habían dado el triunfo a sus jurados enemigos. ¡Y en qué forma, hasta humillante para sus esforzados defensores! Cuando aún no se extinguían los ecos de sus fervientes oraciones y cánticos sagrados y el toque de las cornetas en el fragor de los combates, sin importarles a Dios, a la Providencia o al Destino sus dorados sueños, se les derrumbaba de un solo golpe todo y los escombros de los castillos que se habían forjado en el aire, también les caían en la cara.

La *Liga,* desorientada, no sabía a qué atribuir el fracaso. Aseguraba que los *Ilustrísimas del Episcopado Mexicano,* sin tomar a los católicos levantados en armas, en cuenta para nada, presionados por el Embajador Americano, habían entrado en tratos con el Gobierno, para que se reanudaran los cultos y se abrieran los templos que casi durante más de tres años, habían permanecido cerrados... ¡sin que por ello se hubiera desplomado el cielo ni llovido fuego! La gente ya se había acostumbrado a la falta de esos servicios y veía con indiferencia lo que había dado en llamarse conflicto religioso.

Eso fue lo que precisamente hizo pensar a los señores Arzobispos y Obispos y al Sumo Pontífice del Vaticano, que si la huelga "de brazos caídos", de los sacerdotes mexicanos continuaba, serían ellos, la curia de Roma, quienes saldrían perdiendo y no el pueblo de México.

Pero la verdad de las cosas fue que no hubo ninguna presión de parte de los norteamericanos y al régimen del General Calles, no le prestaron más ayuda, si ayuda puede llamarse, que la amistad diplomática que se mantiene con todos los gobiernos legítimos de las naciones vecinas.

Es de sabios cambiar de opiniones. Y si los Obispos católicos, por las razones que arriba esbozamos, aunque al principio del conflicto se habían mostrado intransigentes, ahora entraban en arreglos con las autoridades, no la creyeron una claudicación, ni que con ello traicionaran a sus fieles y sumisas ovejas, sino un convencimiento de la verdadera situación de la Iglesia y una "sabia medida de conveniencia". ¡Nada más!

A eso se debió y no a otras razones, lo que en términos vulgares se llama "doblada de manos", no solamente de las de los cristeros rebeldes, sino hasta de las aristocráticas *patas de los caballos y de las mulas* de don Cristóbal Colón, que, a esas alturas, tanto esos rancios vejetes de blancas pelucas, como los valerosos acejotaemeros y cucarachas de iglesia, con las caras muy largas, emprendían la desbandada, al compás de la música tradicional de los Cangrejos, de la *mamá Carlota* y del *"sálvese quién pueda"*. Ante el triunfo del Gobierno constituído, perseguidor y todo, había que doblar también la cerviz humildemente, ante la majestad de la ley. *"Dura lex sed lex"*. Es verdad también que se estipuló en esos tratados se darían a los levantados en armas que se rindieran, toda clase de garantías y hasta una ayuda en efectivo.

Se ha dicho tendenciosamente y es justo aclararlo, que hubo por falta del Gobierno, falta de cumplimiento de promesas que esos convenios estipularon. En ellos únicamente se convino en que, como lo pedían los Obispos, se permitiría la reanudación de los servicios del culto, sujetándose a las disposiciones constitucionales en vigor, sin que se haya asegurado que se promoverían reformas a la Carta Magna en el sentido que a ellos pudiera haberles convenido y que, por la vigencia de tales preceptos fundamentales habíanse manifestado renuentes y habían que la misma Constitución indica, se les dijo (y no reuniendo el Clero y la Iglesia, fomentado la rebelión. Siguiendo el camino millones de falsas firmas hasta de analfabetas) pueden si cuentan con la mayoría del pueblo mexicano, conseguir las reformas o adiciones necesarias.

Nadie podía prometerles nada que no fuera dentro del marco de la ley, y el Sr. Lic. Emilio Portes Gil, Presidente Interino a la sazón, con quien se concertaron esos convenios entre la rebelión cristera vencida y el Gobierno vencedor, entre el Episcopado Mexicano por una parte y el Gobierno de la República por la otra, ha hecho a este respecto terminantes declaraciones.

A propósito de estos tratados y de aclaraciones, leamos hasta qué grado ciega la pasión sectarista, para estampar mentiras tan grandes, con las que el sacerdote, R. P. Misaes María Abia,

de la Orden Redentorista, le suelta sin escrúpulos al Papa *Pío XI,* en carta de fecha 15 de mayo de 1932.

"La situación de la Iglesia Católica en México es sobre manera aflictiva y desesperante. Si Vuestra Santidad no interviene directamente (¿con qué carácter?) y obliga a nuestro Episcopado a cambiar de política en la Cuestión Religiosa, esto se va al abismo, y nadie podrá después salvar al Pueblo Católico de México. Nuestro Episcopado está cediendo en tal forma a las impías disposiciones de las Sectas Masónicas y Protestantes, que es un verdadero bochorno para la Iglesia".

"Desde el año de 1929, en que por el capricho de algunos prelados que, pasando por encima de la voluntad de más de 50,000 cristeros *levantados en armas* y en contra de la opinión de los más beneméritos miembros del Episcopado, entraron en tratos con el Gobierno perseguidor... la Iglesia en México ha ido perdiendo terreno hasta llegar a la tremenda humillación y desesperante derrota en que hoy la vemos".

"La Revolución (la mexicana, no la cristera que no fue revolución sino rebelión), ha cobrado una fuerza formidable en México. En algunos Estados se han suspendido completamente los cultos; en otros se han dado y aceptado leyes tan tiránicas e impías, que los católicos están escandalizados... y en toda la República se van imponiendo los principios de la masonería que acabarán con la Iglesia. Se han quemado templos, profanado la Eucaristía y asesinado vilmente a sacerdotes y católicos..., se ha blasfemado descaradamente en las Cámaras contra Cristo y la Virgen: han salido periódicos llenos de ultrajes sacrílegos a la Religión, y los Representantes del Papa (es decir los Obispos) han guardado el más absoluto silencio: ni una palabra, ni una desaprobación de hechos tan bochornosos". ...Se prohibe la educación religiosa; en todas las escuelas oficiales se ataca positivamente a Dios y se enseña una inmoralidad que no tiene nombre: hay colegios en donde sacan grupos de niños y niñas y los llevan a casas de maternidad para que vean cómo nacen las criaturas; en otros, desnudan a niños y niñas para enseñarles prácticamente cosas horribles; la promiscuidad entre ellos es escandalosa... En los tanques de natación, para los niños son profesoras, y para las niñas, hombres de lo más corrompidos... Por las manos de los niños pasan libros y cuadernos abominables. En algunos Estados han llegado los Gobernadores a declararse públicamente defensores de satanás, a leer poesías y a gritar contra Cristo y la Iglesia. La mayor parte de los sacerdotes andan errantes y en la miseria, expuestos, como es natural, a perder su honor y dignidad y a entre-

garse a una vida relajada. Los religiosos (de los conventos) ocultos o huyendo del enemigo e impedidos para ejercer su santo ministerio. En fin, que desde los tristes arreglos, o desarreglos como los llama la mayoría, la Iglesia en México ha caminado de derrota en derrota, de desgracia en desgracia".

Este cura extranjero que para burlar nuestras leyes y ejercer su funesto ministerio, y tal vez hasta tomando parte activa en la rebelión, llevó el nombre de *Cecilio González,* para darle al Papa este original informe, por lo que respecta a moralidad, debe haberse inspirado en lo que frecuentemente pasa en los conventos de monjas. Olvidó consignar que en algunos de esos conventos en México, en Puebla y en otras partes en donde funcionaron, se encontraron esqueletos de niños recién nacidos o de fetos abortados; y olvidó también referir al Sumo pontífice que, a la entrada de las fuerzas revolucionarias a la Capital, el General en Jefe ordenó un reconocimiento médico de los sacerdotes católicos, y se encontró más de un *sesenta por ciento* enfermos de sífilis.

Si el Papa fue tan cándido que le creyó a este cura toda esa sarta de mentiras y exageraciones, no nos interesa averiguar. Le dejamos el encargo al Sr. Vargas. Lo que nos importa es que el pueblo mexicano y los católicos de dentro y fuera del país sepan la verdad; que no se les siga engañando y que la historia no se falsee, mutile, deforme o mistifique.

EPILOGO

No solamente en México y los pueblos de la América, sino en todo el mundo, se han debatido y se seguirán debatiendo dos tendencias fundamentalmente antagónicas. La de quienes buscan, por todos los medios a su alcance, la transformación, el mejoramiento social, político, económico, moral y espiritual; en una palabra, los que propenden al progreso humano... Y los que se oponen a ese progreso, se empeñan en que las cosas "se conserven en el estado en que están" y no les importa el mejoramiento y bienestar del pueblo.

Liberales librepensadores y reaccionarios conservadores, retardatarios, son los nombres con los que se les designa, y forman dos bandos irreconciliables, que se combaten encarnizadamente, dando origen a guerras civiles, asonadas, rebeliones, cuartelazos.

En México el Clero y la Iglesia Católica romana, en esa lucha siempre han estado con los conservadores; con los hacendados latifundistas que explotan inicuamente a los campesinos,

con los industriales, nacionales y xetranjeros; con los banqueros, con los ricos comerciantes que esclavizan y roban a los trabajadores, aconsejándoles sus sacerdotes conformidad y sumisión a sus patrones, y que los vean como representantes de la divinidad.

La alianza del clero y los retardatarios explotadores tiene como exclusiva finalidad conservar y defender sus bienes terrenales, sus privilegios, sus inmensas riquezas acumuladas con el sudor y la sangre de los fieles creyentes y el predominio sobre todo y sobre todos.

Este suelo no fue el reino de Cristo, pero el clero católico lo coronó Rey y lo tomó como bandera para hacer en este mundo de la vida una delicia, y de la tierra un paraíso para sus miembros, mientras a sus adeptos les vende caro el cielo y la felicidad en la otra vida.

Por eso, para defender sus intereses y su predominio, la Iglesia y su clero bendijeron y sostuvieron la *Rebelión Cristera en México.* Más de cincuenta sacerdotes, arrojando a un lado la sotana, el bonete, los sagrados ornamentos, la honradez y la vergüenza, capitanearon con las armas en la mano, a verdaderas gavillas de salteadores, de asesinos, de ladrones... y los acontecimientos de esta infortunada tragedia que hemos comentado demuestran con toda claridad, ponen de manifiesto ante la más tolerante opinión, que los ministros de esa religión no practican la doctrina ni la moral que predican. Son falsarios e hipócritas y en vez de unir a la Humanidad la dividen sembrando y fomentando odios profundos e inextinguibles.

¿Hasta cuando los humanos, haciendo a un lado los instintos de bestias, dejaremos de estar los unos en contra de los otros, enseñándonos los dientes y las uñas?

Hasta que haya verdadera comprensión y nos veamos todos como hermanos, miembros de una sola y gran familia, la *Humanidad,* en la que no haya explotadores y explotados, discriminaciones, despotismo ni tiranías y que *la paz, por el respeto al derecho ajeno,* sea una realidad.

Al dar por terminada esta obra queremos dejar firmemente grabadas en la mente de nuestros lectores estas dos verdades:

Que durante el Gobierno del General Plutarco Elías Calles, en ninguna parte del país hubo *persecución religiosa; es decir, que a nadie se le molestó* por el solo hecho de profesar la religión católica o cualquiera otra, dentro de las normas legales.

A los ciudadanos que violan las leyes, bien sea que roben o asesinen, en cualquiera parte del mundo se les persigue como criminales; y a los católicos fanáticos rebeldes se les persiguió, no como católicos, sino como delincuentes...

De la Rebelión Cristera en México, en esta ocasión, como en las anteriores en que grupos de fanáticos ondearon la bandera de *"Religión y Fueros",* fue el *Clero Católico* Romano el verdadero responsable.

Los sacerdotes de esta Iglesia, cuya intromisión en nuestra política ha sido siempre funesta, desde el Sumo Pontífice Aquiles Ratti o Pío XI, hasta los simples curas de pueblo, que con sus prédicas disolventes arrastraron a los fanáticos a la rebelión en contra del Gobierno Mexicano, llevarán ante la historia y la opinión pública mundial, la responsabilidad por todas las desgracias ocasionadas; por las pérdidas de vidas, mutilados, huérfanos y familias enteras abandonadas a su suerte y en la miseria.

Los miles de muertos también desde sus tumbas claman justicia al cielo, justicia por ese gran crimen de la *Rebelión Cristera... ¡Cristera sí, Cristiana...* nunca!

¡El Clero! El Clero Católico representante de una religión que debería ser de amor y de paz, derramando siempre la sangre generosa del pueblo mexicano... que jamás *olvidará este agravio.*

encima de todo, es un hombre limpio y honrado que vive pobre y dignamente, admirado siempre y respetado por su espíritu de lucha y su doctrina de revolucionario sincero e insobornable.

Este libro del General Cristóbal Rodríguez constituye un interesantísimo documento que es a modo de su testamento político al pueblo mexicano, en el que describe y examina con información ampliamente documentada e inteligente juicio crítico, los antecedentes y causas verdaderas del llamado conflicto religioso ocurrido entre 1926 y 1929 en México. Además, interpreta dicho acontecimiento, del que fue actor y testigo en diversos lugares del escenario en que se desarrolló, con visión objetiva y precisa. Y afirma categóricamente, como lo hizo el general Plutarco Elías Calles hacia la época en que la rebelión cristera se produjo, que no es enemigo de las creencias religiosas pero si "de la casta sacerdotal que ve en su posición un privilegio y no una misión evangélica". En suma, declara que respeta a las iglesias mientras los ministros de ellas no intervengan en la política despreciando las leyes de la nación, ni sirvan de instrumento a los poderosos para oprimir y explotar a las clases cuya única riqueza es su fuerza de trabajo.

Por su parte, la Editorial La Voz de Juárez *se honra y complace en ofrecer al público lector este libro sensacional que contiene la imagen real y justa de la rebelión cristera, provocada hace tres décadas por la acción del clero político, y que constituye un capítulo dramático de la historia contemporánea de nuestra Patria.*